



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XLI, Vol. CCXLI, Núm. 2 (marzo-abril de 1982).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

2

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12. D. F.
Apartado Postal 965
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG
SECRETARIO DE REDACCION
MANUEL S. GARRIDO

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XLI

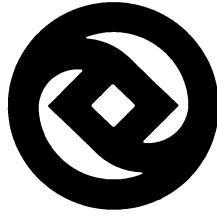
2

MARZO-ABRIL

1982

INDICE

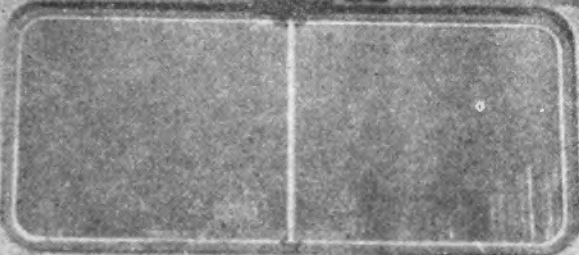
Pág. 3



BANCO MEXICANO SOMEX, S.A.

INSTITUCION DE BANCA MULTIPLE

NO. 100 82 000



Hay
muchas
formas
de tomar
CAFE...



instituto
mexicano
del café



EL CEREBRO todo un sistema de servicio a su servicio.



Usted dedique su cerebro a imaginar lo que va a hacer con sus utilidades... a decidir el tipo de inversión que más le convenga y a pensar en la mejor forma de asegurar su futuro y el de su familia.

Deje que nuestro Cerebro, un complejo sistema de computación, programado por nuestros expertos en valores, le resuelva todos los cálculos, registros, controles; que recuerde los plazos, depósitos, reinversiones, retiros, saldos, fechas...

en fin, todos los datos referentes a su inversión. El Cerebro es un moderno servicio de Nacional Financiera y Banco Internacional, que le permite manejar sus inversiones en forma personal, con agilidad, sencillez y eficacia.

Por eso, invierta con El Cerebro.

El Cerebro está a su disposición en cualquiera de nuestras sucursales en toda el área metropolitana y próximamente en cobertura nacional.

EL CEREBRO ...Todo un sistema de servicio a su servicio.



nacional financiera, s. a.
banco internacional, s. a.



**Algunas publicaciones del
Banco Nacional
de Comercio Exterior, S.A.**

Comercio Exterior

revista mensual de distribución gratuita

Colección de documentos para la historia del comercio exterior (\$60.00 cada uno):

- *El contrabando y el comercio exterior en la Nueva España* / Ernesto de la Torre Villar, nota preliminar;
- *Protección y libre cambio: el debate entre 1821 y 1836* / Luis Córdova (comp.); nota preliminar de Luis Chávez Orozco
- *Reciprocidad comercial entre México y los Estados Unidos (El Tratado Comercial de 1883)* / Matías Romero (nota preliminar de Romeo Flores Caballero)
- *Del centralismo proteccionista al régimen liberal (1837-1872)* / Luis Córdova (comp.)

Miguel Lerdo de Tejada / *Comercio exterior de México. Desde la conquista hasta hoy* (Edición facsimilar a la de 1853)
\$60.00

Anuarios del comercio exterior de México

- 1971 \$ 70.00
- 1972-1973 \$ 70.00
- 1974-1977 \$250.00

PEDIDOS

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S.A.

Departamento de Publicaciones

Cerrada de Malintzin 28, Colonia del Carmen,

Coyoacán, 04100, México, D.F.

Tels. 549-3405 y 549-3447



Era sólo una posibilidad

Volar era sólo una posibilidad que se hizo realidad porque el hombre siempre creyó en ello. Usted, como los ingenieros que desarrollaron esta maravilla mecánica, como los pilotos que se adiestraron para manejarla, tiene la capacidad de lograr lo que anhela.

Nosotros, en el Banco del Atlántico, sabemos que cada persona es un océano de posibilidades. Ayudar a nuestros clientes a alcanzar sus metas es nuestro forma de realizarnos. De ahí nuestro lema. De ahí nuestra vocación de servicio.



BANCO DEL ATLANTICO
todo un océano de posibilidades

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Vol. XII, No. 45 Febrero-Abril 1981

Director José Luis Ceceña Gámez
Secretario: Fausto Burgueño Lomeli

C O N T E N I D O :

EDITORIAL

ENSAYOS Y ARTICULOS

Oscar Pino Santos: *Discurso en la apertura del II Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo.*

Gloria González Salazar y Angel Bassols Batalla: *Recursos naturales, subdesarrollo y deterioro ambiental.*

Arturo Bonilla Sánchez: *El impacto de la crisis de energéticos en América Latina.*

Ramón Martínez Escamilla: *¿Del «Diálogo Norte-Sur» al «Nuevo Orden Económico Internacional»?*

Antonio Juárez: *La crisis y el quehacer político de clase en América Latina.*

Josefina Morales Ramírez: *La crisis y la estrategia burguesa de desarrollo en México.*

Emilio Romero Polanco: *La crisis y el Nuevo Orden Económico Internacional.*

Verónica Villarespe: *Corporaciones transnacionales y fuerza de trabajo en el mundo subdesarrollado: El caso de las maquiladoras de exportación.*

TESTIMONIOS

Fidel Castro: *Discurso Inaugural del II Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo.*

Suscripciones: República Mexicana, 150 pesos anuales por correo ordinario registrado 170 pesos anuales por correo aéreo registrado. Al exterior, por correo aéreo registrado, 18 dólares (EUA) anuales a otros continentes.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por autores y temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, Instituto de Investigaciones Económicas, Apartado Postal 20-721, 01000, México, D. F.

¡ DELICIOSO !

así exclamará cuando paladee

una taza de café

después de comer



cafémex



esto es... **SIDERMEX**



● A tres años de su integración, SIDERMEX constituye ya el segundo grupo industrial paraestatal después de Petróleos Mexicanos.

● Las tres siderúrgicas administradas por SIDERMEX —Altos Hornos de México, Fundidora Monterrey y SICARTSA— producen alrededor del 60 por ciento de la producción nacional de acero.

● SIDERMEX proporciona empleo a más de 70,000 trabajadores sindicalizados, técnicos y profesionales.

● Además de ser el principal productor de acero en el país, SIDERMEX ha creado varias empresas de bienes de capital que fabrican equipos y maquinaria pesada para el desarrollo industrial de México.

● Actualmente, SIDERMEX invierte 26,503 millones de pesos en la expansión de Altos Hornos de México, y ha iniciado las obras de la Segunda Etapa de SICARTSA, que permitirán triplicar la producción de acero de esta planta.

● Nuestras empresas filiales producen desde clavos y tornillos hasta equipos de la más avanzada tecnología... Y seguimos creciendo.

SIDERMEX

Empresas con Voluntad de Acero.
Avenida Juárez 90 México 1, D.F.

novedades

LOS PRIMEROS PASOS. LA REVOLUCIÓN POPULAR SANDINISTA

Tomás Borge

MÉXICO: HACIA EL CRECIMIENTO CON DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO

Enrique Padilla Aragón

OBSERVACIONES

Ludwig Wittgenstein

ORIGEN DE LA DIALÉCTICA NEGATIVA. TH. W. ADORNO, W. BENJAMIN Y EL INSTITUTO DE FRANKFURT

Susan Buck-Morss

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO. HISTORIA POLÍTICA DE LOS ÚLTIMOS 150 AÑOS

Arthur Rosenberg

de próxima aparición



EL ESTADO Y LA POBREZA URBANA EN MÉXICO

Susan Eckstein

LOS SALVADORES DEL NIÑO. LOS INVENTORES DE LA DELINCUENCIA

Anthony M. Platt

LA CONCEPCIÓN DEL ESTADO EN EL MARXISMO

Max Adler

siglo XXI editores
apdo. postal 20 626 san angel
01000 mexico. d.f. tel 5503011
cable sigloedit



agencia guadalajara
federalismo 958 sur col. moderna
44100 guadalajara jal.



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en **RENAULT** nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama **RENAULT** para que usted escoja (**RENAULT** 4, 6, 8, 12 y 12 gayán, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el **RENAULT** 12 paga 32,525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rondón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srita. Andión.



Conasupo la institución que hace posible lo necesario

Proteger el ingreso de los agricultores y la producción de los alimentos básicos. Garantizar a los consumidores directos o industriales un abasto permanente y suficiente a precios estables y proteger la economía de los consumidores de menores recursos, son los objetivos del Sistema Conasupo.

conasuper



conasupo

**Amar
es proteger**

**Y proteger
es asegurar el futuro
de los suyos.**



Nuestro plan de protección planeada respalda el presente tanto como el futuro de usted y de los suyos.

Apóyese en la protección planeada de Seguros América Banamex.

Vida, Incendio, Accidentes personales y gastos médicos.

Automóviles, Diversos.

SEGUROS AMÉRICA BANAMEX

Protección con sentido humano.

Comuníquese con nuestro agente, su amigo.



**Seguros América
Banamex, S.A.**

Av. Revolución No. 1508
Tel. 558-99-99 - México 20. C.F.

NOVEDADES

SOCIOLOGIA

*James Curran, Michael Gurwitsch,
Janet Wolcott*
**Sociedad y
comunicación de masas**



HISTORIA

*Fernando Solana,
Raúl Cardiel Reyes y
Raúl Bolaños (coords.)*
**Historia de la educación
pública en México**



POLITICA Y DERECHO

Karl W. Deutsch
Las naciones en crisis
Seymour Martin Lipset, Earl Raab
La política de la sinrazón



ANTROPOLOGIA

J. G. Frazer
**El folklore en
el Antiguo Testamento**



LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS

Paul Bénichou
**La coronación del
escritor. 1750-1830**



BIBLIOTECA AMERICANA

Henry George Ward
México en 1827

COLECCION POPULAR

Juan de la Cabada
**La tierra en cuatro
tiempos**

Pasados por agua

El duende

*Jean Duvignaud,
Françoise Duvignaud y
Jean-Pierre Corbeau*
El banco de los sueños

Thomas Molnar
El modelo desfigurado

W. Michael Reisman
**¿Remedios contra
la corrupción?**

Javier Sologuren
**Antología general
de la literatura
peruana**

Kurt Waldheim
**Construyendo
el orden futuro**

Frances A. Yates
El iluminismo rosacruz



TEZONTLE

Octavio Paz
**El laberinto de la soledad.
Posdata.
Vuelta a El
laberinto de la soledad**

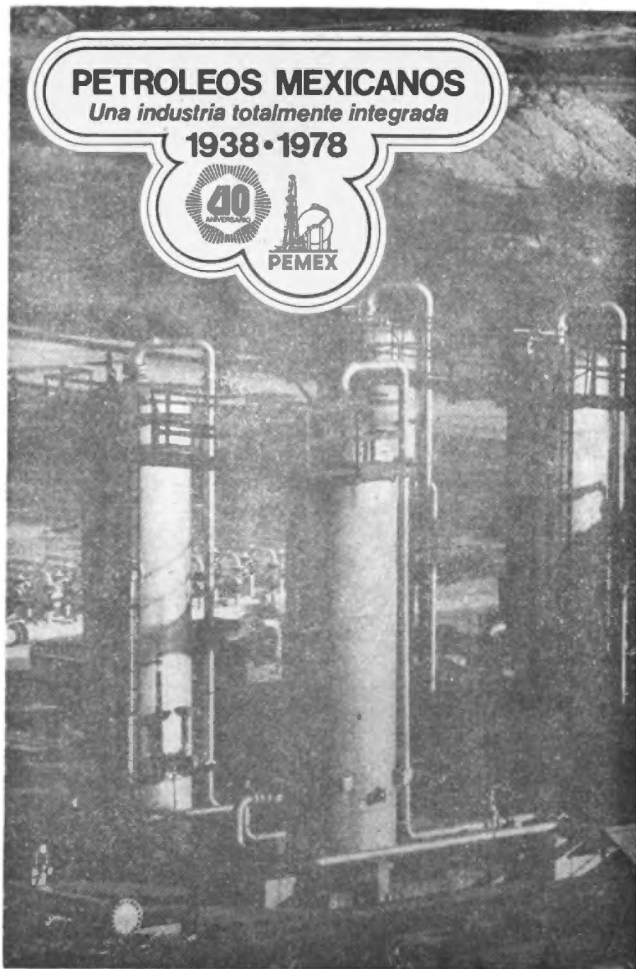


Fondo de Cultura Económica

PETROLEOS MEXICANOS

Una industria totalmente integrada

1938 • 1978



CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1942	165.00	8.00
1943	165.00	8.00
1944	Números 1 al 6	165.00	8.00
1945	Números 1 al 5	165.00	8.00
1946	Números 4, 5 y 6	165.00	8.00
1947	Números 1 al 6	165.00	8.00
1948	Números 1, 2, 3, 5 y 6	165.00	8.00
1949	Números 1 al 6	165.00	8.00
1950	Números 1 al 3	165.00	8.00
1951	Número 6	165.00	8.00
1952	Números 1, 4 y 5	165.00	8.00
1953	Números 2 al 6	165.00	8.00
1954	Números 1, 3, 5 y 6	165.00	8.00
1955	Números 1, 2, 3 y 6	165.00	8.00
1956	Números 1 al 6	135.00	6.60
1957	Números 1 al 6	135.00	6.60
1958	Números 2 y 6	135.00	6.60
1959	Números 1 al 6	135.00	6.60
1960	Número 1	135.00	6.60
1961	Números 2 y 5	135.00	6.60
1962	Números 3 al 5	135.00	6.60
1963	Números 1, 2, 5 y 6	135.00	6.60
1964	Números 1, 2 y 6	135.00	6.60
1965	Números 2 y 6	135.00	6.60
1966	Número 6	135.00	6.60
1967	Números 1, 3, 4, 5 y 6	135.00	6.60
1968	Números 1 al 6	135.00	6.60
1969	Números 2 y 6	135.00	6.60
1970	Números 4 al 6	135.00	6.60
1971	Número 6	90.00	4.60
1972	Números 1 al 5	90.00	4.60
1973	Números 4 y 6	90.00	4.60
1974	Números 2, 4 y 6	90.00	4.60
1975	Números 1 al 3	90.00	4.60
1976	Números 1, 2, 5 y 6	90.00	4.60
1977	Números 1 y 3	90.00	4.60
1978	Números 1, 4 y 6	90.00	4.60
1979	Números 1, 2, 3 y 6	90.00	4.60
1980	Números 1 al 6	90.00	4.60

SUSCRIPCION ANUAL 1981

México	420.00	
Extranjero		20.00

EJEMPLAR SUELTO

México	85.80	
Extranjero		3.85

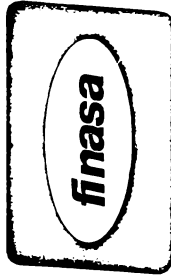
LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyosacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES
EXTRAORDINARIAS



valores finasa: la inversión a su medida

financiera nacional azucarera, s.a.
institución nacional de crédito

INSURGENTES SUR 716 MEXICO 12 D.F. TEL. 687-22-44 CON 24 LINEAS ■ REFORMA 87
(GLORIETA COLON) MEXICO 3 D.F. ■ INSURGENTES SUR 2123 MEXICO 20 D.F. ■ BANCO
DEL EJERCITO Y LA ARMADA, S.A. DE C.V. AV. INDUSTRIA MILITAR NO. 1053, MEXICO D.F.

CUERNAVACA, MOR. GUADALAJARA, JAL.
CENTRO LAS PLAZAS NOS. 28 Y 29 PLAZA VALLARTA · LOCALES 9 Y 10
CD. MANTE, TAMPS. COLIMA, COL.
HIDALGO SUR NO. 102-B PORTAL MORELOS NO.1
CORDOBA, VER. JALAPA, VER.
AVENIDA UNO NO. 301 ZARAGOZA 33 Y PRIMO VERDAD

DEPARTAMENTO DE PROMOCION D.F.
PASEO DE LA REFORMA Y PARIS · LOCALES "G" Y "H"

AUT. CNB-601-11-51589

17 DE NOVIEMBRE DE 1981

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XLI

VOL. CCXLI

2

MARZO-ABRIL

1 9 8 2

MÉXICO, D. F. 1° DE MARZO DE 1982

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942

JUNTA DE GOBIERNO

Juan Carlos ANDRADE SALAVERRIA

Rubén BONIFAZ NUÑO

Israel CALVO VILLEGAS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Fernando LOERA Y CHAVEZ

Porfirio LOERA Y CHAVEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Director-Gerente

JESUS SILVA HERZOG

Secretario de Redacción

MANUEL S. GARRIDO

Edición al cuidado de

PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ

**Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia**

CUADERNOS AMERICANOS

Número 2

marzo-Abril de 1982

Vol. CCXLI

I N D I C E

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
JESÚS CAMBRE MARIÑO. La administración Reagan y la escalada armamentista	7
JULIO VILLAR TORRENTE. La Universidad en América Latina	21
GERARDO NAVAS DÁVILA. Marginalidad y dualismo: obstáculos para un nuevo orden internacional de- mocrático	34

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

RISIERI FRONDIZI. ¿Libre de qué? Análisis crítico de la libertad de expresión	53
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR. Certidumbre de Arrom	62
MANUEL S. GARRIDO. Reflexiones de Filosofía y Litera- tura	76
LOUIS SALA-MOLINS. El desarrollo en las diferencias .	89

PRESENCIA DEL PASADO

FELIPE DANIEL OBARRIO. In Memoriam Juan Larrea .	107
JORGE EDUARDO ARELLANO. Sandino: Un ausente pre- sente	123

DIMENSION IMAGINARIA

ERNESTO CARDENAL, ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ, AZA- RIAS H. PALLAIS, SALOMÓN DE LA SELVA, MANO-	
--	--

	<i>Pág</i>
LO CUADRA, BELTRÁN MORALES, FRANCISCO DE ÁSÍS FERNÁNDEZ, LEONEL RUGAMA, CARLOS MAR- TÍNEZ RIVAS. Poesía Nicaragüense	137
JOSÉ CORONEL URTECHO, JUAN ABURTO, JOAQUÍN PASOS, MARIO CAJINA VEGA, FERNANDO GORDI- LLO, LIZANDRO CHÁVEZ ALFARO, PABLO ANTO- NIO CUADRA. Cuento Nicaragüense	191
JOSÉ CORREA CAMIROAGA. Un artista no es una anécdota	229
MANOLO CUADRA. Música en la soledad	238
SERGIO RAMÍREZ. Charles Atlas también muere	252

Nuestro Tiempo

LA ADMINISTRACION REAGAN Y LA ESCALADA ARMAMENTISTA

Por Jesús CAMBRE MARIÑO

Los pueblos del mundo están cada día más conscientes de los riesgos de una guerra nuclear. Esta preocupación universal por el creciente peligro de una conflagración atómica se manifiesta más abiertamente en Europa que en otras partes del globo. No sólo por la experiencia histórica de haber padecido aquel continente los mayores estragos y las pérdidas de vidas humanas más cuantiosas en las dos grandes guerras de este siglo, sino porque es en el Viejo Continente donde se enfrentan con la mayor masividad las dos superpotencias y su *política de bloques*, y donde sigue agitándose el redivivo espectro de la *guerra fría*.

Pero, a esta altura de los tiempos, la cuestión debería estar lo suficientemente clara: aunque Europa pudiera ser el primer y principal palenque de una futura guerra atómica, los alcances y las consecuencias de tal conflicto tendrían forzosamente una dimensión global. Por lo cual se puede prever razonablemente que no habría santuarios ya que ninguna parte del mundo estaría segura y a salvo. Esa percepción cada vez más difundida es la que hace que el temor se universalice entre todos los pueblos de la Tierra, dando cauce a un creciente clamor contra el militarismo y el armamentismo impulsados por las grandes potencias.

A lo largo de 1981, la oposición al estacionamiento de armas nucleares se ha ido extendiendo por toda Europa. La *Conferencia sobre la Guerra Nuclear*, celebrada en la Universidad de Groninga (Holanda) en el mes de abril, y en la que participaron destacados especialistas procedentes de diversas partes del mundo, puso de relieve los riesgos de que se desencadene una guerra atómica. Este peligro está siendo incrementado considerablemente por la creciente nuclearización del continente europeo. La propia prensa norteamericana reconoce que mientras los ministros de la OTAN discuten el despliegue de las nuevas armas atómicas de mediano alcance en Europa, "cientos de miles de europeos desafían actualmente la creencia —promovida vigorosamente por los Estados Unidos— de que la única respuesta al fortalecimiento militar so-

viético consiste en más misiles y más bombas nucleares". En uno y otro país las filas de los pacifistas se engrosan con cada movimiento que hacen los gobiernos de la OTAN en sus planes para instalar 572 misiles Pershing y de crucero en Europa Occidental. Esta actitud ha sido estimulada aún más por la decisión del presidente norteamericano Ronald Reagan al ordenar la producción de bombas de neutrones.¹

Pero la oposición al armamentismo atómico se desarrolla también dentro de los Estados Unidos. Son incontables los dirigentes cívicos y religiosos norteamericanos que se han manifestado en contra de las armas nucleares. Entre esas voces de protesta sobresalen las del ex-senador y candidato presidencial George McGovern y el pacifista Philip Berrigan. Precisamente el último citado, junto con su hermano el sacerdote Daniel J. Berrigan y otras seis personas más fueron sentenciados por un juez del Condado de Montgomery, Pensilvania, a diversas penas de prisión, que oscilaban de tres a diez años, por protestar contra la fabricación de armas nucleares. Los hechos incriminados consistían en la penetración de una fábrica de la General Electric donde se construyen los sistemas para la dirección de misiles. No se crea que la postura de los hermanos Berrigan y sus seguidores, en contra del armamentismo atómico, constituye un hecho aislado en los Estados Unidos. Otros dirigentes religiosos están adoptando una actitud similar y la prensa norteamericana informa que un número creciente de eclesiásticos se oponen a la carrera armamentista emprendida por el gobierno de los Estados Unidos.

Tal vez el caso más sobresaliente lo sea el del obispo católico Leroy T. Matthiesen, de la diócesis de Amarillo (Texas), aunque es representativo de la tendencia que se está desarrollando. El obispo Matthiesen tildó la decisión del presidente Reagan sobre la producción de la bomba de neutrones como "la última de una serie de posiciones contra la vida" tomadas por el gobierno norteamericano. El prelado ha llegado a pedir a los trabajadores de la factoría PANTEX, donde se ensamblan todas las armas nucleares norteamericanas, que consideren la dimisión de su puesto. Aunque aparentemente la exhortación del obispo católico no ha tenido éxito, la toma de posición de los dirigentes religiosos de los Estados Unidos contra las armas nucleares sigue creciendo apreciablemente.²

¹ Charles D. Sherman, "Pacifists Angry Over Nato Plans", *The Miami Herald* (9 de septiembre de 1981).

² Kenneth A. Briggs, "Religious Leaders Objecting to Nuclear Arms", *The New York Times* (8 de septiembre de 1981).

Entre el clamor universal que se está despertando en contra del armamentismo habría que señalar la toma de posición del gobierno de la República Popular China sobre el problema. Es digna de tenerse en cuenta su postura oficial, pues si bien la China no es una superpotencia en el terreno militar y sobre todo en la acumulación de armamento de gran capacidad destructiva, con sus *mil millones de habitantes*, resulta la primerísima potencia mundial en términos de población. En medio de la acelerada carrera armamentista, la República Popular China urgió a los gobiernos de Washington y Moscú a que redujesen drásticamente su almacenamiento de armas. El representante chino en la Conferencia de Desarme de Ginebra acusó a los Estados Unidos y a la Unión Soviética de considerar las armas nucleares como "su mayor disuasivo e instrumento de chantaje", mientras las "armas convencionales son sus herramientas usadas frecuentemente para la agresión".³

EN un contexto histórico de profunda crisis en el mundo capitalista, que se debate entre el estancamiento y la depresión, y en una época en que los pueblos explotados por el imperialismo arrecian en sus luchas para romper las argollas de la dependencia, se produjo en 1981 el relevo de la Administración demócrata por la republicana en los Estados Unidos. La nueva Administración republicana, encabezada por el presidente Ronald Reagan, se ha fijado como objetivo fundamental el fortalecimiento de la posición norteamericana en el mundo. Para ello ha diseñado una estrategia económica de control presupuestario dirigida a luchar contra la inflación. Pero, aunque parezca contradictorio, la Administración Reagan pretende al mismo tiempo no sólo proseguir con la masiva producción de armamentos, sino intensificar aún más la carrera armamentista. Esta política de rearme es impulsada por el gobierno norteamericano cuando se está acrecentando la oposición al armamentismo, tanto en los Estados Unidos como en el mundo entero.

En cuanto a las consecuencias más notables de la política de Reagan dentro de los Estados Unidos, hay que tener en cuenta que el viejo dicho: "o cañones o mantequilla", sigue teniendo vigencia. Por lo tanto los norteamericanos tienen ante sí la disyuntiva de reducir su consumo de "mantequilla", en otras palabras, rebajar su niveles de vida, o continuar soportando una elevada tasa de inflación. Por el momento, la Administración Reagan trata de canalizar la amarga píldora reductora del consumo hacia los sec-

³ *The Wall Street Journal* (31 de julio de 1981).

tores económica y políticamente más débiles de la sociedad, como son los ancianos, las familias de bajos ingresos, las minorías étnicas y los estudiantes pobres. Contra esos grupos es que van dirigidas especialmente las medidas presupuestarias restrictivas recomendadas por la Administración Reagan.

Otra vertiente de la estrategia económica planteada por el equipo republicano consiste al parecer en seguir manteniendo por tiempo indefinido los altos tipos de interés en los Estados Unidos, con lo cual se lograría exportar las dificultades económicas a los demás países industriales. Como resultado de esa estrategia, los capitales afluyen especulativamente hacia los Estados Unidos atraídos por las elevadas tasas de interés, lo cual intensifica la crisis económica y aumenta los índices de desempleo en los países "sangrados" de sus recursos financieros. Por otra parte, el paralelo fortalecimiento de la cotización del dólar encarece la factura energética de los demás países importadores de petróleo, debido a que los precios de este producto se fijan en dólares en los mercados internacionales. Con todo ello se agrava considerablemente la crisis que azota al mundo capitalista. Sin embargo, algunos analistas postulan que con esa complicada estrategia los Estados Unidos tratarían de resolver, a costa de otras naciones, las contradicciones implícitas en el programa de la Administración Reagan y desarrollar un ambicioso plan armamentista en busca del fortalecimiento tanto económico como militar. Esas son las dos condiciones necesarias, piensan los estrategas de Reagan, para reafirmar la posición de dominio norteamericano en un mundo sometido a fuertes tensiones y que está evolucionando rápidamente.

Pero los problemas económicos y las contradicciones del capitalismo no son tan fáciles de resolver partiendo de esquemas simplistas. Porque las elevadas tasas de interés, y la falta de confianza que ha mostrado el sector empresarial en los programas de Reagan, provocaron la contención de las inversiones, dedicándose los fondos mayormente a la especulación financiera en los mercados de capitales. Como resultado, al finalizar el tercer trimestre de 1981, la economía norteamericana seguía sin salir del estancamiento y tampoco daba frutos satisfactorios la lucha antinflacionaria. Así, los grandes objetivos que se había fijado la Administración Reagan de lograr el relanzamiento económico y la nivelación presupuestaria, al mismo tiempo que se yugularía la inflación, parecía que no se podrían alcanzar en los plazos previstos, es decir, el periodo 1982-84. De hecho, se barajaba la posibilidad de mayores déficits presupuestarios, lo cual seguiría alimentando el círculo vicioso de la inflación. Por eso a la Administración Reagan se le hacía nece-

sario imponer mayores recortes presupuestarios, se mencionaba la posibilidad de establecer controles financieros para canalizar los fondos hacia la inversión, e incluso se planteaba la necesidad de restringir la prevista elevación de los cuantiosos gastos militares, verdadera vaca sagrada del sistema norteamericano.⁴

A pesar de ello, la prensa de los Estados Unidos informa casi a diario sobre la puesta a punto de planes y proyectos para la fabricación de nuevas armas que están siendo diseñadas febrilmente por los estrategas del Pentágono. Las notables tendencias militaristas que exhibe la sociedad norteamericana han sido denunciadas desde posiciones múltiples. Los observadores independientes coinciden en señalar el creciente peso del aparato económico-militar en los Estados Unidos como una amenaza para la convivencia democrática norteamericana y un peligro para la paz mundial.

Además de proseguir con los proyectos adoptados por Administraciones anteriores, el gobierno Reagan está siendo inundado por los estrategias militares con diversos programas para la puesta a punto de nuevas armas. El ambiente es propicio en Washington durante el actual cuatrienio, y el *complejo militar-industrial* no quiere desperdiciar la oportunidad que se le brinda. Así, los viejos proyectos de armamentos se aceleran, al mismo tiempo que se estudian con acrecentado interés las propuestas para la producción de armas más modernas, eficientes y destructivas. Las que, por otra parte, resultan enormemente costosas.

La febril actividad armamentista empieza a mostrar resultados tangibles. El 17 de junio de 1981 inició sus prácticas navales el primer submarino del tipo "Trident", después de dos años de retraso en el desarrollo del proyecto. Se trata del navío *Ohio* que con sus 18,750 TM de desplazamiento ha visto ascender su costo hasta la cifra de 1,200 millones de dólares. Los submarinos "Trident" estarán equipados con 16 o 24 misiles de 5 u 8 cabezas atómicas (*warheads*) cada uno, lo que dará a esos navíos una gran capacidad ofensiva.⁵

Otro proyecto militar de gran envergadura y formidable costo que tiene entre manos el gobierno norteamericano es el despliegue

⁴ A mediados de septiembre la Casa Blanca anunció la aprobación de restricciones mínimas al presupuesto militar de los Estados Unidos. Mientras los expertos de la Oficina del Presupuesto recomendaban un recorte de veinte a treinta mil millones de dólares en los gastos militares para el periodo de 1982-84, el presidente Reagan decidió reducirlos en sólo trece mil millones. Sostuvo Reagan que la "Defensa" había sido por muchos años el "pariente pobre" en los Estados Unidos. *The New York Times* (14 de septiembre de 1981).

⁵ *El Nuevo Día* (Puerto Rico), 18 de junio de 1981.

de una panoplia de misiles móviles "MX". Este programa de misiles balísticos intercontinentales (ICBM) fue diseñado durante la Administración demócrata de James Carter, cifrándose su costo en unos 40,000 millones de dólares. Los cálculos originales han sido objeto de revisión, no obstante, y se ha llegado a mencionar recientemente que el costo actualizado superaría la cantidad de 60,000 millones de dólares. El plan previsto consiste en la construcción de una red de 4,600 silos de lanzamiento en el Suroeste de los Estados Unidos, especialmente en los Estados de Nevada y Utah. En dichos silos se intercambiarían continuamente 200 misiles que se desplazarían a lo largo de una red de 16,000 km de vías para evitar que la Unión Soviética pueda descubrir la localización exacta de cada misil "MX" en todo momento.

Este fabuloso proyecto militar se enfrenta a la creciente oposición de diversos sectores sociales en los Estados afectados porque temen fundadamente que pueden convertirse en blancos privilegiados en caso de guerra. Otras razones para la oposición de los Estados consisten en el convencimiento de que la construcción de la red de silos de lanzamiento perturbaría el sistema de vida de las comunidades rurales y requeriría además grandes extensiones de tierras productivas y también cantidades considerables de agua. Ambos recursos naturales son escasos en el Suroeste de los Estados Unidos.

El sector armamentista norteamericano ha tratado de aplacar la oposición local a la ubicación de los misiles sacando a relucir la carnada económica: El emplazamiento del sistema de misiles "MX" significaría la creación de 150,000 empleos en los Estados afectados. A pesar del tentador señuelo, tanto los mormones (Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día), de gran arraigo en Utah, como los senadores republicanos Paul Laxalt (Nevada) y Jake Garn (Utah) han expresado públicamente su oposición al emplazamiento de los "MX" en sus respectivos Estados.

Por todas esas razones el proyecto de misiles móviles "MX" se enfrenta a una gran oposición que se extiende progresivamente más allá del área afectada por la prevista localización. El rechazo se manifiesta en sectores diversos de la sociedad norteamericana, distinguiéndose principalmente tres grupos. Los *especialistas en armamento* critican el elevado costo del proyecto y la vulnerabilidad del sistema. Los *pacifistas* sostienen que el proyecto "MX" estimulará la carrera armamentista y será una incitación a la guerra atómica. Por último, los *defensores del ambiente* se manifiestan en contra del deterioro ecológico que provocaría el sistema de misiles móviles en el Suroeste de los Estados Unidos.

Ante la creciente marea de críticas, el propio *establishment* político-militar norteamericano ha empezado a considerar dos posibles alternativas al emplazamiento terrestre de los "MX". La primera de esas alternativas consistiría en la instalación de los misiles a bordo de un destacamento de submarinos que se mantendrían en navegación continua frente a las costas norteamericanas. La segunda alternativa que se proponen sería la ubicación de los "MX" en gigantescas aeronaves de bombardeo. Para ello se sugiere la utilización del "STEALTH", nuevo bombardero de largo alcance que todavía se halla en la fase de estudio. Es curioso contrastar la sensibilidad que muestran los círculos de poder norteamericanos ante la oposición manifestada en los Estados Unidos al emplazamiento de misiles en su propio territorio y la determinación tenaz de esos mismos círculos de poder a desplegar los misiles atómicos de mediano alcance en los países europeos integrados en la OTAN. Por eso no debería extrañar que, como señala la misma prensa norteamericana, el punto de vista europeo considera que los Estados Unidos "en su propio interés ha diseñado una estrategia para la OTAN que podría limitar a Europa cualquier futuro intercambio nuclear con los rusos".⁶

En su búsqueda incesante de nuevos armamentos, el aparato militar norteamericano ha presentado recientemente el proyecto de un novísimo avión de transporte especialmente diseñado para efectuar operaciones de gran envergadura en zonas muy alejadas de los Estados Unidos. Se trata del "CX" y en el Pentágono piensan que ese avión sería apropiado para poner en funcionamiento la proyectada "Fuerza de Despliegue Rápido" (Rapid Deployment Force) que el gobierno norteamericano está organizando con vistas a una posible intervención en el Golfo Pérsico o en cualquier otro lugar del Planeta donde estén en peligro los sacrosantos "intereses vitales" de los Estados Unidos.

El "CX" tendrá una autonomía de vuelo de 2,500 millas náuticas y una capacidad de carga útil de 172,000 libras (unas 78 toneladas), lo que le permitiría transportar el nuevo tanque del Ejército norteamericano denominado "XM-1". Se proyecta la construcción de 200 aeronaves a un costo de 12,000 millones de dólares. Los estrategas del Pentágono reconocen que el "CX", dada su autonomía de vuelo, tendría que repostar necesariamente en el aire o en tierra en el transcurso de un viaje desde los Estados Unidos al Golfo Pérsico, ya que esa zona se halla a unas 7,000 millas de las costas norteamericanas.⁷

⁶ *The Miami Herald* (9 de septiembre de 1981).

⁷ *The New York Times* (17 de junio y 29 de agosto de 1981).

Respecto al "XM-1", que tiene un costo por unidad de dos millones y medio de dólares, los militares norteamericanos lo consideran "el mejor tanque en el mundo, hoy por hoy". El Pentágono espera alinear sobre el terreno la cantidad de 7,100 unidades "XM-1", con un costo global de 18,500 millones de dólares, aunque el programa todavía se encontraba en el verano de 1981 pendiente de un estudio del Congreso.⁸

Mientras tanto, la Armada no quiere quedarse atrás en los planes de fortalecimiento militar. Según el almirante Thomas B. Hayward, Jefe de Operaciones Navales, la Marina norteamericana intenta expandir la capacidad ofensiva de la flota con la introducción escalonada de 150 buques de superficie armados con misiles "Harpoon" y "Tomahawk" lo que suplementará la potencia de los grupos de combate centrados en portaaviones. La Marina de los Estados Unidos impulsa una expansión global de la flota que incluye la construcción de dos portaaviones nucleares de la clase "Nimitz". Contando de antemano con los presupuestos de la Administración Reagan, que se espera serán generosos con las Fuerzas Armadas, la Marina espera recibir 2,500 "Tomahawks" (misiles de crucero) mientras que en la actualidad ya están desplegando los misiles "Harpoon". Para tener una idea de lo oneroso que resultará el referido programa, bastará con señalar que el costo de cada misil (cruiser), con el sistema de apoyo y lanzamiento, se había calculado en 1979 en diez millones de dólares. Esta cantidad está muy rebasada actualmente por los efectos inflacionarios.⁹

La prensa norteamericana informa que los estrategas militares de la Administración Reagan preconizan un papel muy importante para los misiles de crucero, especialmente los de lanzamiento desde el mar. Al parecer se trabaja actualmente en un plan que multiplicaría por diez el despliegue de tales misiles para el año 1987. Los estrategas norteamericanos se muestran deslumbrados con las posibilidades que ofrece esta nueva arma en la balanza del poder mundial y por ello el incremento que está experimentando la estrategia de los misiles de crucero resulta vertiginoso. La pasada Administración del presidente James Carter había planificado la producción de 48 misiles "Tomahawk" para 1982. A poco de inaugurarse la Administración Reagan se aumentó aquella cifra a 88, casi el doble de lo planificado originalmente. Los proyectos que elabora actualmente el Pentágono, a cinco años vista, prevén el despliegue de 900 misiles "Tomahawk" en 1987.

⁸ *The Wall Street Journal* (23 de julio de 1981).

⁹ "More Muscle for the Navy", *The New York Times* (22 de julio de 1981).

Sin embargo, se podría decir que la espiral armamentista de los misiles no ha hecho más que empezar a desarrollarse. Ciertamente se vislumbra un crecimiento desbocado en el futuro inmediato. Para los comienzos de la última década del siglo, los planes norteamericanos contemplan el despliegue de 3,000 a 4,000 misiles de crucero basados en el mar. A este respecto se citan unas expresiones recientes del almirante Harry Train, comandante de la flota del Atlántico: "Creo que el misil crucero lanzado desde el mar introducirá el mayor cambio jamás ocurrido en el papel de las Armadas. Tenemos a mano la base tecnológica para una revolución en el concepto del poderío naval".¹⁰

Pero las inmensas posibilidades estratégicas que ofrecen los misiles no se limitan al sector naval. Los planificadores del Pentágono están elaborando proyectos para desplegar 6,000 misiles que serían disparados desde aviones contra objetivos terrestres o marítimos. Porque el entusiasmo de los militares norteamericanos con la capacidad ofensiva de los misiles de crucero es desbordante. Las pruebas que se vienen realizando en los Estados Unidos confirman, al parecer, la elevada eficiencia bélica de tales armas. En julio de 1981 la Marina norteamericana efectuó exitosamente una prueba espectacular: Un submarino sumergido fuera de la costa californiana lanzó un misil "Tomahawk" que voló en zigzag una trayectoria de 800 kms, contorneando el terreno, y dio en el blanco del tamaño de una casa situado en un polígono de tiro en el Estado de Nevada.

Al mismo tiempo, han comenzado las pruebas de lanzamiento de misiles crucero de medio alcance desde pequeños aviones de ataque. Los aparatos que despeguen desde portaaviones situados a más de mil millas de un objetivo, podrían volar hasta una distancia de 700 millas del blanco, disparar el misil y retirarse sin tener que penetrar las defensas del enemigo. Por todas estas razones, las características operativas de los misiles ofrecen al Pentágono una enorme capacidad estratégica. Se afirma que un misil crucero con carga nuclear tiene un alcance de 1,500 millas. Mientras que un "Tomahawk" armado con una bomba convencional, que es mayor y reduce el espacio para el combustible, puede volar hasta 700 millas sobre tierra. El misil, asistido por un ordenador, se desplaza a 500 millas por hora siguiendo el relieve del terreno a una altura de 30 a 70 metros para evitar la detección por los radares del enemigo. Esas cualidades explican el triunfalismo con el que se presenta el nuevo armamento por sus patrocinadores.

¹⁰ *The New York Times* (13 de julio de 1981).

Sin embargo, dentro de los propios Estados Unidos, no todos comparten el entusiasmo del complejo militar-industrial hacia el programa de misiles. Empezando por la Oficina de Cuentas Generales (G.A.O.), brazo investigativo del Congreso, se ha empezado a cuestionar la supuesta seguridad de los misiles crucero. La G.A.O. emitió un informe meses atrás en el que se planteaba que los misiles crucero "probablemente no serán lo suficiente seguros para lanzar efectivamente cargas convencionales contra algunos objetivos".¹¹

Por otra parte, en diversos sectores de la sociedad norteamericana se plantean cuestiones sobre el nuevo armamento, con indudables implicaciones estratégicas y políticas. Entre otras cosas, se pregunta cómo afectará el despliegue de misiles crucero nucleares las posibilidades de nuevas negociaciones sobre armamentos con la Unión Soviética. También se teme que la rápida inclinación de la Marina hacia los misiles crucero, hasta ahora un campo principalmente de la Fuerza Aérea, puede provocar una nueva etapa de rivalidades entre los distintos servicios armados sobre los presupuestos y las misiones respectivas.

A todo lo anterior habría que añadir las duras críticas formuladas por el ex-presidente James Carter a la política armamentista que está impulsando la Administración Reagan. En una carta dirigida a sus antiguos ministros el 3 de julio de 1981 y publicada por la prensa norteamericana pocos días después, el ex-presidente demócrata manifestó su firme creencia en la necesidad de una labor continua "para controlar las armas nucleares a través del proceso de limitación de armas estratégicas". Se lamentaba Carter de que los Estados Unidos no hayan seguido el progreso representado por SALT II con más reducciones definitivas en los arsenales nucleares del mundo, y criticó la indisposición del gobierno Reagan a buscar controles de las armas nucleares a través de la negociación. Carter se refirió también a la decisión de la Administración republicana de iniciar o reanudar los suministros masivos de armas a Israel, China, Pakistán, Filipinas y a los países iberoamericanos con regímenes dictatoriales y represivos como El Salvador, Guatemala, Argentina, Chile y Uruguay. El ex-presidente fustigó los "recientes anuncios de grandes ventas de armas que están sirviendo, desafortunadamente, para restaurar nuestra antigua reputación como el mercader de armas del mundo".¹²

Sin embargo, frente al endeble idealismo carteriano, se imponen las realidades de la política de poder imperial actualmente

¹¹ *Ibid.*

¹² *The New York Times* (9 de julio de 1981).

representado en Washington por el pragmatismo conservador de Reagan. El 9 de julio de 1981 se dio a conocer la nueva política presidencial sobre la venta de armamentos. Esa política estaría regida por el principio de "utilizar la transferencia de armas como una herramienta de la política exterior" de los Estados Unidos. Y como una respuesta indirecta al idealismo de Carter precisaban los portavoces de la nueva Administración: "Trataremos al mundo como es, no como nos gustaría que fuese".¹³

En este punto convendría señalar el verbalismo agresivo en la esfera internacional que exhibe la Administración Reagan a través del propio presidente y de sus dos principales colaboradores, Alexander M. Haig, secretario de Estado, y Caspar W. Weinberger, secretario de Defensa, quienes no cesan de hacer declaraciones belicosas y altisonantes. Habría que interpretar esa actitud de "dureza" como un intento deliberado de cultivar el ambiente de confrontación entre los bloques político-militares para mantener la tensión internacional y el clima de guerra fría. Enfrentado el mundo capitalista a una crisis profunda de la que no se libran, ni mucho menos, los Estados Unidos, el mantenimiento de la tensión sirve para justificar la política armamentista y la necesidad de incrementar los gastos militares, invocando el peligro de la "agresión soviética". De esa manera se piensa lograr que los sectores más modestos de la población acepten los sacrificios que impondrá la restricción de fondos dedicados a los programas de finalidad social.

La intensidad de las tendencias derechistas y de neoconservadurismo social que arropan actualmente a los Estados Unidos pueden percibirse con claridad nada menos que a través de las denuncias del senador Barry Goldwater. El viejo adalid conservador se ha visto en la necesidad de alertar al pueblo norteamericano sobre los peligros que representa la llamada "nueva derecha" y organizaciones ultraconservadoras como "Mayoría Moral", verdadero conglomerado de elementos reaccionarios y clerical-autoritarios.

En cuanto a la vertiente internacional, el cultivo de una estrategia de tensión por parte de la Administración Reagan está lo suficiente clara en sus objetivos. Esa estrategia persigue indudablemente coaccionar a los gobiernos de los países integrados en la Alianza Atlántica para que incrementen sus presupuestos militares y se alinien más estrechamente con las directrices marcadas por los Estados Unidos. Pero también para que accedan al estacionamiento en sus respectivos territorios del armamento nuclear norteamericano y muy especialmente los misiles de mediano alcance.

¹³ *The New York Times* (10 de julio de 1981).

Lo que muy propiamente podría denominarse "fiebre militarista" o "locura armamentista", tiene una excusa o justificación muy generalizada desde la perspectiva norteamericana: *El fortalecimiento militar soviético*. Según los estrategas y políticos norteamericanos, esa es la causa fundamental de la actual escalada armamentista. Y lo cierto es que ninguno de los bloques político-militares, ante el regocijo inconsciente de los "señores de la guerra", quiere quedarse atrás en esta desenfundada carrera para la destrucción. Cada bloque esgrime sus "razones" de cara a la galería internacional, en un patético diálogo de sordos, mientras se lanzan a una verdadera orgía militarista.

Visto el espectáculo desde una perspectiva internacionalista y crítica, al margen de los bloques, parecen muy oportunas las palabras de Martin Ryle, profesor de Física en la Universidad de Cambridge (Inglaterra). Refiriéndose a los riesgos de conflicto que representa el creciente armamentismo y sus previsibles consecuencias catastróficas para Europa ha escrito Ryle: "Quienquiera que sea el agresor, las armas de medio alcance y 'teatro móvil' asegurarán la destrucción de cualquier nación europea que mantenga armas nucleares".¹⁴

Esas son las razones del creciente clamor de la opinión pública mundial contra el armamentismo atómico, que se deja sentir principalmente en los países más desarrollados y presiona a los gobernantes hacia la búsqueda de negociaciones encaminadas al desarme o por lo menos la limitación de las armas nucleares. Por otra parte, los gobernantes, concededores de la pavorosa capacidad de destrucción mutua que han amasado las superpotencias, tratan de reorientar sus planteamientos estratégicos, al tiempo que pretenden atender la inquietud universal en pro de la desnuclearización. Enmarcados en ese contexto es que surgieron los inconclusos acuerdos SALT (Strategic Arms Limitations Treaty).

Sin embargo, las superpotencias son muy reacias a desmontar su maquinaria bélica por temor a perder la supremacía militar y con ello el poderío mundial a través de la hegemonía de los bloques. Por esa razón, el trunco tratado SALT II, firmado en 1979 por la Unión Soviética y los Estados Unidos pero congelado por el Senado norteamericano que se negó a ratificarlo debido a

¹⁴ *The Guardian Weekly*, vol. 124, núm. 21 (24 de mayo de 1981). Véanse también los libros del propio Ryle, *Towards the Nuclear Holocaust* (Londres, Renard Press, 1981); Robert Aldrige, *The Counterforce Syndrome: A Guide to Nuclear Weapons and Strategic Doctrine* (Washington, Institute of Policy Studies, 1978) y René Cagnat y otros, *Euroshima* (París, Media, 1979).

la intervención soviética en Afganistán, puede considerarse como una cortina de humo de cara a la opinión pública mundial. Si se analiza la cuestión desde una perspectiva crítica y realista, podría verse el SALT II y sus dificultades como un mecanismo diversionario de los Estados Unidos para ganar tiempo mientras el aparato político-militar norteamericano replanteaba y ponía en marcha una nueva estrategia belicista.

Esta nueva estrategia se basa en los avances de la tecnología militar norteamericana y tiene como pivote fundamental las enormes posibilidades que ofrecen los misiles de crucero. El ambicioso programa de misiles que ha sido elaborado en los Estados Unidos, se dice que responde a los nuevos enfoques que definen la estrategia militar básica de la Administración republicana encabezada por Ronald Reagan. Esa estrategia exige al parecer la preparación para una guerra larga y convencional contra la Unión Soviética en todo el mundo. Por lo tanto, se ha ordenado a los servicios militares norteamericanos la búsqueda de armas que puedan aprovechar la superioridad técnica de los Estados Unidos sobre la Unión Soviética. Con arreglo a esa nueva estrategia, que podría ser una nueva versión del "jugar con fuego", gran número de los misiles de crucero destinados a ataques tácticos portarán armamento convencional, en vez de cabezas atómicas (warheads). Este armamento suplementará los 3,418 misiles de crucero nucleares que llevarán en 1987 los bombarderos aéreos B-52 y los 464 misiles de medio alcance con carga nuclear que se estacionarán en Europa occidental a partir de 1983. Además, otros 96 misiles de crucero basados en tierra serán mantenidos en reserva en los Estados Unidos.¹⁵

En medio de este clima de creciente tensión internacional y de acelerada carrera armamentista se anunció la decisión adoptada por el presidente norteamericano Ronald Reagan el 6 de agosto de 1981 de ordenar la producción y ensamblaje de bombas neutrónicas. Esto ocurría cuando los Estados Unidos, según escribió Walter Pincus en *The Washington Post*, ya se hallaban embarcados "en el mayor programa de construcción de armas nucleares de su historia", lo que incluye un nuevo misil Trident I lanzado desde submarinos; una nueva cabeza nuclear para el Minuteman III; nuevas bombas nucleares tácticas y estratégicas; un nuevo misil crucero de largo alcance lanzado desde el aire, y planes para el propuesto misil "MX". Como es sabido, la bomba neutrónica está diseñada para producir mucha más radiación y menor explosión y calor que otras armas nucleares tácticas, de manera que aniquila a los seres humanos sin causar daños severos a los edi-

¹⁵ *The New York Times* (13 de julio de 1981).

ficios y otras estructuras. Por eso alguien la ha bautizado como la bomba "supercapitalista".

El presidente Reagan ordenó que las bombas neutrónicas fuesen almacenadas en los Estados Unidos. Pero los especialistas, tanto norteamericanos como europeos, han señalado que el único terreno realmente adecuado para el uso de esas armas de elevada radiación es el teatro europeo. Por lo tanto se estima que la decisión de producirlas llevará casi automáticamente a la decisión de desplegarlas en Europa Occidental. Eso a pesar de las consabidas consultas previas a los aliados europeos de la OTAN.

Por todo ello se puede concluir que la decisión de producir la bomba de neutrones, dentro del actual contexto de escalada armamentista, no hará otra cosa que exacerbar el ambiente de guerra fría y aumentar las posibilidades de guerra nuclear. Resulta trágico que mientras los pueblos de todo el mundo se sienten coaccionados por el chantaje del terror atómico, las superpotencias se siguen armando hasta los dientes. Sólo la incontenible presión de la opinión pública mundial podrá frenar la carrera armamentista.

LA UNIVERSIDAD EN AMÉRICA LATINA

por Julio VILLAR TORRENTE

1. *La universidad en América Latina*

LA universidad ha sido un baluarte en la defensa de la democracia en América Latina, sin embargo, no se ha articulado bien, en la mayoría de los casos, con la sociedad y la producción. Esta falta de articulación ha debilitado a la universidad como actor social, no pudiendo evitar en muchos casos, ser avasallada por los sectores reaccionarios y antidemocráticos.

1.a *El marco histórico*

EN lo que hace a América Latina, el modelo impuesto por España era el de una potencia imperial. Política educativa que, correcta durante el periodo colonial para la Metrópoli, en cambio, no sería adecuada para las necesidades americanas.

El espíritu modernizador de la ilustración tuvo efectos positivos, si bien, encaminada a formar una élite dirigente y la centralización cultural y educativa. Las influencias de la ideología francesa e italiana fueron también renovadores.

Dice Georgio Weiberg en el artículo *Modelos educativos en el desarrollo histórico de América Latina*: "En la nueva clase dirigente que se estaba formando hay que señalar, sin embargo, la perduración predominante de ideas de la Ilustración, cuyo modelo se enriquece con algunas innovaciones muy significativas, particularmente por el añadido de una nueva vibración política, expresada sobre todo por la sustitución del ideal del súbdito fiel por la del ciudadano activo".¹

Aunque por momentos pueda parecernos ingenua su actitud, ella responde a los nuevos principios incorporados. Así, se trata de estimular la participación de todo el pueblo en el quehacer educacional; se manda imprimir obras de avanzado espíritu político,

¹ Weiberg, Georgio. *Modelos educativos en el desarrollo histórico de América Latina*, revista *Perspectivas de UNESCO*. Vol. VIII, núm. 3, 1978.

aunque pedagógicamente discutibles, como la versión realizada por Mariano Moreno del Contrato Social o Principios de Derecho Político, de Juan Jacobo Rousseau, o cartillas sobre derechos y deberes de los ciudadanos, todo ello para formar a las nuevas generaciones: se intenta extirpar los castigos corporales de las escuelas; se alienta la preocupación por la enseñanza de la mujer o de los indios, etc. Hay en todo esto un estilo renovado que se asienta ahora sobre ideas de igualdad, libertad, justicia, tal como las entendían los distintos grupos, que abarcaban un amplio espectro desde los llamados jacobinos a los moderados: el tema de la educación y de la cultura estaba a la orden del día.

"La incorporación de las dimensiones políticas, con sus efectos movilizadores, convierte al nuevo modelo en un hecho cualitativamente diferente por la amplitud de sus planteamientos y la profundidad que pretende alcanzar".²

Sigue, entonces, el periodo independentista y la vinculación de la economía latinoamericana a los mercados internacionales se caracteriza por la prioridad a la creación del Estado, entre cuyas condiciones mínimas estará el monopolio de la fuerza y una estructura administrativa elemental, proceso que irá acompañado por la exclusión de las masas populares de las decisiones políticas, fenómenos éstos que explican de alguna manera la baja prioridad atribuida a la educación.

Pero pronto también comenzarán a advertirse síntomas indicadores de una redefinición de fuerzas. Así, los tradicionales grupos de espíritu conservador (otrora vinculados al Estado, su administración y su burocracia, pero sobre todo a una economía y una sociedad basadas en la hacienda y la plantación) tratan de recuperar posiciones. Y frente a ellos, los liberales renovadores, por su parte, con programas opuestos. Parecería aventurado arriesgar una generalización que afirmase el franco predominio de algunos de esos grupos sobre los otros, cuyo poder por momentos era bastante similar. Además, y por diversas razones, las corrientes liberales y conservadoras adquirieron en el nuevo mundo un contenido y características diferentes de las que poseían en Europa.

Ambos, liberales y conservadores, pretenderán tener la capacidad y la clave para restablecer el orden constituido, que de eso se trata en el fondo. Ahora bien, parece necesario destacar que, en ciertos casos, la oposición que mantiene ante la Iglesia o frente a la

² Weiberg, Georgio en el artículo: *Modelos educativos en el desarrollo histórico de América Latina*, revista *Perspectivas de UNESCO*. Vol. VIII, núm. 3, 1978.

secularización, pero ya no lo es tanto con referencia a otros problemas. Además, importa su diferente actitud frente al Estado.

Sin pretender caracterizarlos recurriendo a una fórmula simplista podría decirse que, por lo que concierne a este momento, los liberales, por los intereses que expresaban y su filiación ideológica, se pretendían renovadores al par que secularizadores, vale decir adoptaban una posición que los llevaba a un enfrentamiento con el poder político y económico que conservaba la Iglesia y pretendía reducir la influencia del clero en el campo educativo. Los conservadores, en cambio, alegaban que la Iglesia era un factor importante para mantener o restablecer el orden. Pero más que caracterizaciones genéricas parece pertinente descubrir de qué manera esas corrientes se insertan en la realidad, tratan de modificarla en función de su proyecto o modelo. La complejidad del proceso y la diversidad de características que adquiere en cada país dificultan su caracterización global, ya que fueron muy diversas las respuestas intentadas para la formación de las élites dirigentes de la nueva sociedad.

El positivismo recala en América junto con la revolución industrial, que producía manufacturas en cantidades crecientes, requería materias primas y alimentos, en el viejo mundo se modificaban los hábitos de vida y consumo. Todo esto traerá aparejados consecuencias insospechadas para los países latinoamericanos, que se irán incorporando en la medida de su capacidad exportadora al mercado internacional tanto como productores o como consumidores, pero no por ello se industrializarán necesariamente, como se suponía con ligereza, pues las relaciones internacionales adquirirán otro sentido estableciendo desigualdades y retrasos.

Las propuestas educativas del positivismo podrían resumirse mencionando sus intentos de racionalizar la sociedad con la introducción del método científico, su esfuerzo por crear el consenso en favor del modelo postulado, es decir, que por medio del crecimiento económico se alcanzaría la felicidad colectiva.

1.b La universidad a partir de los procesos de reforma

Es importante ver cómo se pensó a sí misma la universidad durante los años que separan a los procesos reformistas cuyo primer antecedente es el manifiesto de Córdoba en 1918 y la actualidad.

El proceso de la reforma se inscribe en el cambio necesario por el desarrollo generado por la revolución industrial, las ideas

de la revolución francesa y la caducidad de la vieja universidad colonial.

Así, en Argentina un gobierno radical representante de las clases medias en ascenso, surgido de la mayor expresión de la voluntad popular hasta entonces, liberal y laico, gobernaba el país desde 1916. La ruptura del reducto oligárquico de la Universidad de Córdoba por los estudiantes contó con su apoyo. El gobierno no fomentó la crisis pero una vez generada la fue apoyando y alentando cautelosamente. Transcribimos el documento que se reconoce como "el Manifiesto Liminar" de la reforma universitaria, redactado por Deodoro Roca, bajo el título de:

La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica

"Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.

La rebeldía estalla ahora en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de mayo. Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y —lo que es peor aún— el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las sociedades decadentes, que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Cuando en un raptó fugaz abre sus puertas a los espíritus es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto. Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocrizar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria.

Nuestro régimen universitario —aún el más reciente— es anacrónico. Está fundado sobre una especie de derecho divino: el derecho divino del profesorado universitario. Se crea a sí mismo. En él nace y en él muere. Mantiene un alejamiento olímpico. La Federación

Universitaria de Córdoba, se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el *demos* universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes. El concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la sustancia misma de los estudios. La autoridad, en un hogar de estudiantes, no se ejerce mandando, sino sugiriendo y amando".

Este es uno de los primeros manifiestos de la reforma. Fue publicado en Córdoba, el 21 de junio de 1918, en una edición extraordinaria de La Gaceta Universitaria, órgano de los estudiantes y repartido profusamente en toda América, especialmente en las ciudades universitarias del país, Perú, Chile y Uruguay. Fue dirigido como expresa su dedicatoria "A los hombres libres de Sudamérica", y en adelante se le reconoció como el "Manifiesto liminar" de la reforma universitaria. Fue redactado por Deodoro Roca.

Hemos considerado importante hacer esta transcripción por la proyección continental y la influencia que tuvo en los años posteriores, hasta terminada la Segunda Guerra Mundial y en algunos países hasta hoy, en las universidades latinoamericanas y a veces en el quehacer político. La ideología reformista, si bien sólo en su caso, se transformó en partido político (el APRA en Perú con el liderazgo de Haya de la Torre), formó los cuadros políticos, que no siempre con la misma ideología liderearon y desarrollaron en América Latina.

Los matices ideológicos fueron, desde el liberalismo, el nacionalismo popular, hasta el socialismo. Las distintas posturas dependieron de condiciones socio-políticas concretas en los distintos países, siempre con una concepción democrática.

De hecho, la reforma respondía tanto a las ideas que venían de la vieja Europa como los cambios, que como señalamos antes, se producían en la nueva división internacional del trabajo en el mundo y en especial en América.

En los años posteriores a la Segunda Guerra, los hombres que adhirieron el paradigma de la "Reforma", siguieron considerando a la universidad como el reducto de elaboración teórica de los conceptos éticos y morales.

De hecho, la universidad se constituye en la "isla del saber", la "ética" y la "moral". Con este ideario, la universidad se encerró en sí misma, juzgó desde el olimpo al país real en sus defectos y verdades, no hizo de hecho, nada por esos nobles ideales que pregona, sirviendo al "cientificismo" y al "desarrollismo".

En cuanto a la demanda de cuadros técnicos de nuevas disciplinas, fue más bien la demanda que las empresas transnacionales venían haciendo desde la década anterior y se incrementó con el proyecto desarrollista.

En la Argentina, Brasil, México, Venezuela y Chile y en menor grado Uruguay y Perú, a partir de la guerra, las empresas tanto nacionales como extranjeras comenzaron a utilizar personal nativo en la operación y aún en la dirección general, lo cual significó una demanda creciente de profesionales con grandes posibilidades de ascenso social.

La universidad fue dotada de una serie de carreras y equipada con medios técnicos a través del apoyo que a las mismas otorgaban las fundaciones norteamericanas. Esta nueva mistificación de la cultura universitaria generaba una cultura "científica" por cierto alejada a la vez de la tradición humanística europea y de los intereses nacionales, el manejo democrático interno daba una falsa idea respondiendo a los intereses que describe Baran y P. Sweezy en beneficio de los EE.UU. "lo que hoy suplementa el interés de preservar el status que es la creciente preocupación por satisfacer los urgentes requerimientos de los complejos militares y corporativos que dominan la sociedad norteamericana. Estos requerimientos no traen aparejada una educación más racional y humanista del pueblo, sino que por el contrario, militan contra ella. Necesitan, en cambio, una oferta adecuada del personal técnico calificado, además de una cantidad satisfactoria de científicos de primera línea. Para asegurar el logro de ambos objetivos no hace falta educar a las masas, todo lo que se necesita organizar es el entrenamiento apropiado de la promisoría minoría con alto coeficiente de inteligencia".³

Mario Wschebor dice al respecto: "Esta experiencia interna se ha ido volcando fuera de los EE.UU., acompañando el aumento del volumen de las inversiones norteamericanas y la dependencia progresiva del exterior de la economía de las corporaciones norteamericanas en diversos aspectos. La actividad de los monopolios norteamericanos fuera de fronteras persigue, con respecto a las universidades, tres objetivos principales, satisfacer la demanda de mano de obra calificada que reclaman sus inversiones y adecuar el tipo de enseñanza al tipo de tecnologías que ellas mismas requieren, realizar los recursos naturales y las investigaciones de mercado que les permitan racionalizar su cálculo económico y crear las condiciones para poder trasladar a los EE.UU. al mejor

³ Baran, P. y Sweezy P. *Monopoly Capital*, op. cit., págs. 331-332.

personal o alternativamente, hacer que la actividad científica correspondiente se desarrolle localmente".⁴

En el mismo marco se inscribe la propuesta de Rudolph P. Atcon (experto de la UNESCO que reestructura la Universidad de Concepción, Chile), quien habla de realizar reformas sociales en la América Latina, mediante una reforma universitaria "dirigida", asume así el espíritu de la universidad alemana positivista e ignora las culturas sobre las cuales se implanta una universidad "tecnocrática". Para él la reforma social es una "función de la reforma universitaria dirigida".⁵

Atcon, además, organizó la reforma administrativa en las universidades brasileñas con las siguientes características:

- 1) Legalmente independiente y privada.
- 2) Financiada por donativos anuales del Estado.
- 3) Sin control estatal.
- 4) Políticamente neutral.

Señala que "nuestros valores y nuestras instituciones están amenazadas y tienen que adaptarse al cambio y a la evolución si quieren sobrevivir en el nuevo orden".

Está claro que para este representante de los intereses imperiales, adaptarse al nuevo orden no es otra cosa que servir a los designios de los EE.UU. por lo cual la mentalidad política es la conservación del status que de la dependencia y la ideología. Evitar que las universidades sean foros de discusión ideológica y política.

Thomas J. Watson, Presidente de la IBM en "Big Corporations for Big Problems" dice:

"La solución del problema básico del 'foso educacional' puede muy bien estar, en gran parte, en la organización de universidades multinacionales. Universidades que:

- 1o. Tengan financiación internacional.
- 2o. Tenga un cuerpo docente efectivamente internacional representando las excelencias profesionales de un grupo de países.
- 3o. Tengan auditorio internacional en el cual los estudiantes de una variedad de orígenes puedan ver y oír a profesores

⁴ Wschebor, Mario. *Imperialismo y Universidades en América Latina*. Editorial Diógenes, S. A. México, 1979.

⁵ Acton P. Rudolph. *La Universidad Latinoamericana propuesta para un enfoque integral de desarrollo social y educación en América Latina*. Editora Eco. Revista de la Cultura de Occidente. Bogotá, Colombia.

de diversos países a través de comunicaciones electrónicas trascontinentales.

40. Tengan laboratorios internacionales, en los cuales los estudiantes de distintos países puedan simultáneamente trabajar y pensar acerca de un experimento científico.
50. Tengan depósitos de información internacionales. Información que puede ser enviada de un país a otro y de un continente a otro a velocidades electrónicas".

Qué interesante sería tener, con el viejo espíritu latinoamericano de la Reforma, una universidad internacional antiimperialista y democrática como contrapuesta a la de Watson.

Desde una postura ideológica diferente dice Darcy Ribeiro: "La más alta responsabilidad de la universidad se centra en el ejercicio de funciones de órgano de creatividad cultural y científica, y de concientización y crítica de la sociedad. Satisfacer los requisitos indispensables al buen cumplimiento de estas funciones es tarea altamente exigente para cualquier universidad, pero de manera muy particular, para las universidades de las naciones subdesarrolladas. Es decir, precisamente allí donde esto es más necesario y más difícil".⁶

Vemos que perdura el carácter directriz de la universidad cuando dice: "Funciones de órgano de creatividad", "concientización y crítica" tarea altamente exigente.

No queremos señalar que estas no deben ser funciones de la universidad, lo que nos interesa es que estos conceptos, sin estar inmersos en la sociedad real articulados con el sistema, resultan vacíos de contenido y de hecho llevan a un sistema "débil" y no fuerte como se pretende, a partir de imponer que el poder de la "unidad" académica, a partir de conceptos "éticos", es superior al poder de la "verdad" pragmática de la política que para Hegel era "el sumo de la filosofía por ser la praxis". De hecho, los políticos sospechan de los intelectuales envueltos en conceptos, pero en una gran soledad y los intelectuales de los políticos, a quienes ven como oportunistas sin ética, que al despreciar sus "claros conceptos" rechazan la oportunidad histórica de crear un país según el modelo teórico que ellos diseñan. El resultado es que la relación de poder hace débil e inconexa a la universidad, frente a los intereses imperialistas.

De hecho, sólo en los momentos de crisis (en el sentido etimológico, busca de nuevas opciones), la universidad ha partici-

⁶ Ribeiro, Darcy. *La universidad nueva un proyecto*. Editorial Ciencia Nueva, 1973. Buenos Aires, pág. 39.

pado y se ha confundido con los hechos políticos y sociales. Así fue en Venezuela con la caída de Pérez Jiménez. También en Argentina, en 1973 surge por elecciones democráticas un gobierno popular, la universidad entra automáticamente en crisis, no sólo la de Buenos Aires, sino todas las del país. La dictadura militar había impedido toda discusión ideológica y política, tanto en lo que hacía a los fines de la universidad, como al quehacer social (con las características conocidas: que son los pretorianos quienes piensan y diseñan la sociedad) como en la realidad, esto es sólo verdad a nivel del discurso y la represión, la sociedad real por subterráneos vericuetos, sigue caminos incontrolables que termina por estallar. Así, la universidad asombró a propios y extraños por el nivel de rechazo con que condenó al sistema educativo imperante. Definida a sí misma en tono crítico como "isla del saber por el saber en sí", inmersa en una lógica autosostenida, al contacto con el país real la hizo detonar, quienes no habían tenido la posibilidad (docente y alumnos), de discutir y analizar tanto los fines como las formas de hacer de la universidad un medio no de "dirigir" sino de apoyo al medio social, sólo tenían claro que en los últimos años no sólo no había creado cuadros para lograr el desarrollo autónomo del país, sino que había fabricado "tecnócratas" para consolidar la dependencia cultural, política y económica.

La búsqueda de un nuevo orden creador no puede salir del viejo "castrador" y "elitista", la crisis sólo podría resolverse a través de la ruptura y esta no puede ser cristalina y perfecta. La búsqueda de los nuevos fines debería hacerse en una libertad total con los riesgos que esto trae de oportunismos y abusos, además de luchas políticas por la lógica de la dinámica del proceso que seguía todo el sistema social y político del país y que alcanzaba a la universidad, que tenía claro que se quería "sentir inmersa" en la marea de los cambios, no ya en carácter "directriz", sino como parte del todo.

Jamás grado de libertad ideológicos y académicos fueron expresados como en ese periodo sin restricciones de ninguna índole. Si el proceso político progresista democrático y revolucionario se hubiera estabilizado, la universidad lo hubiera hecho con él.

La experiencia fue dramática y represivamente frustrada, pero desde el punto de vista de la tesis de este trabajo sobre la "debilidad" real del sistema educativo, el caso de la Universidad Argentina, reconocida como de las de mayor nivel del área, es un claro ejemplo.

Aristóteles en *La Política*, decía: "pero en todas las cosas que he mencionado, la que más contribuye a la estabilidad de las cons-

tituciones es la adaptación de la educación a la forma de gobierno". Las mejores leyes, aun cuando sean sancionadas por cada uno de los ciudadanos del Estado, de nada servirán si no se educa a los jóvenes mediante el hábito y la instrucción en el espíritu de la Constitución, democráticamente".

Manifestaciones parciales de la crisis

HEMOS señalado antes el marco ideológico, político cultural y social en que se ha desarrollado la universidad de América Latina; la crisis, sin embargo, se manifiesta más que en un cuestionamiento global, como el que hemos señalado, en problemas parciales a los cuales se les atribuyen todos los males. Señalaremos los más discutidos:

a) *La autonomía universitaria*

ESTE tema ha tenido problemas y discusiones en los ámbitos académicos y del Estado, la reforma universitaria ha sido una lucha por la modernidad, pero a veces se ha confundido reforma con autonomía, a esto se agrega que los enemigos de la autonomía han sido en la mayoría de los casos, los gobiernos reaccionarios, lo cual ha hecho alinear en el otro frente, a todos los sectores progresistas. Sin embargo, es necesario reconocer que la autonomía no conduce a que la universidad cumpla con eficiencia el rol que el Estado y el pueblo de la Nación requieren de ella y facilita el aislamiento elitista que son tan propensos los intelectuales y científicos. Es necesario, además, no confundir como se hace a veces, autonomía con libertad académica, esta última debe lograrse como una conquista del desarrollo de la sociedad y no como un baluarte de la "torre de cristal" que pueda lograrse a través de la autonomía.

El profesor uruguayo Antonio M. Grompone, sostiene que "la misión de la universidad es realizar la enseñanza y la investigación superior: La forma de organización y las exigencias económicas son medios subordinados a aquella finalidad: y más adelante agrega "la reclamación de autonomía se vincula a la función, y no es nunca un derecho ilimitado sino exclusivamente para el cumplimiento del cometido designado".⁷

⁷ Grompone, Antonio M. *Universidad Oficial y Universidad Viva*. Cuadernos de sociología. Biblioteca de Ensayos Sociológicos. Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Nacional. México, pág. 145.

Esta posición de equilibrio está lejos de complacer a muchos teóricos de la autonomía, que en el aislamiento universitario cifran predominio y canonicas, cuando no arrogantes o despreocupado desentendimiento de lo que otros hacen para realizar e integrar la Nación.

b) *El problema académico*

EL problema académico ha sido un permanente reclamo en los medios universitarios, pero bajo una concepción "cientificista" y no podría ser de otra manera, porque nadie se planteaba hasta esta década si el modelo de desarrollo surgido de la revolución industrial era o no válido para solucionar los problemas del conjunto de la humanidad. Por lo tanto, adoptar los "sistemas curriculares", de los países desarrollados, era lo lógico en este marco. El hecho de que estos sistemas no dieran respuestas a las necesidades de los países en vía de desarrollo, no se analiza como una inadecuación de dichos sistemas tanto académicos como científico-tecnológicos a nuestros medios reales, sino al no haber llegado los medios de producción, así como la capacidad de la mano de obra, a "acoplarse" a un nivel aceptable al ansiado camino del desarrollo indefinido. Es decir, por un supuesto totalmente abstracto y sin fundamento científico, el sistema teórico y la realidad, se encontrarían en el camino y habríamos hallado la solución.

Para nosotros el problema "académico", no es simplemente un problema de cantidad y calidad docente, sino mucho más profundo hace al curriculum académico y la relación entre este curriculum académico y el "acople" con el sistema productivo, lo cual determina el éxito o el fracaso del sistema educativo.

En México se produjo un "acople" del sistema educativo y el sistema productivo, fue durante el Cardenismo, y al IPN le cupo un rol protagónico, no es por lo demás casual, que vivamos añorando esa época brillante de esa institución en la cual a pesar de su mocedad, respondió formando cuadros técnicos que dieron respuesta no sólo a las tecnologías petroleras, sino al cúmulo de demandas técnicas que trajo la Segunda Guerra Mundial, ante la imposibilidad de adquirir equipos del exterior, lo que hizo necesario hacerlos y repararlos (optimización), lo cual trajo un gran progreso tecnológico.

En esta etapa reiteramos, la educación técnica, además de ser puesta al alcance de todos, respondió a las necesidades reales de los medios de producción, no debemos perder entonces la claridad

de esa añorada época de oro del IPN, no se debe solamente al nacionalismo y la clarividencia de su fundador, sino además, y fundamentalmente a la "viabilidad del proyecto".

Las épocas posteriores del "desarrollismo" que se impusieron, no sólo económicamente sino ideológicamente por toda América y los países en vías de desarrollo de otros continentes, arrastró consecuentemente los modelos educativos a ese modelo de desarrollo hoy definitivamente inviable. Por lo tanto son irreales, utópicos y frustrantes los "currículum académicos", o bien sólo sirven a los intereses de las empresas transnacionales.

c) *El crecimiento y el nivel*

PARA Portantiero, "hoy en día lo que está en crisis es precisamente esa función de asignadora de recursos humanos calificados que tenía que cumplir la universidad; ya no forma sino una fuerza de trabajo cuya profesionalidad se desvaloriza en el marco de los actuales patrones de ocupación del capitalismo dependiente.

"Este proceso ha sido ya exhaustivamente estudiado como soporte estructural de la rebelión estudiantil en los países centrales que estalla a finales de los sesenta.

"Se trata de la crisis de la imagen promocional de la enseñanza que veía a cada uno de los niveles de la instrucción como escalones de sucesivos ascensos sociales y del proceso de devaluación del diploma como pasaporte de movilidad ascendente.

"La modificación de la universidad implicó un triunfo en la democratización social impulsada por los movimientos reformistas. Pero al crear una oferta de fuerza de trabajo calificado superior a la demanda del sistema productivo (y crecientemente ineficaz para cumplir de manera adecuada con esas funciones dado el deterioro de la enseñanza), planteó una contradicción que el capitalismo no puede resolver".⁸

En los países en desarrollo, el asistir a la universidad, aun sin llegar a graduarse, pero sobre todo si se obtiene un grado, significa un gran avance para mejorar en la escala social, incluso independientemente de su propia disciplina.

Esto implica que la universidad de masas, a pesar de sus dificultades, es un beneficio para el conjunto del pueblo, y un progreso democrático.

⁸ Portantiero, Juan Carlos. *Estudiantes y Política en América Latina*. El proceso de la reforma universitaria 1918-1938. Siglo XXI editores, S. A., 1978.

En otro orden de cosas, el problema del nivel se puede hoy atacar de modo muy distinto a hace un tiempo. Los medios de que se dispone, bibliotecas, audiovisuales, fotocopias, etc., posibilita hoy al estudiante una autonomía en el grado de información que puede obtener, que hace de la clase magistral un elemento más en las posibilidades de acceder al conocimiento, pero no imprescindible.

De modo que es para nosotros, debido más bien a la falta de una adecuación de la universidad y niveles de orientación y concientización de los estudiantes, el bajo nivel que se señala siempre, más que al problema del tamaño alcanzado por las instituciones de enseñanza superior.

MARGINALIDAD Y DUALISMO: OBSTACULOS PARA UN NUEVO ORDEN INTERNACIONAL DEMOCRATICO

Por *Gerardo NAVAS DAVILA*

Introducción

DESDE que en 1974 la Asamblea General adoptó la declaración y el programa de acción para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI),¹ los avances experimentados han estado acompañados de estancamientos y retrocesos. Esta recalcitrante terquedad de la realidad reafirma las extraordinarias dificultades internas y externas a las naciones estados, con que se habrá de confrontar las aspiraciones de paz, progreso y solidaridad de la humanidad que guían a la declaración y a su programa de acción.

Dicha declaración provee las bases para la definición de un nuevo proyecto histórico, proyecto que en parte —como todo proyecto— constituye una visión sobre el futuro deseado y sobre el presente que se rechaza. La declaración, más que una imagen de la sociedad futura como aspiración colectiva, se limitó a plantear una convocatoria y a presentar medidas generales inmediatas para reformar aquello donde se sostenía la inequidad del orden. Como tal, constituyó sólo parcialmente un instrumento de movilización; le falta la imagen que sirva de atracción y fuerza cultural. De ahí la necesidad de formular los lineamientos generales de ese nuevo orden.

Un proyecto histórico debe contar también y reflejar un programa de acción, pero ese programa de acción debe sostenerse en una estrategia de cambio que reconozca los límites estructurales de esa realidad que se trata de superar y del "campo de lo posible"

¹ La declaración sobre los derechos y obligaciones de los estados, la persistencia de la OPEP, la independencia de las políticas nacionales, los esfuerzos de colaboración regional, las reivindicaciones nacionales, el Canal de Panamá, el proceso de liberación nicaragüense.

que nuevas situaciones coyunturales ofrecen, de manera que se facilite la superación de los límites.

Por ello, la "conformación de los grandes lineamientos" del futuro NOEI deseado debe reconocer etapas del proceso histórico a construirse. Debe reconocer, además, el conjunto finito y probable de posibilidades que el medio ambiente histórico y social previsible permite para cada etapa, por la propia terquedad de su lógica. Así será posible percibir los esfuerzos que requeriría la superación probable y posible de la situación.

La declaración pone énfasis en los términos y formas de los intercambios donde se sostiene, se reproduce y se desarrolla el orden existente. Sin embargo, los límites y obstáculos al establecimiento del NOEI y los intereses, legítimos e ilegítimos, pueden encontrarse en el ámbito de las relaciones internacionales así como en el interior de los estados nacionales, en el interior del sistema capitalista, así como al margen de ese sistema.

En el ámbito externo, es evidente la ausencia de compromisos con el proyecto por parte de los países hegemónicos capitalistas, así como de los socialistas, por variadas razones. Estos últimos no aceptan responsabilidad histórica por la situación. En ello basan su negativa a aportar y crear las condiciones económicas que faciliten la transición. Los primeros no parecen dar peso a la posibilidad de que su propia sobrevivencia esté amenazada por la reacción suicida y violenta a la inequidad y dominación que describe el orden económico y político internacional del presente. Pretenden por el contrario un reordenamiento más complejo de la división internacional del trabajo para hacerlo más funcional y eficiente.

En el establecimiento de la conformación de los grandes lineamientos y de los mecanismos que lo permiten tenemos que entender que realmente el nuestro es un mundo de proyectos en competencia y, al entenderlo así, proyectar acciones de manera de superar la "contrafinalidad" de la historia, en el sentido sartreano del término;² es decir, de manera de no terminar en un mundo imprevisto, ni por uno ni por los otros, como resultado de las externalidades de los proyectos y de la positividad y autonomía de sus resultados.

La viabilidad del proyecto NOEI se confronta así con proyectos alternos de reafirmación y desarrollo del orden existente: un "Tercer Mundo" de las transnacionales. La imagen de una incorporación creciente al campo de la transnacionales de los países en desarrollo y de un reordenamiento más complejo de la división internacional del trabajo que trasciende la mera división entre productos prima-

² Sartre, *Crítica de la Razón Dialéctica*, Lozada, 1961.

rios, productos industriales que atraviesa las naciones reafirmando la dualidad y marginalidad que caracteriza nuestras sociedades, no deja de ser un escenario probable alternativo al NOEI.

La constitución de lo que se ha dado por llamar la "factoría del mundo"³ que describe el proceso de fabricación transnacional de la industria tecnológica más adelantada y en crecimiento, estandarizada, fragmentada y desparramada por el mundo es reflejo de la nueva división del trabajo y de la nueva tecnología del transporte, de las comunicaciones, de la manufactura y de la movilidad del capital. A esta se articulan los países en desarrollo como plataformas de exportación: espacios totales o parciales del territorio nacional que se organiza al margen de la legislación obrera y social del resto de la nación, periféricamente como subcentros industriales. Estos son proyectos y realidades presentes alternos al proyecto del NOEI.

En la producción de los sectores en crecimiento, en los de alta tecnología correspondiente a las comunicaciones, la electrónica y la informática, se reordena la división internacional, manteniéndose sin embargo, en los anteriores centros, el control de la investigación tecnológica, de los productos que de ella se derivan y de los estilos de vida que así se determinan. A este orden se integran los países en desarrollo como productores parciales y explotados en las plataformas de exportación o, a través de las élites nacionales y las medias, como consumidores privilegiados. En esa reafirmación y reordenamiento de la división del trabajo pueden darse las bases para la dominación futura que proveerá el control centralizado de la información y de la definición de las necesidades. Ello requiere ser atendido no sólo mediante el desarrollo autónomo, sino mediante la competencia en el nivel más básico de las investigaciones tecnológicas y el desarrollo.⁴

³ Barnett, R. "A Reporter at Large; the World's Resources-III Human Energy" en *The New Yorker*, 7 de abril, 1978.

⁴ La baja integración económica interna, la limitación de estos mercados y el poco impacto que ha tenido los programas de integración regional sobre el producto son obstáculos que deben reconocerse, pues describen la propia situación que se intenta. El interés económico de sectores nacionales que a corto plazo son contrarios a una nueva integración surgen como nuevas bases, también dificulta la transición hacia el NOEI. J. Estevez y A. Puyana, "Regionalismo, Nacionalismo y NOEI", en *Estudios del Tercer Mundo*, Vol. 3, núm. 4, diciembre, 1980.

Marginalidad y dualismo: los obstáculos internos

Los obstáculos internos a un NOEI centrado en los pueblos son sólo en parte internos pues nacen del propio proceso de penetración que requiere ser superado.

La existencia de la sociedad como unidad definida por la estructura de clases y la marginalidad y a un mismo tiempo como dualidad; es decir, como coexistencia de dos sociedades dentro del "estado nacional", ha sido centro del debate en la caracterización de nuestras sociedades, que debe dar paso al reconocimiento de los obstáculos y posibilidades legítimas internas para que la concepción del NOEI sea en verdad centrado en el interés de los pueblos.

El paso progresivo de los estudios de la dependencia, centrados en el exterior y en lo económico a los estudios de las sociedades dependientes centrados en el interior y en lo político ha dado paso por este acercamiento adicional, al problema de los grupos étnicos culturales persistente en muchos de nuestros países y de lo que se ha llamado las sociedades desarticuladas.⁵ Sin embargo, el estudio de las sociedades desarticuladas —o de la "dualización de la dualidad"— recoge sólo en parte las diversidades de tipos y situaciones americanas y caribeñas, como antes las teorías sobre la dependencia sólo describían algunas de las naciones.

Las sociedades dependientes se caracterizan tanto por su dualidad como por su marginalidad, términos estos usados tradicionalmente de manera indistinta. La marginalidad como categoría fundamentalmente económica oscurecía la realidad de una dimensión cultural autóctona y reprimida; presumía de partida la pre-integración social y económica —nunca existente por el hecho básico de que nuestros estados nacionales existentes parten de la conquista— que desembocaba en una exclusión progresiva de grandes sectores de la sociedad o, por lo menos, se presumía la legitimidad de las políticas de integración —económica, social y cultural— de las poblaciones a la sociedad nacional dominante, allí donde se daban las posturas y consensos nacionales más progresistas.

La marginalidad

LA marginalidad es un término que tiene utilidad como categoría económica, y social en cierto sentido limitado; corresponde a los

⁵ Touraine, A. "Las Sociedades Desarticuladas" en Gerardo Navas, ed. *Crisis, Planificación y Desarrollo Social-Nacional*, EGP-UPRED, 1978, págs. 177-205. También: *Las Sociedades Dependientes*, Siglo XXI, 1978.

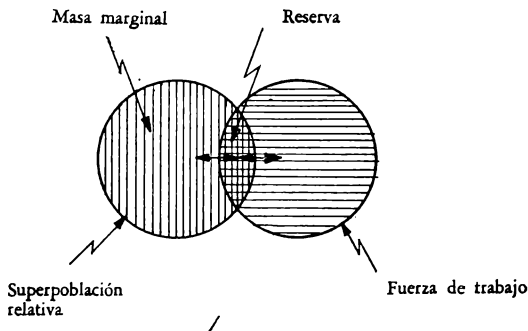
énfasis economicistas de las teorías de la dependencia que, como hemos señalado, explica sólo parte de la complejidad histórica, externa e interna de nuestros países. Los aclaraciones que hace José Nun⁶ sobre el término nos parecen ser de extraordinario valor y como tal debieron dejar salvado el asunto.

Para Nun, la sobrepoblación relativa está integrada por el "ejército industrial de reserva" y por la masa marginal. Los primeros son funcionales al sistema económico de producción y se incorporan o separan de la fuerza de trabajo (empleada o desempleada) según los ciclos de la economía, según la transformación de su tecnología o según la proporción en que se organicen los factores de la producción.

La masa marginal es el segundo componente de la sobrepoblación relativa. Esta ha perdido toda —o nunca tuvo— la probabilidad de ser integrada al sistema —ni como empleada ni aún como desempleada—. El diagrama 1 demuestra los conjuntos a que nos referimos.

DIAGRAMA 1

SOBREPOBLACION RELATIVA, EJERCITO INDUSTRIAL DE RESERVA Y MASA MARGINAL



⁶ J. Nun, "Sobrepoblación Relativa, Ejército Industrial de Reserva y Masa Marginal" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, V, núm. 2 (junio, 1969), págs. 178-223.

La manera en que los grupos étnicos —aquellos que en alguna etapa se incorporaron o tuvieron la probabilidad de incorporarse— se distribuyen entre las categorías económicas serán distintas para cada época y espacio nacional, pero tenderán a concentrarse en los grupos marginales y en la reserva. La distribución del ingreso y de las oportunidades que sujeta a la dominación se han definido —el pluralismo social que describe la sociología norteamericana— dependerá de los sistemas de redistribución y de las instituciones y políticas de reintegración nacional.

La condición de la marginalidad es condición de los pueblos que evidencian la dualidad nacional; pero no lo es todo, ni explica la dimensión diacrónica de su existencia: no puede ser marginal alguien quien nunca estuvo o tuvo la probabilidad de estar integrado.

La dualidad

PARA entender el sentido de la heterogeneidad interna, no deja de ser importante el propio desenvolvimiento económico, social e ideológico de los centros europeos y luego norteamericanos, ni la competencia entre ellos. Las formas y extensión de la penetración y conquista a que apunta Touraine para formular su tipología de la dualidad son también importantes, junto a las maneras en que se organizaba esa penetración; la diversidad de relaciones sociales que se producían en respuesta a un mismo modo de producción por razón de las particularidades con que se organizaba la explotación y las relaciones con el exterior y los consecuentes desenvolvimientos históricos internos y externos contribuyen, naturalmente, a explicar nuestra diversidad. Pero es también importante considerar la diversidad interna que encontraron los conquistadores y la divergencia que en ello se originó.

La dualidad es una categoría que responde al reconocimiento del hecho histórico de la conquista. Pero también de la pre-existencia y persistencia histórica de un o unos pueblos conquistados, pueblos que como tales contenían en su situación una realidad económica, social y cultural articulada y una particular cosmovisión universal a la cual se traducían los mensajes provenientes del exterior.

La discusión del término ha girado en torno a si en realidad son dos sociedades co-existiendo en un mismo espacio nacional o es sólo una sola sociedad desarticulada, en que las relaciones sociales y su reproducción está desarticulada de las relaciones de producción; es decir, aquellas no están determinadas por las relacio-

nes de producción y en consecuencia, donde las expresiones culturales se forman y reproducen por el ser más que el hacer, por la historia pasada o por las imágenes del futuro esperado más que por el presente y en ocasiones —y esto como llamado de cautela al paso de la sociedad dependiente de la sociedad periférica que parece ser el camino de varios países latinoamericanos— por el hombre como consumidor más que como productor.

Nos parece que hay de todo en la viña del Señor, y que la discusión no debe girar en torno a si son dos sociedades, o una sola sociedad desarticulada —aunque la distinción ha ayudado en el esclarecimiento de aspectos de la realidad concreta—. Eso no es lo importante. Lo importante para nosotros es reconocer que la realidad es más compleja y que lo que puede parecer un caso general es más bien uno específico. Desde el punto de vista del "NOEI Democrático Centrado en los Pueblos" nos importa reconocer la heterogeneidad de nuestras diversas experiencias y construir marcos taxonómicos más específicos que sirvan para dar cierto sentido científico y simbólico-cultural a la especificidad histórica y de manera de poder delimitar las necesidades e identidades de cada conjunto. Sólo así se podrán definir los elementos constitucionales y jurídicos que faciliten la transición centrada en la defensa del derecho de los pueblos.

Elementos del marco taxonómico del dualismo

LA fortaleza de las sociedades indígenas conquistadas *in situ* —como en México y toda la región andina— o su debilidad, como aquellas que recibieron el primer impacto y toda la fuerza de la experimentación genocida —como las de los Aruacos del Caribe—, o los que tuvieron la posibilidad de presentar un rechazo organizado a la dominación y la explotación —dado por las condiciones generales de la organización económica—⁷ o por los periodos de debilidades o de traspaso de la hegemonía del sistema exterior —como en Haití— constituyeron fuente de dispersión del proceso histórico que nace con la conquista y elementos a considerar.

No todas las sociedades dependientes son sociedades dualizadas de una misma manera. Aquellas que, como en Argentina, ofrecieron un espacio abierto y donde la penetración fue generalizada, difieren de las sociedades donde el espacio contenía una sociedad

⁷ Así se da ante una situación esclavista sociedades diversas en el Sur de los Estados Unidos y en el nordeste del Brasil y en algunos pueblos indígenas. Touraine, A., *op. cit.*

numerosa y organizada, o de aquellas en que la penetración fue de tipo enclave —características de la costa del Pacífico.

En la primera se da de inmediato una lógica interna de clases que domina el escenario, en secuencia, articuladas al capitalismo mercantilista liberal, monopolístico y transnacional. Allí no se manifiesta una dualidad socio-cultural evidente.

En el Caribe, la penetración y el genocidio fue total. El mestizaje limitado y la migración de Aruacos, arcaicos y Caribes a las tierras continentales, dejaron pocas huellas, que no fuera un lenguaje español salpicado de indigenismos; los nombres de regiones, pueblos, ríos y unos rasgos fisiológicos poco percibidos ya, por la ausencia de referencias a la genealogía del pueblo y por lo generalizado del cruce de las razas. La dimensión de una tradición culinaria acompaña en algo el legado indigenista de los indios del Caribe "aquellos que habitaron estas puertas del nuevo mundo no dejaron documentos para transmitir su asombro a la posteridad".⁸

Sin embargo, la dualidad puede observarse en la etnia y cultura oprimida del Caribe persistente y evidente en Haití, donde parece darse la más recalcitrante experiencia de opresión de América. En el fenómeno histórico de la cimarronería y de sus contrapartes en los palenques cubanos, los quilombos brasileños, los free village de Jamaica y los bush society de Guyana⁹ se da la reconstrucción histórica del hombre y cultura africana libre en sus proyectos de la contraplantación y las sociedades aldeanas.

Independientemente de lo parcial o generalizada de la penetración —distinción a la cual acertadamente apunta Touraine—,¹⁰ en la caracterización del dualismo clasificada en términos de las condiciones internas, existen dos posibles troncos taxonómicos. El Diagrama 2, en la página siguiente, resume la tipología así pensada.

La existencia de "grupos étnicos culturales que persisten" en nuestras realidades; que surgen, se retraen y resurgen, según sus posibilidades externas e internas es evidente. Son estos pueblos los que denominamos grupos étnicos culturales persistentes (GECP) y a la dualidad, "dualidad persistente" (DP). Otros grupos residuales se manifiestan como minorías o son casi imperceptibles en el conglomerado o en la cultura de la sociedad dominante. A esta vertiente le hemos denominado "Dualidad Residual" (DR).

Entre los pueblos, los grupos étnicos culturales persistentes (GECP), debemos hacer distinción de aquellos cuya conquista se da *in situ*; es decir, todos los pueblos andinos y los que aún per-

⁸ Casimir, J. *La Cultura Oprimida*, Nueva Imagen, 1981, pág. 205.

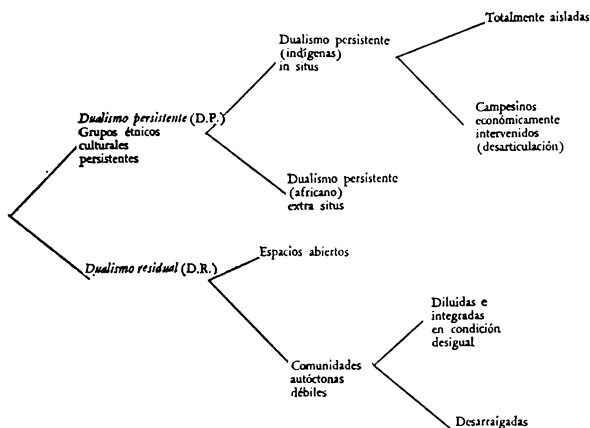
⁹ Casimir, *op. cit.*

¹⁰ Touraine, *op. cit.*

sisten en Centroamérica, México, Amazonas y los extremos sudamericanos. Aquellos persistentes con contactos intermitentes o totalmente aislados, o aquellos económicamente intervenidos, y los que mantienen modos de producción propios y se relacionan con el espacio nacional a través de los intermediarios —cholos o ladinos— papeles de comunicación con la economía y la sociedad dominante creados para responder a la necesidad.

DIAGRAMA 2

TAXONOMIA DE LA DUALIDAD CON ENFASIS EN LAS CONDICIONES INTERNAS



Debemos incluir también entre los GECP aquellos que reconstruyeron su autenticidad *extra situ* —los africanos en el norte de Suramérica, en Brasil, la Guyana, Jamaica y Haití.

La dualización residual (DR) ocurre en los grandes espacios abiertos, como en la Argentina, donde la penetración fue generalizada o donde los invasores encontraron comunidades autóctonas débiles donde la sociedad autóctona se mermó significativamente por la explotación y el genocidio perpetrado, por las migraciones a lugares más seguros, o por el cruce racial y la integración social y cultural que se desarrolla entre blancos, indios y negros durante

los siglos de relativo olvido en que queda el Caribe español durante la expansión posterior de la conquista al territorio continental.

Esta reafirmación ocurre también por la acción rebelde de los grupos indígenas que persisten en las plantaciones esclavistas del Caribe y que liderean la constitución de la contraplantación, de la cimarronería en Haití, por ejemplo.

Se da también en los espacios nacionales, en que encontramos los GECP. En estas situaciones, grupos provenientes de un mismo tronco han reaccionado de manera distinta a la conquista y a la penetración. Allí encontramos sub-conjuntos de indígenas, desarraigados de su propia historia y de la historia de los otros. Podemos identificar mestizos, mulatos e indígenas en esta condición de desarraigo. Aquí en la "dualidad residual desarraigada" (DRD), se da y convergen concretamente manifestaciones de la dualidad con manifestaciones de la marginalidad más extrema y dolorosa; sea esta en el espacio rural o sea esta en la vitrina del espacio urbano.

Por otro lado, se da el caso extremo y excepcional que apunta a un posible futuro, donde sociedades autóctonas son diluidas e integradas a la sociedad dominante y cuya dualidad se manifiesta sólo residualmente. Es ahí donde el ámbito de lo social tiene su más definitiva hegemonía definitiva, puesto que la marginalidad persistente por la incapacidad del sistema dependiente o periférico para incorporar a todos como productores, es acompañada por una integración cultural y una homogenización de las aspiraciones.

Ahí tenemos el caso de Puerto Rico donde sólo el 40% de la población no institucionalizada capaz de trabajar —que se ha mantenido en el país (tenemos por lo menos 2.000.000 de puertorriqueños en los Estados Unidos)— participa de la fuerza de trabajo y donde el desempleo asciende persistentemente al 20% y nunca, ni aún en las mejores épocas del desarrollo en los años '50 y '60 bajó del 10% o el 12%. Junto a esa marginalidad y heterogeneidad social co-existe una homogenización de las aspiraciones que los aparatos de la comunicación de masas y de los efectos demostrativos refuerzan.

En esta condición, la lógica del sistema controla, integra a algunos y margina a otros. A los que integra les priva de parte de su producto; a los que margina y somete al palio de las instituciones asistencialistas los mantiene en condición de dependencia, de logada o de mera subsistencia. A los marginales que el asistencialismo no alcanza se les mantiene en condición de total pauperización. Por encima de la heterogeneidad social, de la marginalidad, se promueve una homogenización de las aspiraciones. Así, el sistema

seduca y manipula mediante la promoción de unas aspiraciones de consumo sin posibilidad de ser satisfecha y la difusión de un mundo irreal que los medios de comunicación transmite. La dualidad socio-cultural persistente y las desigualdades y la pauperización confronta con su realismo la irrealidad y la seducción.¹¹

Allí donde parece darse la apertura, los estilos de desarrollo profesados para Chile entre otros, la población se debatirá deformada por una cultura afirmativa —en el concepto marcusiano en que se transmite lo bello, e irreal— entre aspiraciones irreales e inalcanzables y expectativas que divergen de las aspiraciones entre el escape personal de la locura y el retraimiento o la acción delictiva autoredistribuidora: es la experiencia adelantada de Puerto Rico.¹²

El Diagrama 3 resume la co-existencia de la marginalidad y el dualismo e identifica dos posibles configuraciones de las múltiples formas en que se pueden sobre imponer ambas realidades.

Como señalamos, la distribución de los grupos étnicos a través de las sub-categorías de la marginalidad se manifestará de forma distinta para cada país. Lo que nos interesa aquí es reafirmar la necesidad de que se incorporen los diversos grupos definidos en términos de sus identidades fundamentales; v.g., como clase, en su condición socio-económica; o como un grupo étnico-cultural, como minoría; o como pueblo. Sólo así, identificando los conjuntos y subconjuntos que definen la particular pluralidad de cada país se podrán delimitar las necesidades nacionales y sus prioridades.

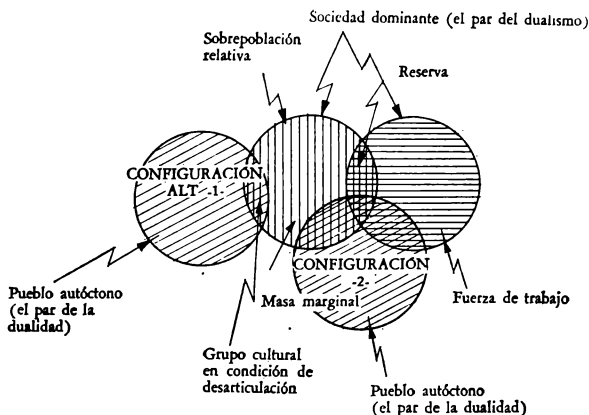
¹¹ Ver Gerardo Navas, "Surgimiento y Transformación del Partido Popular Democrático" en G. Navas, ed. *Cambio y Desarrollo en Puerto Rico*, EGP-UPRED, 1980.

¹² Véase el hecho interesante: mientras Cuba recibe diariamente millones de dólares de ayuda económica de la Unión Soviética, situación que se utiliza para describir una supuesta "dependencia" cubana, Puerto Rico recibe \$34 millones diarios aproximadamente. Estas transferencias contribuyeron con el 45% del PNB durante los últimos 5 años. Los pasados años, más del 60% de las familias subsistían con cupones de alimento.

¿Cómo se explica el resurgimiento generalizado en Puerto Rico de una identidad puertorriqueña y la formación de una conciencia nacional dentro de una situación de dependencia y capitalismo periférico de integración y homogenización cultural afirmativa y de marginalidad social? ¿Cuál ha sido la función del estado, la democratización de la educación y la movilidad social? ¿Qué aportación y sobre qué base han hecho a ello las diversas clases o grupos populares y las élites? La respuesta tenemos que planteárnosla seriamente. No sólo los puertorriqueños, sino todos los latinoamericanos porque abre posibilidades y reafirma el valor de la cultura en la forjación del futuro.

DIAGRAMA 3

MARGINALIDAD Y DUALIDAD



Ello es tarea compleja, que resta por hacer y que está fuera del alcance de este trabajo, aunque creo que está en el centro de la agenda del seminario.

Sólo nos limitaremos a apuntar algunos aspectos de esa agenda que debemos considerar.

El campo de lo posible y lo necesario para trascender la marginalidad y el dualismo

Los límites que de inmediato presenta la condición de sociedad dependiente no debe obscurecer el hecho de que a fin de cuenta, como en todo sistema, son los 1) cambios en la periferia los que provocarán cambios en el centro. Naturalmente, los énfasis que se le dé a 2) transformar las relaciones o 3) transformar el espacio periférico —donde existe la mayor autoridad— dependerá de las oportunidades y recursos con que se cuenten. La reconstrucción del espacio nacional y la cooperación regional son evidentes esferas de acción viable y de impacto que, sin olvidar lo central de las formas del intercambio en la determinación del sistema, deben de ser atendidas en la formulación del proyecto del NOEI.

Uno y otros países, dependiendo de su condición social, económica, el nivel de desarrollo tecnológico y del tamaño e integración del mercado interno, optarán por una estrategia competitiva que les colocará como sub-centros periféricos del capitalismo transnacional. Sus efectos internos, sin embargo, no debe quedar duda, será el de ampliar el sector integrado —las categorías medias y superiores— lo que hundirá más en la marginalidad y dualidad a las categorías populares y a los pueblos pertenecientes a sus sociedades o a otras que se encuentren en niveles inferiores de desarrollo. Sería contraria, en parte y sólo en parte, además, a la colaboración regional.

La heterogeneidad social y la posible dualidad que acompaña el camino del desarrollo periférico será acompañada o no, en el interior del espacio nacional propio del país que así opte, por desigualdades más o menos extremas, dependiendo del alcance de las instituciones de redistribución asistencialistas y de reintegración culturales que se instauren. No dejarán, sin embargo, de correrse el riesgo, aún allí en la que estas instituciones alcancen su expresión más extensa, de desembocar no a una sociedad caracterizada por el ocio productivo que genera el autodesarrollo de la productividad, sino el de una sociedad dependiente que sin haber resuelto el problema de la producción haya resuelto el problema del consumo; de un consumo enfermo y enajenado por las imágenes de lo irreal.

Aún así, este camino estará cerrado para la mayor parte de los países subdesarrollados.

Aún así y aún cuando tomemos nota de los peligros que apuntamos, el proyecto del NOEI no puede concebirse al margen del sistema internacional mundial. El proyecto no debe implicar el rechazo de tecnologías que hacen posible un mundo más informado, más "pequeño" y más productivo. Lo importante estratégicamente, es el tipo de inserción que se logre; si como periferia en la producción o como centro en la investigación y en la traducción de la investigación en innovaciones ajustadas a nuestras necesidades.

Es ahí, en las necesidades, donde en última instancia descansa la reproducción del sistema de dependencia y es ahí donde deben centrarse los mecanismos de la liberación¹⁸ que no es otra cosa que los mecanismos que se sostengan en la capacidad que generemos para definir nuestras propias necesidades nacionales reconociendo, para superarlas, nuestra heterogeneidad. Es necesario reconocer la

¹⁸ Ver sobre este concepto el análisis de la literatura marxista que hace José Echevarría: "La Liberación de las Necesidades: Indicaciones para Determinar la Tarea de Nuestro Tiempo", en Gerardo Navas, editor, *Crisis, Planificación y Desarrollo Social-Nacional*, E.G.P.-UPRED, 1978.

marginalidad y definir el proyecto nacional para incorporar esa parte del pueblo a la nación mediante la redefinición de las necesidades y la igualdad de las oportunidades para satisfacer esas necesidades así redefinidas. Pero es también necesario considerar los aspectos relativos a la dualidad: a la dualidad residual de aquellos cuya historia ha sido diluida y que sólo requieran la oportunidad de integrarse en términos de igualdad y que se les respete un ámbito de privacidad para vivir y revivir su autenticidad autóctona: el derecho de las minorías. También el derecho de los desarraigados a reconstruirse dentro de su sociedad autóctona o de su nueva sociedad. Es también necesario considerar "necesidades" de los pueblos persistentes —los grupos étnico-culturales persistentes— en lo que se refiere a su derecho de pueblo de recobrar el control de su propia historia.

El derecho del pueblo

EL reclamo de estos derechos de pueblo está lejos de ser un reclamo a restituir un pasado perdido. Cinco siglos de coloniaje no deja de ser historia aunque sea historia de dominación, pillaje, explotación, desarrollo y olvido. Sin embargo, la persistencia de los pueblos es indicativo de una nueva síntesis que se hace y rehace y que el proceso de la conquista y la penetración es incapaz de dar cuenta por sí solo.

No es tampoco una idealización de las características de dominación y enajenación que pueden describir las relaciones sociales internas de estos pueblos.

El reconocimiento de sus derechos de estos, en la solución del problema nacional. "La solución del problema indio / y de cualquier otro pueblo irredento y dominado / tiene que ser una solución social —sus realizadores deben ser los propios indios".¹⁴ Es el reconocimiento de su derecho a hacer algo legítimo y valioso con lo que la conquista y la penetración capitalista han hecho de ellos.

Esa debe ser opción fundamental del reordenamiento interno a la luz de los valores que persigue el NOEI. No agota, debe estar claro, la tarea que requerirá la redefinición de las necesidades y la reasignación y reorganización de los recursos de manera de servir al interés de las grandes masas populares marginadas, integrándolas a la sociedad nacional o a la sociedad multinacional, soberana y democrática.

¹⁴ J. C. Mariátegui, *Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, Lima, Ambuto, 6a. ed., 1958, pág. 32.

El derecho a la libre determinación es derecho de pueblo —no lo es ni de minorías, ni de marginados, ni de estado—. Este derecho fue proclamado y defendido por Woodrow Wilson al igual que por los bolcheviques durante la Primera Guerra Mundial. Este es luego retomado durante la Segunda Guerra Mundial como parte del proyecto movilizador de los pueblos dominados para incorporarlos en la acción bélica contra las fuerzas nazis. Este derecho posteriormente y en consecuencia, legitimó la acción descolonizadora de la post-guerra y nos ha traído hasta el mundo del presente repleto de nuevos estados nacionales integrantes de la comunidad internacional.¹⁵

Junto a ese derecho del pueblo ha co-existido uno más antiguo en el orden jurídico: el derecho a la soberanía utilizado por los dominadores para legitimar la conquista. Este es derecho de estado. En la persona, ese derecho es el del ciudadano, que es condición jurídica, consustancial con el estado nacional. Es derecho de estado en el sentido de que así se ha manifestado, aunque la soberanía reside en legítimo derecho, en el ciudadano.

En la confrontación entre ambos derechos se basan muchas de las controversias concretas del proceso de liberación: los estados nacionales establecidos reclaman en función a su soberanía el principio de no intervención en los asuntos internos de los estados y su derecho a la integración nacional. Los pueblos fundamentan sus reclamos en el derecho de autodeterminación, externalizando el problema allí donde se intente internalizar y reclamando su derecho a la constitución de su propio estado. (La reciente discusión sobre el caso de Puerto Rico en las Naciones Unidas es expresión clara de esas posturas: mientras que los independentistas y autonomistas —y algunos estadistas/integracionistas— reclamaban la jurisdicción de las Naciones Unidas, y el derecho a la libre determinación, los Estados Unidos manifestaban que el caso era uno doméstico, llamando la atención las disposiciones de la no intervención en los asuntos internos de los Estados.)

De esa contradicción han nacido los estados multinacionales, los estados asociados, la integración o estados federados y las neocolonias jurídicas.

¹⁵ El principio de libre determinación se formalizó como derecho de pueblo y creó los mecanismos organizacionales para promoverlos especialmente mediante la resolución 1514 (XV) y la resolución 1810 (XVIII) del 1962 reorganizando el Comité de Descolonización, que vino a llamarse el Comité de los Veinticuatro. Para una discusión más amplia, ver: Gerardo Navas, *La Dialéctica del Desarrollo Nacional: El Caso de Puerto Rico*, E.G.P.-UPRED, 1978.

De la reconciliación de ambos derechos deberá nacer la reconciliación parcial del pueblo y del estado, para que pueda existir la nación como entidad y unidad histórica. Cuando esa reconciliación es imposible por la persistencia de la dualidad, la identidad fundamental del grupo étnico en determinado momento histórico se reafirmará; entonces las alternativas son evidentes: o la independencia y la constitución de un nuevo estado-nación donde pueblo y estado coinciden, o el reordenamiento jurídico *constitucional* del estado convirtiéndose en un estado multinacional.

Aventura del Pensamiento

¿LIBRE DE QUE? ANALISIS CRITICO DE LA LIBERTAD DE EXPRESION

Por Risieri FRONDIZI

DURANTE varios siglos la libertad de expresión ha sido objeto de ditirambos, diatribas y análisis superficiales o profundos.¹ Se trata de un derecho fundamental sancionado por todas las constituciones democráticas, aunque menoscabado en la práctica. Sin libertad de expresión no hay libertad política, se entorpece el progreso científico y filosófico y se perturba la creación artística.

Examinaremos aquí la libertad de expresión a la luz de la realidad actual y como parte del problema general de los derechos humanos.

Sería ingenuo pretender analizar en un breve ensayo este vasto y complejo problema. De ahí que nos limitemos a señalar suscitadamente la tradicional interpretación de los derechos humanos como derechos naturales, propongamos algunas críticas y resumamos

¹ La bibliografía sobre este tema es muy abundante. El Dr. Ralph E. McCoy reúne 8,000 títulos en su excelente obra sobre *Freedom of the Press. An Annotated Bibliography*. Carbondale, Ill., Southern Illinois University Press; Londres y Amsterdam, Feffer & Simons, Inc., 1968. En este volumen de 600 páginas hay escritos que van desde algunos folletos del siglo XVII hasta libros y artículos publicados en 1960. La obra es muy útil pues cada título tiene una adecuada descripción. Desgraciadamente reúne tan sólo lo publicado en inglés en los EE. UU., Gran Bretaña, Irlanda, Canadá, India, Australia y otras naciones que pertenecieron a la Comunidad Británica. Según mi información no hay otra obra de la misma jerarquía en ninguna otra lengua. En cambio existen esfuerzos anteriores en inglés como el de Theodore A. Schroeder, *Free Speech Bibliography* (H. W. Wilson Co., 1922) y otras bibliografías menores y anticuadas.

El Dr. McCoy puso recientemente al día el libro citado en un nuevo volumen de 560 páginas titulado *Freedom of the Press. A Bibliocyclopedia. Ten Year Supplement (1967-1977)*, Carbondale, Ill. Southern Illinois University, 1979.

Se comprende la necesidad de este nuevo esfuerzo al comprobar que más de la mitad de las publicaciones sobre el tema aparecieron en los últimos diez años.

En ambos volúmenes la palabra "press" incluye todos los medios de comunicación de masas.

nuestra posición sobre el tema para que resulte claro el fundamento de nuestra actitud acerca de la libertad de expresión.

La tesis naturalista puede resumirse así. Todo lo que existe es lo que es y está constituido por una sustancia y sus atributos principales. Los seres humanos no son una excepción. Un conjunto de derechos y obligaciones forman parte de sus atributos esenciales. El hombre tiene derechos humanos, inherentes a su naturaleza y superiores a los derechos que tienen los animales, plantas y piedras. La racionalidad es una característica esencial de los seres humanos; otra es la libertad. John Locke lo enunció claramente: "Nacemos libres como nacemos racionales".²

La tesis parece clara y convincente. Sin embargo, al examinarla se advierte que las dos características enunciadas por Locke son de tipo distinto. "El hombre es racional" es una proposición descriptiva, mientras que "el hombre es libre" es prescriptiva. Con la cantidad de dictadores que hay hoy en el mundo, nadie puede negar que la libertad es una aspiración y no una realidad. Podría también ponerse en duda que todos los seres humanos sean racionales. Quien está en permanente estado comatoso, padece demencia incurable o ha perdido definitivamente la capacidad racional, ¿no es entonces un ser humano y, por lo tanto, no goza de los derechos fundamentales? También podría sostenerse, como lo hacen Max Scheler y otros filósofos contemporáneos, que la racionalidad no es la característica esencial del hombre.

En mi opinión, el problema teórico central de los derechos humanos está íntimamente conectado a la llamada "naturaleza" del hombre. Los derechos humanos no son naturales ni intrínsecos si los hombres no tienen naturaleza o esencia, como afirman el historicismo, existencialismo y otras importantes doctrinas contemporáneas.

Otro problema fundamental se refiere a la prioridad ontológica. ¿Es el individuo anterior a la sociedad, como creen Locke y el liberalismo, o debe considerarse al individuo ligado originaria y permanentemente a una comunidad? Bentham señala con razón, en su despectivo y arbitrario análisis crítico de la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" de 1789 que "no hay derechos anteriores al establecimiento de un gobierno". Y agrega en la página siguiente: "Los derechos naturales son una mera necesidad; los derechos naturales imprescriptibles una necesidad retórica, necesidad sobre zancos".³

² John Locke, *Second Treatise of Government*, cap. VI, 61.

³ J. Bentham, *Anarchical Falacies*, vol. 2 de sus *Works*, ed. por John Bowring, 1943.

A mi juicio el hombre es un ser histórico-social. Esta es una proposición empírica, no un supuesto como lo aprueban las conclusiones de la ciencia actual. La evolución es biológica y espiritual; esta última constituye la historia humana. El carácter social es igualmente innegable. El lenguaje, la ciencia, la religión, la filosofía y las demás actividades fundamentales revelan el carácter histórico-social del hombre, que también se advierte en la cotidiana convivencia con el prójimo. Debido a los conflictos que surgen del choque de intereses y aspiraciones, es menester regular la vida en común por medio de normas explícitas e implícitas. Surgen así el derecho, la moral y otros principios normativos de convivencia. Los derechos humanos tienen sentido dentro del contexto histórico-social y no responden a una supuesta naturaleza individual, inmutable y aislada. El individuo aislado es una abstracción: Robinson Crusoe llevaba consigo ideas, valores, normas y una lengua de milenaria evolución.

El tipo de norma jurídica deriva, pues, del contexto social que se propone regular y tal contexto surge de la interrelación de factores culturales, económicos, tecnológicos, etc. El cambio de algunos de esos factores es suficiente, a veces, para modificar el significado de la norma. La guerra, por ejemplo, introduce alteraciones profundas en algunos de los derechos fundamentales, como la libertad.

La guerra es una conmoción repentina. Hay otros cambios que son lentos, pero que también afectan el orden jurídico. La historia de la propiedad, por ejemplo, muestra las vicisitudes sufridas por este derecho que fue considerado inalienable y que día a día adquiere mayor contenido social.

Si el esquema anterior es válido, los derechos humanos no son naturales ni inalienables ni imprescriptibles. Como toda norma de conducta, no fueron descubiertos sino *creados* por el hombre. Cuando las condiciones históricas lo exigen, pueden ser abolidos o crearse otros nuevos, como los sociales y económicos en época reciente.

También la doctrina de los derechos naturales tiene carácter histórico, tal cual lo muestra el caso de John Locke y otros autores.⁴ Igual carácter se advierte en las hoy famosas declaraciones del siglo XVIII sobre este tema.

La retórica política apela con frecuencia al carácter inalienable e imprescriptible de los derechos humanos, especialmente si el

⁴ Locke reconoce en el prólogo a los *Two Treatises of Government* que fueron escritos para justificar la revolución de 1688 y "to establish the Throne of Our Great Restorer, our present King William, to make good his Title..."

orador está en la oposición. Pero hay razones psicológicas más profundas que explican la reiteración tenaz de esa característica.

Una de ellas es la necesidad que siente el hombre de poner a reparo de las vicisitudes históricas los principios que más atesora. Pero la historia no se regula por esos principios, sino todo lo contrario: ellos surgen del proceso histórico para satisfacer necesidades y exigencias concretas.

El hombre se arrodilla muchas veces ante sus propias creaciones a las que pretende adjudicar una existencia atemporal y aun divina. Pero no nos engañemos. Los principios jurídicos, como los derechos humanos, no pertenecen a un mundo celeste, transempírico, sino que fueron creados por hombres de carne y hueso en un momento histórico concreto. De ahí que a veces envejezcan y haya necesidad de rejuvenecerlos o sustituirlos.

La tendencia psicológica a adjudicar designios y fundamentos divinos a lo que ocurre en la naturaleza ha sido aventada por la ciencia natural. Parece llegado el momento de adoptar una actitud semejante en el ámbito de los fenómenos sociales.

Los derechos humanos son específicos; uno de ellos, la libertad, es para hacer o dejar de hacer tal o cual cosa. No tiene carácter general. Se asemeja a la fruta en el ejemplo satírico de Hegel.

Una de las formas concretas de la libertad es la libertad de expresión, tema principal de este ensayo.

La primera pregunta que cabe formular es *quiénes* gozan efectivamente de libertad de expresión. La respuesta teórica es clara y concisa: todos. Así lo enuncia el Art. 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, y muchos documentos similares que la precedieron. A pesar del lenguaje empleado, estas declaraciones no tienen carácter descriptivo, sino prescriptivo. La realidad es muy distinta a lo que ellas enuncian. En primer lugar, *para gozar de libertad de expresar una opinión hay que tener una opinión que expresar*. Millones de personas que viven en la miseria, el hambre, la enfermedad y la ignorancia carecen de opinión y su silencio no cercena, aparentemente, el derecho a opinar. En muchos casos tienen un grito de protesta en la garganta que no logra convertirse en opinión. En los países subdesarrollados la mayoría es indiferente a ese derecho porque tiene necesidades más urgentes e impostergables, mientras la libertad puede esperar.⁵ Por

⁵ Para John Rawls la libertad y la pobreza no son incompatibles. Escribe: "The inability to take advantage of one's rights and opportunities as a result of poverty and ignorance, and a lack of means generally, is sometimes counted among the constraints definitive of liberty. I shall not, however, say this, but rather I shall think of these things as affecting the worth of liberty, the value to individuals of the rights that the first

eso prefiere la comida a la libertad. Pero quien alimenta al cuerpo libera al espíritu, pues libertad y miseria son incompatibles. Elevar los niveles socioeconómicos y mejorar la educación resulta así una forma de lucha por una libertad más efectiva.

Una educación elevada y un estándar de vida aceptable no son, sin embargo, capaces por sí mismos de asegurar la libertad de expresión. Son condiciones necesarias, pero no suficientes. Hay otros tipos de factores que atentan contra la libertad como el dogmatismo, sea de orden político o religioso.

La libertad de expresión presupone la libertad de opinar. La censura impide que expresemos nuestra opinión y por eso resulta patente. Pero existen restricciones que van a la misma fuente, esto es, a impedir o cercenar el derecho de tener una opinión propia, imparcial y fundada. Este es el propósito de la indoctrinación que pretende inculcar ciertas verdades básicas como actos de fe, aunque no se refieran a temas religiosos. Una vez aceptadas esas verdades, lo demás viene por añadidura. Dada la enorme influencia de los factores socioculturales en la formación de la mentalidad juvenil, el dogmatismo en la educación es un cercenamiento peligroso y perdurable de la libertad de opinar.

El dogmatismo descansa en la doctrina epistemológica que acepta la existencia de verdades absolutas e inmutables, contraria a la tesis de la autocorrección paulatina de la ciencia. Las verdades científicas de ayer han sido superadas y las de hoy correrán mañana la misma suerte. Ambas sirven de peldaño para un ascenso continuo.

Hay que reparar en que la misma doctrina que sostiene que "la libertad es un derecho natural e inalienable", considera que esa proposición es una verdad absoluta y eterna, pues la libertad es

principle defines. . . Thus liberty and the worth of liberty are distinguished as follows: liberty is represented by the complete system of the liberties of equal citizenship, while the worth of liberty to persons and groups is proportional to their capacity to advance their ends within the framework the system defines. Freedom as equal liberty is the same for all: the question of compensating for a lesser than equal liberty does not arise. But the worth of liberty is not the same for everyone. Some have greater authority and wealth, and therefore greater means to achieve their aims. The lesser worth of liberty is, however, compensated for, since the capacity of the less fortunate members of society to achieve their aims would be even less were they not to accept the existing inequalities whenever the difference principle is satisfied". *A Theory of Justice*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971, pág. 204. Hay trad. esp., México, D. F., Fondo de Cultura Económica.

Creo que la tesis de Rawls no es sólo equivocada sino también injusta con millones de personas que se mueren de hambre y que han sido despojadas desde su nacimiento de la capacidad de ejercer la libertad de opinión y expresión.

inherente a la naturaleza humana que es inmutable. El supuesto derecho natural se apoya en una epistemología absolutista y esta en una ontología parmenídica que considera al ser siempre idéntico a sí mismo.

A mi juicio, no es menester proteger los derechos humanos con una concepción absolutista anticuada que rechaza la evolución biológica y cultural señalada por la ciencia. Por el contrario, se puede sostener que tanto el hombre como la verdad están en constante cambio y que la libertad de expresión es, justamente, la que impide que dicho proceso de enriquecimiento se detenga.

Educar a los jóvenes en el pensamiento crítico y creador, basado en la razón y la experiencia es, pues, un modo de combatir el dogmatismo, fuente oculta de muchas restricciones a la libertad.

Un derivado del dogmatismo es el prejuicio que pretende relegar a una categoría inferior a ciertas personas debido al sexo, color de la piel o nacionalidad, y negarles el pleno goce de los derechos humanos fundamentales. La ciencia ha demostrado que las diferencias se deben a factores socioculturales y no son inherentes a la raza o al sexo.

La libertad de expresión, como toda forma de libertad, tiene dos vertientes, libre *de* y libre *para*. Generalmente se toma en cuenta tan sólo la libertad negativa y se aspira a eliminar toda forma de restricción. Pero como ya se indicó, más importante que tener libertad de expresar una opinión es tener una opinión que expresar. Esta es la libertad positiva, aun más necesaria que la negativa. En muchos países, tanto el gobierno como los factores de poder, no necesitan reprimir la libertad de expresión porque la mayoría del pueblo no ha logrado aun tener opinión propia.

La libertad de expresión se halla también cercenada en los países desarrollados. En el pasado, dichas restricciones provenían del Estado, representado por un monarca autocrático, o de la Iglesia, intolerante frente a quienes ponían en duda sus dogmas. Cientos de casos lo prueban. Esas restricciones aún perduran, especialmente en países bajo dictadura, pero han surgido otras nuevas tanto o más peligrosas.

El progreso tecnológico, desde la imprenta a la radio y la TV, demanda equipos costosos y capitales millonarios para poder competir en el "libre" juego de intereses que se oculta detrás de la libertad de expresión. La voz de quienes tienen opinión fundada, pero carecen de recursos económicos, es muchas veces acallada por los poderosos medios de comunicación de masas. La ingenua o mal intencionada réplica de que todos tenemos libertad de fundar un periódico o una estación de TV muestra el sentido formal y hueco

de la libertad. En efecto, todos podemos hacerlo si poseemos los millones necesarios. La concentración en pocas manos de los medios de comunicación de masas ha convertido a la libre competencia en una ilusión en la mayoría de los casos.

Aun dentro de los grandes periódicos y estaciones de TV, la libertad sufre nuevas restricciones a las que llegan a acostumbrarse quienes trabajan en esas empresas. ¿Quién goza de libertad de expresión, el Director o los dueños? ¿El jefe de redacción o los cronistas? ¿El periódico y la TV o los avisadores? ¿Puede un periódico o TV mantener una política contraria a los intereses de quienes lo sostienen con sus grandes avisos? Estas preguntas se basan en casos reales.

El goce de la libertad de prensa conlleva la obligación de informar objetiva e imparcialmente. No todos los periódicos y canales de televisión siguen esta norma. Las formas más comunes de eludirlas van desde la omisión total de la noticia u opinión contraria, hasta su relegamiento a un lugar secundario o a citarla fuera de contexto. Lo mismo ocurre con las fotografías o las imágenes en TV. Según la distancia de la toma, dónde se corta, de qué tamaño se presenta, etc., se puede otorgar a la misma imagen mensajes muy distintos.

La pregunta "¿quiénes gozan de libertad de expresión?" pone al descubierto un grave conflicto entre la libertad y la igualdad. Ambos derechos han sido declarados "inherentes al hombre, inalienables e imprescriptibles". Sin embargo, no pueden tener el mismo peso pues en caso de conflicto uno debe ceder paso al otro, dejando de ser inalienable. La declaración retórica de que ambos derechos son igualmente inalienables y sus enunciados son verdades autoevidentes,⁶ no resuelve los conflictos que se presentan. Para ello será menester establecer un criterio. En un régimen democrático corresponde optar por el predominio del derecho de la mayoría.

La relación entre la libertad y la igualdad no es sencilla ni siempre conflictiva. Algunas veces es de mutuo apoyo. Sin libertad

* "Sostenemos que las verdades siguientes son autoevidentes: que todos los hombres son creados iguales, que están dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables, entre ellos la Vida, la Libertad y la busca de la Felicidad". *Declaración de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica*, 1776.

"Los hombres nacen y continúan siendo libres e iguales en sus derechos". *Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen*, 1789.

"Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y en derecho". Art. 1o. de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948.

de expresión, una minoría —y en algunos casos aun la mayoría del pueblo— no puede presentar sus justos reclamos ante la opinión pública y lograr así que se elimine la injusticia.

A su vez, el principio de igualdad puede dar contenido a la libertad formal del liberalismo tradicional. De este modo se puede lograr que la libertad de expresión y otras formas de libertad dejen de ser el privilegio de una minoría y se transformen en un derecho de amplia vigencia.

La interrelación de estos dos derechos es compleja y sutil. Lo grave es que la libertad no entra en conflicto tan sólo con la igualdad sino también con todos los otros derechos y valores fundamentales de la comunidad o el país. Los casos más claros de limitación justificada de la libertad de expresión son la guerra y la conmoción interior. El interés permanente del país tiene prioridad sobre los derechos de los individuos. En tales casos la suspensión es transitoria. Pero no deben defenderse los intereses de la mayoría sólo en época de guerra, sino en todo momento. Este rápido análisis muestra que la libertad de expresión debe restringirse cuando atenta contra los derechos de la mayoría del pueblo o pone en peligro la seguridad de la nación.

No se defiende la libertad de expresión con retórica hueca o propaganda interesada. Es menester poner al descubierto los factores que la limitan para estar en condiciones de tomar las medidas más adecuadas para suprimir o aminorar esas restricciones. Del tradicional papel de enemigo de la libertad, el Estado puede llegar a convertirse en su protector, por medio de un organismo que asegure al público una información veraz, objetiva e imparcial, y sin la tortura de los avisos comerciales de la radio y la TV.

Para lograr este propósito es menester superar las dificultades principales. La primera consiste en asegurar la autonomía del organismo encargado de la radio y la TV; la segunda es de orden financiero.

Es posible que el Poder Ejecutivo intente usar este organismo para beneficiarse ante la opinión pública. Ello se puede evitar otorgándole una autonomía similar a la que tiene el Poder Judicial. La BBC de Londres es un ejemplo en pequeño de lo que debe hacerse en gran escala. A su vez, se puede financiar ese organismo por medio de un impuesto anual a todos los propietarios de aparatos de TV, como se hace en Gran Bretaña, Alemania y otros países europeos. Otra solución es incluir una partida especial para tal efecto en el presupuesto nacional, pues se trata de un servicio público como el de la educación o la salud. He insistido en la TV

porque se está transformando en el medio de comunicación de masas más influyente y lo será aún más en el futuro.

Las medidas sugeridas dan por supuesto un régimen democrático. Las dictaduras son incompatibles con cualquier forma de libertad. La única "libertad" que toleran es la de estar de acuerdo con el dictador. Si un gobierno *de facto* puede destituir al presidente constitucional, abolir la Constitución, disolver el Congreso, sustituir a todos los miembros de la Corte Suprema de Justicia, disolver los partidos políticos y los sindicatos, también podrá abolir cualquier principio que garantice la libertad de prensa.

La libertad de expresión es imprescindible en la vida civilizada. Es menester, sin embargo, no dejarse engañar con la propaganda de quienes controlan los medios de comunicación de masas y reclaman la libertad para sí mismos. Corresponde, pues, oponerse al enemigo de orden financiero que tiende a aumentar día a día la capacidad restrictiva de la libertad de expresión de la mayoría.

Esto no significa que se deban tolerar en silencio las restricciones injustificadas impuestas por el Estado, sino que es menester reparar en todos los aspectos de la libertad de expresión y luchar contra todo poder, sea religioso, político o financiero que, de hecho, la menoscabe.

La conclusión teórica es que el significado, alcance, límite y sentido de la libertad de expresión depende de una compleja interrelación de factores cambiantes y no de una supuesta naturaleza humana inmutable.

CERTIDUMBRE DE ARROM*

Por Roberto FERNANDEZ RETAMAR

A los compañeros de *Areíto*

EN una de las sesiones del Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América que acaba de celebrarse en La Habana, José Juan Arrom (quien no sólo participó en el Encuentro, sino fue mencionado con elogio en las intervenciones de más de un delegado), contó una anécdota que, según él, decidiría el rumbo de su vida: y no sólo de su vida de erudito. Se trató de una cena que tuvo lugar en 1937, en la cual participaron dos eminentes investigadores, y a la que Arrom, que acababa de ser nombrado instructor de español en la Universidad de Yale, fue invitado. La conversación entre aquellos dos grandes de la inteligencia deslumbró al flamante instructor. Nos imaginamos a aquel mayaricero (pues aunque nació en Holguín, vivió sus primeros años en Mayarí, experiencia que lo marcaría para siempre), a aquel joven de veintisiete años, que acababa de obtener su primer título universitario en la Universidad de Yale, y que a la sazón ya estaba familiarizado con las humanidades tradicionales, bebiendo ávidamente las palabras que le revelaban un mundo nuevo. Quizás todo empezó cuando Bronislaw Malinowsky tuvo la simpática osadía de invitar a aquel muchacho, entonces casi desconocido, a cenar con otro cubano y con él. O cuando ese otro cubano, nada menos que don Fernando Ortiz, en vez de darle ceremoniosamente la mano, le echó a Arrom el brazo por el hombro, llamándolo "mi compatriota". Precisamente en esa cena se dilucidaría la diferencia entre términos como "cambio cultural", "aculturación", "difusión", "migración u ósmosis de cultura", y el de "transculturación" propuesto por Ortiz y aceptado por Malinowsky. Como sabemos, no se trata de una mera querrela verbal, sino de rechazar toda connotación etnocéntrica y forjar un vocablo (un concepto) que expresara el

* Palabras leídas el 11 de septiembre de 1981, al otorgársele a José Juan Arrom el título de Profesor Honoris Causa en Artes y Letras de la Universidad de La Habana.

carácter sincrético de culturas como la nuestra y como tantas otras. De aquella cena saldría también la introducción de Malinowsky para el libro de Ortiz *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (La Habana, 1940), y quizás algunas páginas del propio libro. Subrayo estos hechos, porque, según él mismo dijera, signarían la obra intelectual de Arrom. De humanidades vagas y académicas, él pasaría como un relámpago, a partir de aquella noche auroral, a ver de otro modo la vida. Sus antiguas y nunca desmentidas raíces afincadas en la tierra oriental, la más alta, la más linda y la más fecunda de nuestra Isla, empezarían a florecer en investigaciones, cursos, conferencias, libros producidos con la erudición, el apasionamiento y la lucidez que harían de aquel joven uno de los más penetrantes meditadores sobre cuestiones culturales latinoamericanas y caribeñas en estos años. No es que él ignorara o desdenara cuanto de valioso, de imprescindible incluso, le había ofrecido ya, y seguiría ofreciéndole, una formación universitaria en la que iba a alcanzar los más altos grados: así, en 1941 obtuvo el título de Ph. D. en su Alma Mater, la Universidad de Yale. Pero a partir de aquel feliz encuentro, podríamos decir que a Arrom se le hizo divisa de su tarea la definitiva sentencia martiana: "Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria". Y como nos es más necesaria, y Arrom es hombre de servicio, es decir hombre de veras, y no pavorreal de papel, se volcó sobre nuestra América, y con lealtad de hijo amoroso hurgó en su pasado, descendió incluso hasta los basamentos de aquellos hombres que estaban construyendo civilizaciones originales y a menudo bellísimas en estas tierras hasta que los conquistadores, para decirlo de nuevo en palabras de Martí, robaron una página al Universo. Con piedad y sabiduría, Arrom ha traído a la luz varias líneas de esa gloriosa página perdida. Pienso, por ejemplo, en libros suyos como *Mitología y arte prehispanicas de las Antillas* (México, 1975) o *Estudios de lexicología antillana* (La Habana, 1980): libro este último tan bueno, que ni siquiera la cohorte de erratas con que lo publicamos logró deslucirlo.

Pero me estoy adelantando en el tiempo, y, aunque soy bisoño en discursos de la naturaleza de este, supongo que debo respetar, entre tantas cosas, la cronología, y, como le recomendaba Maese Pedro al muchacho en la memorable página cervantina, seguir mi canto llano. Sucede, sin embargo, que quien tiene el honor de pronunciar estas palabras ha estado tan vinculado durante el último cuarto de siglo al eminente profesor en torno al cual nos congregamos hoy aquí, que no puedo al hablar de él pretender una objetividad que sería falsa. De todas maneras, los datos bibliográficos

y de otra naturaleza a que no haga alusión en este texto, podrán encontrarse con facilidad, por ejemplo, en el primer tomo del *Diccionario de la literatura cubana* publicado en esta ciudad el pasado año. Ni ahora ni nunca espero cometer la insensatez de competir con diccionarios.

Pero no puedo, desde luego, dejar de nombrar títulos y hechos de inevitable presencia al hablar de Arrom. Así, su primer libro, *La Historia de la literatura dramática cubana* (New Haven, 1944), que fue un verdadero acontecimiento en la historiografía literaria del Continente, y habría de convertirse en referencia imprescindible para cuantos se interesen en una manifestación cultural hasta entonces muy insuficientemente estudiada.

Seis años más tarde, Arrom publicó su segundo libro: *Estudios de literatura hispanoamericana* (La Habana, 1950). A partir de este libro, entré en conocimiento con su obra. Ese conocimiento, como tantas cosas, lo debí a la fraternal actitud y la generosa sabiduría de Cintio Vitier, quien me sugirió leer uno de los trabajos de aquel libro, "La poesía afrocubana", cuyo conocimiento me resultaría esencial para mi tesis de grado. Sin desdeñar aportes previos, bien conocidos y citados por el autor, este trabajo, originalmente leído como conferencia en la Universidad de Yale en 1940, era la mejor contribución escrita hasta la fecha sobre esa que Arrom llamó "poesía mulata [donde] cantan juntas España y África". Ya sabemos que el término "afrocubano" ha sido objeto de discusiones. Pero también sabemos que quien con más hondura y riqueza estudió el capital aporte africano a nuestra cultura mestiza, don Fernando Ortiz, no sólo no rehuyó el término sino que fue él quien lo lanzó, en 1906; y cuarenticuatro años más tarde (en *Africanía de la música folklórica de Cuba*, La Habana, 1950) lo defendía aún, aduciendo que "a veces hay que distinguir a una persona no sólo por el nombre sino por los apellidos de sus progenitores, que son a modo de adjetivos para una completa identificación genealógica".

Para dar idea de la órbita creciente en que para entonces se movían ya las investigaciones de Arrom, recordemos que el primero de los ensayos de aquel libro estudia "Las letras de Cuba antes de 1608", y el último, "El teatro de José Antonio Ramos". Es decir, desde el arduo crepúsculo matutino de nuestra expresión literaria, hasta el enfoque serio de uno de nuestros mayores dramaturgos, quien supo denunciar, en las obras suyas que conservan vigencia, no pocos de los males de nuestra seudorepública.

Aquel libro recogió igualmente el trabajo "Consideraciones sobre *El Príncipe Jardínero y Fingido Cloridano*". En la estela de

ese trabajo de admirable elucidación, Arrom publicaría al siguiente año, también en La Habana, una edición crítica ejemplar: *El Príncipe Jardiner y Fingido Cloridano, comedia sin fama del capitán don Santiago de Pita*. Bien escasas son entre nosotros las ediciones críticas de nuestros textos literarios. Es ahora, por ejemplo, que se está trabajando en la primera edición crítica de las *Obras completas* de José Martí, que habrá de publicar el Centro de Estudios Martianos. Y la edición de Arrom, su magistral estudio preliminar, sus notas eruditas, sentaron pautas para este tipo de trabajo en lo tocante a la literatura cubana.

Algunos años después, cada vez más nutrido de fervorosa erudición, Arrom se atrevería a hacer para *El teatro de Hispanoamérica en la época colonial* (La Habana, 1956) lo que doce años antes había hecho para la historia de la literatura dramática cubana. De nuevo en este caso la obra se convertiría en un clásico sobre el tema.

Y ahora, al pasar a su próximo libro, es inevitable para quien les habla asomar su rostro: como esos pintores que de vez en cuando, entre algún grupo de figuras, se presentan a sí mismos, allá en el fondo. Y es que prácticamente vi armar ante mis ojos ese libro. E incluso recuerdo aún el día de un frío otoño de New Haven, con las hojas de los bosques desplegando una fastuosa gama de colores, con las primeras nieves, y con el deslumbramiento ante la hazaña reciente de una nave enviada por el hombre al cosmos (el primer *sputnik* soviético); el día en que Arrom me contó que mientras estaba afeitándose esa mañana, había recibido de repente, como en el rayo que conocemos bien los poetas, y no sólo nosotros, el título de ese libro: *Certidumbre de América*. El título total sería al cabo *Certidumbre de América: estudios de letras, folklore y cultura* (La Habana, 1959). Este último dato quiere decir que el libro apareció por primera vez en la Cuba revolucionaria, aunque conocería después dos nuevas ediciones ampliadas, la última de las cuales volvió a ser cubana. En aquella ocasión lo saludé con una nota crítica publicada en el tercer número de la *Nueva Revista Cubana* (donde, sin yo saberlo, velaba entonces mis armas para dirigir seis años después la revista *Casa de las Américas*). Como la nota no ha sido recogida aún en libro, y aquella revista es hoy de difícil acceso, voy a permitirme reproducirla, aunque es evidente que ahora la escribiría, en algunos puntos, de otra manera, y prescindiría de alguna cita. Sin embargo, como ya expresó Musset, "au passé, pourquoi rien changer?" He aquí pues esa nota sobre *Certidumbre de América*.

José Juan Arrom, el minucioso historiador del teatro cubano

e hispanoamericano, es también un ensayista de precisa sabiduría y de preocupación por el destino de nuestras tierras. Si ya lo había demostrado en un libro previo, ningún ejemplo mejor que esta colección cuyos aciertos comienzan con el propio título. Tiene derecho Arrom, fiel estudioso de las cosas de nuestra América y creyente en su realización, a escribir: "En cada caso partí de una duda y regresé con una certeza: la que dejo expuesta en cada artículo. De ahí que titule al conjunto *Certidumbre de América*".

El primer ensayo: "Criollo: definición y matices de un concepto", es sin duda el mejor, y un trabajo de importancia en el proceso de dilucidación de la realidad hispanoamericana. Arrom ha rastreado el término "criollo" hasta sus primeras manifestaciones. ¿Investigación filológica? Sí, pero una suerte de filología militante. En ese término ve el autor el nombre común del latinoamericano. Y no sólo el autor, desde luego. Con menos ramazón erudita, se encontrará, por ejemplo, una alusión oportuna en la "Meditación de la criolla", de Ortega, publicado en su libro póstumo *Meditación del pueblo joven* (Buenos Aires, 1958). Allí Ortega toma este término como el común al nacido en las tierras nuevas, si bien añade: "de padres europeos", y Arrom prefiere decir "de ascendientes venidos del Viejo [Mundo]". En lo demás, parece hoy aceptarse como cierto que el vocablo surgió en el portugués, de donde pasó al español, el francés y el inglés. Este conocimiento no es desdeñable, pero más importante es comprender que el término supone una conciencia de diferenciación frente a lo europeo o en general frente al Viejo Mundo. Es por ello una grata sorpresa encontrar —como lo ha hecho Arrom— que entre 1571 y 1574 la palabra aparece en la *Geografía y descripción universal de las Indias recopiladas por el cosmógrafo cronista Juan López de Velasco*. . . Dice allí el autor en capítulo titulado "De los españoles nacidos en las Indias":

Los españoles que pasan a aquellas partes y están en ellas mucho tiempo, con la mutación del cielo y del temperamento de las regiones aun no dejan de recibir alguna diferencia en la color y calidad de sus personas; pero los que nacen de ellos, que llaman criollos, y en todo son tenidos y habidos por españoles, conocidamente salen ya diferenciados en la color y el tamaño. . . y no solamente en las calidades corporales se mudan, pero en las del ánima suelen seguir las del cuerpo, y mudando él se alteran también.

He aquí, pues, que hace cuatro siglos ya se veía al latinoamericano como un hombre de rasgos propios. ¿No ha podido soste-

nerse la tesis de que el conquistador mismo se transformó ya en otro? Los años no han hecho sino verificar esta sabiduría añeja, de tan menesterosa vida, por otra parte. Y esa verificación es la que podemos seguir a lo largo del trabajo de Arrom. Vemos a la palabra perder toda connotación racial, prefiriendo designar al americano. Pero también la vemos, después del triunfo de las armas americanas a principios del siglo pasado, fragmentarse en las múltiples y con frecuencia ficticias nacionalidades en que se transformó la América del Sur. "Y 'criollo', ajustándose al nuevo concepto, vino a significar no lo americano esencial, sino lo nacional y particular". La historia, por fortuna, no concluye aquí. "Entre los hombres de letras", nos dice ya en las últimas líneas Arrom, "*criollo* adquiere en nuestros días su prístino sentido de 'lo americano esencial'".

El trabajo es por lo tanto, como se ve, mucho más que un rastreo lingüístico: es nada menos que una pregunta por la conciencia que de sí, de su diferenciación y de su unidad, ha tenido el hombre de esta América, casi desde el Descubrimiento. Por ello, por la importancia del ensayo, es menester decir que no es sólo el primero del libro: es también el central, el que provee la clave de los restantes. Pues éstos van señalando zonas de esa forma del ser americano. Nunca se pierde la erudición en su propio disfrute (¿se ha hablado, así como de una poesía pura, de una erudición pura, deleite secreto y verdadera *turris eburnea?*). En una comedia mexicana del siglo XVII, en el Inca Garcilaso, en la poesía folklórica americana o española (en relación con América), desde luego en los *Versos sencillos* de Martí (a los que les descubre la raíz popular), en el actual teatro hispanoamericano, va Arrom preguntando por el rostro de su patria mayor. El trabajo con que concluye el libro, "Hispanoamérica: carta geográfica de su cultura" (que había aparecido en la revista cubana *Islas*), traza, como anuncia el título, un diseño más verdadero de las zonas reales de Hispanoamérica, no las que fingen las ilusorias fronteras políticas. Pedro Henríquez Ureña diseñó a grandes rasgos las zonas lingüísticas de Hispanoamérica, las que, desde luego, están lejos de coincidir con las políticas. Las zonas, por así decir, "literarias", están más cerca de las primeras que de las últimas. Después que causas múltiples desgarraron la América nuestra en una multitud de países, ha quedado vivo un diseño anterior, asentado a ratos en la historia y a ratos en la geografía, que vuelve a salir en esos cuerpos fieles que son las creaciones de un pueblo: su lengua, su literatura. Esto lo descubre, en este sencillo pero eficaz trabajo, Arrom. Es buen fin para un libro de tanta noble preocupación.

Sabemos que la voluntad de servicio a su tierra no se limita, en Arrom, a la búsqueda cuidadosa entre infolios. Suele, desde su Universidad de Yale, atender y explicar las realizaciones de toda la América, y en particular de su patria, Cuba. Está bien que le digamos que nos ha dado, en este año de tanta importancia para nosotros, un libro importante.

ESTOY tentado, ante estas palabras de veintidós años atrás, que en lo que toca a Arrom podrían haberse escrito ayer, de desviarme hacia un tema al que el último párrafo alude. Pero prefiero considerarlo más tarde, y volver a la mención y el comentario de sus libros.

El próximo aparecido después de *Certidumbre de América* fue su *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas: ensayo de un método* (Bogotá, 1963, que tuvo una segunda edición en 1977, por la que citaré). En este libro, Arrom se da a la tarea de presentar la historia de la literatura hispanoamericana rigurosa, casi férreamente articulada en generaciones que aparecerían cada treinta años, generaciones que, para él, hasta ahora son diecisiete, desde la de los primeros españoles que llegaron a lo que iba a llamarse Nuevo Mundo, y que para Arrom es la generación de 1474, hasta la generación de 1954. Ciertamente no ignora Arrom las numerosas controversias suscitadas en torno a la validez del método generacional, y de las que entre nosotros nadie se ha hecho eco con más hondura y lucidez —y contribuciones propias— que José Antonio Portuondo. Pero no es este el momento para añadir un nuevo capítulo a esas controversias, en las que por otra parte he participado más de una vez, afinando o, llegado el caso, rectificando algunos criterios. En cambio, considero necesario citar algunas líneas de este libro para subrayar la perspectiva desde la cual contempla nuestra literatura su autor. Al hablar de "la generación de 1924", por ejemplo, Arrom afirma que "en Cuba, más que llevar un nombre es la que ha llevado a cabo la Revolución Cubana". Quienes forman esta generación a lo largo de toda Hispanoamérica, según el autor,

nacen a partir de 1924, cobran conciencia como generación hacia 1954, y en ellos predomina un espíritu inconforme, combativo, desafiante; es decir, raigalmente renovador.

Y son así porque hemos entrado, en Hispanoamérica y en el mundo entero, en una etapa de rápida evolución. El momento actual se asemeja al que vivió la Generación de 1504: de una parte, la

Edad Media que terminaba; de la otra, el Renacimiento que avanzaba. En algo parecido andamos.

Más adelante añade Arrom que a partir de la Segunda Guerra Mundial

se ha desgonzado el anticuado sistema de relaciones impuesto por los pasés occidentales al resto del universo.

Consecuencia de ese desgonzamiento es la liquidación del colonialismo. Para fijar la cronología del proceso mencionemos algunos hitos. En 1954 Francia pierde la batalla de Dien Bien Fu; lo que allí se hiede de muerte es el imperio francés en Asia. En ese mismo año empieza la rebelión de Argel; pese a la crueldad con que se trató de sofocarla, el pueblo argelino gana su independencia en 1962. Siguiendo la misma trayectoria, en el breve espacio que media entre 1954 y el momento actual se han transformado en naciones libres casi todas las antiguas colonias en Asia, África y América. Y el anacrónico intento de los Estados Unidos por imponer su voluntad en Viet Nam ha sido un resonante fracaso. Lo cual prueba una vez más la incapacidad de un ejército occidental para someter a un pueblo que defiende su libertad en una heroica guerra de guerrillas. [...] Lo que en el fondo ha estado ocurriendo es que por diversos caminos se ha llegado —como en el Renacimiento— a una nueva imagen del hombre y a una concepción realmente universal de su dignidad.

Y más adelante aún:

Crisis. Tengo entendido que cuando un chino escribe esa palabra la representa con dos ideogramas: uno significa "peligro" y el otro "oportunidad". Son los signos de nuestro tiempo. Y eso es lo que nos está diciendo a voces [...] la generación de 1954.

En los momentos en que escribo estas páginas —fines de 1975— desputa sobre el horizonte la segunda promoción de esta generación: la de los nacidos a partir de 1939. Si bien la situación mundial ha comenzado a despejarse con detentes y quebradizos gestos de amistad, continúan indetenidos el crecimiento de la población, los gastos en armamentos, la inflación económica y, para colmo de males, la comprobada laxitud moral de algunos jefes de estado.

Reconozcamos que es nuevamente grande la tentación de incursionar ya en un área de la obra de Arrom que está puesta de manifiesto con toda claridad en las líneas anteriores. No obstante, a fin de no desmigajar aquella incursión, les ruego que permitan proseguir aludiendo a sus libros.

Si exceptuamos *Hispanoamérica: panorama contemporáneo de su cultura* (Nueva York, 1969), sencilla y amena presentación del tema, con vistas a lectores poco o nada familiarizados con él, los cuatro últimos títulos publicados por Arrom revelan su habitual conjunción de búsqueda erudita y defensa apasionada de lo nuestro y de la dignidad del hombre. Dos de ellos son ediciones críticas en las que Arrom, con respecto a este tipo de tarea, vuelve a hacer gala de las virtudes de que ya había dado muestras al publicar en 1951 *El Príncipe Jardinero y Fingido Cloridano*. La primera de estas nuevas ediciones críticas es la del libro de Hernán Pérez de Oliva *Historia de la inuención de las Yndias* (Bogotá, 1965), obra que había permanecido inédita desde el siglo XVI, y que es "una de las dos primeras crónicas del descubrimiento y conquista escritas en español".

Como creación literaria [sigue diciendo Arrom en su estudio inicial] es la más artísticamente concebida y mejor narrada entre los primeros relatos de aquellos sucesos. Como documento para la historia de las ideas es un lúcido testimonio de la manera en que reaccionó uno de los más ilustres humanistas españoles del Renacimiento ante los problemas morales planteados por la conquista.

La otra edición crítica corresponde a la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* [...] de fray Ramón Pané (México, 1974), de la cual Arrom hizo una nueva versión, añadiéndole un estudio preliminar, notas, mapas y apéndices. La importancia de esta *Relación*, que según Arrom "marca un hito en la historia cultural de América", se debe a que, de nuevo en palabras de Arrom,

compuesta en la isla Española en los primeros días de la conquista, es la única fuente directa que nos queda sobre los mitos y ceremonias de los primeros moradores de las Antillas. Si se tiene en cuenta que se terminó de redactar hacia 1498, su importancia trasciende los límites insulares: resulta, por su fecha de composición, el primer libro escrito en el Nuevo Mundo en un idioma europeo. Y como fray Ramón fue también el primer misionero en aprender la lengua e indagar las creencias de un pueblo indígena, su *Relación* constituye la piedra angular de los estudios etnológicos de este hemisferio.

A los que por ahora son los dos últimos libros publicados por Arrom me referí ya al principio de estas palabras: *Mitología y artes prehispanicas de las Antillas* y *Estudios de lexicología antillana*, cuyos títulos nos hablan claramente de sus respectivos contenidos.

El primero se relaciona con el libro de Pané; pues si tal libro fue el primero escrito sobre el tema, el más reciente es el de Arrom, quien nos explica que si se ha

propuesto recuperar el sentido y alcance de aquella obliterada mitología, no es por mero despliegue de erudición. Los mitos suelen ser compendio de las experiencias de un pueblo, fuente de sus mejores obras de arte y origen de sus creencias más profundas y significativas. En el caso del pueblo taíno, lo que aquel pueblo creó y creyó ha influido en la actual cultura de las Antillas más de lo que se sospecha. Existe amplia evidencia documental para demostrar que los indígenas fueron diezmados pero no exterminados. De modo que en el inicial proceso de convivencia y transculturación, junto con lo material y visible de sus modos de hacer, también han transmitido algo de lo recóndito e inapresable de sus modos de sentir.

Los *Ensayos de lexicología antillana* son un haz de hipótesis filológicas que consideran desde "El nombre de Cuba: sus vicisitudes y su primitivo significado" (que escuché leer como discurso de ingreso del autor en la Academia Cubana de la Lengua el 23 de abril de 1964), hasta vocablos como "conuco", "guajiro", "manatí", "Borinquen", "cutara", "cabuya", "chévere", "congrí". Si en 1959 pude hablar de una "filología militante" a propósito del magnífico trabajo de Arrom sobre la palabra (y el concepto) "criollo", ahora debo añadir que, sin contradicción con lo anterior (antes bien, imbricándose en muchas ocasiones), hay también en Arrom (como la hubo en Ortinto) una suerte de filología risueña, de la que nos da ejemplo reciente la "copa de daiquirí" que el pasado año nos ofreciera en el número 23 de *Areíto*. Por cierto que estos trabajos obligan a que en la próxima edición de la valiosa *Antología de lingüística cubana* (dos tomos, La Habana, 1977) que seleccionaron Gladys Alonso y Ángel Luis Fernández, aparezca al menos alguno de dichos trabajos.

Así como he hecho mención de sus libros (a los que hay que sumar sus conferencias y sus colaboraciones sobre todo en publicaciones periódicas especializadas), tendría que hacerla de su vasta y fecunda carrera profesional, que lo ha llevado a ser Profesor Emeritus de Español y Literatura Latinoamericana de la Universidad de Yale, a ostentar numerosos cargos, a ofrecer cursos en no menos numerosas universidades. Entre los muchos honores profesionales con que se ha reconocido el valor de su obra, recordemos al menos su condición de miembro de varias academias de Cuba, de otros países hispanoamericanos y de los Estados Unidos,

y el haber recibido en Venezuela, en 1979, el Premio Ollantay de investigación teatral.

Y ahora, ante su ejemplar tarea de investigación, su larga y fructífera labor profesoral, digamos de inmediato que todo ello, con ser tan rico, tiene el subido valor que tiene por los rasgos que distinguen a cuanto hace José Juan Arrom. Él mismo, con su habitual humor, ha gustado llamarse en alguna ocasión un Adelantado de nuestra cultura en tierras que no son nuestras. Lo es, sin duda. Pero no de nuestra cultura entendida en cualquier sentido, sino en el más científico y vital de esos sentidos: de nuestra cultura considerada como obra que sale de las entrañas de nuestros pueblos; de nuestra cultura como una contribución original y genuina a la humanidad toda. Lo que implica que desde muy temprano Arrom supo distinguir entre producciones miméticas, des huesadas, que no son sino eco caricatural de lo que han realizado y propuesto como modelos canónicos las sucesivas metrópolis, y producciones afincadas en lo que somos y abiertas, en arco de esperanza, hacia lo que queremos ser, hacia lo que seremos. La familia de investigadores a la que pertenece en nuestra América José Juan Arrom es la de hombres y mujeres como Andrés Bello, Juan María Gutiérrez, Cecilio Acosta, por supuesto Fernando Ortiz, Alejandro Lipschütz, Carolina Poncet, Pedro, Max y Camila Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui, Juan Marinello, Ángel Augier, José Antonio Portuondo o Mira Aguirre: para sólo mencionar unos cuantos nombres ilustres. Y, enfatizado el hecho por su ubicación geográfica desde su adolescencia en los Estados Unidos, ¿cómo no pensar que desciende también, en alguna forma, de aquel hombre superior de quien descendemos todos los cubanos dignos: de José Martí? José Juan Arrom ha sido, es y seguirá siendo una desvelada conciencia, sensible no sólo a las delicias de un texto literario, al rastreo y desentrañamiento de un vocablo o al hallazgo de un dato histórico, sino también a los padecimientos y a los anhelos de los pueblos, en especial los de nuestro continente, que forman parte de la vasta y doliente familia de los pobres de la tierra.

El mundo ha visto en los últimos años el hermoso espectáculo de muchos jóvenes cubanos que, sacados de nuestro país por sus padres cuando aún no tenían edad para decidir por sí mismos, han abrazado, al hacerse hombres y mujeres, la causa de nuestra Revolución, la defienden frente a amenazas de muy diverso tipo, viajan a la Isla, propagan más allá de nuestras fronteras las verdades que aquí ven, fundan organizaciones y revistas como la excelente *Areíto*, cuya Junta de Asesores encabeza Arrom. En con-

siderable medida, no pocos de esos jóvenes, si en Lourdes Casal tuvieron una hermana mayor, son hijos espirituales, directa o indirectamente, de José Juan Arrom. Él les enseñó en la cátedra, en los libros, en las conferencias, y sobre todo con su ejemplo, cómo era posible hacer pervivir nuestras mejores esencias en medios que circunstancialmente nos son hostiles, y cómo debía apreciarse en su valor lo que hace poco el compañero Fidel llamó "el experimento cubano". Por eso Arrom vino al Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Por eso tendrá discípulos más allá de su tránsito por la vida. Por eso, en fin, el suyo es un nombre que no podrá borrarse en la cultura de Cuba.

Pero pecaríamos de injustos si no recordáramos aquí que Arrom, representante de lo mejor del alma cubana, es también representante de lo mejor del alma norteamericana. Pues los principios internacionalistas y humanistas que nos rigen nos impiden cometer el craso error de confundir al pueblo norteamericano, respetable como todo pueblo, con los gobernantes que temporalmente padezca. ¿Acaso Martí, uno de los más agudos e implacables censores de los males de la sociedad norteamericana de su tiempo (males que no harían sino agravarse), no fue también el hombre que hablara con devoción de tantos admirables norteamericanos que ennoblecen la historia de aquel país y de la humanidad toda? A John Brown, que se alzó contra el crimen de la esclavitud y sufrió martirio por ello, lo llamó "aquel loco hecho de estrellas". Cuando supo de la muerte de Emerson, cuya influencia es evidente en la obra del Maestro, le dedicó un trabajo grave y hermoso como una noche clara, que concluye diciendo: "¡Anciano maravilloso, a tus pies dejo todo mi haz de palmas frescas y mi espada de plata!" A Wendell Phillips, que desdeñó riqueza y relumbré social para echar su suerte primero con los negros esclavos y luego con los trabajadores todos, llegando a ser miembro de la Primera Internacional, lo admiró tanto, que su retrato estaba en el humilde despacho de Martí cuando partió a la guerra. A Mark Twain, de corazón democrático y risa de pueblo, lo vio como hermano. A Helen Hunt Jackson, que defendió a los indios, la respetó, la quiso, la tradujo. ¿Y alguien ha amado y entendido más a Whitman que Martí? ¿Alguien le ha dedicado un trabajo más bello que el que le consagrara en 1887 nuestro mayor poeta? ¿Y dónde hay más cólera justa, más identificación ígnea, más dolor y más confianza en el destino de la clase obrera norteamericana que en la cólera, la identificación, el dolor y la confianza que centellean en ese sobrecogedor texto que es "La guerra social en Chicago"?

Desde luego, son muchísimos más los hombres y mujeres norteamericanos que Martí exaltó. Pero además, norteamericanos de esa noble estirpe, imposibles de identificar con las oligarquías que tanto han hecho sufrir a nuestra América (y no sólo a ella), es natural que hayan seguido existiendo hasta nuestros días, y enumerarlos es de todo punto imposible. Baste pensar en poetas como Robert Frost, Carl Sandburg, William Carlos Williams, Hart Crane, Langston Hughes, e.e. Cummings, Walter Lowenfels, Thomas Merton, Lawrence Ferlinghetti; en narradores como Theodore Dreiser, Sherwood Anderson, William Faulkner, Ernest Hemingway, Dashiell Hammett, William Saroyan, Alvah Bessie, Richard Wright, Norman Mailer, William Styron, Gore Vidal; en dramaturgos como Eugene O'Neill, Lillian Hellman, Arthur Miller; en luchadores y soñadores como John Reed, Waldo Frank, los esposos Rosenberg, Malcolm X, Martin Luther King, Angela Davis; en científicos como Linus Pauling, C. Wright Mills, Benjamin Spock, Noam Chomsky, Carl Sagan; en críticos como Edmund Wilson, F.O. Matthiessen, Susan Sontag; en músicos como George Gershwin, Aaron Copland, Leonard Bernstein, y sobre todo los prodigiosos artífices del jazz... Pero ¿dónde podríamos detenernos, si ni hemos mencionado a cineastas como Orson Welles, a arquitectos como Frank Lloyd Wright, a pintores como Jackson Pollock...?

No hay deshonor alguno en admirar a *esos* Estados Unidos. Fue también Martí quien dijo: "Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting". Cámbiese el nombre del aventurero vulgar que fue este último de acuerdo con los tiempos y la frase seguirá teniendo plena vigencia. Los que confiamos en la victoria de las fuerzas democráticas norteamericanas, en sus intelectuales más honrados, en los jóvenes suyos que ayer supieron oponerse a la guerra en Vietnam y en los que sabrán oponerse a otras eventuales guerras inicuas, en sus mujeres altivas, en sus religiosos de raíz, en sus minorías oprimidas y combatientes; en lo mejor, en fin, de aquel pueblo, saludamos también en José Juan Arrom a un digno representante suyo.

Me sería imposible terminar sin agradecer a mi entrañable Alma Mater la preciosa ocasión que me ha dado de pagar una vieja deuda. Cuando tenía veintisiete años, la misma edad en que Arrom encontró una noche, al calor de dos sabios generosos, el que sería el camino de su vida, recibí de José Juan Arrom (a quien sólo había visto antes por unos minutos) una inesperada invitación para enseñar en su Universidad, de la que él iba a alejarse durante un año sabático. Quien les habla no tenía más aval, fuera de trabajar en la Universidad de La Habana, cerrada entonces, que

un puñado de versos, un librito de estudio que había sido su tesis de grado, y la sospecha de simpatizar con algunas ideas radicales, como una voz aviesa le hizo saber a Arrom. Él tuvo el coraje de desoír esa voz, y la bondad de apreciar en mucho más de lo que valían mis papeles: y me llevó a profesar, cuando aún estaba en edad de aprender, entre hombres que me ayudaron con su amistad y me enriquecieron con su ciencia.

Han pasado veinticuatro años. Arrom ha seguido siendo el mismo, a través de pruebas a menudo difíciles, y el que les habla es acaso un poquito más útil y ciertamente más viejo que entonces. Por ello me llena de satisfacción que se me haya escogido para decir estas palabras con motivo de otorgársele el título de Profesor Honoris Causa en Artes y Letras de la Universidad de La Habana a un compatriota a quien no cegó "la magia infiel del hielo", y que ha derramado el calor de su inteligencia, de su corazón y de su conducta, para gloria de lo más noble del país que lo vio nacer y de aquel que hace más de medio siglo le dio acogida. José Juan Arrom sabe bien, como proclamó Martí, que "patria es humanidad", y por eso, esté donde esté, es fiel defensor de las mejores causas de la imperfecta y sagrada humanidad, de la soberanía efectiva de los pueblos, de la igualdad de derechos entre todos los hombres y mujeres, de la cultura amasada durante millares de años en las cuatro esquinas del planeta, y de la paz imprescindible que ha de garantizar la pervivencia y mejoramiento de la frágil criatura deslumbrante que es el ser humano, criatura a la que se ha llegado tras una larguísima y complejísima evolución en la inmensidad cósmica.

Como veinticuatro años atrás, ahora con una voz que sólo tiene mérito porque es la voz de la Universidad de La Habana, agradezco su obra y su vida a quien, habiendo recibido tantos y tan justificados honores (a los que se une el que se le otorga hoy), ha preferido siempre el honor de ejercer, sin fatiga ni vacilación, el más hermoso y difícil de los oficios: el oficio de hombre.

REFLEXIONES DE FILOSOFÍA Y LITERATURA

Por Manuel S. GARRIDO

Introducción

NO es ocioso declarar desde un comienzo que las reflexiones que apuntaremos enseguida a propósito de este tema son dominante y necesariamente provisionales. En primer lugar, no se trata —en rigor— de un tema, sino de un *problema*; y las nuestras no son más que proposiciones. Y en segundo término, ellas constituyen una apretada síntesis del material con el que he trabajado durante un lapso que me ha tomado casi tres años. Sin embargo cuando digo "provisionales" no empleo una categoría defensiva. Las reflexiones o proposiciones aquí anotadas forman parte de mis convicciones actuales; pero lo que quiero enfatizar es que al escribirlas le ofrezco —también desde el primer instante— (lo que puede llamarse como) la última palabra al otro. Así, pues, entiéndase lo "provisional" como apertura del diálogo en esta materia; a ésta misma como problema; y a nuestras reflexiones como proposiciones o tesis.

Pienso que lo que se ha puesto en discusión nos mantendrá ocupados con el problema de lo que llamo teoría *de la* literatura, porque reflexionar acerca de los objetos específicos de las disciplinas que se denominan teoría, crítica e historia literarias coloca al pensamiento en una función no menos específica —teórica—, en virtud de que el problema toca a la teoría de tales disciplinas. Un cierto *logos* que se acerca a un objeto con el fin de explicarlo y comprenderlo.

Por eso digo que el campo es la literatura, y el problema el de una teoría *de la* literatura a propósito de lo que es su abordaje por el teórico (propriadamente tal), el teórico literario, el crítico literario y el historiador de la literatura; lo que plantea a su vez la cuestión —no ya del campo, sino— de los objetos específicos, dado que el proyecto consiste en plantearse *qué es* teoría literaria, crítica literaria, historia literaria; cuál es su función, su objeto de cada una respectivamente, y cuáles son sus diferencias, o el fundamento de sus relaciones. Todo ello acerca de la literatura, pero

desde una reflexión que no es, por cierto, literaria, sino teórico-filosófica, aunque su campo sea la literatura.

De aquí que comience por plantear el problema de lo que llamo teoría *de la literatura*, el universo desde el cual se piensan las otras disciplinas. Tal punto de partida permitirá precisar también lo que se denomina teoría literaria, que no coincide necesariamente con la teoría de la literatura, pero que, por lo mismo que no suelen marcarse sus diferencias, a menudo se designa con la categoría de teoría literaria lo que es materia, objeto y función de una teoría de la literatura. Espero que se comprenda que este último no es un problema exclusivamente teórico.

Finalmente quiero reconocer que las limitaciones de espacio para desarrollar estos problemas me ha obligado también a exponer de un modo que a veces siento bastante "cerrado". En realidad debí optar, y bajo tales circunstancias decidí afirmar más, es decir *poner* (tesis) en desmedro de un desenvolvimiento argumental más acabado y detallado, enriquecido con los matices que implican los problemas en juego.

Asimismo opté por no hacer citas, sino por un anexo bibliográfico general que cumple la función de *fuentes* de un trabajo teórico cuyas categorías centrales son las de *comprensión* (teórica), *valoración* (crítica) y *explicación* (Histórica).

Acerca de la teoría literaria

PREGUNTAR "¿Qué es la literatura?" o "¿Qué es literatura?" no es una pregunta literaria, pero tampoco pertenece a la teoría literaria; es una cuestión que se formula a propósito del hecho literario constituyendo sobre todo un interrogante eminentemente filosófico que atañe a la teoría *de la literatura*. Tomemos como ilustración a Sartre cuando replica a quienes lo condenan en nombre de la literatura; se observará que lo hace, no desde la literatura, ni desde la disciplina llamada teoría literaria, sino desde el terreno mismo de un interrogante que —por su objeto— se sitúa en la filosofía y que comienza por decir: "¿y qué entienden por *eso*?" (= por literatura). Sartre piensa desde una teoría del hecho literario. Y desde ahí traza una "solución" al problema (que no deja de ser también una "solución" problemática).

La teoría de la literatura pone, pues, un conjunto de proposiciones afirmadas teóricamente, en función de una de las formas privilegiadas del comportamiento estético del hombre: la literatura; y en este terreno el objeto de su preocupación se formula así:

comprender el hecho literario en su esencia, *cualesquiera que sean las condiciones histórico-sociales* (volveré a lo que he subrayado una vez que aborde la Historia literaria). Lo que en principio plantea que su preocupación no es dar razón de un arte literario determinado, de un movimiento, de una obra o de un autor, sino del hecho literario subordinado —por así decirlo— aquellos elementos (digamos: diacrónicos) que obstaculizan su aprehensión en lo que es su universalidad. Reflexión teórico-filosófica/filosófico-estética acerca de un determinado, específico, peculiar y universal tipo de producción del hombre; elaboración acerca de la racionalidad y la necesidad de la actividad literaria y sus productos.

La teoría de la literatura se dirige al universo de problemas de la literatura que toca cuestiones —por ejemplo, ontológicas—, como su naturaleza o el tipo específico de realidad que constituye el hecho literario; o epistemológicas como el problema de la verdad en la obra literaria; el problema de su tratamiento peculiar del lenguaje, la historia, la ideología; la peculiar relación producción-consumo; la estructura misma del objeto producido; su modo específico de ser objetivación o expresión o comunicación o lenguaje o forma; sus relaciones de dependencia y autonomía relativas-específicas que establece con el todo social histórico. Y también el universo de categorías y conceptos con los cuales se pretende comprender el hecho literario bajo cualquier circunstancia histórica.

Por eso se pregunta como Sartre: "¿Qué es escribir?", "¿Por qué escribir?", "¿Para quién escribir?"; o como Roman Jakobson: "¿Qué es la literaridad?", aludiendo al *ser* de la escritora; como Barthes por las *condiciones* del ser específico de la literatura; o como se ubica Dámaso Alonso: "...frente al poema para preguntarle algo muy distinto de lo que es el siglo XIX le había preguntado: no 'por qué, cómo se ha originado', sino '*qué es*'... la posibilidad de una indagación científica de la obra literaria... en esa encrucijada, *en ese giro de lo genético a lo estructural*". Por cierto Alonso tiene el mérito de plantear la encrucijada —a mi juicio capital— para entender la teoría de la literatura y la Historia de la literatura (también volveré a este punto más adelante).

Tras aquellos interrogantes hay la preocupación por lo general-universal y necesario, desde Aristóteles hasta Hegel, por decirlo de alguna manera; o de otro modo: desde los formalistas rusos hasta Lukács: la preocupación por lo que las obras muestran como leyes o estructuras generales y necesarias.

Ahora bien, en este punto consideraré una cuestión fundamental para distinguir la diferencia entre teoría de la literatura y teoría literaria; diferencia que significa tanto como comprender la es-

pecificidad de cada una: la relación que guarda la teoría de la literatura con la creación literaria misma, con el escritor, con la teoría literaria, con la crítica y con la historia literarias. Es obvio que el conocimiento de la teoría de la literatura no reemplaza al talento de un escritor, de lo cual no se deduce que en el ejercicio de la praxis literaria el escritor de talento prescindiera de un esfuerzo de reflexión teórica. La experiencia muestra no sólo que tal esfuerzo existe, sino que él mismo es un esfuerzo generalmente híbrido, mezcla de teoría literaria y teoría de la literatura; mezcla de poética y estética. Pienso en la galería que forman escritores como Tolstói, Stanislavsky, Brecht, Lessing, por señalar algunos, en cuya obra general encontramos literatura propiamente tal, elementos de poética o de teoría literaria o programa "estético"-práctico y elementos de teoría de la literatura. Esto permite comprender también que —no obstante la especificidad de la reflexión teórica sobre el hecho literario— no hay entre ésta y la creación literaria un abismo insalvable, sino una relación necesaria cuyo elemento mediador acaso sea un tercero en no-discordia: el de la poética o teoría literaria o "estética" práctica o programa estético-práctico, que se comporta en este caso como un esfuerzo reflexivo-práctico-inmediato, cuyo fin es ya el ejercicio de la praxis literaria —no el de la teoría "pura" sobre el hecho literario. Pienso que gracias a las investigaciones de las últimas décadas hoy estamos en condiciones de llamar por su nombre al quehacer que *no* se propone hacer literatura (=teoría de la literatura) y con el suyo propio al que desemboca directamente en un producto literario (=teoría literaria).

Al respecto quisiera considerar la intervención antidogmática y desmistificadora del investigador Yanko Ros en el Pleno de la Unión de Escritores yugoslavos (noviembre de 1954). Aquí me detendré, casi de un modo bastante brusco.

Es claro que Ros no distingue él, de un modo explícito, entre teoría de la literatura y teoría literaria, sino que sus reflexiones teóricas generales acerca de la estética nos permiten a nosotros (a mí) fundamentar la diferencia, a partir de una distinción indirecta, entre la teoría de la literatura que, como tal, busca constituir una obra teórico-filosófica sobre un hecho dado (por lo mismo que nunca es normativa) y la teoría literaria que, como programa para una realización inmediata, busca constituir una obra literaria, por lo que en su naturaleza hay un carácter necesariamente normativo.

Yanko Ros permite distinguir la diferencia que hay entre aquello que pertenece de suyo al teórico-filósofo-estético y que sólo como posibilidad adicional y de otro orden puede ser del dominio del escritor, y aquello que de suyo es competencia primordial del es-

critor y que sólo como posibilidad adicional y de otro orden puede serlo también del teórico.

Sartre constituye una ilustración elocuente en ambos sentidos. En rigor, no es —por decirlo de un modo que se presta a discusión— el teórico de la literatura el que elabora *La Nausea* o *Las Moscas*; ni lo hace tampoco desde la teoría de la literatura, sino desde un programa literario, fecundado por la teoría, pero que asume, como programa, la condición incuestionable de una poética o teoría literaria en cuanto que se trata de una reflexión dirigida a producir un hecho específicamente literario. Asimismo me atrevería a decir (con esta fórmula tan esquemática y tan aparentemente dogmática, impuesta por la limitación del espacio) que no es con ese programa para la creación literaria (y aunque fecundado por la teoría) con el que decisivamente elabora Sartre su "*¿Qué es la literatura?*" Espero que nadie piense que estoy escindiendo a Sartre en dos mitades. Y que tampoco haya quien pueda pensar que subestimo la teoría literaria. Sobre todo cuando tengo la convicción de que mientras más se fundamenta la diferencia más se aboga por la relación. Pero también espero que se observe la importancia práctica de la distinción, a la luz de los estragos que ha generado para la actividad literaria la elevación del programa de un autor, de un grupo, de una clase, de un partido, a la condición de teoría de la literatura (o Estética), convirtiendo a ésta última —por efecto del imperativo que procesa la poética o programa— en una disciplina normativa y dogmática. Desde ahí cierta degradación de la teoría de la literatura a la función de guardián de determinados estilos o programas; y por otra parte cierta degradación de la creación literaria misma sujeta a un dogal seudoteórico que hace del "dinamismo" de la poética o teoría literaria algo replegado en la "estática" que es (relativamente hablando) la teoría de la literatura; o la paradoja de un fenómeno que en sí es ya expresión de su logos.

Acerca de la crítica literaria

HE aquí que encontramos nuevamente un breve discurso interrogativo: "¿Qué es la crítica literaria?" "¿En qué consiste?" "¿Qué es hacer crítica literaria?" Un problema que vuelve a situarnos en una región que no es la crítica misma. De modo que no sólo hemos planteado una cuestión que —aunque referida a las obras literarias— no es propiamente literaria, sino que tampoco es parte de la crítica, ya que los interrogantes aluden a un pensar teórico

acerca de la función crítica (de la obra literaria), que forma parte del *corpus* general teórico sobre la actividad artístico-literaria y sus productos.

Hay, pues, crítica literaria en acto —la que desde cualquier concepción teórico-filosófico-estética se realiza de hecho—, y existe también, y muchas veces de un modo inclusivo en el discurso crítico mismo, una teoría de la crítica literaria, o —si se quiere— una serie de esfuerzos de reflexión teórica, unos más acabados que otros, acerca de la crítica. Hay el acto, la actividad o la función crítica efectiva que trabaja directamente sobre una obra literaria particular, y lo que llamamos teoría de la crítica y que constituye un trabajo cuyo campo no está integrado por las obras literarias, sino por las obras críticas. Hay, pues, *crítica* —como intento de valoración de la obra literaria, desde una región que la somete a juicio—, y *comprensión de la crítica*.

La realidad muestra que estos dos campos existen objetivamente; más aún: empíricamente. Estos son los campos. Pero las dificultades proceden del pensar al *objeto* de la crítica, puesto que a la transparencia de los campos o dominios de una actividad del pensamiento no corresponde mecánicamente la claridad de su objeto. Tratándose de la crítica literaria, si bien el dominio se "ve" claramente, no ocurre lo mismo con su objeto específico. Esto es lo que nos ha persuadido de plantear una relación entre crítica y teoría de la crítica, porque la experiencia revela que no hay crítica al margen de una consideración teórica de su objeto; o bien que la crítica deja ver ciertos elementos teóricos que conciernen a su objeto.

El problema de la crítica —atendiendo al punto de vista teórico— es entonces no el del campo, si es que estamos de acuerdo en que este último está constituido por las obras literarias concretas. ¿Qué le preocupa al crítico? ¿Qué es lo que hace la función crítica? ¿Qué la distingue de un modo específico?

Si uno se basa en el material crítico real, como en las consideraciones teóricas al respecto; así como en los deslindes que aporta la teoría de la literatura en sus diversas concepciones, y en la historia y en la Historia de la literatura, puede formular una primera tesis fundamental: la crítica es en su esencia juicio de valor; operación intelectual axiológica que pone en juego la facultad de juzgar del hombre. Es claro que con esto no llegamos a la cuestión del objeto específico del criticar. Apenas nos aproximamos al meollo del problema a través de un cierto rodeo. Que la crítica sea valoración si bien es un comienzo no dice todavía *qué* es lo que se valora.

Sin embargo, tal comienzo dice que la obra literaria es susceptible de ser valorada; o que puede ser sometida a juicio; o que se la puede juzgar. Pero sobre todo dice —si se medita bien— que no vale por ser literaria. Más bien la crítica asume que la obra es literaria, es decir: poética, pero no identifica juicio de valor y juicio de existencia. Precisamente porque ser y valer no coinciden es que hay crítica como juicio. Dicho de otro modo: porque el carácter literario de la obra no asegura ya su o un valor es que hay crítica.

En rigor, la crítica como valoración es atribución de valor a la realidad elaborada en la obra literaria y a su elaboración misma; lo que significa que la obra procesa ciertas propiedades que *a posteriori* se convierten en valores a raíz de la ejecución del acto social de valoración que es la crítica. Esto quiere decir exactamente que la obra no vale por existir meramente, sino a partir de su valoración. Pero ello no quiere decir que sus propiedades literarias necesiten una valoración para existir en tanto que propiedades literarias. Esto me parece capital, porque si ser y valer no coinciden tampoco coincide el objeto de la teoría de la literatura con el de la crítica literaria.

Así, pues, las propiedades materiales concretas de la obra constituyen el soporte objetivo de la valoración, de la crítica.

Ahora bien, los valores son producto de valoraciones humanas. De aquí que no coincidan propiamente con el gusto o la preferencia; y que la crítica no se reduzca tampoco al gusto o la preferencia. Sin embargo, los valores no son categorías supratemporales, eternamente válidas, sino vinculadas estrechamente a ciertos *criterios* cuya fuente es la vida social de los hombres, las relaciones de clase, la totalidad del sistema valorativo de la conciencia social, que constituye, por ejemplo, lo que podemos llamar "ideales estéticos". Lo que hace de la crítica —y en esto contrariando lo que sostiene Roland Barthes— una actividad esencialmente contingente; y de la valoración una facultad que no se da en el hombre desde un principio, *a priori*, sino históricamente formada a través del curso de la práctica social.

Se valora a base de un *criterio*, y el valor se determina en relación con ese criterio, que remite a cierto "ideal estético", el cual a su vez se caracteriza porque tiene una estabilidad histórica más o menos larga, vinculado a una clase o a un grupo social determinado. Luego la valoración implica una jerarquía, cierta escala de valores, que no es universal, sino particular de cada formación económico-social, de cada clase, lo que hace que la valoración se establezca según el "ideal" de la época, de la clase, del partido... de los grupos, etc. De aquí que la crítica no escape a la necesidad de ser tam-

bién figuración de ciertas consideraciones éticas y políticas; ni deje de aparecer estrechamente vinculada con ciertas normas o imperativos. Al fin y al cabo, si algo se juzga valioso es comprensible que se ha alzado como modelo a seguir. Entonces su actividad se realiza en consonancia con los *programas* "estético-prácticos" de un autor, de un grupo o de una clase o de una época o de una coyuntura histórica y sus luchas de intereses materiales, políticos, éticos, etc. De modo que si bien y ciertamente se valora una obra literaria la valoración del crítico se encuentra en una permanente interdependencia con la valoración política, ética, filosófica; estrechamente ligada a la teoría literaria; posiblemente sostenida por la teoría de la literatura.

La crítica —perteneciendo, pues, al campo de las obras literarias—, por su objeto específico no permanece encerrada en él; por el contrario, tiende a poner la obra en relación con los otros campos de la actividad del hombre y sus productos. Y es que el crítico liga primordialmente su objeto con el problema de la función social de la literatura.

Por esta razón el sentido de lo bello para el crítico nunca tiene un carácter universal. Para la crítica la belleza no *es*, sino que *vale*. Ella no es una realidad por sí misma; es un valor que se establece al poner en relación la obra con el conjunto de la sociedad, la cual se caracteriza porque procesa en su interior diversas relaciones de los hombres entre sí, lo que a su vez hace sus diferencias de situación, de intereses, de ideologías; sus diferencias políticas, y por tanto, sus ideales y necesidades.

De lo anterior se desprende el carácter inevitable de las diversas corrientes críticas, en consonancia con la realidad diferencial de los sistemas valorativos; y, por otra parte, la carencia de fundamento de las posiciones teóricas sobre la crítica que —pretendiendo escapar a su normativismo necesario— se ven obligadas a plantear la crítica en un terreno puramente formal, en el que su función se reduce sólo a proponer valideces y no un valor, o en el que el valor es el de la validez (neutral). Tal es a mi juicio el caso de Roland Barthes, sobre todo en su *Crítica y verdad*; aunque, por otra parte, tiene el mérito de eludir el simple comentario.

Finalmente no puedo ocultar mi interés por señalar algunas observaciones a ciertos planteamientos teóricos de autores particulares sobre la crítica: al mismo Barthes, cuya teorización se orienta a pensar la crítica como otro discurso literario, en la que la categoría de escritor/escritura no permite distinguir entre el artista y el crítico, y que le da a Barthes un lugar indeciso entre la literatura y la crítica, A. Michel Foucault, que distingue entre crítica y comen-

tario. A Pierre Macherey, para quien el objeto de la crítica es el de las condiciones de producción de la obra, entendiéndolo por *condiciones*, no una causa empírica sino el proceso real de su construcción; un entendido que desemboca en la confusión del objeto de la teoría de la literatura con el de la crítica. A Wellek y Warren, quienes identifican crítica e historia, aunque en esta identificación se juega la crítica como juicio, lo mismo que la Historia de la literatura en su dimensión inevitablemente valorativa (selectiva). A Gaetan Picon, a Alfonso Reyes...

También he sentido la tentación de decir algo sobre la Poética de Roman Jakobson que, como ciencia de la literatura, no coincide con lo que antes denominé poética o teoría literaria, sino con una teoría de la literatura. Y de observar con detalle que la propuesta de Macherey sobre la crítica acaso la resolvió mejor el mismo Jakobson desde el campo y el objeto de una ciencia de la literatura. ¿Y no habría que matizar también alguna diferencia entre Jakobson y Barthes, por ejemplo en cuanto a lo que hay de *comprensión* en el primero, y de *justificación* en el segundo?

*Acercas de la historia literaria**

Nos ocuparemos finalmente de la historia y de la Historia literaria siempre desde la perspectiva de una reflexión teórico-filosófica, a partir del campo general de una teoría de la literatura. Enseguida se comprenderá que la preocupación por la historia de la literatura y la Historia de la literatura constituye una problemática estrechamente vinculada con una consideración teórica general.

Sucede que discutir esta cuestión pasa por el problema de la historia y de la Historia *a secas*, objeto —éste último— de controversias, acuerdos y disensiones, que tocan, por ejemplo problemas como los de la naturaleza misma de los hechos históricos, así como los de los conceptos y categorías fundamentales de la Historia: ¿Qué tipo de realidad es la realidad histórica? ¿El conocimiento de la Historia es un conocimiento de leyes? En suma: no hay ni una historia de la literatura ni una Historia de la literatura al margen de una concepción de la historia y de la Historia *a secas*.

Por lo pronto me excuso —por razones obvias de espacio, y porque tampoco parece ser el núcleo del problema que se me ha

* En este párrafo escribiré *Historia* para referirme a la disciplina histórica, e *historia* para señalar la realidad histórica o historia real. Así también no diré Historia literaria, sino Historia *de la literatura*, por razones que la exposición misma pondrá de manifiesto.

planteado— del hecho de que no habré de referirme a los problemas que desde una “filosofía de la historia” —como diría Voltaire, inaugurando el término— tocan a la historia real que hacen los hombres: cierta ontología de la historia real, y en otros casos epistemología a propósito de ella: ¿Cuál es la naturaleza de la realidad histórica? ¿La historia es conceptualizable? Filosofía “formal” de la historia.

Nos ocuparemos básicamente de la Historia en tanto que *explicación* de lo que ha sucedido *en el tiempo* realmente. Y desde aquí intentaremos pensar la cuestión particular de la Historia de la literatura. Aunque se comprenderá que entre la historia y la Historia no hay separación radical, sino un diálogo permanente cuya mediación la ejecuta el historiador. No iremos, pues, a la historia vivida, a la historia real; nos interesa la operación cuya función es *explicar* el movimiento real; el problema que consiste en *pensar* lo que ha sucedido realmente en el tiempo; o en elevar al plano del pensamiento la historia que hicieron y vivieron (y viven) sus propios actores; es decir, la Historia, cuya condición fundamental radica precisamente en *partir* (alejarse, salirse —que no es abandono) de lo vivido. La Historia como *racionalidad* de los hechos del movimiento real. Parto entonces de la convicción de que la Historia de la literatura es tributaria —en su región específica— de lo que concebimos como función de la Historia y del historiador en general, independientemente del objeto particular cuya Historia se trata de elaborar. Al fin y al cabo, la especificidad literaria de su campo no modifica lo sustancial de su objeto. Puesto que el problema se formula así: ¿Qué es la Historia de la literatura? o ¿Qué es hacer Historia de la literatura? lo esencial es la cuestión del qué hacer como *Historia de*; o qué es hacer Historia de un objeto específico; qué es Historiar. Doy por entendido que esto es lo medular, sobre todo si lo pienso en relación con los dos problemas anteriormente planteados: Qué es *teoría* de la literatura; y luego: Qué es *crítica* de la obra literaria.

Ahora bien, si la Historia (por cierto también la de la literatura) es *pensar* lo real *en el transcurso del tiempo*, de esto no se deduce que la Historia de la literatura (como cualquier otra Historia) constituya una función prisionera de la cronología en términos absolutos, y que —por otra parte— su objeto sea el de fijar una obra (o las obras) en el tiempo. Sin embargo, el carácter diacrónico de su campo es fundamental; mas no para hacer de la Historia pura descripción o enumeración de acontecimientos literarios en una línea de sucesión temporal. Por el contrario, la Historia se ubica lejos del clásico culto a los hechos (puros) —cuyo

privilegio en la sucesión temporal implica el absurdo de una separación radical entre sujeto y objeto. En nuestro tiempo el ideal decimonónico que se traduce en un cierto fetichismo de los hechos—inclusive de los documentos—, está superado (no digo vencido) por una concepción de la Historia que se niega a la recolección y ordenación cronológica de los datos, y que enfatiza incluso lo que la función del historiador tiene también como valoración o juicio implícito; como tarea selectiva, diría Edward Hallett Carr, en cuyo núcleo se mueve inclusive cierta *decisión*. Acaso sea esto lo que lleva a Wellek y Warren a identificar crítica e Historia en Literatura.

Hoy no diremos, sin embargo, que la Historia de la literatura es un producto *brotado* (y exclusivamente) del cerebro del historiador. Por cierto el historiador hace la Historia; pero ésta tiene su materia prima en la Historia. Está claro que las obras literarias, los autores, las escuelas, las tendencias, los movimientos, son el material básico, vivo, de la Historia. Más aún: constituyen la historia que el historiador convierte en Historia. Me pregunto: ¿Por qué habrá que hacer esta conversión? La respuesta puede formularse de este modo: la enumeración u ordenamiento temporal de las obras, los autores. . . no dice nada. Digo *nada* desde el punto de vista de una *explicación* de lo que ha sucedido con la literatura y en la literatura a través del tiempo; desde el punto de vista del sentido de la historia de la literatura. Aunque la enumeración dice, al menos, que esas son las obras, los autores, los movimientos. . .; dice que en determinada época o año, sociedad o cultura, hubo tales acontecimientos. Pero ¿esto es ya una explicación o más bien se trata del material para una explicación? Me inclino a pensar que la Historia de la literatura se apoya en la empiria y que su trabajo no es por eso un proceso empiricista. Estamos, pues, en el meollo de un concepto que hace de tales hechos literarios un campo susceptible de Historia (de explicación) justamente porque su historia real—que se manifiesta y sólo se manifiesta como sucesión lineal— es muda.

Así, pues, del mismo modo como la obra no dice directamente al teórico de la literatura dónde, o en qué radica su esencia poética; también la serie de obras, autores, movimientos. . . en literatura constituyen apenas el *dato* que ha de servir al historiador para elaborar la Historia de la literatura, ya no más como yuxtaposición lineal de obras o autores, sino como un *todo* estructurado o sistema *que se realiza en el tiempo sin dejar de ser lo que es*, y cuyo proceso de cambios y transformaciones ha de ser *explicado*. Aquella diver-

sidad (relativa) habrá de ser convertida en cierta unidad (relativa), en cuyo caso la categoría de relación pasa a ser fundamental.

Tratándose de la Historia de la literatura —como en toda investigación cuyo fin es Historiar— el historiador va al problema de la *causación* de los acontecimientos. Desde Herodoto, para quien justamente la meta del historiador es “más que nada, decir la *causa* de que (griegos y bárbaros) lucharan unos contra otros”. De aquí que el investigador en este terreno “salga” desde la literatura hacia las otras estructuras de la sociedad, si por quehacer Histórico entendemos una investigación del pasado del hombre y sus productos *en sociedad y a través del tiempo*.

Ahora bien, Historia es en griego “conocimiento adquirido mediante investigación”. Mas lo que deja de resolver esta definición es el problema de qué investigación se trata y el de su objeto exactamente. Es claro que la Historia es conocimiento, pero también lo es la teoría de un objeto. Sin embargo, entre la Historia de algo y su teoría existen —no obstante sus relaciones— diferencias fundamentales. En efecto, la Historia de la literatura no examina los hechos literarios considerándolos como un todo en un estado —digamos— relativamente “estable”. Esto que hace la diferencia entre teoría de la literatura e Historia de la literatura. En realidad cuando empleé la categoría de *explicación* me planteaba un problema: ¿la Historia de la literatura es teoría de la literatura? Reconozco que me es más fácil advertir que no es crítica de la obra literaria, desde que ésta *emite* un juicio y aquella (la Historia) lo *implica*, es decir, pasa por una estación que no es su fin específico.

Más difícil es pensar en cambio la Historia de la literatura en su especificidad, aquello que dice que su objeto no coincide con el de la teoría de la literatura, aunque ambos hacen un conocimiento de la literatura. Por cierto aquí la categoría que contribuye a abrir camino a la reflexión es la de *prioridad*. Una categoría que liga a las de *comprensión* (teórica) y *explicación* (Histórica).

En realidad cuando Carr afirma que la Historia es un pensar acerca de un fenómeno *en el transcurso del tiempo* dice sobre todo que el objeto de la Historia es la génesis, la evolución, el desarrollo y el cambio o transformación del fenómeno: eso es “en el transcurso del tiempo”. Digamos que esta es la prioridad para el historiador: explicar la génesis, la evolución..., etc. En su caso la literatura *a través del tiempo* constituye también una estructura o un sistema más o menos estable (dentro de la estructura que es la sociedad) y en este sentido —a pesar de la evolución, del desarrollo, los cambios y las transformaciones que implica en sus

manifestaciones concretas— la literatura no deja de ser lo que es: literatura, hecho literario, lengua en función poética. En este sentido “no cambia”, o “permanece” a través del tiempo. Pues bien: he aquí el objeto de la teoría de la literatura: ¿Cuál es la naturaleza del hecho literario? (cualesquiera que sean las condiciones histórico-sociales).

Por cierto el teórico no prescinde de la historia de la literatura (su material vivo) ni de la Historia de la literatura: su material *explicado* por el historiador; pero tampoco éste último puede prescindir de la teoría de la literatura si el historiador ha de saber conscientemente qué hace y cuál es la naturaleza específica de su material. De aquí que no pueda hablarse más que de *prioridad*, sobre la base de la unidad de lo estructural-teórico-sincrónico y lo genético-Histórico-diacrónico; prioridad según el objeto específico de una operación y otra: método genético-estructural en Historia y estructural-genético en teoría; comprensión/explicación (teórica) y explicación/comprensión (Histórica).

EL DESARROLLO EN LAS DIFERENCIAS

Por *Louis SALA-MOLINS*

EL imperialismo es un signo de los tiempos pero no es característico de nuestro tiempo. El acondicionamiento de los pluralismos culturales en beneficio de una norma cultural mayoritaria es un signo de los tiempos pero no es característico de nuestra época. Sería fácil, hasta infantil, agregar dos docenas de criterios cotidianamente confesados en las esferas de la economía, del derecho y de la cultura —tres modos de ser de la realidad política— para ilustrar la extrema rudeza o la total beatitud de nuestra época y que, sin embargo, no la definen mejor que el imperialismo y las hegemonías culturales. Se puede clasificar en la categoría del angelismo ideológico las pretensiones de quienes, basándose en la experiencia secular, señalan con todas las apariencias de rigor, en el corazón de la modernidad, el día D y la hora H del inicio del reconcentramiento en el imperialismo y la unicidad cultural de pluralidades nacionales o simplemente comunitarias. La práctica hegemónica va a la par con el ejercicio del poder, la voluntad hegemónica es prima hermana de la voluntad de poder; esto parece establecido históricamente desde siempre, y haber sido filosóficamente razonado desde hace un puñado de siglos. ¿Será acaso una fatalidad histórica, incluso antropológica, y tendremos que resignarnos a glosar para los pueblos que el destino ha ubicado fuera de las encrucijadas de la circulación de los bienes de este mundo —pero trágicamente en el seno de las zonas destinadas a ser saqueadas— los mil capítulos de un "Tratado de la desesperanza?"

Esta conclusión saca el capital de esta constatación, tanto en el Este como en el Oeste, convencido de que los desesperados son siempre los otros. Esta es la moral de la resignación, de la asistencia y del control, que se desprende de los remiendos teóricos e institucionales con los que se visten los imperios contemporáneos, tanto de catecismo liberal o dirigista, para entregarse mejor a la sordidez, al mismo tiempo que hacen como si protegieran el derecho, la economía y la cultura, que en realidad desvirtúan, saquean y destruyen.

En virtud de su declaración preliminar, nuestra conferencia adopta una perspectiva totalmente diferente. Ya no se trata de reajustar antiguas recetas, sino de crear. Ya no se trata de conformarse con la resignación que surge de las constataciones, sino de constatar que un orden verdadero es posible, viable y cercano, porque la historia de las hegemonías muestra de manera perfectamente legible sus grandes líneas dentro de la convergencia ejemplar de todo lo que las propias hegemonías incumplen en las realidades jurídicas, de lo que saquean en los arreglos económicos y de lo que destruyen en los ritmos culturales. La elección preliminar de la Conferencia me parece sencilla. Se expresa perfectamente en el lenguaje de la anarquía: la adhesión feroz al orden de los pueblos y el violento rechazo a todas sus falsificaciones; y *a fortiori* el rechazo de la más aberrante de ellas: el imperialismo bajo todas sus formas, y el superpoder del capital en todas y cada una de sus manifestaciones.

Hay que instaurar el orden de los pueblos para terminar con el desorden mercantil de todas las épocas. Se trata, evidentemente, de un programa expresado en pocas palabras cuya amplitud gigantesca y extrema violencia todos adivinamos fácilmente.

Conviene, primero, resolver una dificultad metodológica, sea mediante el análisis, sea por una elección visceral y voluntaria. Estamos trabajando aquí según un reagrupamiento teórico totalmente clasista y con un afán de eficacia: la economía por un lado, el derecho por el otro y, en medio, la cultura, como para proporcionar al derecho la clave del simbolismo de las cifras, o a las cifras la ductibilidad de las jurisprudencias. Tendríamos que pensar en lo cultural como si beneficiara de una autonomía clara en relación a la economía y el derecho, a lo económico y lo jurídico. Bien sabemos que esta autonomía no es concebible sino es con una elección voluntarista. Estamos obligados a referirnos a las relaciones que existen entre estos tres modos de ser de lo político, no tenemos más remedio que escoger entre tres perspectivas genético-teóricas posibles para delimitar mínimamente la importancia de lo cultural en el conjunto de nuestras reflexiones.

Es prudente plantear una preeminencia histórica y orgánica de lo jurídico sobre lo cultural mediante lo que es generalmente normativo, puesto que no conocemos —ni conoceremos nunca— una cultura cuyo desarrollo y afirmación no haya coincidido con una respiración normativa y una intención legalista. Si hay cultura, hay derecho.

Pero también es prudente plantear una preeminencia de lo cultural sobre lo jurídico puesto que cualquier normatividad, cual-

quier legalidad, se arraiga en una mantilla simbólica y mágica que le proporciona toda la sabiduría de su credibilidad. Independientemente de que recurra al látigo o a los oráculos, el derecho exige la preexistencia de una cultura.

Es prudente, en fin, plantear la preeminencia de lo económico como lugar privilegiado, aunque no exclusivo, del brote de lo mítico-cultural y de lo socio-jurídico. Con esta diferencia, que no es nada fácil convencer al pobre mundo de que la explotación y el intercambio nunca han sido viables fuera de los senderos de la cultura y de lo jurídico, cuyos lineamientos delimitan la historia y determinan sus capítulos.

Hay tres perspectivas posibles cuya credibilidad e irrefutabilidad comunes denuncian una relación que, aún más que dialéctica, es estrictamente circular entre las tres partes de nuestra conferencia. Por lo tanto habría que descompartimentar inmediatamente y tratarlo todo en sesión plenaria. Que sea claro que no compartimentarlo por ingenuidad, sino por afán de eficacia.

Invitado a hablar sobre la urgencia de una salvaguardia de las diferencias desde una perspectiva de desarrollo, espero que mis conclusiones resulten del encadenamiento lógico, desde mi punto de vista, de las tres partes del análisis que propongo. 1) Sentido de la incidencia cultural en el proyecto del Nuevo Orden Internacional Democrático, particularmente desde el enfoque del Tercer Mundo; 2) La cultura en el sentido amplio y las diferencias lingüísticas; 3) Universalidad y diferencias.

1. Si aceptamos la imagen y la idea de la circularidad tal y como parece resultar de las reflexiones preliminares, es inútil remontarse a la edad de piedra cada vez que conviene legitimar una propuesta filosófico-política o de calcular el diseño de una vía de irrigación, y es rentable apropiarse de un postulado metodológico y político muy sencillo. He aquí: tomemos las realidades internacionales tal y como son, las realidades tercermundistas tal y como parecen ser y consideremos escrupulosamente las perspectivas pluri-direccionales de su porvenir. Se trata de rechazar los argumentos que sirven para remendar las viejas teorías, las que son evocadas magistralmente en el texto preliminar de la Conferencia, y esto simplemente porque su punto común consiste en referirse (que lo confiesen o lo callen) a distinciones cualitativas de los pueblos entre sí, de las naciones entre sí, y de los Estados entre sí, según una escala de valores éticos propuestos como valores ahistóricos, universales y por consiguiente indiscutibles, constantes y eternos; o en todo caso tan bien integrados en la historia que sería positivamente absurdo cambiarlos. ¿Existiría una división establecida al

principio —pero instaurada para siempre— del voluntarismo, de la afirmación de sí mismo, de la posibilidad de ejercer la soberanía según las latitudes y las longitudes que nos remitiera, al menos, a las teorías climatológicas, cuya trágica absurdidad ya denunciaba el gran Las Casas a principios del siglo XVI y que daría la razón, en el crepúsculo de nuestro siglo XX, a las teorías aristotélicas de la ciudadanía y de la servidumbre que retomaron después Sepúlveda y los teóricos del Requerimiento? ¿Acaso todo esto es obsoleto? Ciertamente que no. Las calificaciones de las aptitudes para el porvenir según la distribución de los pueblos en el mapamundi de la moral persisten, y hoy en día reinan por doquier, aunque no datan de hoy, puesto que son la condición imprescindible de la posibilidad de renovar las hegemonías en el reino de la buena conciencia. Dejemos estas recetas de genocidio a los fascismos de todo tipo y trabajemos para definir todo aquello que determina históricamente la suerte de los pueblos y que los diferencia. Me parece que devolverle a la historia lo que le corresponde, constituye el punto de partida de cualquier esfuerzo por aprehender las realidades del Tercer Mundo y comprender, lo mejor posible, la multiplicidad de sus perspectivas futuras.

Hay dos evidencias que aparecen constantemente a lo largo de mi análisis. En los países en vías de desarrollo, observamos una petición apremiante de tecnología o de las tecnologías de los países avanzados, así como una reivindicación de la especificidad y de la identidad culturales. El desorden actual no resuelve ni puede resolver la aparente contradicción entre los dos aspectos de esta petición. Al formularla, el Tercer Mundo muestra su interés por un proceso de universalización del saber y de la acción. Al formularla, se afirma como partidario de un proceso de diferenciación del saber, de la acción y de la previsión, en suma, como poseído por un deseo de identificación y finalmente, de liberación.

Universalización por una parte, y diferenciación por la otra. No habría contradicción si el desorden actual, impuesto por las superpotencias, pudiera tolerar la distinción entre los aparatos políticos de los pueblos y los pueblos que estos aparatos dirigen supuestamente, y si las superpotencias pudieran, con su propia lógica, distinguir entre lo tecnológico y lo cultural, entre los aparatos tecnológicos y la respiración cultural. Pero esta distinción simplemente primaria en el plano teórico no puede encontrar ninguna credibilidad, no puede traducirse en ninguna práctica cuando, como lo dijimos anteriormente, se prefiere privilegiar la economía y la técnica subsecuente y subordinarles para siempre cualquier veleidad de relación orgánica e histórica entre identidad cultural y deten-

ción de una soberanía. Pareciera —pido disculpas por volver a mencionar estos fósiles teóricos— que el debate no hubiera cambiado en absoluto desde que, hace casi medio milenio, la corona española se preguntaba quién tenía la razón si era Las Casas o Sepúlveda, o si tenía que resignarse a escuchar a Vitoria para ponerle fin al bandolerismo de la Conquista, simulando no pensar más que en los misterios insondables de las especies y de la muy Santa Trinidad. La respuesta, incluida en el código que apoya al desorden internacional actual, es de una sencillez desarmante: —¿Quiéren tecnología? La tendrán. ¿Pero he aquí que reivindican una *alteridad*? ¿Qué se creen? Los despojaremos de toda verdadera capacidad de autogobierno. Nos mostraremos caritativos y los elevaremos hasta nosotros, o bien los aplastaremos. Nuestros sistemas de medidas, de intercambios y de gobierno no pueden tolerar la especificidad de los solicitantes sino a modo de adorno o en calidad de folklore, pero de ninguna manera dentro del contexto del gobierno y de la gestión, de la representatividad y de la soberanía.

Los reaccionarios, la derecha color azul horizonte o rosa pálido, los cocodrilos que se expresan de este modo tienen, según ellos, el sentido de la historia. Sin embargo, pueblos que se rebelan, pueblos en marcha, les muestran día tras día que la historia balbucea a menudo, que la Tricontinental no es la única en hacerlo; que los proyectos de liberación a veces dan resultados, sobre todo cuando no están basados en un mero ensueño ideológico, sino en una práctica cuyo soplo cultural es el alma, el corazón y las entrañas.

Por lo tanto, incumbe a quienes tienen el valor de creer en la caída del desorden actual, afirmar —y probar— que no hay contradicción entre las dos peticiones que mencionábamos. Más aún, éstas se complementan perfectamente; no hay verdadero proceso de universalización del saber y de la acción que no sea el del sol de la libertad o la estrella de un proyecto de liberación; en otros términos, el riesgo es la feroz, la irredimible afirmación de uno mismo.

Así es el juego de muchos países del Tercer Mundo: la fractura entre las dos reivindicaciones se sitúa entre las clases dirigentes subyugadas por los modelos de las sociedades de consumo, y sus pueblos que han sido desposeídos de su cultura o de su historia y quienes, a costa de miles de sacrificios, en el profundo precipicio de los abismos más profundos del desprecio y de la humillación, las redescubren, las aman y las besan. Saber, actuar, prever, liberarse, ésto significa nada más para los pueblos (y nada menos) que exigir el ejercicio de una soberanía total sobre su propia eco-

nomía, su propia cultura y su propio derecho. Todavía hoy en día hay personas que mueren (ahora tal vez más que nunca) por lograr esta soberanía. Son los cocodrilos del imperialismo quienes matan, ellos y sus fantoches.

Nos incumbe respetar la legitimidad histórico-política de este doble proceso universalizante y diferencial. Nos incumbe estar atentos, promover eventualmente el respeto de la soberanía de nuestros pueblos y favorecer ciertamente cualquier política que no subordine —que ya no subordine— la "entrega" de la tecnología a la "compra" de la cultura, es decir la aculturación por imposición insidiosa o brutal, catequista o guerrera, cocacolista o dirigista del comprador.

Creo que sería superfluo presentar una selección de las diferentes situaciones —puesto que la lista completa sería demasiado larga— en las cuales la reivindicación de la especificidad y de la identidad culturales constituye el fermento más eficaz de las revueltas, la consigna más claramente revolucionaria, la posición más clara en favor de la ruptura. Pensemos que el continente africano, donde los pueblos y a veces los dirigentes tienen dificultades en volver a trazar las fronteras, en rescatar un derecho, en volver a descubrir una cultura que el colonizador (francés o inglés, o cualquier otro) había considerado desde siempre inexistente, y que no podía ni debía (morfológica y humanamente) existir nunca. Puesto que aquí se trata de un problema de Orden Internacional y no solamente del Tercer Mundo; pensemos por un instante en Europa y en sus países del Sur: en Francia y España, a quienes les gusta fanfarronear cuando se trata del derecho internacional, de la salvaguardia de la cultura y de la necesidad del pluralismo cultural, pero que por común acuerdo doblegan al pueblo vasco y al pueblo catalán, culpables del delito histórico de existir y de vivir —¡el colmo de la impertinencia!— en las montañas cuya cumbre les sirve de frontera. Recuerdo esto por mera higiene, porque la palabra de quienes peroran acerca de la necesidad de esmerarse para lograr la soberanía de los pueblos se vuelve vomitiva cuando procede de quienes sojuzgan pueblos y pregonan su voluntad de ejercer sobre ellos la totalidad de la soberanía en nombre de la totalidad de una cultura diferente, de otra historia, de otro presente.

2. Poco a poco, el carácter mítico-mágico del acervo cultural en el que se arraiga el derecho y que le otorga credibilidad, lo gestual, menos significativo (pero de todas maneras significativo), y los símbolos comunitarios más sencillos; en otras palabras, las especificidades culturales en el sentido más amplio, nos llevan a tratar la más elaborada y determinante de éstas, es decir la lengua.

No significa que tengamos que retomar la temática expuesta por Stalin en "el marxismo y la cuestión nacional y colonial" y los instrumentos teóricos que contienen, en virtud de los cuales —recordémoslo a pesar de todo—, los judíos no eran un pueblo, y tampoco lo eran los finlandeses. Sé bien que este texto de Stalin destacan en el arsenal teórico de ciertos movimientos de liberación contemporánea, a los que les convendría acordarse de la mala jugada histórica que Rusia le hizo recientemente a Finlandia, para limitarnos a un ejemplo que dista de ser el único. Ahora bien, para dar cuenta de la hipocresía y la ampliación indefinida de ciertas eras lingüísticas, me conformaré con recordar que los superpoderosos no parecen poner en tela de juicio la veracidad del dogma blanco-bíblico, de la uniformidad lingüística a la que se refieren constantemente, cualesquiera que sean sus negaciones retóricas. ¿Qué progreso efectivo, práctico, reparable en la situación actual, no ha sido arrancado en reñida lucha a las banalizaciones históricomíticas, cuya función ha sido arrastrar por todos lados y al mismo tiempo la referencia a Babel (pluralidad de lenguas igual a maldición divina, por lo tanto unidad de lengua igual a perfección pura), y el plagio de las posiciones de Herder en beneficio de lo unívoco de la politología moderna y de los dos imperialismos actuales, el ruso y el norteamericano que, en el nivel del lenguaje, operan en sus cotos reservados y, como los ladrones de Pisa en su ciudad, se pelean de día y roban juntos durante la noche? El dogma blanco-bíblico, arreglado y "humanizado" con los ingredientes de un aristotelismo de combate hizo estragos en el continente entero durante la Conquista de América. Este mismo dogma, esta vez sazonado con los ingredientes de un idealismo hegeliano y de un racismo científico inspirado en Gobineau, desculturalizó a casi todo el continente africano durante el siglo XIX. Muchos pueblos han visto su alma estancarse en la arena de la nada, mientras que los colonos les robaban su lengua, principal soporte de su conciencia de comunidad, de pueblo o de nación. Robarle a un pueblo su lengua significa arrancarle el alma. Para enterrarlo, basta con imponerle, con las Escrituras en mano y una escopeta en la otra, una historia que no sea la suya (el refrán que repiten los colonizadores es que los colonizados no tienen historia). Mencionemos de paso la refinada hipocresía de las naciones que participaron en la aventura del colonialismo de los siglos XIX y XX, cuya empresa de aculturación iba a la par con una preocupación arqueológica por salvaguardar en sus museos coloniales lo que les serviría para contar a los niños blancos lo fascinante de los sonidos, los fonemas y los ritmos de estos desdichados salvajes desprovistos de historia

que ellos, los colonos, elevaban a las vertiginosas alturas de la higiene, de la religión monoteísta o de la antecámara de los paraísos terrestres.

No es sorprendente que durante estos dos siglos se haya hablado tanto de la muerte y el resurgimiento de las lenguas. Como telón de fondo, por parte de los pueblos sojuzgados, se discutía constantemente el tema obsesivo de saber si la lengua era una herramienta de liberación o un arma de liberación. No la danza, el mito, no los oráculos, sino el mejor soporte físico, sensual y normatizado, de todo esto: la lengua. ¿La respuesta? Permítanme deducirla, pragmáticamente, de las experiencias dichas y desdichadas de liberación de los pueblos pirenaicos que buscan constituir un estado por saberse constituidos como naciones: por cierto, la lengua es una herramienta, pero si se aguzan suficientemente las tres puntas de una pala de zapador, ésta se transforma en un temible tridente. O como dice la canción de los segadores: a guadañazos se corta el trigo, pero también las cadenas cuando es necesario. Los pueblos saben perfectamente bien cómo encontrar las herramientas que convienen a su combate. Sucumban aquellos a quienes la historia (y sus protagonistas) les ha arrancado la voluntad de fabricarse herramientas. Pero ¿dónde estarán éstos?

Si las consideraciones que preceden no tienen la inconsistencia de un ensueño de otoño, debemos afirmar —contra viento y marea y con la fuerza que da la certidumbre al tener de su lado, en este combate, no la maquinaria de los aparatos políticos, sino la geodinámica de las culturas—, que la extensión de una lengua determina la superficie de una larga sedimentación histórica cuya amplitud delimita y cuya consistencia manifiesta. La distribución de las lenguas en la superficie de nuestro planeta no es el fruto de un juego de sociedad cuya regla multiseccular tienen el derecho de modificar los colonialismos y los imperialismos de toda índole. Y esto no se debe a que, como lo decía al principio, el imperialismo en su forma cultural y lingüística, no sea el asunto diferencial de nuestra época, sino a la característica misma del factor tiempo: debemos resignarnos a ver crecer y perseverar un orden internacional que mata a los pueblos, arrancándolos violentamente de su propia tierra histórica, amordazándolos y prostituyendo sus lenguas. ¿Cuántos millones de niños en África Negra aprendieron en los libros de textos, editados para ellos en la Francia metropolitana, que sus antepasados eran... los galos?

Si planteamos que al decir "lengua" decimos en el mismo soplo "vector esencial e históricamente reparable de la especificidad cultural", tenemos que interrogarnos, y saber contestar, acerca de las

relaciones existentes entre esta diferencia lingüística y el grado de realidad de la trilogía pueblo-estado-unión. Un pueblo sin nación, o una nación sin estado, están condenados tarde o temprano a volverse un pueblo sin lengua y al día siguiente un pueblo inexistente. Este es el proceso histórico mil veces experimentado en todos los imperialismos y en todos los mesianismos políticos. El invasor, el pirata o el filibustero mandan a sus misioneros y a sus arcabuceros; el castellano en América, el francés, el inglés, y todos los demás. Lo que no logran la pólvora, ni el choque microbiano, lo que no logran la superioridad técnica, estratégica y militar, lo logran las mordazas y la banalización en prolongaciones de las áreas lingüísticas blanco-bíblicas de la repartición, histórica pero integrada, de las zonas de cultura y de soberanía, por ser zonas de lenguaje. Dicho sea todo esto sin hacer la menor concesión al romanticismo precolombino o medieval; comprendemos perfectamente todo lo que esto quiere decir.

Al fascismo bestial de la banalización cultural y de los genocidios lingüísticos tenemos que oponer con todas nuestras fuerzas el único dirigismo que vale la pena: el de la salvaguardia rotunda, pasional y violenta, cuando sea necesario, de todos y cada uno de los focos lingüísticos. Una vez más, no por una preocupación indecente de gramatología para los ricos, sino porque es el suelo y la gleba de donde surgen lo cultural, lo jurídico, lo simbólico, y, por consiguiente, el medio de intercambio y de economía.

Sólo me falta recordar un asunto que los imperialismos se dan el lujo de evocar hojeando en la terminología progresista, para resolverlo a satisfacción de su propia voluntad de poder y para consolidar el *statu quo* de los feudos y sus dependencias: la relación que hay entre la lengua y la clase social. A *grosso modo* puede enunciarse de la manera siguiente: dado el carácter superestructural de toda producción ideológica y la pertenencia de la lengua al sector ideológico, la lengua ocupa un lugar aparte en el juego dialéctico que deben dominar las clases explotadas para elevarse a las esferas hegemónicas y cumplir con su papel libertador del conjunto de la sociedad. La lucha de clases pasa por el acervo lingüístico, de la misma manera que pasa por todos los componentes de cada conjunto económico-jurídico-cultural. Por consiguiente, si la lengua tiene que pagar para acceder a la soberanía (cuando los dueños de los feudos tienen la palabra), o a la tecnología libertadora (cuando la tienen los imperialistas), podemos sacrificarla sin el menor escrúpulo. Quienes luchan por la salvaguardia, por la mera inercia de la historia, se encontrarán simplemente pegados a los incómodos cojines de la reacción más ciega. Es así como,

para tomar un ejemplo indiscutible y contemporáneo, la lengua rusa fue impuesta en toda la extensión de la URSS, multiplicando por cien, mediante escrituras y bayonetas, su área cultural, en nombre de la vigilancia de todos los instantes contra el menor intento de resurgimiento de la reacción. Es evidente que el niño ruso nace necesariamente progresista y que el niño moscovita es necesariamente revolucionario, de la misma manera que el niño lituano nace fatalmente reaccionario, porque bebe en el seno materno la leche podrida de la burguesía. De la misma manera como antaño el niño castellano nacía necesariamente progresista y el pequeño amerindio nacía fatalmente reaccionario por razones idénticas a las del niño lituano.

Parece claro, a menos de mandar al diablo toda lógica, que esta argumentación no vale absolutamente nada, por el mero hecho de que los dos ladrones de Pisa la utilizan indiscriminadamente en sus largas noches de rapiña y que no denuncian sus mecanismos lógicos en sus largas jornadas de complicidad y de simposio.

Razonar de este modo equivale a proponerse simplemente el aplazamiento indefinido de las estructuras leviatanescas de los imperios, y descuidar totalmente el carácter decididamente circular de la relación entre lo económico, lo jurídico y lo cultural (o, al contrario, darles mucha importancia para abortar todo embrión de nueva soberanía). Como si lo más elemental de toda sedimentación histórica y de la historia de cada pueblo se enunciara como sigue: "producirás y venderás, el resto no tiene ninguna importancia". Hay que tener cuidado en no reducir a los pueblos a la mera categoría de mercados, bajo el pretexto de funcionalidad mercantil; los individuos a la de productores, y al hombre a una noción elegante, aséptica, absolutamente desencarnada e insignificante, a un "menos que nada" incapaz de tener derechos y deberes. Este es el destino de los pueblos sin nación y sin Estado, de los pueblos que abandonan su identidad o que, habiendo sido despojados de ella por los bandolerismos de la historia, pierden junto con su lengua el instrumento de su cultura, de su economía y de su derecho, y desaparecen en beneficio del... más común denominador. Hay felonía y vacilación política cuando se pretende imponer a los pueblos que se insurreccionan y que reclaman su derecho a existir, la extrema humillación que consiste en despojarlos de la herramienta de su liberación, del sello que garantiza a sus ojos sus diferencias, su derecho de existir a su manera.

Decir, con una sola acepción, lengua y especificidad cultural y diferencia, es ser consecuente con todo lo que precede y decantar, al contrario, un orden bienhechor de las grandes horas hegemó-

nicas de la historia de los continentes y de los imperios. Es también, y sobre todo, dar fundamentos metodológicos y políticos a las medidas que tomar, a las soluciones que hay que proponer e imponer para que cese el escándalo multiseccular del estancamiento en la nada de tantos pueblos.

Ya sé, bien lo sabemos, que existen otras urgencias al remediar el desorden internacional actual. Pero hay que tener cuidado —aquí es a donde quería llegar— de que el abandono o la banalización del sector esencial no determinen la degeneración del potencial simbólico de todo grupo y por consiguiente, la experiencia misma del grupo en calidad de grupo, de la comunidad nacional en calidad de comunidad nacional. Si estoy extraviado en el desierto y una mano fraterna me ofrece agua la beberé, poco importa si las palabras que acompañan al gesto no son familiares a mi oído. Si el hambre atenaza mis vísceras, y si mi hijo se está muriendo de hambre en mis rodillas, le doy lo que me dan y devoro los restos. Pero ¿existe condescendencia fraterna —cuya ética permite rimar con el gesto e iluminar la dulzura de la mirada— o de la situación histórica, cuando el que me tiende la jarra me expulsó primero de mis buenas tierras y me exilió en el desierto, cuando el que se apiada de mi hambre no es sino el responsable de esta hambre? Que no invoquen, hablando de urgencias, la urgencia prioritaria de la subsistencia fisiológica, alegando que tiene mucho más peso que la de la identidad, porque resulta que en todas partes sucede a la condenación a muerte del grupo en calidad de grupo, de la comunidad nacional como tal, del desmantelamiento del potencial simbólico que la lengua, diferenciadora por vocación y por necesidad, lleva consigo. Consideremos nuevamente el África contemporánea. Pensemos un instante en los ejemplos históricos euroasiáticos, europeos y americanos. Tengamos el valor de pensar en el caso extremo representado por las reservas de indios en los Estados Unidos. Veamos cuál es el meollo de la constitución de muchas naciones. Miremos qué es lo que mantiene heroicamente los nacionalismos del Tercer Mundo, los separatismos europeos, y los irredentismos de todos lados. Puesto que ejerzo mi profesión en la Universidad de París, permítanme considerar un instante cómo el país de los derechos del hombre trata, en materia de política lingüística, a Bretaña, a Cataluña del norte, a Euzkadi del norte y a Córcega, cómo trata a sus colonias, a qué agonías culturales los condena y qué tipo de sargentos cultiva allí.

Consideremos ahora el reverso de este análisis. Concedamos a los tiburones de las áreas culturales y lingüísticas, a los vampiros de las civilizaciones (ya que se nutren sin vergüenza de sus saqueos)

lo que nos piden: beber agua de su jarra y agradecerles en su idioma. Aceptemos la banalización, el olvido del fondo mitológico en el cual los pueblos hunden sus raíces en lo más profundo de su historia. Démonos el gusto de esta imprudencia, pero sepamos que el actuar con semejante irresponsabilidad, es nuestra carne y la de los pueblos en vías de desarrollo la que marcamos con hierro candente (al igual que los soldados de Castilla marcaban con hierro candente la G de "guerra" de los vencidos del Nuevo Continente), con este puñal de artículos en los cuales se resume la retórica asesina del Código Blanco-bíblico.

Aquel que relega a un segundo lugar la lengua y el fondo mítico-simbólico exhuma obligatoriamente una antropología cuyas teorías desbordan lo anatómico y fisiológicas sobre la psicológico y lo ético. No hay mil maneras de plantear el problema: sólo hay la pureza de las líneas de una perfecta alternativa. Este trabajo de exhumación lleva un nombre: es el racismo. Es cierto que no está de moda hoy en día construir teorías acerca del racismo basándose en la antropometría, las pigmentaciones, las grietas en los talones o la invulnerabilidad ante tal o tal microbio. Gobineau está muerto, así como los teóricos del racismo, pero el imperialismo lingüístico cultural en detrimento de otras eras es una forma de racismo puro, incluso es la primera, la más insensata y la más "inocente". Una vez más, es inútil volver a Aristóteles y al debate de Salamanca. Decir, como se hace todos los días, presuponer, como se presupone todos los días, que "todos los hombres son iguales, pero que su potencialidad de inteligencia difiere", y aplicar este comparatismo a las lenguas y a las culturas, ésto se llama racismo. Para ello se calibra toda realidad cultural con la medida impuesta por el imperialismo y midiendo toda cosa, no con los contornos históricos que les dan un sentido y que ellas determinan, sino según una linealidad histórica espléndida, soberana, acabada, idealista como la de Hegel, y parusiaca como la de Marx, por conformarse con estos dos casos y estar en buena compañía. Todos los hombres son iguales, pero sus potencialidades de inteligencia difieren. . . Eterna pelea entre los griegos y los bárbaros, los castellanos y los indios, los blancos y los demás. Entonces, ¿quién puede sostener que la antropometría ha inventado el racismo? ¿Quién podrá pretender todavía que al modificar un poco la antigua fórmula (*primum vivere, deinde philosophare*) sea cuerdo decir "comamos primero, hablaremos después"? No quisiera eternizarme sobre el tema de las urgencias. Antes de abordar el último punto de mi ponencia los invito a considerar conmigo el espesor inconmensurable del desprecio racista que provoca —me acuerdo casi al azar—

en el caso de Francia y de España, la situación lingüístico-política de Cataluña y del País Vasco; y en el de Rusia, la situación lingüístico-política de Ucrania y la existencia de Armenia, para no hablar de las lejanas provincias de Argelia en las que surge el conflicto entre cabiles y árabes. Los ejemplos son numerosos, pero hay uno que evocaré con una palabra. Acordémonos.

En los grandes momentos de la Revolución Francesa, el abad Gregoire defendía a Las Casas con ardor; Las Casas, defensor de los indígenas, de su vida, de su cultura. Las Casas, héroe de la historia de todos los tiempos. El mismo abad Gregoire libraba una lucha encarnizada del lado del francés, lengua de la razón, y contra las demás lenguas francesas que, por ser viscerales, eran incapaces de "servir como vehículo al concepto" y sólo servían para expresar lo instintivo, lo sensual, en una palabra, lo bestial. Esto nos recuerda que el esquema blanco-bíblico franquea tranquilamente el umbral del mundo moderno y penetra en la época contemporánea por el altar sacrosanto de la diosa Razón. ¡Tanto peor para los pueblos! ¡Que mueran porque aquí están los Imperios, que mueran los mitos porque aquí está la Razón!

Resulta más claro que el agua que, conceder a los tiburones una extensión indefinida de sus áreas lingüístico-culturales significa dar carta blanca al racismo, que la banalización de las diferencias lingüísticas y nacionales (que generalmente van juntas) es una forma de racismo puro.

En esta etapa del análisis me parece que algunos puntos esenciales de lo que convendría hacer en el nivel lingüístico-cultural para alcanzar un Nuevo Orden Democrático Internacional se destacan por sí mismos, como las conclusiones se deducen de la fuente de las premisas, o según la lógica de cada uno.

Primero, existe un imperativo esencial en el nivel de cultura (que, como lo vimos en numerosas ocasiones, es esencial a secas): favorecer la instalación de los nuevos Órdenes Nacionales. ¿De qué sirve si no hay un Nuevo Orden Internacional —¿cómo podría ser democrático?— y cuál sería el fundamento para una opción política de semejante envergadura? Hablemos claro: es imposible sobreponer de manera válida estructuras culturales unificadoras para "sanear" entidades "nacionales" y buscar un desarrollo coherente, si los "órdenes nacionales" tienen como única racionalidad la dependencia. Si la dependencia es lo que mejor se comparte bajo los soles gemelos de los imperialismos contemporáneos, ¿quién sino los pueblos, quién sino las naciones podrán valorar la urgencia del doble proceso del que hablaba al principio?

En segundo lugar (a pesar de la trampa lógico-histórica de la circularidad de la relación entre lo económico, lo cultural y lo jurídico), hay que plantear constantemente en las perspectivas teóricas y legitimar constantemente en la práctica de cada nación, de cada pueblo, la autonomía de lo cultural ante lo económico. Incluso diría que hay que hacer esto como posibilidad de aparición de toda práctica de intercambio. Como corolario a esta segunda propuesta, hay que denunciar sin tregua, desde lo alto de todas las tribunas y en todas las asambleas, el genocidio que consiste en hacer pagar —en el sentido bancario del término— mediante la ampliación del área lingüística y cultural del "benefactor", la transferencia "a bajo precio" de una tecnología avanzada... o primitiva.

Si fuera necesario precisar este propósito tomando el punto de vista de los poseedores y distinguir, en el seno de la política cultural tercermundista, entre un plan general y un plan universitario, todo esto podría resumirse en pocas palabras. En el plano universitario: nada de colonialismo, nada de paternalismo, nada de proteccionismo. Basta de esta condescendencia que consiste en aligerar los programas, en suavizar los concursos y desnaturalizar la investigación cuando los estudiantes proceden del Tercer Mundo, con el pretexto aparentemente virtuoso, pero verdaderamente racista, de que "es ya bastante para ellos", que "nunca lo logran", que es preciso poner en barata los títulos de los diplomados cuando los solicitan, lo que no es sino una manera poco sutil de perpetuar las desigualdades, de consolidar las dependencias y de anclar profundamente en el Tercer Mundo la primacía de la demanda mercantil y representativa sobre la reivindicación cultural. Nada de eso, todo lo contrario: la disponibilidad de los medios educativos para todos y cada uno; el financiamiento, nada más, de las investigaciones de orden técnico y cultural, según las demandas del país y no según los programas de las universidades. Esto permitiría reducir las crestas que benefician a los poseedores con base en los cuadros comparativos entre aquello que obtienen los universitarios de los países ricos y lo que obtienen los demás.

Resumamos aún más. Hay un proyecto único, pero revolucionario, que toma en cuenta el peso de la historia y de la tiranía del presente: tender, de manera general y caso por caso, a separar los acuerdos culturales del contrato económico.

Tengo que concluir.

Existen realidades coherentes. Hay realidades que deben la totalidad de su sentido a aquellos que lindan con ellas así como al juego mismo de las proximidades. El esquema al que me he limitado para dirigir mi análisis me parece operativo y sensato: *Cultura y derecho. derecho y especificidad nacional, especificidad nacional e identidad*

en el doble sentido de reconocer los focos nacionales y las especificidades comunitarias. Estas son las realidades que señalan el camino hacia la reapropiación de destinos a la vez individuales y colectivos. Este lenguaje no es solamente inteligible entre los habitantes del Tercer Mundo que se impacientan y se rebelan, también lo es, y por las mismas razones, entre los que en Europa, o en otra parte, han sido borrados del mapa y se desesperan, en el combate de un separatismo de todos los instantes, por volver a ser lo que fueron.

La "economía de asistencia" tiene que tomar en cuenta la realidad de este proceso de liberación. Más bien hubiera tenido que tomarla en cuenta, puesto que ya es demasiado tarde. Los países en vías de desarrollo, los pueblos en vías de desarrollo, viven en su carne desnuda la inmensidad del saqueo económico y cultural del que son víctimas y hacen suyo, al unísono, el viejo lema de Stirner: ¡LO QUEREMOS TODO!

Los grandes y los organismos internacionales tienen que apurarse en comprender que, al decir "lo queremos todo", quieren la *total* soberanía sobre sus propias entidades político-culturales en sí mismas y definidas por SÍ MISMAS. En cuanto esta reivindicación *total* y esta revuelta *total* no sean comprendidas y seguidas, no habrá un Nuevo Orden Democrático Internacional (puesto que todas sus imitaciones carecerán de fundamento) sino una reproducción idiota y asesina del actual desorden internacional.

París, 1981

Presencia del Pasado

IN MEMORIAM JUAN LARREA

Por *Felipe Daniel OBARRIO*

RODEADO del mismo marco de sencillez y de soledad que caracterizó asu intensísima vida, murió durante una apasible tarde cordobesa de 1980, en el centro de Argentina, el eminente sabio y poeta español Juan Larrea.

Ningún teletipo se hizo eco, en esa hora triste, de la infausta noticia, que tenía por protagonista a uno de los cerebros más robustos y penetrantes del planeta, que había dejado de vibrar luego de decisivos años de estar destinado a indagar en el corazón del misterio. Ninguna guardia académica se sintió obligada a rendir los postreros honores al infatigable pensador, que traspuso, con impresionante audacia, las fronteras del conocimiento. Ninguna caravana de hombres y mujeres conmovidos aguardó queda, a las orillas de su lecho, el instante conmovedor de su último hálito como testimonio de admiración y respeto a la irrepetible personalidad que dio todo de sí para dejar en las manos de todos los hombres y mujeres de buena voluntad el regalo preciado del sentido de la vida.

Empero, no cabe lamentar, en rigor, la humildad abnegada de esa muerte. toda vez que esta humildad profunda fue la virtud más asumida por su genio.

¡Oué Juan Larrea, reducido muchas veces como prueba de su negación de sí mismo, a sus secretas iniciales J. L., dejó siempre que se tejiese su existencia con el hilo trascendente de nuestra cultura cristiana, fundada en el verdadero heroísmo de la abnegación, para seguir al Ser de la Vida hasta el vislumbre de su Advenimiento!

De igual suerte, tampoco puede llamar la atención el pesado silencio que rodeó a su muerte, ya que fue el mismo que por lo general acompañó su vida y su obra. ¡Qué paradójicamente —y disculpeseme aquí que mi sentimiento emocionado, además de mi firme convicción, me lleven a ser categórico— Juan Larrea, cuya eminencia es y será indiscutible, cuya sabiduría y erudición respecto de los temas más diversos y profundos son y serán admirables, casi prodigiosas, cuya inteligencia, perspicacia y hondura para labrar los predios de la Cultura, son y serán casi inigualables, vivió prácti-

camente ignorado, muy pocas veces citado, nunca seriamente comentado, analizado, nunca, en realidad, siquiera discutido. No obstante, los años por venir, también paradójicamente, irán, por el contrario, desenvolviéndose cada vez más en torno de sus visiones, y las revelaciones substanciales que a través de su boca quedaron pronunciadas, irán segando luminosamente el tendal de sombras en las cuales todavía, efluvios de nuestras noches medievales, persiste en debatirse a ciegas la inconciencia humana.

"¡Nos han engañado! ¡no era verdad lo que nos han estado diciendo acerca de la Vida!", exclamaba su adolescente rebeldía, sano fruto de su irrefrenable voluntad de estar vivo, de latir con intensidad y con amor en armonía con el ardor del universo, hacia los quince de este dariano siglo "eléctrico y ensimismado". A su sensibilidad juvenil, incapacitada —como es lógico— de poder explicarse la realidad a través de categorías abstractas, la España que aún se desenvolvía en la oscuridad mística de sí misma, arrastrando todavía a cuestas camino de su calvario la cruz predestinada de su introversión, de su fanatismo inquisitorial, de sus noches embrujadas encendidas por las teas difíciles de aceptar de sus auto-sacramentales, de su creencia a la letra en el mundo de ultratumba con olímpico desprecio de este maravilloso y milagroso, divino y celeste, que se desenvuelve en la tierra ya encontrada en el cielo desde los albores indiscifrables de su origen, esa España terrible —y desde un correcto punto de vista, qué duda cabe, admirable a su modo y trascendente, lo asfixiaba. . .

Finis terre la
soledad del abismo.¹

Desde estos sus primeros versos aquella su sensibilidad justificadamente herida, acerrojada, tendía a evadirse de su sensación mortal de fin de mundo. Su ingenuidad amorosa, su fidelidad a la vida en contra de las lobregueces de la muerte, lo ponían en vilo con sus sentidos alertas para despreciar a ésta y a sus pálidos y diabólicos secuaces: la hipocrecía, la maldad, el odio, la mentira, enseñoreados en el temible, oprobioso espectáculo que ofrecía la Europa crepuscular de entreguerras.

En sus primeros balbuceos poéticos, entonces, no meramente objetos literarios, sino explosiones expresivas de su angustia vital, observamos la natural rebeldía de quien no se permite acatar, al

¹ Juan Larrea, *Versión celeste*, Barral Editores. 1970. Poema "Evasión", pág. 49.

menos en su íntimo fuero, al dominio de la sinrazón, del Mal. Rebeldía claramente sana, hasta la médula de sus fibras más sensibles, pues no buscaba el escape inútil y falto de todo valor del escepticismo, la ironía o toda otra suerte de parodia teatral, mueca de pretendida sabiduría para camuflar la ignorancia, ni mucho menos la canalización egotista de su frustración por la vía artera, caínita, de la violencia sádica que se pretende en vano justificar bajo el disfraz de la revolución sociopolítica. Sana rebeldía, como digo, que en verdad dimanaba del fondo mismo de esa noche humana; provenía de la crisis sensitiva de la mente y del corazón del hombre precisamente europeo en la extremidad agónica de sus límites. Pues no se trataba de la solamente existencial de un individuo aislado, perdido en la multitud indiferenciable, sino que correspondía a la rebeldía esencial justamente de esa multitud, del hombre genérico, de la masa humana, concretamente situada, localizada, en lo humano español, esto es, en lo humano que limita hacia atrás con el peso cultural de la experiencia asiático-afro-europea, y hacia adelante, hacia el porvenir, con los países neomúndicos y aurorales de América.

Finis terre la
soledad del abismo.

Aun más allá.

Aun tengo que huir de mí mismo.

Es nítido, a esta altura, que a partir de aquí la vocación del individuo español Juan Larrea y la vocación de la unidad supra individual España, se identifica en plenitud en la voz providencial de su escudo:

Plus ultra

DE manera coincidente con la empresa colombina que patrocinó la católica, universal, España de Fernando e Isabel, Juan Larrea, cumpliendo con su autoprofecía de su poema *Evasión*, y ya imantado por la amistad de dos extraordinarios poetas sudamericanos, Vicente Huidobro y César Vallejo, se aleja de la Europa surrealista, engreída hasta el extremo de proclamar su eternidad, como si fuese Dios, entronizado sobre la tierra restante, obligada a obedecerle y a adorarle. Hoy podemos observar, con la certera visión que arriman los años, hasta qué punto la simbólica vejez del continente europeo y

de su cultura hegemónica, que durante siglos habíase adueñado del papel protagonista en la historia, estaba segregando por entonces los vapores malignos de su natural enfermedad. Larrea, como si fuera empujado por el espíritu que emanaba de esos licores mortales, autotendiente a salvaguardar un hálito de vida, se siente impelido a salir de esa geografía terrible, ya preparada para servir de decorado a la tragedia vecinante. Atrás, como en carnavalesco y onírico baile de máscaras, quedaban danzando, tomados de las manos, Andrés Breton y Adolfo Hitler, Chamberlain y el fantasma pobre y patético de Chaplin, el mandibular César romano y el vicario divino, que lo saludaba —fehaciente prueba de lo confuso de los tiempos— como al “hombre enviado por la Providencia” (Pío XI, discurso de diciembre de 1926), olvidando, nada menos, que dicho providencial enviado había comenzado, precisamente, su carrera, con un libro cuyo título era “Dios no existe”.

Y al alejarse de esa Europa agonizante que, sin saberlo, se encaminaba a rendir su espíritu, o mejor, su psicopatismo, en el apocalíptico diluvio de fuego cuya inminencia respirábase en el aire irrespirable, iniciaba Larrea la ruptura, como en lo material lo había hecho Colón cuatro siglos antes, de las antiguas columnas hercúleas portadoras del pretencioso mote “Non Plus Ultra”, en el cual, el autoencandilante orgullo nacional del romanismo pretendiese, equiparándose al Ser Infinito de la Vida que se expresa en la Historia, perpetuar, eternizar, su reinado sobre el mundo.

El Ser de la Vida, empero, mediante las revelaciones larreas, ha venido a demostrar a su debido tiempo, luego de las guerras que no sin cierta razón Borges gusta en llamar civiles, que todos los caminos no conducen eternamente a Roma, sino que, tras la huida del yo mismo, es decir, mediante el vencimiento de la absolutización demoníaca de la individualidad (¡Quién como Yo!) —sea esta personal, nacional o continental— por parte de la asunción consciente de la abnegación cristiana, se arriba al único camino sublime, verdadero, al camino de lo que Roma literalmente, en lenguaje castellano, reprime y sodomíticamente invierte, el AMOR.

Y el advenimiento del AMOR, esa energía unificante del universo que Juan identifica con Dios en su epístola, a través de la cual, en la línea del pensamiento y sentimiento paulinos, todos, son Uno, ha sido el Nuevo Mundo que Larrea vendría a descubrir, luego de sus viajes ultraeuropeos, ultraoceanicos, esencialmente americanos, por los laberintos de la mente, a partir de su primer efectivo viaje al Perú, en 1930.

Acto seguido llegaría el desencadenamiento de los sucesos cruciales de este siglo, con cuya significación trascendente, en aparien-

cia disparatada cuanto no menos misteriosa, todo indica que se encuentra coentrajada la experiencia de Juan Larrea, así como la de su amigo César Vallejo: el nacimiento pacífico de la República Española, e inmediatamente luego, su aniquilamiento tremendo, infernal, en medio de las embriagueces de los odios desatados, los ríos impresionantes de sangre de los hombres, la locura fratricida.

El pensamiento de Larrea, su cosmovisión, su teoría de la historia, tienen su punto de apoyo substancial en el nacimiento y en la muerte de la república española. Más, es como si este pensamiento y esta cosmovisión hubiesen sido, en rigor, la afluencia, de dichas trágicas jornadas hispánicas, el real fruto alumbrado por la, al decir de Rubén Darío, sangre de hispania fecunda. Y en el fondo por el peso de su propia y genuina experiencia y en parte, instrumentalmente, por el indudable influjo de Larrea, la poesía y el testimonio de César Vallejo, el autor de "España aparta de mí este cáliz", es el otro fruto, hermano, de la misma vendimia, en cuyos racimos también esplenden, cada cual con su tono o grado, Unamuno, Machado, el García Lorca del "Grito hacia Roma", León Felipe y —valga destacarlo como hecho sintomático— la casi totalidad de los poetas españoles, incluyendo a americanos como Huidobro.

Está fuera de discusión, máxime a esta distancia del fuego central de las pasiones, que el drama de la guerra civil española puede ser objeto, con mayor o menor grado de acierto, de diferentes enfoques, todos los cuales podrán reclamar con justos títulos su parte de razón. Tampoco pueden negarse válidamente los incontables actos de ferocidad y de heroísmo, de temeridad y de valor, de amor y de odio, de ambos bandos españoles en pugna. Todo lo que invita a veces a renegar de la detestable condición humana, así como también todo lo que no menos otras nos conmueve y nos identifica con la naturaleza amable de nuestro ser, estuvo presente en ambos extremos, en uno y otro ejército. Pretender negar ello sería vano prejuicio, ceguera, incapacidad grave para entender con grandeza el fenómeno humano.

Pero lo que tampoco puede discutirse a la luz de la verdad objetiva, rigurosa, insumisa al ocultamiento interesado, a los enjuagues y liviandades políticas, es que la multitud popular que celebró con alegría esperanzada la caída de la vieja monarquía española encarnaba el anhelo, todo lo imperfecto que se pretenda, de abortar, de una vez y para siempre, el pasado de una realidad oprobiosa que ofendía, hasta el clamor de los huesos, la bandera sublime, ante ninguna justificación arriable, de la dignidad humana. O sea, esa misma bandera cristiana que se funda en el Amor mencionado de naturaleza cósmica, metafísica, en el inefable derrame del Amor

por la tierra sedienta en aras de la prometida a todos los hombres de buena voluntad. Amor que, es obvio, presupone la abolición de los privilegios antiguos, para que pueda ser realidad por fin la hermandad solidaria, tal como lo sintieron en sus sueños ardientes —valga el ejemplo alguna vez sugerido por el propio Larrea— la mayoría de los prohombres y héroes de la independencia americana, quienes encandilados como mariposas por la luz de los principios republicanos, sintieron románticamente la necesidad de desprenderse del viejo tronco del absolutismo imperial, para respirar los aires de la libertad, energía y esencia del Nuevo Mundo.

Absurdo sería negar que una guerra tiene, dentro de la realidad inmediata en que surge y se desarrolla, motivaciones políticas, económicas, etcétera. Tan o más absurdo es, empero, sostener que tales motivaciones son excluyentes de otras más complejas y hondas, cuya razón de ser no puede hallarse en dicha realidad existencial sino en la dimensión esencial, dentro de la cual las circunvalaciones espacialmente insignificantes de nuestro planeta Tierra se conectan con el misterio de la Vida, acerca del que las mejores lumbreras que descuellan en los campos científicos de la historia, la sociología, la economía, y aún de la filosofía racionalista suelen no barruntar significado alguno. En este sentido, no conviene olvidar que el propio bando llamado nacional se ufanaba de considerar, en sugestivo lenguaje islámico, que la civil española era una "guerra santa", lo cual nos remite a una motivación metafísica, al menos en principio. Pues bien, el pensamiento y la obra de Larrea se apoya en el carácter metafísico o espiritual de la candente y singular contienda, preludio todavía impresionante, prueba evidente de su naturaleza cualitativa, simbólica, de la hecatombe europea y mundial que modificó, tras su infierno, su diluvio de fuego, la situación general del planeta.

Sola y en cruz. España-Cristo.
 ¡Toda la sangre de España
 por una gota de luz!
 ¡Toda la sangre de España... por el
 destino del Hombre!

exclamaba la voz enajenada, por la indignación y el dolor, de uno de los poetas españoles justamente más amigo y admirador de Juan Larrea, León Felipe.²

Por los mismos días, desde su parapsicológica y trascendental

² León Felipe, *Antología rota*, Editorial Losada, Biblioteca Contemporánea. De "El Payaso de las Bofetadas...", pág. 48.

agonía identificada con el destino español, César Vallejo, el amigo americano más íntimo de Larrea, escribía, en su poemario no sin sugestiva coincidencia denominado "España aparta de mí este cáliz":

Proletario que mueres de universo, en que frenética armonía
 acabara tu grandeza, tu miseria... tu gana
 dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición, a tu enemigo!
 ¡Constructores
 agrícolas, civiles y guerreros,
 de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito
 que vosotros haríais la luz, entornando
 con la muerte vuestros ojos.³

Y todo ello con el marco asimismo profético de Miguel de Unamuno, quien había dicho: "La agonía de mi patria, que se muere, ha removido en mi alma la agonía del cristianismo. Siento la agonía del Cristo español, del Cristo agonizante. Y siento la agonía de Europa, de la civilización que llamamos cristiana, de la civilización grecolatina u occidental. Quiso propagar el catolicismo a espada; proclamó la cruzada, y a espada va a morir... el Cristo agonizó y murió en la cruz con efusión de sangre, y de sangre redentora, y mi España agoniza y va acaso a morir en la cruz de la espada y con efusión de sangre...? ¿Redentora también?"⁴

Hay una idea central, simple, de la cual la conciencia debe apoderarse para abrirse a la esencia de la Realidad: que la historia no es un iterativo retorno eterno, como por limitarse a la observación estructural de los ciclos vitales sostuviese la antigüedad clásica y recogiese, en nuestra época, el nihilismo desesperado y existencialista de Nietzsche, sino que se mueve desde un origen hacia un fin. Toda la Vida es creación teleológica, creación indefectible, providencial, impulsada por una ley que no es por cierto tildar de misteriosa y que, no obstante, puede ser descubierta y asimilada por la razón. Es dable observarla sin dificultad en los mecanismos de la naturaleza, tanto en los derroteros implícitos en la semilla diminuta que ya contiene el futuro esplendor del árbol, cuanto en el óvulo humano e invisible que, asimismo, encierra en su reino no manifestado los gestos y el espíritu inefable del niño

³ César Vallejo, *Poesías completas*, Barral Editores. 1978. Poema "Himno a los voluntarios de la República", pág. 723.

⁴ Miguel de Unamuno, *La agonía del cristianismo*. Editorial Losada, Biblioteca Contemporánea, págs. 130 y sgts.

naciente tras los nueve meses de gestación. ¿Y acaso ese huevo cósmico que ya para los órficos es la tierra, no comprende desde el alba de su conformación la simiente que tras los avatares de la misma ley creadora alumbrará un día, *por fin*, el nacimiento esperado del niño u "hombre nuevo", o humanidad realizada en la tierra, entonces, nueva?⁵

Hombre Nuevo y Mundo Nuevo, que son los imanes que atraen el contenido profundo del cristianismo, fueron también los que dominaron —fruto de la misma ley— el periplo poético de Larrea.

En la más apretada síntesis que este trabajo permite, digamos que para el pensamiento larreano la cultura ha venido evolucionando —fruto avanzado de toda la evolución viviente— desde el Asia paternal, mediante los veinte siglos del Mundo del Hijo, o antítesis europea de aquella tesis oriental, en la dramática búsqueda de la síntesis, o Más Allá del mundo antitético del Hijo, el Mundo Nuevo del Espíritu, el cual, tras las rotas columnas hercúleas advino a los ojos de Colón en su forma física, con su paisaje de jardín paradisiaco, con las formas palomarias o aquilinas de América, el continente no porque sí llamado desde entonces "Nuevo Mundo". Tan fue sentido de esta manera que precisamente su descubridor, que por su nombre y apellido se presumía portador del Espíritu, escribiría de su puño y letra, hacia el 1500, esta frase sugestiva:

del nuevo cielo y tierra de que decía nuestro Señor en el Apocalipse, después de dicho por boca de Isaías, me hizo dello mensajero y amostró en cual parte.⁶

España, finisterre del viejo mundo, abierta por tal circunstancia a la esperanza de otro nuevo en el más allá, desde los días de las peregrinaciones compostelanas, que tampoco sin razón valedera congregaban a cantidades de individuos que después de sortear los peligros del peregrinaje cantaban a las orillas del Mar Tenebroso el himno gallego —Ultreja, Esuseja—, o más allá, más arriba,

⁵ Esta cosmovisión, que campea en la Biblia y que sostiene el andamiaje de uno de los filósofos modernos más influyentes, Vico, era, a su vez, sostenida por los estoicos. "Para el estoico —dice Gilbert Murray— existe una viva y consciente evolución, una prenoición o *prónoia* en la mente de Dios que los romanos llamaron *providentia*, la cual dirige todas las cosas que crecen (incluida la experiencia de los hombres) en una dirección que concuerda con la voluntad divina". Gilbert Murray, *Five Stages of Greek Religion*, Nueva York, 1955, págs. 93-95; ver Aula Vallejo, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, núms. 5-6-7, pág. 127.

⁶ Juan Larrea, *Teleología de la cultura*, México, 1965, págs. 13 y sgts.

no por acaso se convierte, en la trama de la Historia, en la patrocinante, a través de sus Reyes Católicos, universales, del descubrimiento de la nueva tierra, que al integrarse con su ignorada realidad a la vieja, completó la redondez planetaria.

Pero en consonancia con el citado poema de Larrea, que de tal suerte se evidencia como un compendio del destino español, el más allá de ella misma tras su fin de tierra alumbrado por la escalofriante soledad del abismo, o mar tenebroso, presupone su muerte.

Dicha indefectible, patética muerte, llegaría, según Larrea, 444 años después del descubrimiento de América, en 1936. Por ende —valga destacarlo aquí como dato por lo menos curioso—, en perfecta coincidencia temporal con el año en el cual, según los estudios sobre egiptología aparecidos por esa época, debía tener comienzo la era de la teocracia, o gobierno de Dios, según la pirámide de Keops, y espacialmente, asimismo en perfecta coincidencia con las profecías judías que, en especial Jeremías, anunciaban que el reino de Dios se vería precedido por una espantosa tempestad que se abatiría “en la extremidad de la tierra”.⁷

En la trágica contienda lucharían, para materializar esa muerte, una España ceterior, influenciada por las tendencias imperiales del romanismo europeo que se aprestaba a exhalar su canto de cisne, azuzado por figuras tan evidentemente anticristianas como Hitler y Mussolini,⁸ contra una España ulterior, encandilada por la inmensidad oceánica que aguas arriba, alejándola de esa Europa violenta, pudiese depositarla en las playas neomúndicas de un orden republicano, solidario, pacífico, igualitario, fraterno.

No hay duda de que entrando en detalles las simplificaciones del tipo de la precedente no salen bien paradas, pero en el orden

⁷ Camille Barbarin, *Le Secret de la Grande Pyramide*, Francia, 1936. Jeremías, XXV, 32. Ver Juan Larrea, *Rendición de espíritu*, México, 1943, págs. 219 (Tomo I) y 88 (Tomo II).

⁸ Para poner en evidencia ese influjo germánico romano, de naturaleza islámica (¿Mussolini, acaso, no se autodefinió defensor de la fe musulmana?), basta transcribir como muestra contundente algunos de los conceptos vertidos por Pemán, entonces Presidente de la Academia de la Lengua, en Unidad, San Sebastián, el 13 de abril de 1938: “El Imperio que hemos soñado siempre se lo hemos contratado siempre a manos cesáreas y extrañas: a la Roma de Augusto; a los cesáres austriacos; a los Califas mismos de Córdoba. Cuando lo hemos ensayado solos hemos fracasado... Ahora sólo es preciso una cosa: que frente a esta nueva invitación al Imperio, no nos empeñemos otra vez en alistarnos bajo las banderas de Viriato o Juan de Padilla. No rechacemos otra vez lo romano germánico”. Ver *España peregrina*, Edición Facsimilar, México, 1977, número siete, pág. 31.

de los valores que trascienden la superficie cotidiana, donde precisamente por virtud de las alturas desde donde mira el ojo mental, celeste, los detalles se esfuman, en el universo de la Realidad Superior, con mayúscula, en cuya inconmensurable esfera despliega su acontecer la realidad inmediata. Los acontecimientos históricos adquieren categoría de símbolo, de letra de un Lenguaje que cabe identificar con el concepto teológico al que se refiere Juan en el comienzo de su Evangelio. Ya lo decía nuestro Rubén, verdadero profeta y visionario de este tiempo:

Es incidencia la historia. Nuestro destino supremo está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas, y Palenque y la Atlántida no son más que momentos soberbios con que puntúa Dios los versos de su agosto Poema.*

Por lo general, los hombres sensatos y "realistas", inmersos en la problemática sociológica, política, económica, suelen repetir con aires suficientes esta frase acerca del poeta: "está en las nubes, vuela", y mientras esto dicen con sus rictus suficientes ignoran, o hacen como que ignoran, que están misteriosamente vivos en una indescifrable —por más que científicamente explicada— y mínima partícula cósmica que, a velocidades vertiginosas, muchas veces envuelta entre las nubes, viaja, vuela, por el en sí irrazonable y hasta podría decirse fantástico e irreal universo, plagado de estrellas ardientes, muchas de las cuales están, a pesar de que observamos su luz, en verdad apagadas, o sea, carecen ya de realidad.

¿Cuál es, entonces, la tan mentada realidad? ¿Sólo aquella limitada ensoñación de la soberbia del hombre, donde asienta su imperio, por lo general esclavizante, el anecdotario sociopolítico, con sus ambiciones, pasiones y malicias humanas, con su inconsciente instinto de poderío mediante el que un diabólicamente divinizado hombrecito, que se autodenomina, en el cenit de tal soberbia, nada menos que "defensor de Dios", siembra de cadáveres sacrificados al altar primitivo de su mahomética "guerra santa" la tierra, a la par que en la plenitud de la inversión de los valores genuinos y abnegados del cristianismo, fundado por quien mandó a Pedro —apártate de mí Satanás— guardar la espada cuando éste quiso "defenderlo", y vino, no a matar, sino a morir, se bendecían los tanques y se santificaban los cañones con los cuales —se llegó a decir— florecería en la carne del pueblo el evangelio" (Card. Gomá).

* Rubén Darío, *Obras completas*, Aguilar. Poema "Salutación al Águila", pág. 709.

En la carne de un pueblo cuya maldición, aparte del olvido en que lo tenía sumido el intolerable desamor entre los hombres, radicó en que, una vez abandonado a su suerte por las naciones llamadas civilizadas de Europa, fue también prenda de los intereses igualmente inhumanos e insoportables de los instintos odiosos e imperialistas de la Rusia soviética.

No. El sentido de la verdadera Realidad gracias a la Vida es otro. Estamos desde siempre viviendo en el misterio que se dirige hacia su Revelación, estamos desde siempre viviendo en el "cielo", desde siempre transcurriendo en la eternidad. . .

Pero *sólo ahora*, tras la experiencia reveladora del drama español, que vino a preceder a la muerte de la hegemonía europea y abrió, de tal suerte, la balbuceante universalidad, omega de la aventura histórica, el hombre empieza a estar en condiciones de comenzar a ver la realidad profunda en las cuatro direcciones de su Rosa.

No tampoco por mera coincidencia —las coincidencias a estas alturas huelgan— el patrono de España, Santiago, ha sido revestido por la Imaginación con todos los atributos del misterioso caballero apocalíptico. . .

Y vi el cielo abierto: y he aquí un caballo blanco, y el que estaba sentado sobre él, era llamado Fiel y Verdadero. . . Y estaba vestido de una ropa *teñida de sangre*: y su nombre es llamado *El Verbo de Dios*. Y los ejércitos que están en el cielo le seguían en caballos blancos, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio.¹⁰

Por lo general, asimismo, los hombres presumiblemente inteligentes y cultos ya están acostumbrados a aceptar los mecanismos completamente simbólicos, representativos, de la psicología individual. Empero, parece que aun resta un resistente tramo que les impide, a pesar de que muchos repiten incontinentis que en el principio era el Verbo, por el cual todas las cosas fueron hechas, admitir que por encima de la particularizada psicología individual existe naturalmente una profunda psicología genérica, colectiva, que con toda razonabilidad, en acuerdo con su substancia verbal, debe expresarse a través de sueños metafóricos, cargados de una simbología que, con todo el ocultamiento propio de los mecanismos de represión están aludiendo al Ser reprimido, el cual, no obstante, paulatinamente (¿paulatinamente), a medida que avanza el proceso cultural de conocimiento y crecimiento, va adviniendo a la conciencia del hombre.

¹⁰ *Apocalipsis*, XIX, 11-14.

No de otra cosa, insiste, Larrea, se trata en nuestros días; sino del Advenimiento. Nos encontramos en vísperas del Advenimiento del Ser que somos a la conciencia de los hombres.

V E N

CLAMABA Rubén Darío, reiterando el clamor con que termina el Apocalipsis, seguro de que nuestro siglo, eléctrico y ensimismado, vería venir a Aquél que fuera anunciado por Juan, el de suaves cabellos.¹¹ Un hondísimo paso más en la concientización del Ser, César Vallejo, el otro genial poeta indo-hispano, dejaría escrito

Acaba de pasar el que vendrá
proscrito, a sentarse en mi triple desarrollo.¹²

Notablemente, en concordancia con todo ello, la mente tan reconocida de un Heidegger, al comentar a Holderlin como modelo de un nuevo renacimiento poético donde "se instaura de nuevo la esencia de la poesía", la cual es "la fundación del Ser por la palabra", y con los ojos puestos en la problemática europea, y por ende, ignorante de la diferente y ultraavanzada visión americana, diría:

Es el tiempo de los dioses que han huido y del dios que vendrá. Es el tiempo de indigencia, porque está en una doble carencia y negación: en el ya no más de los dioses que han huido, y en el todavía no del que viene.¹³

Tanto España, como Hispanoamérica, y tras ellas el resto total de las culturas, tendrán que volver los ojos al significado sublime que dimana de los torrentes de auténtica pasión de la sangre de la Hispania fecunda. Y no, desde ya, para reabrir viejas heridas, tristezas, nocivas divisiones odiosas, sino para encontrar, por su mediación, por fin la unidad amorosa de lo que a todos por igual nos pertenece, de lo que a todos por igual nos constituye en la plenitud de sus naturales diferenciaciones, el SER INFINITO que SOMOS, cuyo Advenimiento a la conciencia de los individuos que

¹¹ Rubén Darío, *ob. cit.* Poema "Canto de Esperanza", pág. 642; *Apocalipsis*, XXII, 20.

¹² César Vallejo, *ob. cit.*, pág. 667.

¹³ Martin Heidegger, *Arte y poesía*, Fondo de Cultura Económica, 1958, pág. 114.

multitudinariamente lo encarnamos ya despunta en el horizonte matinal de la historia. El SER QUE SOMOS, el cual Es quien auténticamente se desangró a través de tirios y troyanos para que, redimidos de la pesadilla existencialista, fruto de la conciencia del ser asentada en la individualidad psicósomática —indefectible paso por el cual había que transcurrir— podamos despertar en las esplendideces de la Vida esencial, en la fiesta vital para siempre creadora y pacífica, como resultado de la manifestación a la conciencia genérica del Ser que, procede insistir, Somos, porque al fin

cuando se manifieste
seremos semejantes a Él
porque Le veremos tal cual Es.¹⁴

Desde el atalaya de nuestros días confusos, es dable ver la inminencia de la universalidad a nivel material. La tierra —está tan dicho— se ha ido achicando al influjo beneficioso y maravilloso de las máquinas y de la tecnología. El sistema de satélites —primeros pasos del hombre por el cosmos, por el "cielo"— han tornado aun más estrecha esa comunión. El cientificismo, hijo legítimo de occidente, ha cumplido su tarea.

¡Qué inventen ellos!, decía sobre el particular Unamuno, como si sospechara que el destino español, ajeno a esa función cuantitativa, podría tener reservada otra de carácter cualitativo, vinculada, para después de lo material imprescindible, con lo espiritual insoslayable. Que si en el mito Esau, el psicósomático u hombre animal en términos paulinos, es históricamente el primero, lo es para, cumplida su tarea fabricante, propia del *homo faber*, ceder la primogenitura al último que es el primero, o mejor dicho, a él mismo transfigurado, a Jacob o Santiago, símbolo del hombre psico-neumático o espiritual, ese tal Jacob que luego de vencer al ángel es llamado Israel, el que ve a Dios según ya lo apuntaba San Agustín.¹⁵

Sí. A otros pueblos y culturas les ha tocado en suerte, a la par que desarrollaban los gérmenes de la espiritualidad, sobresalir en la búsqueda teleológica de la Cultura mediante el aporte de sus genios cuantitativos, sus aptitudes racionales, científicas, prácticas,

¹⁴ *Primera Epístola de San Juan*, III, 2; *Apocalipsis*, XXII, 4; *Primera a los Corintios de San Pablo*, XIII, 12.

¹⁵ "Israel quiere decir el que ve a Dios, cosa que al final vendrá a ser la recompensa de todos los santos". *De Civitate Dei*, Lib. XVI, Cap. XXXIX. Igual concepto se repite en Filón y Orígenes. Ver Juan Larrea, *La espada de la paloma*, México, 1956, pág. 153.

hasta desembocar, por la vía de la era tecnológica, en los umbrales materiales de una tierra universalizada y obviamente "nueva", en la que crecen —y hasta aúllan— la suma de sus maquinarias sociológicas, industriales, políticas. Pero el espíritu lavado por la sangre del martirio del pueblo español, siempre aislado, propenso a las introversiones místicas, como con su propio destino a cuestras en las jornadas de Europa desde los tiempos de Carlos V y de Felipe II, como una matriz (¡Madrid!) que ha recogido en su seno aquellas germinaciones de la espiritualidad de las restantes culturas —romanismo, israelismo, islamismo, cristianismo— debe estar presto para alumbrar lo cualitativo, para dar nacimiento a la nueva cultura universal que venga a humanizar a dichas maquinarias aun huérfanas de espíritu y que por ello semejan, como dije, a las fieras paradisiacas que aguardan que Adán, el Hombre-Tierra —es otra metáfora de Larrea— las sople con el verbo o palabra universal, divina, que las solidarice con las luminosidades de la bondad, la piedad, la libertad, la Esperanza cumplida para siempre para mayor gloria del AMOR.

Ese dulce Amor que impregna el Paraíso que la intuición profética de Dante situó en América, la tierra antípoda de Judea donde arden cuatro grandes luminarias, intuición de la cual, vía Bartolomé Mitre,¹⁶ se percató no sin asombrarse Rubén Darío, quien al saludar al Águila apocalíptica, que sobrevoló en "las horas sublimes de Pathmos", le decía:

Muy bien llegada seas a la tierra pujante y ubérrima, sobre la cual la Cruz del Sur está, que miró Dante cuando, siendo Mesías, impulsó en su intuición sus bajeles que antes que los del sumo Cristóbal supieron nuestro cielo.¹⁷

Y si tal Nuevo Mundo paradisiaco fue ya descubierto a su hora precisa, luego de la intuición dantesca, por España, a través de un Colón (paloma) que siguió la misma ruta que en La Divina

¹⁶ Bartolomé Mitre ordena en uno de sus comentarios al Canto XXVI del Infierno: "Sea que el Dante () por intuición de su ingenio tuviese la inspiración de las leyes naturales, () es un hecho que, si no vio, adivinó la Cruz del Sur, y que presintió místicamente la existencia del Nuevo Mundo descubierto por Colón, precediendo a su descubridor, con una comprensión clara del universo. El Paraíso está situado, según él, en medio de los mares del hemisferio austral en los antípodas de Jerusalem". La influencia de estos conceptos sobre Darío es evidente. Ver, al respecto, el trabajo de Larrea, *Intensidad del Canto Errante*, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 1972, págs. 18 y sgts.

¹⁷ Rubén Darío, *ob. cit.* Poema "Salutación al Águila", págs. 707, 8.

Comedia siguió Ulises, tras las vencidas columnas hercúleas, con el antecedente de las peregrinaciones compostelanas citadas asimismo por Dante. Y si esa España, mediante verter su sangre apasionada, derramó en todos los países de América hispana su verbo poético, también a la hora precisa de esa "España Peregrina", cuyo nervio motor fue precisamente Juan Larrea, quien luego de su decisivo ensimismamiento estudioso en la Universidad de Columbia (paloma) se radicó en Córdoba, centro mandálico de esa Argentina que para el tantas veces citado Darío es la "región de la Aurora", el "paraíso terrestre", la "Atlántida resucitada", el "país de la armonía", "campo abierto a la energía de todos los hombres", la preferida del nuevo siglo", donde se dará "la fiesta del trigo", "la confraternidad de destinos", "la confraternidad de oraciones", "la confraternidad de canciones", en virtud de que un "ímpetu exterior hermana a la raza anglo-sajona con la latinoamericana" y donde se debe estar "atentos a los ruidos que preceden la alba naciente", porque "el cantor —representante de la humana energía— ha oteado desde la alta región tu futuro" . . .¹⁸

Y si desde ese centro mandálico americano, el verbo español, a través de la voz instrumental de Larrea, profeta suscitado para expresar las palabras de Su Boca, ha venido conformando la nueva revelación que hoy nos permite ver, entender, más allá de acepciones meramente dogmáticas, el Espíritu que latía detrás de la letra mortuoria, el cual, al abrirnos a la conciencia del Ser derrotará la limitación existencialista de la muerte y su inseparable lado, el Mal en el mundo, toda vez que, como también dejé dicho

No con ejército ni con fuerza
sino con mi Espíritu,
ha dicho Jhwh.¹⁹

Y si sellando con su experiencia signada, la voz andina de César Vallejo, proveniente, por ende, de ese "alto monte" que hace de asiento al paraíso dantesco, dejó este llamado en su poemario póstumo, de hondísimas raíces crísticas, luego de padecer treinta y tres días de desconocida enfermedad y de exhalar su último suspiro en Viernes Santo, rogándole a su Madre verbal que le apartase el cáliz de su patética muerte identificada más que parapsicológicamente con la crucifixión del pueblo español en manos de las legiones romanas.

¹⁸ Rubén Darío, *Canto a la Argentina*.

¹⁹ Zacarías, IV, 6; Oseas, I, 7.

Niños del mundo,
 si cae España —digo, es un decir—
 salid, niños del mundo: id a buscarla!...²⁰

Si todo ello ha sido así, es porque ya está sonada la hora del Por Venir, cuando lo español y lo americano consubstanciados deberán procrear, dar a luz, la definitiva cultura universal, que es el fruto agónico, trabajoso, de los esfuerzos padecidos en todos los rincones del planeta, de todas las experiencias humanas de los cuatro ángulos del globo que nos aúna, que nos hermana en la misma condición terrenal de nuestra substancia, y que han venido a convivir, no por azar, en los recientes siglos, en este continente palomario.

Y en la expresión de tal cultura universal, lo hispanoamericano preterido todavía en el concierto de la historia, dará de sí aquello esencial que falta, por estar en evidente agonía, sino ya completamente muerta, la antigua concepción antropomorfa, propia de un ciclo humano que concluye: Dios.

¡Oh unidad excelsa! ¡Oh lo que es uno
 por todos!
 ¡Amor contra el espacio y contra el tiempo!
 ¡Un latido único de corazón!
 un solo ritmo: Dios!²¹

Entonces sí, lo español coadyuvará a constituir por fin su añorado imperio que instuyera, más que su padre, Felipe II, el imponente imperio donde el sol no se ponga, porque ha de ser el de lo humano hermanado en la conciencia del Ser, que abarcará la redondez pacífica del planeta, donde precisamente el sol no se pone nunca pues amorosamente ronda todas las superficies del paisaje, dando vida por igual a todos los grupos étnicos, para dar testimonio ininterrumpido de la Vida infinita, la cual, Ella únicamente sí, es Una y Grande, por todos los siglos de los siglos...

Buenos Aires, junio 1981.

²⁰ César Vallejo, *ob. cit.* Poema "España aparta de mí este cáliz", págs. 752, 3.

²¹ César Vallejo, *ob. cit.* Poema "Absoluta", pág. 332.

SANDINO: UN AUSENTE PRESENTE

(TRES ASPECTOS DE SU PENSAMIENTO)

Por Jorge Eduardo ARELLANO

I. EL ANTIIMPERIALISMO

SANDINO no sólo era un hombre de principios y acciones, sino de ideas, es decir: un pensador. Y su aporte a la historia de las ideas en Hispanoamérica es significativo. Quizás esta afirmación, a los ojos de no pocos mal informados, podría parecer exagerada; pero no es así. A pesar de que nunca se dedicó exclusivamente al ejercicio intelectual, Sandino llegaría a formular un pensamiento coherente de su país que ha sido una de las mayores elaboraciones teóricas del mismo. A Nicaragua siempre la proyectó como una gran posibilidad. Esta república ha producido pensadores, algunos sólidos y respetables; mas nadie, hasta Sandino, había pensado tan firmemente sobre ella como él. Por esto resulta el máximo creador intelectual de la nacionalidad nicaragüense.

1. Respuesta ideológica a la política norteamericana

EN esta creación, su pensamiento no se encerró dentro de los límites patrios; todo lo contrario: al constituir una de las respuestas ideológicas a la política de dominación de los Estados Unidos, se enmarcó en un contexto internacional. Históricamente, su aporte se ubica tras el de los socialdemócratas argentinos y el de los *revolucionarios* mexicanos, inscribiéndose en una notable tradición de figuras hispanoamericanas iniciadas por Simón Bolívar.¹

Aludimos a los hombres representativos de Hispanoamérica que, desde las primeras décadas del siglo XIX, han proyectado cinco imágenes distintas ante los Estados Unidos, constituyendo igualmente

¹ Carlos M. Rama: *La imagen de los Estados Unidos en la América Latina*. De Simón Bolívar a Allende (México, Secretaría de Educación Pública, 1975).

cinco etapas definidas. Primera: la simpatía inicial de los precursores y próceres independentistas ante la poderosa nación y el rechazo de sus agresiones en los intentos de unificación y confederación, realizados entre 1828 y 1864, de nuestras nacientes repúblicas. Segunda: el proyecto de las últimas —dirigidas por representantes de la burguesía criolla— de crear en sus respectivas sociedades económicas de tipo capitalistas progresistas, tomando como modelo la norteamericana. Tercera: la crítica a los Estados Unidos y a su civilización anglosajona de nuestros escritores modernistas —Martí, Darío, Rodó— que reconocían y exaltaban los valores de la civilización latina. Cuarto: el antagonismo ideológico de la socialdemocracia argentina organizada en 1895 —Palacios, Ugarte, Ingenieros— y de los *revolucionarios* mexicanos. Y quinto: la concepción moderna que utiliza la explicación teórica del imperialismo como definitoria de la actitud norteamericana respecto de nuestros pueblos, conquistada a través del pensamiento socialista.²

2. Las ideas del sindicalismo mexicano

NO obstante, entre la cuarta y quinta etapa, compartiendo las orientaciones de ambas, surgió una promoción intermedia, cuya principal figura política fue el Gral. Sandino. Pues bien: éste expresó durante los años de su lucha un pensamiento que explicaba clara y sólidamente la misma, no sin recibir la influencia del argentino Manuel Ugarte y del mexicano José Vasconcelos, por citar otras dos figuras pertenecientes a la citada promoción. Más aún: los escritos de estas personalidades literarias contribuyeron, con la de otros muchos, a madurar intelectualmente al guerrillero, autodidacta de voluntad enérgica e ineludible que había absorbido las ideas del sindicalismo mexicano y devoraba cuanta materia social y política llegaba a sus manos.

Sin embargo, esa madurez la determinó el desarrollo vivo de su lucha cuyo objetivo no sólo fue expulsar de Nicaragua las fuerzas norteamericanas, sino implementar un proyecto que abarcaba el establecimiento de un gobierno popular e independiente, la cooperatización de la tierra en beneficio del que la trabaja, la eliminación de los tratados lesivos a la soberanía nacional, el rescate de nuestras riquezas y recursos naturales en beneficio de la mayoría y el mantenimiento del ejército del pueblo.³ La propia lucha iba condicio-

² *Ibid.*

³ José Benito Escobar: *Ideario sandinista* (Managua, Departamento de Propaganda y Educación Política del FSLN, 1980).

nando su pensamiento de tal modo que, cuando ya había expulsado a los norteamericanos y se empeñaba en organizar cooperativas, intentó en mayo de 1933 fundar el *Partido Autonomista* para poner en práctica su proyecto.

Los elementos de dicho proyecto —señalados por José Benito Escobar como integradores de su *herencia programática*— no fueron los únicos del pensamiento de Sandino, impregnado de ideas políticas y sociales de mayor alcance. Entre estas se hallaban (procedentes de su absorción sindicalista en México) las expuestas en un documento casi desconocido: "Bases del convenio que se propone al General José María Moncada, para que se constitucionalice como Presidente de Nicaragua...".⁴ Nos referimos a las relativas a los obreros: las ocho horas diarias como jornada máxima de trabajo, el establecimiento de escuelas primarias en cada empresa con más de quince operarios o familias, el reconocimiento a las mujeres del mismo salario de los varones, el derecho de organización en sindicatos y el derecho de huelga.⁵

3. *La oligarquía vendepatria, Bartolomé Martínez, Zelaya*

PASANDO a las ideas políticas, brotaban de su profundo antiimperialismo. A partir de esta actitud de su lucha es que debemos interpretar todo su pensamiento. Como lo demostró en otro de sus documentos desconocidos, la "Carta al Congreso Anti-Imperialista reunido en Frankfort", Sandino tenía plena conciencia histórica de la dominación norteamericana en Nicaragua: "*No reconoce el pueblo nicaragüense como gobiernos constitucionales a ninguno de los que ha escalado al poder en nuestro país desde 1909 hasta el presente*—escribía en ese documento de 1929—, *puesto que esos gobiernos han llegado al poder apoyados por las bayonetas del imperialismo de los Estados Unidos del Norte*".⁶ Pero no se dejaba llevar por la generalización, pues reconocía el paréntesis nacionalista de don Bartolomé Martínez, ajeno a los intereses de la oligarquía vendepatria y llegado al poder por la muerte del Presidente Diego Manuel

⁴ En Emigdio E. Maraboto: *Sandino ante el coloso*. Veracruz, L. & M., S. en C., 1929, págs. 31-36 y Augusto C. Sandino: *Escritos literarios y documentos desconocidos*. Presentación, Recopilación y Notas de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Ministerio de Cultura, 1980, págs. 49-55.

⁵ *Ibid.* e *Ibid.*

⁶ En Emigdio E. Maraboto: *Sandino ante el coloso*, op. cit., pág. 6 y Augusto C. Sandino: *Escritos literarios y documentos desconocidos*, op. cit., págs. 57-58.

Chamorro; así dejó escrito que Martínez respetó el sufragio libre entregando el poder a los señores Carlos Solórzano y doctor Juan Bautista Sacasa, Presidente y Vice-Presidente electos en 1924. Y agregó: "por ello lo juzgamos (a Bartolomé Martínez) entre los hombres pundonorosos de la estimación de sus conciudadanos".⁷ La misma conciencia refleja Sandino en su *Manifiesto a los pueblos de la tierra y en particular al de Nicaragua* (1933), en el cual reconoce el nacionalismo progresista del Gral. José Santos Zelaya ("*Zelaya —señaló— fue uno de los mejores gobernantes que ha tenido Nicaragua en cuanto a progreso y patriotismo*")⁸ y el heroico del Gral. Benjamín F. Zeledón, *invicto y glorioso*, según sus propios adjetivos.

Su idea del imperialismo no era fanática, sino sustentada en la razón y en el derecho, como lo vimos al hablar de sus principios morales; por eso denunció que el imperialismo yanqui costaba "*a la nación nicaragüense alrededor de cuarenta mil vidas humanas de ambos sexos y más de cien millones de córdobas*".⁹ Parte de esa denuncia, asimismo, la constituían el financiamiento a Adolfo Díaz para armar la revolución de 1909, la imposición de empréstitos que el país no necesitaba y el interés de los norteamericanos por construir el canal de Nicaragua exclusivamente para ellos.

4. La Doctrina Monroe

LA interpretación que hacía Sandino del imperialismo yanqui, por consiguiente, se basaba en hechos reales, de carácter político y económico; pero también en un hecho de carácter jurídico internacional: la doctrina Monroe. De ahí que pidiera en varias ocasiones su anulación para los países hispanoamericanos, a los que se extendía de *facto*, y que la interpretara desde su punto de vista, que era el de toda América Latina: "*Estamos en pleno siglo XX —aclaraba— y la época ha llegado a probar al mundo entero que los yankees hasta hoy pudieron tener tergiversada la frase de su lema. Hablando de la doctrina de Monroe, dice: América para los americanos. Bueno: está dicho. Todos los que nacemos en América somos americanos. La equivocación que han tenido los im-*

⁷ *Ibid.*, pág. 6 e *Ibid.*, pág. 58.

⁸ Augusto C. Sandino: *Manifiesto a los pueblos de la tierra y en particular al de Nicaragua*, Managua, Tip. La Prensa, 1933, pág. 3.

⁹ Frase perteneciente a la "Carta al Congreso Anti-imperialista de Frankfort", en Emigdio E. Maraboto: *Sandino ante el coloso*, *op. cit.* y Augusto C. Sandino: *Escritos literarios y documentos desconocidos*, *op. cit.*, pág. 57.

*perialistas es que han interpretado la doctrina de Monroe así: América para los yankees. Ahora bien: para que las bestias rubias no continúen engañadas, yo reformo la frase en los términos siguientes: los Estados Unidos de Norte América para los yankees. La América Latina para los indo-latinos".*¹⁰

Una de sus ideas políticas trascendentales —cuya posibilidad efectiva de proclamarla sólo él la ha tenido entre los nicaragüenses— fue la integración de una alianza latinoamericana como paso previo para una futura confederación; otra: el *indohispanismo*, idea de la época que le ayudó a fundamentar teóricamente su lucha para oponerla al imperialismo norteamericano.

II. EL INDOHISPANISMO

EL Indohispanismo le sirvió a Sandino para un objetivo político; mas esta idea, sin quererlo, también contribuyó a establecer una categoría orientada hacia la formación de la conciencia hispanoamericana. Él nunca pensó elaborar esta categoría. Pero está claro que, surgida de la más entrañable necesidad de su resistencia, logró manifestarla con mucha coherencia, constituyendo una realidad espiritual tual que concilia las raíces hispanoamericanas caracterizando profundamente nuestra identidad histórica. Y a su formulación, no a su explícita definición llegó con claridad definitiva haciendo suyo y asimilando a su manera el *indoamericanismo* que difundía en los años veinte el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. Por eso puede afirmarse que en cierta medida el indohispanismo es creación suya. Sandino, por consiguiente, no tomó en cuenta el exagerado indigenismo de Haya de la Torre, descartando en sus escritos el término *Indoamérica* y sugiriendo, en virtud de su equilibrada intuición del mestizaje hispanoamericano, el concepto de indohispanidad.

1. La raza mestiza de hispanoamérica

EFFECTIVAMENTE: siempre usaría el último concepto que expuso como un elemento esencial de nuestros pueblos. Así en su primer manifiesto, fechado en el mineral de San Albino el 1.º de julio de 1927, escribió: "*Quiero convencer a los nicaragüenses fríos, a los centroamericanos indiferentes y a la raza indohispana que en una*

¹⁰ Carta de Augusto C. Sandino a Froylán Turcios, del 10 de junio de 1928, en Gregorio Selsler: *Sandino, general de hombres libres* (La Habana, Imprenta Nacional, 1960), tomo II, *op. cit.*, pág. 24.

estribación de la cordillera andina hay un grupo de patriotas que sabrán luchar y morir como hombres".¹ ¿A cuál raza *indohispana* se refería? No a otra sino a nuestra raza mestiza de Hispanoamérica, ubicada dentro de la extensión geográfica de nuestras veintiún repúblicas, hijas de la vieja España, como bien pudo haber dicho si parodiáramos esta frase suya del "Manifiesto a los hombres de nuestro departamento leonés", firmado el 15 de septiembre de 1931: "*Nuestro Rubén Darío habló de nuestros veintiún cachorros de (la) América Hispana, hijos del viejo león español*".² Mucho antes había precisado los límites geográficos del indohispanismo: "*La patria de la raza indohispana —afirmó el 6 de febrero de 1928— comienza desde las riberas del Río Bravo y termina en el confín sur de la Tierra del Fuego*".³ Y en su *Manifiesto a los pueblos de la tierra y en particular al de Nicaragua* (1933), por recurrir solamente a tres ejemplos, volvió a emplear la categoría de *indohispanidad*, y otra vez como adjetivo, al definir al gobierno yankee como "enemigo de nuestros pueblos indohispanos".⁴

2. La retórica obsoleta de la hispanidad

MAS lo *indohispano*, o el *indohispanismo* de Sandino, era sustantivo y nada tenía que ver con la retórica obsoleta de la *hispanidad*. Esta nunca pudo ser concebida por el gran nicaraguense de la forma que se entendió durante su época de esplendor: como la articulación de los pueblos hispanoamericanos en una unidad política superior, estructurada por el común denominador hispánico. Recordemos que Sandino no se limitaba a expresar únicamente lo español: también comprendía lo indígena o lo indio, el otro elemento fundamental de la cultura hispanoamericana, a la que él hubiera llamado con mayor precisión *indohispana*. Recordemos igualmente que el máximo héroe de Nicaragua advirtió la lucha ideológica que comenzaba a estremecer la conciencia española: "*una pugna entre el pasado y el porvenir, entre los que llevan muy profundos sentimientos*

¹ Augusto C. Sandino: "Manifiesto" del 10. de julio de 1927, en Gregorio Selser: *Sandino, general de hombres libres*, tomo II, *op. cit.*, pág. 227.

² Augusto C. Sandino: "Manifiesto a los hombres de nuestro departamento leonés", en Anastasio Somoza: *El verdadero Sandino o el calvario de las Segovias*. Managua, Tipografía Robelo, 1936, pág. 262.

³ Augusto C. Sandino: Carta a Carlos León, en Gregorio Selser: *El pequeño ejército loco*, La Habana, Imprenta Nacional, 1960, pág. 256.

⁴ Augusto C. Sandino: *Manifiesto a los pueblos de la tierra y en particular al de Nicaragua*, *op. cit.*, pág. 24.

ancestrales de dominación y los que tienen la mente libre de prejuicios", según le comunicaba al periodista español Luis Araquistain el 31 de julio de 1928.⁵ Además, en esa misma carta, supo detectar con amplia visión —que hoy resulta profética— una de las fuerzas en conflicto: "*La España reaccionaria entrará en las orientaciones que marcan las ciencias sociales*".⁶

3. La indohispanidad

EN pocas palabras, Sandino desconoció la *hispanidad*, pero vivió la *indohispanidad*. Su contacto intelectual con pensadores de la talla de Ugarte y Vasconcelos entre otros —y la relación directa con sus soldados de Colombia y Venezuela, México y República Dominicana, sin contar los centroamericanos— lo llevaron a formular lo *indohispano* en sus textos, a plantearlo como la base étnica y espiritual de Hispanoamérica, en respuesta a la hegemonía continental de los Estados Unidos: a transformarlo en sujeto de nuestra historia, amenazada o absorbida por el neocolonialismo económico inherente a la dominación imperialista.

4. "El viejo león español"

SIN embargo, había más en la *indohispanidad* o en el *indohispanismo* de Sandino: una honda creencia inalterable en los valores espirituales encarnados por el pueblo español. Como Rubén Darío, él tenía vasta fe en el personaje universal de Cervantes, cuya obra acostumbra leer, y en lo que representaba; por algo fue considerado en 1958 un *Quixote on a burro*.⁷

Por algo envió al mismo pueblo español este mensaje, con motivo de la hazaña aérea de uno de sus hijos en 1929: "Me ha producido honda emoción la aparición de (aquí el nombre del aviador) y sus compañeros. España y los españoles viven en nuestros corazones. Patria y Libertad. Sandino".⁸ Y por algo también mani-

⁵ Carta de Augusto C. Sandino a Luis Araquistain, del 31 de julio de 1928, en Gregorio Selser: *Sandino, general de hombres libres*, tomo II, *op. cit.*, pág. 28.

⁶ *Ibid.*

⁷ Por el *schollar* norteamericano Lejeune Cummins en su obra *Quixote on a burro. Sandino and the marines, a study in the formulation of foreign policy*. México (Impresora Azteca), 1958.

⁸ Recorte del diario *La Noticia*, de Managua, correspondiente al 5 de agosto de 1929.

festó "a los hombres de nuestro departamento leonés", siempre en 1931, que ellos eran "*los verdaderos guardianes ante vuestro viejo León español que es (el) símbolo espiritual de este globo terrestre*".⁹

III. SANDINO Y SU LATINOAMERICANISMO

SI el indohispanismo ya lo habían desplegado hermosamente nuestros escritores modernistas, la idea de la integración latinoamericana revivía la acción bolivariana. Por eso desde el 20 de marzo de 1929 se preocupó por la referida alianza al redactar su "Plan de realización del supremo sueño de Bolívar" y al sugerir, en junio de 1929, la celebración de una conferencia en Buenos Aires de todos los representantes de la América Indolatina Continental y Antillana. Aún en julio de 1933 seguía con ese propósito y la consideraba doctrina esencial de su causa.¹

1. La concepción teórica del imperialismo

EN ese "Plan", Sandino no se manifestó ignorante de la realidad latinoamericana, sino fiel a ella y a su condición neocolonial experimentando la presencia militar o económica de los Estados Unidos; presencia que el nicaragüense interpretaba de una forma muy apropiada a la concepción teórica del imperialismo utilizada por el pensamiento socialista de nuestros días. "*Hondamente convencidos como estamos de que el capitalismo norteamericano ha llegado a la última etapa de su desarrollo, transformándose, como consecuencia, en imperialismo y que ya no atiende a teorías de derecho y de justicia pasando sin respeto alguno por sobre los incommovibles principios de Independencia de las fracciones de la NACIONALIDAD LATINOAMERICANA, consideramos indispensable, más aún incólume esa independencia frente a las pretensiones de los Estados Unidos de Norte América. . .*"²

⁹ Augusto C. Sandino: "Manifiesto a los hombres de nuestro departamento leonés", en Anastasio Somoza: *El verdadero Sandino o el calvario de las Segovias*, op. cit., pág. 263.

¹ Jorge Eduardo Arellano: "Presentación", en Augusto C. Sandino: *Escritos literarios y documentos desconocidos*, Managua, Ministerio de Cultura, 1980, pág. 4.

² Augusto C. Sandino: "Plan de Realización del Supremo Sueño de Bolívar", en *Escritos literarios y documentos desconocidos*, op. cit., pág. 77.

2. Una alianza latinoamericana

CONSCIENTE de las objetivas limitaciones que suponía la unificación de los países americanos de habla española, Sandino no postuló una confederación, sino una *alianza* latinoamericana que comprendía la abolición de la doctrina Monroe —instrumento jurídico de la dominación imperialista norteamericana— y la creación de una sola nacionalidad "*denominada nacionalidad norteamericana*"; la constitución de una "Corte de Justicia latinoamericana", órgano supranacional con presidencia rotativa, que resolviese los problemas entre los estados miembros; la creación de un ejército de "ciudadanos pertenecientes a la clase estudiantil" y la de un Comité de Banqueros Latinoamericanos", encargado de cancelar contratos entre Estados de América Latina y los Estados Unidos, especialmente los relativos a la construcción de obras materiales y vías de comunicación.³

3. El Canal por Nicaragua

ENTRE ellas estaba la construcción del Canal interoceánico por Nicaragua, siempre viva entre las ideas de Sandino, quien la reservaba a la *nacionalidad latinoamericana*; además, este proyecto contempló la unificación de tarifas aduanales, el intercambio *metódico* de estudiantes de Ciencias Económicas y Sociales, el fomento del Turismo Latinoamericano y la adopción del lema, para la referida *nacionalidad*, de la Universidad Nacional Autónoma de México, sugerido por José Vasconcelos: *Por mi raza hablará mi espíritu*.⁴

Todo el "Plan de realización del Supremo Sueño de Bolívar" no era más que la culminación de su pensamiento latinoamericanista. '*Somos 90 millones de hispanoamericanos y sólo debemos pensar en nuestra unificación y comprender que el imperialismo Yanki es el más brutal enemigo que nos amenaza y el único que está propuesto a terminar por medio de la conquista con nuestro honor racial y con la libertad de nuestro pueblo*', insistía en una carta del 4 de agosto de 1928;⁵ y en otra anterior, del 6 de febrero del mismo año, ejemplificaba esa amenaza con los graves problemas que las *bestias rubias* —son sus vocablos exactos— impedían su

³ *Ibid.*, págs. 79-87.

⁴ *Ibid.*, págs. 89-90.

⁵ Carta de Augusto C. Sandino a los gobernantes de América, del 4 de agosto de 1928, en Gregorio Selser: *Sandino, general de hombres libres*, *op. cit.*, tomo II, pág. 31.

revolución: la cuestión de límites entre Guatemala y Honduras y entre Honduras y Nicaragua, el asunto canalero entre Nicaragua y Costa Rica; la cuestión del Golfo de Fonseca entre el Salvador, Honduras y Nicaragua; la cuestión de Tacna entre Perú y Chile. "Y así por el estilo —concluía—, *hay un encadenamiento de importantes asuntos en resolución entre nosotros*".⁶

Otros temas de este aspecto del pensamiento sandinista fueron: la necesidad de celebrar periódicamente conferencias entre representantes de los países de América para que Latinoamérica demostrase solidaridad ante sus problemas, la necesidad de una confederación sindical latinoamericana, y el decreto de la no intervención en "*los negocios internos de ninguna de las Repúblicas Indobispanas, respetándose su Soberanía e Independencia y promover un acercamiento más fraternal que nos solidarice con el común vivir de los pueblos de este continente*", afirmaba en enero de 1933.⁷ Por fin, la exaltación de los próceres y héroes latinoamericanos.

4. Bolívar, Hidalgo, San Martín...

EN efecto, nunca se olvidó de estas figuras en sus escritos. "*Los hombres dignos de la América Latina deben imitar a Bolívar, Hidalgo y San Martín, y a los niños mexicanos que el 13 de septiembre cayeron acribillados por las balas yanquis en Chapultepec, y sucumbieron en defensa de la patria y de la raza, antes de aceptar una vida llena de oprobios y de vergüenza en que nos quiere sumir el imperialismo yanqui*", aconsejaba a unos gobernantes en carta del 4 de enero de 1928.⁸ Y en la esquela de la ofrenda floral que colocó en la tumba de los héroes Uribe y Azueta en Veracruz, a mediados de 1929, anotó: "*...mi homenaje de admiración respeto y gloria, a los cadetes navales que sucumbieron heroicamente en la lucha contra los invasores yanquis, en la épica jornada de 1914*".⁹

⁶ Dirigida a Froylán Turcios, esa carta se encuentra en Gregorio Selser. *Ibid.*, pág. 23.

⁷ Augusto C. Sandino: "Protocolo de Paz", en Anastasio Somoza: *El verdadero Sandino o el calvario de las Segovias*, op. cit., pág. 421.

⁸ Augusto C. Sandino: "Carta a los gobernantes de América", en Gregorio Selser: *Sandino, general de hombres libres*, op. cit., tomo II, págs. 31-32.

⁹ Augusto C. Sandino: "Esquela en ofrenda floral a tumba de héroes Uribe y Azueta, en Xavier Campos Ponce: *Los yanquis y Sandino*. México, S. A., 1962, pág. 110.

5. Benito Juárez, Bolívar

TAMBIÉN de 1929 data su testimonio sobre Juárez. En carta al Presidente de México Emilio Portes Gil, del 30 de junio del mismo 1929, confiesa: "...en mi actitud frente a los invasores norteamericanos, no he hecho más que seguir el ejemplo de los patriotas mexicanos, en cuyos hechos gloriosos mi espíritu y mi ideal han encontrado siempre una fuente de inagotables recursos y un caudal de vigorosa inspiración para la lucha y hasta he llegado a pensar que el espíritu radioso de Benito Juárez, el Padre de las Américas, ha iluminado mis pasos por las montañas y riscos de las Segovias y que su voz, que América escuchó un día clamando justicia y libertad frente a los invasores, me ha dicho: Ten fe y prosigue"¹⁰ Sin embargo, fue Bolívar su principal líder e inspirador. "Ab Napoleón —opinaba con su acostumbrada convicción—. Fue una inmensa fuerza pero no hubo en él más que egoísmo. Muchas veces he empezado a leer su vida y he tirado el libro. En cambio, la vida de Bolívar siempre me ha emocionado y me hace llorar".¹¹ El libertador, ni más ni menos, encarnaba el grado más alto de su ideal latinoamericanista, que tuvo una expresión trascendente en esta frase que prefigura a Ernesto Che Guevara: "No será extraño que a mí y a mi ejército se nos encuentre en cualquier país de América Latina donde el invasor asesino fije sus plantas en actitud de conquistista".¹² Por algo Sandino se conceptuaba continuador de Bolívar, a quien conocía en toda su dimensión.

¹⁰ Carta conservada en el Archivo General de la Nación de México.

¹¹ En Ramón de Balausteguigoitia: *Con Sandino en Nicaragua. La hora de la paz*. Madrid, Espasa Calpe, 1934, pág. 174.

¹² Carta de Augusto C. Sandino a Froylán Turcios, del 10 de junio de 1928, en Gregorio Selser: *Sandino, general de hombres libres*, op. cit., tomo II, pág. 23.

Dimensión Imaginaria

POESIA BIMESTRAL

POESIA NICARAGUENSE

CANTO NACIONAL

Por *Ernesto CARDENAL*

(Fragmento)

«El Paraíso de Mahoma» que dijo Gages

les cuento que el Paraíso ha sido vendido.

¡Tierra Prometida dividida por los latifundistas!

Tierra a la que yo pertenezco, como

la paloma tiguílotera y la paloma patacona.

Nindirí, Niquinohomo, Monimbó

Nandaime, Diríá, Diriomo.

Buey de nuestra niñez que Darío vio echando vaho
un día.

Las chachalacas que oímos cantar cuando muchachos.

Los hijueputazos. Ibamos a pescar almejas a la bocana.

El salta-piñuelos en los cercos de piñuelas.

Urracas bulliciosas comiendo mangos y robando nidos.

Chocoyos verdes en un palo, como hojas que gritan;

y cuando vuelan, ¡como si el palo volara!

Había un curré en un palo seco anunciando sequía.

Las 5 de la tarde y el palmear de las tortillas

y el olor de las tortillas en el comal

el olor al humo de leña. A

la hora en que las lavanderas de Nindirí volvían de
la laguna.

Sobre el lago de Managua un vuelo de garzas.

Y yo traía a mi novia a esa hora de la escuela
de mecanografía.

—La hora en que se encienden las primeras luces
y las últimas parejas de lapas pasan volando.

Managua. Rubén mechudo en el muelle, con su novia,
mirando las garzas blancas y morenas.

El crepúsculo acariciador.

El, con su «garza morena». El primer beso.
Cuántas veces hemos dicho los nicaragüenses en
el extranjero
«somos un país-de-mierda», en mesas de tragos, en
pensiones
donde se juntan los exiliados, pero
hemos recordado los nacatamales, la sopa de mondongo
con su culantro y su chile congo, los cantos
de la «Purísima» y el perfume de los madroños en
diciembre
el lago azul/azul y sobre él el
vuelo de una garza como una vela blanca
o la lanchita de vela como una garza

y uno ha pensado en

el olor de mayo, a patio llovido y tejas mojadas
el calor y el olor de Nicaragua
tic tic tic tic tic tic tic tic

el ruidito de las gotitas cayendo del tejado
el pito del vapor Victoria acercándose a Granada
una tierra —hemos dicho— que merece mejor
suerte.

Y uno ha pensado también en:

molinos lejanos como rosas de hierro
el canto de la locomotora en el campo
el arreo de las vacas, el ordeño en las mañanas
el olor del queso en las canoas de las queseras
unos postes de telégrafo a través de un potrero . . .
El Victoria en el muelle y el avión de la TACA
—el algodonal en flor como un campo nevado
el tractor en el algodonal
y al fondo el Momotombo.

Y el trencito diesel bordeando el lago en dirección a León.
O:

el sol poniente iluminando el Momotombo
el lago amarillo y anaranjado, color de mojarra
y un chavalo pescando en Mateare
y el pito del tren de León.

Rubén hacía el viaje de Momotombo a Managua
en unos vaporcitos. Veía garzas blancas
y garras morenas. Hermosas mujeres. En el

comedorcito de a bordo
dice, se tomaban cocteles y coñac.
La flora le provocaba voluptuosidad y laxitud.
En una finca de café la campesina de color cacao
le dio un agua fina en un guacal y él observó en el
guacal
escudos, aves, panículos, grecas y letras.
Masaya le evocaba a Hafiz. Flores en los jardines,
flores
en las mujeres. Y el alcalde había regado la calle de
flores.
Junto a Nindirí el volcán Masaya. (Víctor Hugo contó
que en tiempos antiguos el Momotombo no amó a
su dios
que era cruel). No me golpee... No me golpee... ¡Ay
mamita!
¡Ay mamita! ¡Me están matando! La cara era una
sola masa.
Nariz pómulos frente una sola masa. El ojo izquierdo
casi se le saltaba. El Mayor decía: Delen más... Delen
más...
Mátenlo. Lo golpeaba con la culata de la carabina y
gritaba:
¡Delen!... ¡Delen... Delen más!... Maten a este
hijueputa...
Mátenlo... No lo dejen vivo. Los alistados no dejaban
de golpear
con los manojos de alambres eléctricos. El estaba
desnudo
en la pileta de agua. Delen... Delen más... Delen...
Mátenlo...
Mátenlo... El mismo golpeaba con los manojos de
alambres.
Y pateándolo. Lo pateó en el corazón. Te voy a matar
hijueputa.
El Mayor cogió un cable de acero y se lo cruzó por la
nuca; él
corrió y cayó como a 15 metros. El ojo izquierdo
casi salido.
El lado derecho era como si otra cara se le prolongara
de ese
lado. Se arrastró y quedó muerto en el excusado. El
cadáver

del muchacho fue echado en el cráter del volcán Masaya. El *Infierno* de Masaya, decían los españoles. Oviedo

que lo vio:

«En la hondura y última parte que yo vi de este pozo
»había un fuego líquido como agua, o la materia que
ello es,

»más que vivas brasas encendida su color, y si se puede
decir

»más fogosa materia que fuego alguno puede ser

»y estaba hirviendo, no en todo pero en partes

»mudándose el hervor de un lugar a otro

»y resurge un bullir o borbollar, sin cesar, de un cabo
al otro.

»Oí decir a aquel cacique Nindirí

»que de aquel pozo salía una mujer muy vieja desnuda
y les decía

»si habían de vencer, o habría de llover y cogerse
mucho maíz

»y echaban allí en sacrificio un hombre o dos o más

»y algunas mujeres y muchachos y muchachas

»y que después que los cristianos habían ido a aquella
tierra

»no quería salir la vieja sino de tarde en tarde

»o casi nunca, y que les decía que los cristianos eran
malos

»y hasta que se fuesen no quería verse con los indios.

»Y dijo que bien vieja era y arrugada, las tetas hasta
el ombligo

»y el cabello poco y alzado hacia arriba y los dientes
largos

»y agudos como de perro, y la color más negra que
los indios y

»los ojos hundidos y encendidos. . .

—Y es que el Demonio ¡ha sido homicida desde
el principio!

Y aquel Don Manuel Zavala, autoexiliado en Nueva
York

desde los 20 años, decía a los 75 que no volvía
a Nicaragua mientras estuviera allí el Gangster

—jamás decía su nombre, sólo el Gangster
volvió enfermo donde sus hermanas estando aún el
'Gangster.

Murió en su vieja Granada, siempre gobernando el
 Gangster.
 Coronel conoció un viejo en Granada que decía, solía
 decir:
 «quisiera ser extranjero para irme para mi tierra»
 y Gilberto soñaba emigrar a un lugar cualquiera, como
 decir
 Inglaterra «pero con Lago de Nicaragua, zanates, tren
 de Granada
 a Managua, chicharrón con yuca, y Coronel Urtecho».

Sobre el intenso azul, velas y garzas.

El lago de color de blue jean que dijo William.
 Esta belleza nos fue dada para el amor.
 Una lancha en medio lago a la altura de San Ubaldo...
 unas zarcetas por el lado de Colón.
 Lago con luna.

La luna sobre el lago y el agua color de luna.
 Tanta belleza, para la igualdad.
 (Calmo el lago de noche, y lejos un motor de lancha).
 Ibamos la pandilla a pescar laguneros y guapotes.
 «...la tierra que os daré... dice Yavé»

Y hay viejos barcos hundidos
 de filibusteros, o de la «Compañía del Tránsito»
 viejos vapores de Vanderbilt que ahora son nido de
 tiburones

tal vez sólo sale la chimenea
 con plantas y cagadas de patos. (Vanderbilt
 no sabía decir Nicaragua. Decía Nicaragua).

El muelle de Moyogalpa estaba podrido...
 No es puta la patria
 pero ahora han querido ofrecerla a un espectro
 recluido en un hotel:

el fantasma de Hughes.

El muelle de Moyogalpa estaba podrido
 y uno saltaba los huecos negros a la luz de la luna;
 la lancha llegaba de madrugada a San Miguelito,
 en el muelle vendían café negro y pescado frito en una
 tortilla
 y amanecía, los verdes reflejados en agua mansa.

—Un muchacho con una sarta de mojarras rojas
 y doradas... .

Tierra que nos han robado.

He soñado escuelas de arte aquí
 círculos infantiles.
 Recuerdo unas lomas amarillas requemadas.
 Y más allá llanos llenos de jícaros y cachitos.
 El pocoyo saltaba de noche enfrente del jeep
 los ojos relumbrando con los focos.
 Recuerdo cafetales de Telpaneca. En Jalapa son
 tabacales.
 El Jícara: allí
 El Coco corre limpio sobre arena blanca con oro.
 Después de Jalapa el perfume de los palos de
 bálsamo. . .
 O vistos desde un bus:
 un molino, una ermita
 en una loma, un cementerio campesino.
 Las lapas siempre vuelan en parejas
 y van en el cielo de la tarde charlando (o peleando)
 en su lenguaje de lapas.
 Recuerdo, no sé por qué recuerdo
 una tiendita en San Rafael del Norte, de noche,
 iluminada, y adentro unas muchachas.
 Vi montañas de pinos con canto de palomas
 montañeras
 y canto de viuditas. Allí
 en Quilalí tenían en la plaza una hélice
 de un avión que derribó Sandino
 y la usaban como campana del pueblo. Y
 oí lamentarse a las viuditas. Son solitarias y tristes.
 Allí soñó Sandino las grandes cooperativas campesinas.
 —Después empiezan los palenques de los miskitos, en
 las riberas del Coco, como nidos de pájaros—.
 Casas escuelas transportes hospitales alimentos carreteras
 presas luz
 Pero ahora sólo la belleza de la llegada a la choza de
 palmera
 en la hora de los zancudos y la hora del primer lucero
 y ves allí la pezuña del tigre; la choza de palmera
 abandonada.
 Y la tristeza del atardecer, y los zancudos. . .
 ¡El tuma! Ver
 otra vez el Tuma. . . Los cafetales en flor y los maizales.
 En marzo el maíz está en elotes.
 La neblina sobre los cafetales y en la neblina

el blanco olor de la flor del café (olor a azahar) con
cantos

de chichitote

y de chiflador.

Campesino campesino

qué lindas tierras tenés

pero lástima que son de los capitalistas.

O:

oscuros, los potreros quemados (por
San José de los Remates); y después
bosques de cedro, guayacán —con

canto de tucanes.

Y un pájaro-león —de color de león y larga cola—
cantando pun

pun

pun

Son las selvas del quetzal que no sabe vivir cautivo
el habitat del quetzal, y de los sandinistas.

El Bijagual: un cerro del norte, por el Musún.

El Tapacucí, el Quiabú, el Tisey, el Tomabú, éstos son
cerros

de Estelí.

Pis-Pis, Condega, Yalí, Quilalí

Yalagüina Palacagüina

Muy-Muy

hemos soñado aquí un país

por el que hemos tenido luchas, muchas

luchas

(Pis-Pis: por allí pasó Pedrón. Tomó las minas)

y tenemos hermano muchísimo que hacer

¡Río Kukerawala! rugen tigres en celo a la luz de la
luna

en sus riberas, y cuando rugen

gritan los monos de miedo.

(Y vamos a hacer escuelas en el Kukerawala).

—un régimen social justo que

asegure que jamás retornará

el régimen de la desigualdad social.

El Chipote. . .

En esa montaña húmeda y neblinosa donde no entra

el sol

con micos cara-blancas y lapas entre la maraña de palos

de ocote y ocozol, caobas bajo bejucos y mata-palos,
 y con
 chillidos de pocoyos, rugido de tigres, trino de tucanes
 tuvo *él* su cuartel general.
 Allí en su nido en el más alto liquidámbar tal vez a
 60 pies
 el quetzal canta su bello canto territorial,
 inmóvil, no lo ves, mimetiza la luz;
 con cielo nublado su plumaje es color de hojas con
 bruma
 pero entra sol entre las hojas y se torna iris y tornasol
 con un camuflaje de rayos de sol sobre follaje.
 —El con su vestido verde, sombrero aludo y pañuelo
 rojo. . .

Laguna de Perlas. Laguna de Huahua. Sandy Bay.
 Los largos bancos de arena donde
 a la luz de la luna hacen el amor las tortugas de carey.
 El faro de Punta Gorda a 00 pies sobre el mar.
 La bahía de Monquíbel en Punta Mico.
 Y hay cocoteros en esos cayos. En esas costas
 hay langostas: El agua azul y los cayos
 blancos llenos de guano, con sus cocos.
 El río Mico. El Siquia. Estoy viendo los pipantes.
 —Por allí andan los huleros.
 Allí canta el ave-aurora de brillantes colores.
 Cocales de la costa Atlántica por leguas y leguas.
 —Gasolinas y pipantes cortan las tersas aguas
 que vuelven a quedar espejeantes—.
 Un pueblito en una barra con un faro solitario,
 el resonar del mar y el poj-poj de la planta eléctrica
 palmeras meneadas por el viento del mar
 la luna tras la silueta de las palmeras.
 La madera es cortada en el verano y las trozas son
 marcadas
 con pintura o fierros y arrastradas con tractores o
 bueyes
 a las quebradas y llevadas al mar por las primeras
 lluvias.
 Quisiera ver la cortada de la madera.
 Hablar con los pescadores de tortugas en los cayos.
 De esta tierra es mi canto. Mi poesía, de este clima,
 como el zanate clarinero, como el coyol.

Esos suamos, me hacen falta.
 Me entristezco pensando en Prinzapolka.
 La bahía azul y un barco (bananero) anclado en la bahía.

Plantíos de banano a lo largo del río
 y después hay llanos
 y hay unas lagunas de color quetzal
 y uno llega a los palenques de unos sumos:
 un canto de amor en sumo o tal vez en
 miskito.

Y en aquellos caños hay tiburones.

Ay la United Fruit

Ay la Standard Fruit

Unas compañías pasaron por aquí como ciclones.
 Ha habido domingos en que las muchachas miskitas
 han ido a la iglesia (Bautista) desnudas en pelota
 señoritas miskitas, por no tener nada que ponerse.
 Y hay quienes han muerto de hambre
 literalmente.

¡Hermano Pedrón Altamirano!

Imagino las lucecitas tristes de las minas.
 Veo el viaje del oro desde un afluyente del Prinzapolka
 hasta el sótano de un Banco en Wall Street.
 Es contra Wall Street que canta en Prinzapolka el
 ave-sol.

La lucha era nacional, decía Sandino
 pero después sería internacional.

En las minas de oro de míster Spencer examinan
 a los mineros con rayos X cada 6 meses
 para ver si están tuberculosos.
 Si hay alguna sombra, el hombre es inmediatamente
 despedido. Cuando al tiempo escupe sangre
 y quiere demandar a la mina, la mina lo despidió sano
 la enfermedad la contrajo, después, la mina
 no es responsable. Y muere en una acera de Managua.
 (Si es indio sumo o miskito va a su aldea
 a contagiarse. Aldeas enteras han quedado despobladas).
 Y compañías que pasaron por la Costa como chapulín:
 sólo quedaron los tocones de lo que fueron pinares.
 Nada vuelve a crecer por donde pasaron.
 Por aquí pasó la Magnavox.

Atraída por el olor de las materias primas.

Y cuando suena la campana a la hora de cierre
 en la Bolsa de Valores de Nueva York
 algo que vos no sabés hermano te han quitado.
 Cuando dicen en Wall Street los Mone y Managers:
 «Perdimos
 cinco millones en efectivo esta tarde»
 en el lenguaje en Wall Street quieren decir
 que compraron acciones por valor de cinco millones.
 Los Secretarios de Estado pasan como aves migratorias
 pero permanece la Standard Oil.
 El canadiense dijo al miskito: el comunismo es malo
 nos quita todo. Y el miskito, que oía Radio Habana
 en miskito
 contestó: Malo para vos que tener todo
 bueno para miskito
 miskito no tener nada.
 Después sería internacional
 dijo Sandino. Y Sandino decía a los campesinos:
 «Algún día triunfaremos. Y si yo no lo veo
 las hormiguitas llegarán a contármelo bajo la tierra».
 Darío a su regreso, recibido en triunfo, había
 profetizado a los jóvenes, en brindis, el buen Rubén,
 un
 país con más glorias, «triunfo nacional y definitivo» . . .
 (fue en el diez, un año después, en el once, vinieron
 los banqueros)
 Todavía tenemos la lucha: Sandino contra marinos
 y ay, tantos Rubén Daríos hay en el monte
 macheteando. Habitantes de ranchos en perpetua
 noche.
 El filósofo que se quedó lustrador.
 El pintor genial entre los chivos. No sólo
 no saber leer y escribir:
 tampoco pensar, querer, soñar.
 ¿Ves esos buses que van llenos de gente pobre? Son
 los dueños
 ellos hicieron el edificio del Banco de América
 —a la puta qué alto— ellos quien más
 y los puentes, las presas. Sólo falta que lo cojan.
 Los pobres. Sobre
 todo los más pobres.
 (los jodidos pendejos comemierdas).

Un vuelo de aviones de propulsión a chorro mancha
 el azul celeste
 y hermano te han marginado de su civilización, si
 vos con tu zacate-limón les das —y no sabés—
 la citronela para sus aviones de propulsión a chorro.
 Tu madera de mora color de oro para plataforma de
 camiones
 tu guayacán de gran dureza para hélices, poleas y
 —bueno
 acompañame con la guitarra esta canción:
 las cosas son importantes
 pero más son las personas
 de pronto bajo ceibos y caobas sin descubrirlo antes
 estamos en el campamento —Chozas. Con fogones,
 con tinajas
 piedras de moler, tapescos de cuero crudo, tasajos
 de carne salada, una lamparita de carburo ante San
 Antonio
 y calabazas con tapones de olote, un niño tierno llora
 en una hamaca de cabulla con borlas de vivos colores
 y se oye una vitrola, también una guitarra, y afuera
 a la luz de una fogata Sandino leyendo *El Quijote*
 —el cuartel inaccesible como nido de quetzal—
 Sandino está otra vez en el Chipote muchachos.
 Ataca otra vez de noche Telpaneca.
 Otra vez Pedrón anda por el Coco
 o tal vez por Boaco.
 Los campesinos dejan otra vez sin tapiscar el maíz
 sin aporrear los frijoles
 y van con Sandino a cercar a las minas, a verguear a
 los marinos
 pegarle fuego a la Standard Fruit.
 —La noche es oscura y con neblina y 140 sandinistas
 sorprenden a los centinelas del cuartel—
 —Al atardecer los sandinistas se apostan en un camino
 por donde van a pasar los marinos—
 —Miguel Angel Ortez surge en la noche
 con su larga cabellera rubia y sus pantalones negros—
 —Rifles y machetes y 2 viejas ametralladoras Lewis
 y gritos ¡VIVA SANDINO! entre los tiros y ¡PATRIA LIBRE
 O MORIR!
 —Se disipa la neblina, y los sandinistas han
 desaparecido—

—Al oscurecer los marinos van a entrar a un bosque
de pinos
(alcanzan a oír un bordoneo de guitarra tras los pinos)
y de repente te detiene el retén en San Rafael del
Norte:

«¿Quién vive?»

«¡Viva Nicaragua!»

«Santo y seña»

«No venda nunca a la patria»

Y otra vez Pedrón y Ortez se juntan para atacar

Jinotega

Pedrón va otra vez de pueblo en pueblo diciéndoles
que no voten

tras un ataque los marinos oyen los adioses y el
trote del tropel de mulas y traquidos de carretas en
la noche

y Lee ha caído herido...

Vienen las grandes cooperativas campesinas
ya va a empezar la campaña de alfabetización
van a estudiar ballet los muchachos en Muy-Muy
teatro en Tecolostote, en Telpaneca. ¡Ah la visión
de una tierra con la explotación
abolida!

Repartida la riqueza nacional todos por igual
el producto nacional bruto, toditos por igual.

¡Nicaragua sin Guardia Nacional, veo el nuevo
día!

Una tierra sin terror. Sin tiranía dinástica. Cantá
cantá zanate clarinero.

Ni pordioseros ni prostitución ni políticos.

Claro, no hay libertad mientras haya ricos
mientras haya libertad de explotar a otros, libertad
de robarle a los demás
mientras haya clases no hay libertad.

No hemos nacido para ser peones
ni para ser patronos
sino para ser hermanos

sino para ser hermanos hemos nacido.

Capitalismo ¿qué otra cosa que compra-venta de gente?

Porque qué viaje es éste hermanos para dónde vamos
con pasajes de Primera y pasajes de Tercera
tenemos el níquel esperando al hombre nuevo
la caoba esperando al hombre nuevo
el ganado enrazado esperando al hombre nuevo

sólo hace falta el hombre nuevo.

Vengan

vamos a arrancar los cercos de alambres compañeros.
Ruptura con el pasado. ¡Es que no era nuestro este
pasado!

...los que quieren seguir explotando la casa
de putas.

Como me dijo la muchacha cubana: «La Revolución es
sobre todo
una cuestión de amor».

Quisiera ya ver cartelones en la carretera como
Uno no vale por lo que quita
sino por lo que da a los demás.

—Las 2 de la mañana, mucha neblina, en San Rafael
del Norte

Sandino con 6 ayudantes se encamina hacia la iglesia
a casarse con Blanca. El con pistola, botas altas,
pañuelo rojo

Blanca vestida de blanco, con velo y corona de flor
de café

y el novio volvió a la montaña entre nieblas y cafetales
en flor—

El pueblo cantaba por aquel entonces:
*Ya el zopilote murió
ya lo llevan a enterrar*

Cada árbol, cada matorral, cada roca
podía ser de pronto un tirador sandinista

— (El hambre no es sólo de tortillas y frijoles
aunque *también* es de tortillas y frijoles.)

Y un afiche que diga
que los que murieron por el pueblo
están resucitados, hermosos, en el pueblo
¿Qué canta el degollado, qué canta el justo juez
en las cercas de alambre? Amanecer de un nuevo día
y nuevas relaciones de producción.

Dé cada uno según su capacidad
a cada uno según sus necesidades.

Un sistema que resuelva las necesidades de la vida
y las necesidades *determinen* la producción. Ejemplo:
que la ropa no sea hecha para hacer dinero, sino
jodido, para vestir a la gente.

Y también serán expropiadas las mansiones de lujo
toda persona imposibilitada para el trabajo

mantenida en todas sus necesidades

(programa de los Tupamaros).

La palabra del POPOI. VUH: «¡Que se levanten todos!»

Hay tanto maíz que sembrar tanto niño que instruir
tanto

enfermo que curar tanto amor
que realizar tanto canto. Yo canto

un país que va a nacer. El lago en partes azul, en
partes

plateado y dorado. En el cielo

un vuelo de garzas

«en verdad mana leche y miel» dijeron los exploradores
y Jeremías después: «Anunciadlo a las islas

se alegrará la chavala en los bailes». (Jer. 31, 10-13)

El hombrecito.

Sólo hace falta el hombrecito.

(¡entraréis en la tierra pero no todos!)

Comunismo o reino de Dios en la tierra que es lo
mismo.

Las salas de «interrogatorio» del General Genie

serán aulas donde jueguen las niñas con muñecas
los niños con Pinocho

los tanques convertidos en tractores

las zarandas de la policía en buses escolares

y la máquina será el mejor amigo del hombre

¡General de Los-hombres-libres

te lo contarán las hormiguitas de la tierra!

ah los tiempos esos de Pinocho

(y sueño con el día en que no haya ricos).

Ahora escribamos este letrero en las paredes

LA VIDA ES SUBVERSIVA

EL AMOR ES EL AGITADOR

vamos con Leonel Rugama a escribir en las paredes

¡QUE SE RINDA TU MADRE!

también estos versos de Joaquín Pasos en las paredes

Váyanse, váyanse, váyanse

váyanse, váyanse, yankees.

Cuando un curré canta en un palo seco está

anunciando sequía

cuando canta en palo verde es que va a llover.

A desalambrar.

Levántense todos, también los muertos.

LA MUERTE DE SOMOZA

Por *Ernesto MEJIA SANCHEZ*

La muerte de Somoza, como la del Foster, dice Ike, es una gran pérdida ¡ay! para el mundo libre. «Fue un gran amigo de los Estados Unidos, en público y en privado». Los Estados Unidos tendrán que ampliar el cementerio de Arlington. O adaptar el jardincillo de la Casa Blanca para tumba de sus íntimos amigos. Y a fe, que ya lo están haciendo. Porque yo busqué en Nicaragua el cadáver de Somoza, y nadie supo responder.

LAS MANCHAS DEL TIGRE

¿Qué orden prescribe nuestra congregación? Sin contorno y sedosa la escurridiza piel de nuestro monarca, tensa al menor movimiento, desde adentro esculpida, existe por nosotras. Y todo es lanzado a la rápida ferocidad del tirano que entigrecemos. No se puede evitar la presencia de nuestra escritura que dibuja el rencor para hacerlo visible. Decoramos lo inútil destructor, el descenso de la bondad sin motivo. Vamos a cuestras del resentimiento delirante. Somos llevadas sin consulta. No somos más que manchas. Manchas puras llevadas y traídas por el sin gobierno de lo sanguinario. La belleza cargando con la culpa de su criatura en rebeldía.

EPITAFIO DEL DESTERRADO

Si muero en el exilio, desterradme también de vuestra
 memoria
 y recordad tan sólo este fiel pensamiento: hay un sitio
 en el mundo
 (y no lo quise yo ni lo elegí para guardar ceniza o
 podredumbre)
 que de algún modo es mi tierra. Toda tierra es mi
 tierra, dije en la vida;
 ¡mientras duró tu impulso, oh, Nicaragua! Pero quise
 y negué toda posibilidad
 de retorno que no fuera libertad o arrepentimiento,
 rebeldía y pudor.
 ¿Quién detuvo la mano al golpear ya la puerta del
 estrecho paraíso?
 Oscura y arriesgada alegría de verte, otra vez, linda
 pero puerca.
 Ni esa debilidad se consintió quien murió extranjero
 y llevó en sí
 la pequeña patria como enfermedad dañina y peligrosa.
 Así esta fosa
 ajena que conquistó mi cuerpo a precio de muerte,
 será, siquiera en sueños,
 también tierra tuya y libre, por siempre, ¡Oh Nicaragua!

LA LEYENDA DORADA VA POR LOS SIETE PLANOS
DEL VERDE SILENCIOSO

Por *Azarias H. PALLAIS*

La mayúscula cuarta: dadme piedras preciosas,
 de aquellas que mataron a Esteban; dadme rosas

martirizadas de una corona virginal,
 y los cirios del Corpus, y una misa papal.

Con fuego de casullas, pintemos una I,
 y con sangre de misas una O de rubí.

La O por las coronas, y la I por las palmas:
los dos signos que muestran en su triunfo las almas.

Fra Angélico reza, Van Eyck junta las manos:
La leyenda dorada va por los siete planos

del verde silencioso: la Tarde recogida,
es flor que se enamora de la estrella dormida.

Y entonces sobre mi alma que bautizó el dolor,
gotean los diez libros de Fortuna de Amor.

La Leyenda Dorada va por los siete planos,
lo mismo que la Carta de Pablo a los Romanos:

Sobre la Gracia libre, la Libertad graciosa:
de escalas en escalas por la vía gaudiosa.

Los Doce con la Buena Noticia del Amor...
y Bárbaros y Griegos bendicen al Señor;

y a la Fuerza que manda, contra toda razón,
la Sangre da sus rosas rojas del corazón.

¡Dichosos los que en sangre, por siete planos, van,
con Agata y Cecilia, Lorenzo y Sebastián!

¡Hermana Rosalibre, desde tus siete planos,
defiende mi poema de todos los tiranos!

¡Retóricos, burlaos, con gravedad pasmosa,
del verso que, en lo libre, parece mariposa!

¡Mi verso mariposa va por los siete planos,
y en él tendrán remanso de gracia mis hermanos!

¡Hermanos escondidos, mis versos peregrinos
son islas del Silencio, por todos los caminos!

Y un pozo y una estrella: mi verso mariposa
se entusiasma en la tarde profunda y silenciosa.

Y es Pablo el ermitaño, como un viejo muy niño,
y el desierto florece de universal cariño;

y come pan del cielo, por un cuervo traído,
y el león acaricia con un manso balido;

y el hombre sin pecado, de conciencia ligera,
es un niño que juega dócil como palmera.

¡Con lirios en los ojos, con lirios en las manos,
los niños del desierto van por los siete planos!

Jerónimos, Monte Casino, Fulda, Cluny, San Gall:
¡Estrellas silenciosas del cielo monacal!

Yo vivo con nostalgia de los benedictinos,
humildes como el agua, nobles como los pinos,

y como ellos erguidos, verdes y silenciosos,
como ellos, perfumados; como ellos, rumorosos.

Los hombres que hablan mucho no saben decir nada:
los monjes, sin palabras, colmaron su jornada.

Jornada, que en Europa, fue el tiempo de las mil
y una noches del oro, del bronce y del marfil.

¡Manos de orfebre, manos de artista: por sus manos
los monjes silenciosos van por los siete planos!

¡Arboles de silencio, mayúsculas gloriosas,
son vuestras miniaturas, como viñas gaudiosas!

¡Arboles del silencio son vuestros incunables,
mucho más que granadas maduras, deleitables!

El blanco siglo trece: San Francisco de Asís,
el hermano de todas las criaturas; San Luis

el que pudo ser justo sobre un trono de reyes:
en el poder, los hombres, se burlan de las leyes.

La Leyenda Dorada cambia la noche en día,
como en rosas los panes, Santa Isabel de Hungría.

¡Por el pan en las rosas cambiado, por sus manos,
Santa Isabel de Hungría va por los siete planos!

Ante el leproso —imagen del pecado mortal—
Juan de Dios piensa en Cristo, se enciende el Hospital,

con los himnos de aquella luz misericordiosa,
como el jardín al beso temprano de la rosa.

¡Por Jesucristo —Rosa de las Divinas Manos—
Juan de Dios y el leproso van por los siete planos!

La Leyenda Dorada: Vicente de Paúl:
¡Dadme unas alas blancas; dadme una piedra azul!

¡Azul y blanco: Patria, me dice tu bandera;
morirá la nefanda loba filibustera!

Y al decir Nicaragua, la Leyenda Dorada
parece golondrina por el tiempo enjaulada.

El tiempo y el espacio, jaulas inevitables,
y el poema, jilguero de voces inefables.

Fra Angélico reza, Van Eyck junta las manos,
La Leyenda Dorada va por los siete planos

del verde silencioso: la tarde recogida
es flor que se enamora de la estrella dormida:

¡Y entonces sobre mi alma que bautizó el dolor,
gotean los diez libros de Fortuna de Amor!

LA FIESTA DE LOS PINTORES

La paleta del mar, viéndolo bien, encierra,
si eres pintor, los mismos colores de la tierra.

Cada color se viste, siete veces al día,
con la misma inocencia, con la misma alegría.

Es decir un color distinguido o cualquiera,
tiene sus siete pajes de formación primera;

y después otros siete de formación segunda
y más no ven los ojos de mirada profunda.

Como cada color tiene naturalmente
reglas divinas para dormirse dulcemente,

en nácar, perla, llegan desvanecidos,
hasta el punto y la raya fugaz de los sentidos

donde están los colores clavados en la cruz
y quedan solamente los ojos y la luz.

El verde glauco nunca podrías imitar,
es ese que dan las olas al reventar.

Verde con apariencias de verde muy sencillo,
con franjas complicadas de azul y de amarillo.

En los cañaverales, un color parecido,
has visto de incipiente verde recién nacido.

¡Y en las hojas inmensas del banano, también
un verde arrodillado, como diciendo Amén!

El verde muy oscuro que llaman aceituna,
en luz color de sol, sombra color de luna,

es el verde solemne del pulpo cavernario,
ocho veces seguidas, Carlos El Temerario.

Carlos El Temerario, dulce niño inocente,
delante de estos Carlos de la moderna gente.

Ayer la tiranía de alcance natural
según la exagerada misión de cada cual;

mientras hoy controlada, técnica tiranía,
forjada, en los talleres de la masonería.

También el tiburón que siete veces traga
viste color de pulpo, color de verdolaga.

El monstruo sin vergüenza cristiana se descara
y avergonzada Sor Luz se tapa la cara.

En la tierra, en el mar, verdes innumerables,
así sean oscuros o claros, deleitables.

Ese gris de las tardes que rezan, en Millet,
el gris de Rodenbach, el gris de Mallarmé;

en la tierra lo has visto, y también en el mar,
y siempre te has quedado, con ganas de llorar

gris de la tierra gris, también gris del mar gris,
todo se ha puesto gris ceniza, para mis

nostalgias, ascensión de ascensiones eterna,
mientras baila sus bailes, la mentira moderna.

Las rosas de oro que con milagrosa mano
pintó, en sus admirables desnudos, el Ticiano,

aquí están en el mar, aquella nubecilla
de nácares lejanos, esos remos, la quilla

y el mástil y las velas y hasta en los cables, oro
de Dios, en cada cosa, la gracia y el decoro

de nuestra Hermana Luz, Sor Clara, Sor Clarisa
que viene, en todas partes, celebrando su misa.

La dorada Gioconda tan bien iluminada,
que parece una luz, en colores pintada,

es rosa del Mar Griego, rosa del Mar Latino,
en oro, sal y mármol, en leche, miel y vino.

Bourts, Van Eyck, Metssys, Memlinck, todos
los primitivos
de Flandes, tiene oro de pinceles, esquivos.

El Mar del Norte dora las rosadas esperas
de las tan primorosas y rubias encajeras.

Aquel verde morado de llaga purulenta
y rojo de traición y nácar de tormenta

y azul envenenado y amarillo mortal,
es lepra de colores, Mathias Grünewald.

Pus y sangre no acaban sus colores de echar,
colores de la tierra y colores del mar.

Mil noches que en el día sus secretos dirán,
pintó el ensombrecido y asombrado Rembrandt.

Esas noches marinas, castas, fosforescentes,
donde soles enteros se han quedado durmientes.

Y también qué profundas noches ennochecidas,
desde el mar en las tierras por el sol bendecidas,

cual monjes que cantando tres Nocturnos están,
los cuadros temerosos de Goya y Zurbarán.

Es ámbar siete cielos de candoroso brillo,
sol, tierra, luna, mar, la Virgen de Murillo.

Blanco-azul, Gritería de Diciembre, León
de Nicaragua, sube raudo mi corazón,

por entre los madroños en flor de l'alegría,
como el más inflamado cohete de este día.

Oro y marfil del mar se baña dulcemente
el Cristo de Velázquez, en luces del Poniente.

ALEJANDRO HAMILTON

Por *Salomón DE LA SELVA*

Sonata

I. ANDANTE

Al nombre de los Adams, en Boston
como al sonido de la lira de Orfeo

en los llanos pantanosos de Beocia,
surgen maravillosas estructuras,
puertas abiertas a todos los caminos:

Mont Saint Michel en peligro del mar
(piedra sobre piedra sostenidas por milagrosos
arbotantes)

que un sol de nueve siglos roe en vano
y lamen los aullidos de un viento sin fin,
podría ahora derribarse al abismo

con sólo un leve susto de gaviotas.

Y Chartres, con sus flechas impecables,
y en el portal de la Virgen filósofa,
reina de Salomón y de Aristóteles,
con el vitral glorioso del árbol de Jesé,
y el júbilo de arco iris en danza
que cantan en colores por sus naves
ya puede ser el blanco de los Berthas monstruosos.

Porque en el libro de un Adams —Henry Adams—
clara y precisa,
áurea y preciosa
minuciosa y magnífica
como una abeja en ámbar,
su belleza está a salvo
hecha palabras.

Y Henry es sólo un Adams: ¡hay docenas!
La estirpe de los Adams es edificio fuerte:
cinco generaciones como cinco moradas,
como cinco torreones de castillo,
como torres y cúpulas de un templo,
y la basa del todo aquel zorruno
puritano manido y presuntuoso
que fue el primer Adams presidente,
fundamento de granito recio y duro,
acantilado de prejuicios basálticos,
que ajeno a las ensoñaciones sutiles
de que sólo son capaces los hombres prácticos,
a salvo contra el mar fuerte y contra el viento,
sordo al contrapunto florentino,
mal entendía y mal quería a Hamilton.

II. SCHERZO

Hamilton, tropical, nacido en isla,
criado al rumor caribe y los rumores
de los flacos deslices de su madre,
fuerte de vista para ver el sol
en cabriolas de luz sobre las olas,
supo mirar, sin deslumbrarse, el alba
del Día Yanqui, y al claror primero
se puso a trabajar hablando océanos
—Neptuno mismo— para edificar Troya
donde, eternal Helena, la belleza,
del mundo hila raptada y teje tela de oro.

Y era orgullo de océano el de Hamilton
—Neptuno mismo—
terco para batir acantilados,
raudo para mover arenas crepitantes,
de empuje brioso y de fatal resaca:

Por quítame esas pajas, en un llano
de hierba seca envuelto en gris neblina,
se dio de tiros con rival político
(enemigo de México, por cierto)
y así murió. En Wall Street descansa.

Antes había dicho
Washington de él, viéndolo en los combates:
—Es el enamorado de la muerte.

Y este bravo
de voz de mar y de alma tempestuosa
palidecía, sin embargo,
y la soberbia boca suya se amargaba
caída de los lados,
y la sal de su sangre fluía en amargura,
y en el fondo de su ser seres lamosos
de escamas verdes se envolvían
fríos y ateridos en vidriosas
fosforescencias lívidas
cuando el Adams primero de los Adams famoso
zorro bien informado, calladito
le decía al oído: —¡Hijo de puta!

Igual que el padre murió el hijo, en duelo,
y no hay familia Hamilton. Con el nieto
finó el linaje que en las islas Vírgenes
inició la hujonota desdichada
que fue burla de amor entre marinos.
Cierto que abuela puta no es lo mismo
que puta madre, y bisabuela es menos,
y si hubiera descendientes de Hamilton
ya delante de los Adams no se pondrían pálidos.

¡Pero considerad el fondo de vergüenza
de Hamilton el único!

Su mujer, que era Schuyler, criada en muelle
tradicón de limpiezas holandesas,
con alma de interior de Van der Meer,
hecha a colchones suaves y sábanas aseadas
donde el amor se hunde y reblandece,
era poco dulzor para aquel temple
fundido en fuegos acres.
Los frescos muslos y los brazos frescos
en rosicler que de ellos mismos mana,
los pechos blancos de azuladas venas
con transparencia como de porcelana
no pudieron, es claro, amansar el martirio
infinito de Hamilton.

Y el primer secretario del Tesoro,
el que le redactaba los discursos a Washington,
el que hizo la Unión Americana
sobre base económica
(¡Mont Sain Michel en peligro del mar,
si hubiese sutileza entre los Adams!),
por cuyo sortilegio se poblaron
los Estados agrícolas de fábricas
(¡Chartres la de las flechas impecables,
si hubiera misticismo entre los Adams!)
el padre de los Bancos
(¡Helena es oro en bóvedas de tálamo,
inocente, y brillante, y resignada!)
fue adúltero en secreto:
Pecador y vergonzante
se dio a una aventurera de ojos negros,

pagó chantaje y tuvo tratos ruines
para justificar el pecado de su madre
y no erigirse en juez
del ardor de su sangre.

III. ADAGIO

A veces la conciencia de la herida
que recibió en la infancia
era dolor insoportable.
Esto lo entenderán los dispépticos
y los que tienen ulcerado el duodeno,
si en vez de estómago y de tripas
consideran eso otro que llamamos el alma.

Así, una vez le impresionó, en la tarde,
que le dijeran, cuando cumplió siete años
el hijo suyo: —¡Señor, es su retrato!—
—¡Oh, no! —dijo él—. La boca es de su madre
y esa dulzura que en sus ojos mansos
parece la mañana recogida,
agua de luz verdosa, en la copa de un valle . . .

Y más que las palabras era el tono
de voz lo que llevaba angustia,
solicitud desesperada,
de que su hijo fuese diferente,
como si algún destino tenebroso
le hubiese dicho: Vengo por tu cara
en la cara del niño
para sembrar dolor que eche raíces
entre los tiernos músculos
y le dejen arrugas imborrables,
y él contestase con aquel aplomo
de los que ya perdieron la esperanza
de salvación y luchan con fiera
de condenados: ¡No, que el niño es de otra cara!
¡Fijarse bien que es de otra cara mi hijo!

Esa noche
cenaría con Washington.
Eran de mucho rumbo.

los otros invitados:
Monroe y su esposa, jóvenes
y virginianos:
El, orador florido;
ella, la más famosa de todas las bellezas
de Norteamérica y a quien Francia misma
llamaría la belle Américaine.

Por eso
quería Hamilton que su mujer probase
a superarse en lujo y señorío,
que vistiera brocados de la India
y las perlas de Java;
y el chico tuvo que irse
con sólo la institutriz sureña
al sacramento de meterse en cama.
Ya el carruaje estaba en la cochera,
los caballos piafando,
y Hamilton consultaba su reloj
recordando que a Washington
le irritaban las gentes impuntuales,
por lo que —¡Vamos, Elizabeth! —decía—
o echaremos carrera peligrosa!—
Y ella: —¡Un momento, sólo un momento!
Tengo que verlo antes de que se duerma
o no comeré a gusto. . .

Y fue un momento corto su tardanza,
pero tiempo bastante
para que Hamilton, herido, recordara
hasta qué largas horas,
toda la noche a veces, él se estaba,
acurrucado y dormilón e incómodo,
afuera de la puerta de su casa
oyendo al mar gemir
y viendo sombras, sombras, en la playa,
esperando a que el huésped de su madre
se largase, y poder meterse en cama
al lado de ella, tibia,
cansada, sin palabras,
curvada como luna,
su cabellera como florón de palmas.

IV. RONDO

La mujer de Monroe, bella ciertamente,
 como rosal de la cintura arriba,
 de la cintura abajo
 como cascada de lustrosa fuente.

No es una para Hamilton, no es una
 como su esposa es una,
 sino muchas mujeres,
 que así se goza el mar ante la luna.

Toda mujer es nombre y todo nombre es número.
 Toda mujer es vaho de niebla y tibio y húmedo,
 de barro al sol temprano, de mañana.

¡Cómo se esfuma, cómo se levanta,
 cómo se pierde imperceptiblemente!
 La mujer de Monroe habla francés, y canta.

La mujer de Monroe, ¡Dios, qué delicia!,
 es la boca de Flora, cabellera de Alicia,
 untado vientre de Clara o de Mercedes,
 la mirada es Emilia o Julia o Delia,
 Amalia es la sonrisa y Cecilia las manos
 tejidas de algodón y lino y seda
 mejor que sus mitones,
 Judith el cuello, y la gracia con que anda
 —más reina que las reinas—
 es la ele y la ene de Yolanda. . .

¡Cómo se esfuma, cómo se levanta,
 cómo se pierde imperceptiblemente,
 la mujer de Monroe que habla francés y canta!

EVOCACION DE PINDARO

Fragmentos

¡Sólo Darío, Darío únicamente,
 renueva las latinas glorias ecuménicas
 como nunca la espada: sólo él es agosto!

Y no el germano saqueador de Roma
sino Darío es rey en cuyo imperio
nunca se pone el sol. ¡Qué carabelas
de qué mástiles altos y velajes albos
y popas elevadas, de prodigio,
las que capitanea en océanos de encanto;
qué mundos nuevos de minas de diamante
y selvas de milagro nos descubre;
qué países conquista de hombres de oro
y mujeres de perla y esmeralda,
donde el Amor es ley, la Libertad el aire
que se respira, la Música el idioma!
¡Cómo el dolor de América se trueca
por su pasión de América
en maravilla de esperanza, en gozo
de soñador; y en inviolable virgen
la prostituida tierra americana!
La dejó a medio hacer, estaba haciéndola,
como un mejor Hefesto una mejor Pandora,
cuando murió; apenas comenzaba;
¡dan ganas de llorar!

Donde, Darío yace,
bajo un triste león, en su León más triste
(¡muerto Debayle que le daba aliento
a la ciudad, su hermano en el espíritu!),
derrama miel y desparrama rosas,
Mateo Flores, porque esa sepultura
vale lo que las tumbas de los héroes
en cuyo honor los juegos se fundaron,
idos antes de tiempo: ¡así Darío,
el de más grande logro, empero malogrado!

Yo lo recuerdo, presa de terrores,
sumido en el dolor y en la penuria,
con el color terroso de panal destruido,
con la mirada de águila, extraviada,
con la sonrisa en boca adolorida,
con no sé qué, animal o primitivo,
que buscaba rincón donde morirse,
escondido, de espaldas a la Muerte.
El invierno era crudo, el cuarto frío.
Como en un cuento de Edgar Poe, un negro

magro y macabro le bailaba danzas
 grotescas, de esqueleto,
 descoyuntadas,
 le cantaba lamentos sincopados,
 con la bocaza abierta roja y blanca.
 Los rascacielos (¡nuevos!) levantaban brazos
 de imploración y de tortura antiguas.
 El río iba de luto, iba de llanto,
 iba de miedo a dar a la bahía,
 frustrado el darse al mar, ¡como Darío!

Y recuerdo a su amigo millonario
 de Nueva York, hecho el desentendido;
 y a Argentina, lejana, olvidadiza
 (¡no contestaba cartas!);
 a México —su México— exiliado
 (¡trágico Alfonso Reyes!) o muerto (¡Justo Sierra!)
 o manco (¡Nervo, Montenegro, Ramos!);
 a España sorda (¿cuándo ha oído España?),
 a Nicaragua madre, ciega, baldada, muda,
 bajo régimen vil: ¡nadie a ayudarlo!,
 y al déspota, ansioso a todo trance
 de arrancarle lisonja, en Guatemala,
 como quien hunde en el ala del pájaro
 duro alfiler para que lllore y cante.
 ¡Qué doloroso canto: le aulló el alma!

Cuando volvió a León llegó arrastrando
 el ultrajado lustre del plumaje
 y la abatida excelsitud del alma,
 informes ya la voz y el pensamiento
 (¡válidos para la queja sólo de la carne!),
 sin resistencia el arco y sin tensión la lira.
 Orfeo redivivo, destrozábanle
 las delicadas vísceras con zarcillos crueles
 (¡desde su juventud fueron salvajes vides
 las que le dieron vino!) las basárides
 furiosas contra Apolo.
 Le devolvió la majestad la Muerte,
 ¡pero cómo fue larga su agonía!

Píndaro no (¡dichoso!), muerto en Argos
 en amoroso abrazo, satisfechos

la urgencia de vivir y el acoso de gloria.
Allí sus hijas fueron a llevárselo
para enterrarlo en Tebas.
Pesaba poco. No hubo que llorarlo.

En cuanto a mí, así sea para morir, si muero
(¡la Muerte, juguetona, va alcanzándome,
y me roza la oreja con su aliento!),
canto de cisne canto,
fiel a Darío y en su elogio
desde el azul más diáfano de América.

Ama a su pueblo,
ama a sus semejantes, ama a los dioses
sólo quien, todo corazón, y éste sin tara
de cobardes temores y traicioneros fines,
se esfuerza por la paz. ¿Y quién que no ama
puede ser gobernante atinado y justiciero?
El que amamanta odios y alimenta rencores,
engreído en sí mismo, entronizado
en su capricho estulto;
y el que busca la guerra para afianzar su trono
y crea disensiones y confunde el buen juicio
de la ciudadanía;
y el que sube al poder escalando cadáveres
y se burla de Dios (¡único soberano!),
todos tienen su fin. Tú los detestas.
Su poder es brasero que les quema las manos
¡y no pueden soltarlo! Su maldición les sobrevive:
¡su progenie se ahoga en mutua sangre,
crímenes que horripilan! Tal en Tebas
los vástagos de Edipo, tal en Argos
los hijos que hubo Tántalo, Tántalo mismo
que osó tentar la omnisciencia de los dioses.
Sólo el justo, el que rige a los pueblos
con decoro de ley, de paz y de justicia,
con cetro, no con látigo,
gana la bendición de dimitir el mando
sin terror, sin pesadumbre, sin angustia;
hasta el sepulcro amigos lo rodean;
pero el que lo ha usurpado
o tiránicamente lo retiene,
si llega a viejo, ¡ah, qué vejez le espera:

todos en su redor traman traiciones;
 róenle el corazón, antes que los gusanos,
 sus propios hijos!

A DON RUBEN DARIO

Por *Manolo CUADRA*

¡Cazador de venados! ¡No te ofendas, maestro!
 Era porque llevabas un gran foco en la cabeza
 y porque era ruidosa tu escopeta
 que gustaba vibrar en la hojarasca
 para espanto y temor de los antílopes.

A la orilla del río,
 tirabas el anzuelo de tu canto
 como un gran señor despreocupado
 que buscaba sirenas.
 (¿Cuántos atunes,
 mordieron ese garfio milagroso,
 en el siglo pasado?)

Tú eras pródigo.
 El Blasón que regalaste, lírico,
 a tus manos,
 fue pequeño y humilde.
 Fue pobre. Porque al modo
 de los nababs borneses,
 nacían en tus dedos esterlinas
 y perlas, y zafiros,
 que tirabas arriba de los techos
 por consejos de Tántalo.

Muchos vistiéronse contentos
 con tus ropas.
 Yo recuerdo que el más necio
 pidió al crédito un par de tus tirantes
 para ajustar un tanto su talento
 que bailaba como un pantalón flojo.

Sólo yo pasé frío
 ante tus levitas académicas

y no ultrajaron mis pies tus alpargatas.
De ahí que oiga tu voz agradecida
diciéndome, complacida:
—Gracias, muchas gracias.

Soy orgulloso de mi luz tubular,
porque el aceite es mío, maestro.
Gasto chaquetas íntegras
vuelto los ojos hacia mí mismo.

De ti dijeron: el honor, la gloria.
No morir al través de los siglos
—noble supervivencia que da al barro
el espíritu, vencedor de la sombra.

Y también: tu técnica, tu genio,
original como la culpa.
En verdad, sólo yo te conozco,
descomunal ratero,
de enormes faltriqueras marsupiales.
Sólo yo supe en Grecia
de tus investigaciones sonambúlicas
y tus depredaciones clandestinas.

Y en Francia, tal manía mortal,
te obligó a pernoctar en las vitrinas
—burlador de la policía—,
y a hacer gimnasias sobre las verjas,
para multiplicar frutos ajenos,
en tus bolsillos hospitalarios.

Así entiendo,
cuando en tierras del Cid te preguntaron:
—¿Nicaragua?
Y tú:
—¡No la conozco!
Luego, el Támesis, el Ganges,
Eulalia y Clitemnestra
para olvidar el caso.

(**Alarmadas**, cacareaban en tanto
mis **gallinas** solares.)

Y ahora, ¿quién no sabe
 que tus ninfas de dedos satinados
 gastan unas manos puercas
 de cigarrillos y volantes,
 y que mejor que tus pájaros exóticos
 vuelan nuestros zopilotes nacionales
 y que a tu luna veneciana
 le da luz nuestro sol?
 El mal que nos hiciste, ¡oh, maestro!
 Porque en tus filosofías de culebra
 guindadas de unas ramas nos dejaste tus mudas
 que vistieron después los papanatas.

ELEGIA SIMPLISTA

Con los huesos que blanquean en la noche,
 con los huesos de los muchachos muertos por
 la conquista;
 con los huesos que blanquean eternamente bajo
 la luna
 cuando la tierra es cal y calma violentamente fría,
 alcemos una selva de lanzas primitivas.

Será la ofrenda póstuma de los muchachos muertos

Ellos eran más o menos sesenta,
 sesenta en carne y hueso adolescentes confiados,
 y después de la pelea que duró treinta horas,
 sólo volvieron a sus casas
 cinco docenas de recuerdos transparentes.

Sus huesos blanquearán en la noche enlutada;
 pero nosotros tendremos valor para vengarlos.

Pelearon contra un regimiento entero y mejor armado,
 contra ametralladoras y fusiles de tiro rápido,
 contra prodigiosas bestias de la tierra y del aire
 manejadas por hombres perfectamente fríos.

Flotaban en la luz de una nueva conciencia.
 Todavía la leche les blanqueaba en los labios,

así que alegres, jubilosos y fuertes
dijeron adiós a sus primas y a sus amigas. . .

Ellos eran sesenta hazañosos muchachos
—luego que no creyeran en la muerte—
y volvieron del campo a sus hogares
cinco docenas de sombras solamente.

En el corazón sin piedad de las más altas montañas
—niños sin nombre, yacen en el olvido—.

Enigmas de la Historia, no los oteó la Crónica.
Pero sabemos que por acervos étnicos,
rotos sus espinazos y sus tibias,
ensarrados los huesos de sus pies ligeros
—ensarrados por el paludismo—
y tembloroso el cuerpo por la quinina,
siempre hicieron gala de una moral muy alta.

Siempre juntos, siempre coléricos o alegres
cantaban las chacotas más obscenas
haciendo chistes las intimidades de sus amigas,
o entonando los antiguos himnos del colegio
según el enemigo hiciera frente o retrocediera.

Porque les alegraba la plenitud del pleito;
el instinto que desbordaba, sin diques, en el hombre,
la animalidad piafante y soberana.
Pero, Octavio, Juan y Luis Alberto,
—sus nombres no importen y sean lo de menos—
pues la Historia es prostituta y la crónica proxeneta.

Podremos conocerlos y seleccionarlos
para la justicia de mejores tiempos futuros,
yendo donde todas las madres que ya no tienen hijos;
donde todas las muchachas que no abrazarán más a
sus mozos robustos.

Ellos eran sesenta hazañosos muchachos
—luego que no creyeran en la muerte—
y volvieron del campo a sus hogares
cinco docenas de sombras solamente. . .

NOCHE

Por *Beltrán MORALES*

(después del bar)

En la hora del traspasnoche un perro
 ha soltado su largo su triste su pequeño
 amarillento niágara, cuando yo, viendo,
 me orino contra un tablado y las puertas
 de las casas vecinas del todo no giran.

(En la mía, girando ya la puerta, rompen
 incontenibles los reproches punzantes).

Entro, cruzo la sala, el corredor: en mi cuarto
 apenas he distinguido la imagen de Dionisio
 que blancamente descansa entre el halo
 de su sábana y su reloj fluorescente.

(Recuerdo que mañana habría un desayuno
 poblado de dardos lanzas flechas).

Por hoy básteme, después del bar, tomar
 lo sucedido de pretexto
 y escribir.

PETROLEUM

*(Para ser escrito en los primeros días
 de la posguerra)*

Con petroleum
 Aviones guerreros han sido alimentados
 Y fuego han lanzado desde el aire
 Sobre mis grandes ciudades
 Y mis pequeños pueblos
 Con sus calles de polvo y piedra
 Y un debilucho poste de luz en cada esquina

Sobre ellos y en los trigales, mi amor,
 Donde miles no fueron después capaces

De tomar un solo puño de tierra, porque
 No había tierra; y aun cuando: sin dedos
 Es imposible tomar nada con las manos

Y que el petróleo trabaja por la Paz
 Y que por su abundancia en él
 El Mundo Libre se libró
 De Adolfo y de Benito,
 Admitámoslo también como veraz.

Pero si los aliados se libraron
 (Y dicen que nos libraron)
 Del terrible Eje Roma-Berlín-Tokio
 A nosotros, tenlo presente, ¿quién
 Nos librará de los aliados?

PALABRAS A MARIA

Vengo con intención de decirte algo
 Pero
 Hay en el aire un hálito silbante
 De pájaros agoreros, de velorios
 Y tacitas de café sorbidas lentamente

(A un paso está el hoyo
 El hoyo negro y el sepulturero)

Como aquí, exactamente como aquí:
 El aula iluminada con cegadoras lámparas hermosas
 Y el barullo de los compañeros.
 ¿No oyes encima de ese ronroneo
 El ronroneo de mis ojos fijos en tu nuca?
 Quiero decir
 Por encima de la catedrática seriedad
 Repitiendo

«La Ley del Rendimiento Decreciente»

(Como quien triste reza ¡adiós! al dar por terminada
 La fúnebre oración, cuando cae la última palada
 Sobre el ataúd negro y plateado)

Por encima de los otros con su papel y su lápiz
 Por encima de todo
 ¿Lo oyes? ¿Lo siente tu cabello? ¿Lo has sentido tú
 A pesar de que sería estés tomando apuntes?

Si no lo oyes
 A decírtelo, dulce, es que he venido:

Que esto a uno lo embrutece
 Que esto a una casi lo sepulta
 Y que sólo me salva, María, tu presencia.

MI PRIMO CHALE

Por Francisco de ASIS FERNANDEZ

Mi primo Chale me pasea todos los días en su moto;
 visitamos en la mañana Honey y a Violeta,
 2 hermanas risueñas y doradas;
 vamos más tarde donde Margarita,
 y allí encontramos también a Berta, Mary Jane, y
 las demás,
 y conversamos alegremente sobre el twist, el rock
 and roll,
 el amor y la próxima fiesta; donde Chacha
 sólo bailamos sin malgastar palabras;
 la Silvia es la que mejor baila,
 pero la Violeta ríe con tanta gracia.

Después pasamos llevando a Juan Bautista
 que siempre juega base-ball frente
 a la puerta de Honey sin atreverse
 a la declaración de amor. En la noche después del cine,

cuando regreso a casa, mi papá me espera
 con algún refresco, y te escribo a ti, Michèle,
 comparándote, ¡oh incomparable!, y pidiéndote
 disculpas por el solo hecho de compararte.

el apolo 2 costó más que el apolo 1
El apolo 1 costó bastante.

El apolo 8 costó un montón, pero no se sintió
porque los astronautas eran protestantes
y desde la luna leyeron la Biblia,
maravillando y alegrando a todos los cristianos
y a la venida el Papa Pablo VI les dio la bendición.

El apolo 9 costó más que todos juntos
junto con el apolo 1 que costó bastante.
Los bisabuelos de la gente de acahualinca tenían menos
hambre que los abuelos.
Los bisabuelos se murieron de hambre.
Los abuelos de la gente de acahualinca tenían menos
hambre que los padres.
Los abuelos murieron de hambre.
Los padres de la gente de acahualinca tenían menos
hambre que los hijos de la gente de allí.
Los padres se murieron de hambre.
La gente de acahualinca tiene menos hambre que
los hijos de la gente de allí.
Los hijos de la gente de acahualinca no nacen por
hambre,
y tienen hambre de nacer, para morir de hambre.
Bienaventurados los pobres porque de ellos será la luna.

EL LIBRO DE LA HISTORIA DEL «CHE»

El libro de la historia del «CHE»
hijo de Augusto
hijo de Lautaro:
Lautaro
 «Inche Lautaro
 apubim ta pu huican»
 (Yo soy Lautaro que acabó con los españoles)
casado con Guaconda
y hermano a su vez de Caupolicán (El flechador del
 cielo)
y de Colocolo
engendró a Oropello;
Oropello engendró a Lecolón

y a sus hermanos;
 Lecolón engendró a Cayeguano;
 Cayeguano engendró a Talco;
 Talco engendró a Rengo;
 Rengo engendró a Túpac-amaru;
 Túpac-amaru engendró a Túpac-yupanqui;
 Túpac-yupanqui engendró a Tucapel;
 Tucapel engendró a Urraca de Panamá;
 Urraca engendró a Diriangén de Nicaragua
 y éste se suicidó
 en las faldas del volcán Casitas
para nunca ser capturado
 Diriangén engendró a Adiact
 y éste fue colgado
 en un palo de tamarindo que está en Subtiaba
 «Aquí murió el último jefe indio»
 y la gente de otras partes lo llega a ver como gran cosa
 Adiact engendró a Xochitl Acatl (Flor de la caña)
 Xochitl Acatl engendró a Guegue Miquistl (Perro
 Viejo)
 Guegue Miquistl engendró a Lempira;
 Lempira engendró a Tecún-Umán;
 Tecún-Umán engendró a Moctezuma Iluicamina;
 Moctezuma Iluicamina engendró a Moctezuma
 Zocoyotlzin;
 Moctezuma Zocoyotlzin engendró a Cuauhtémoc;
 Cuauhtémoc engendró a Cuauhtemotzin
 y éste fue ahorcado por los hombres de Cortés
 y dijo:

«Así he sabido
 lo que significa confiar
 en vuestras falsas promesas
 ¡oh Malinche! (Cortés)
 yo supe desde el momento
 en que no me di muerte
 por mi propia mano
 cuando entrásteis a mi ciudad
 de Tenochtitlán
 que me tenías reservado ese destino».

Cuauhtemotzin engendró a Quaupopoca;
 Quaupopoca engendró a Tlacopán;

Tlacopán engendró a Huáscar;
 Huáscar engendró a Jerónimo;
 Jerónimo engendró a Pluma Gris;
 Pluma Gris engendró a Caballo Loco;
 Caballo Loco engendró a Toro Sentado;
 Toro Sentado engendró a Bolívar;
 Bolívar engendró a Sucre;
 Sucre engendró a José de San Martín;
 José de San Martín engendró a José Dolores Estrada;
 José Dolores Estrada engendró a José Martí;
 José Martí engendró a Joaquín Murrieta;
 Joaquín Murrieta engendró a Javier Mina;
 Javier Mina engendró a Emiliano Zapata;
 Emiliano Zapata engendró a Guerrero;
 Guerrero engendró a Ortiz;
 Ortiz engendró a Sandino;
 Augusto César Sandino
 hermano de Juan Gregorio Colindres
 y de Juan Miguel Angel Ortez
 y de Juan Umanzor
 y de Francisco Estrada
 y de Sócrates Sandino
 y de Ramón Raudales
 y de Rufus Marín
 y cuando hablaba decía:

«Nuestra causa triunfará
 porque es la causa de la
 justicia
 porque es la causa del amor».

y otras veces decía:

«Yo me haré morir
 con los pocos que me acompañan
 porque es preferible
 hacernos morir como rebeldes
 y no vivir como esclavos».

Sandino engendró a Bayo;
 el esposo de Adelita
 del cual nació el «CHE»
 que se llama Ernesto.

leonel rugama
 gozó de la tierra prometida

en el mes más crudo de
la siembra
sin más alternativa que la lucha.

LAS CASAS QUEDARON LLENAS DE HUMO

A los héroes sandinistas:

JULIO BUITRAGO URROZ
ALESIO BLANDON JUÁREZ
MARCO ANTONIO RIVERA BERRIOS
ANÍBAL CASTRILLO PALMA

Yo vi los huecos que la tanqueta Sherman
abrió en la casa del barrio Frixione
Y después fui a ver más huecos
en otra casa por Santo Domingo.
Y donde no había huecos de Sherman
habían huecos de garand
o de Madzen
o de Browning
o quién sabe de qué.
Las casas quedaron llenas de humo
y después de dos horas
Genie sin megáfono gritaba
que se rindieran.
Y antes hacía como dos horas
y antes hacía como cuatro horas.

MEMORIA PARA EL AÑO VIENTO INCONSTANTE

Por *Carlos MARTINEZ RIVAS*

I

Sí. Ya sé.
Ya sé yo que lo que os gustaría es una Obra Maestra.
Pero no la tendréis.
De mí no la tendréis.

Aunque se vuelva, comentando, algún maestro
del humor entre vosotros: —*Poco trabajo le costará
cumplir*. . . —

Aunque sepa hasta qué extremo las amáis.

Sé cómo amáis la Música.

No la de los negros, por supuesto. Ni la guitarra
a lo rasgado, por tientos, esa
brisa seca de uñas y plata. Ni el endiablado
son de la Múcura que está en el suelo, o Rosa de
Castilla
con su largo alarido al comienzo. . .

Sino ¡BACH!

Ultimamente sobre todo Juan-Sebastián Bach.
Yo os he visto alzar la tapa de la discoteca,
oyendo en vuestros sagrados depósitos
de música estancada cómo cae
el Concierto, y tirar de la cadena
purificados por el Suceso musical puro.

¡Con qué libertad respiráis! casi voy a decir
que vivís como hombres por un momento. De tal modo
saboreáis el aire salado de la emancipación
al salir por la puerta, la puerta
gigantía y afelpada —que se traba— del Museo de Bellas
Artes.

Y ya cerrarlo con doble llave.

Y haber cumplido con la tercera y última de
las variantes de la BATTAGLIA.

Irse sin dejar nada pendiente con la figura
que toca el pífano y el tambor en el Cristo de los
Ultrajes de Grünewald.

En paz con el exigente Maestro de la Leyenda de
Santa Ursula.

Gran día para vosotros.

Ese de la Obra Maestra.

Una antigua necesidad: el holocausto
del propio ser. El deseo
de imponeros algo perenne y tribunal.

Y otro. Más rabioso,
 más trémulo: el deseo de tener un pasado.
 Un pasado por fin que oponer al maldito presente.
 Un pasado adornado con todas sus plumas.
 Con su perspectiva de adecuada jerga,
 con sus *categorías históricas y su problematismo*
crítico-cultural
precisado en función de una radical revisión de . . .
 Y la larga, accidentada, alucinante teoría de los géneros
 y los estilos.

II

Si no estuviera el otro. El difuso
 terco mundillo del amanecer
 la pululante línea de la imperfección y el anonimato.

Más informe en el año del hombre y dudosa que
 en el año exterior
 los renacuajos moviéndose sin dignidad
 que la crisálida de una abeja en su célula
 cuando no es sino un poco de saliva ciega y mohoso
 que esas medusas que olvida el mar
 aún sin hacer, traslúcidas al asco.

Ahí velaremos.
 Como sagaces hijos del siglo.
 Como el Iscariote, que no conoció almohada.

Alertas centinelas en la púrpura penumbra
 del umbral. Celosos polizontes
 con la diestra en la cartuchera de cuero al pie del
 sicomoro.

Cada hoja tendrá su guardián.
 El más mínimo remolino de savia
 el tiempo necesario de cumplir su revolución
 su breve furor elipsoidal hasta pintarse
 como un leopardo y ya ni Salomón en toda su gloria

(o tendrá más tiempo: todo el vasto y soleado tiempo
 de no cumplirla y abdicarse a sí mismo y perderse).

No es una amenaza.
Tampoco exageraremos.

Pero ni un solo murmullo será malogrado.
Ningún lenguaje estéril y ameno brutalizará
los reciénapulos, los brotes del presente
que asómanse predicando lo que todavía no es cierto.
La fina sombra de una lanza llena de tacto
guardará el paso cálido, distinto al anterior, casi
indecente
de una pulsación de segundo. El milagro
de un entendimiento súbito entre dos sangres
extranjeras.

Aceptaremos sin entender cualquier discordancia
el más aprendiz de los palmoteos
el más inventado de los borbollones.

Porque de lo seguro salimos a reposar en lo inseguro.
En lo peligrosamente sesgado como doncella
cortante veloz como desde un puente. Del puente
a lo escapado a lo demasiado huido a lo frío
saltamos

¡impacientes!
Y más si se quiere. Que el tránsito
de una burbuja nos sea viaje largo y fatigante.
Una piragua de papiro en el centro del remolino
es fortaleza
chato torreón de piedra ante el inseguro
inestable vacilante hogar
de un corazón inclinado al esbozo.

De un corazón de hombres dóciles flexibles vulnerables
como un colibrí es siempre un colibrí agudo ardiente
rápido.

Y más hombres: los que llamen. Como ese colibrí
es tantos diferentes colibríes agudos ardientes rápidos.
A cada arranque imprevisto ¡un nuevo colibrí sin
memoria!

Agua fluctuante y pan preparado sin fatiga
delicioso como agua desaprovechada que se mira
correr

y riqueza no guardada para mañana (recibida prestada
 en el viento escrita) agua
 móvil como sólo ella sabe serlo y jirones de plata
 donde ninguno se repite y de ninguno
 es posible hallar vestigio . . .

Lo que a los planetas eternos les fue negado
 y concedido a una chispa: ¡desaparecer! —Ese lujo—
 dice el coro. Y vuelta a lo mismo:

de lo seguro para girar en lo inseguro
 en lo ondeante adoncellado y con andares aptos para
 el desmiembre
 el date vuelta
 en lo que como lomo de paloma amarillea
 y ala untada de plata y gala de la mañana y que pasa
 de nosotros con liberalidad projimal
 o nos es quitado por asalto
 o rechazado (arrebatado por rechazo) o birlado
 vulgarmente
 o registrado
 chavacanamente destruido desplegado
 con vocerrón devuelto
 con las patas (¡y para nosotros gala de la mañana!)

pero que vuela saca las uñas duerme
 vive ahí
 —¿en dónde?— ¡aquí aquí! en el entornado
 desierto mundo del amanecer.
 Y no domado dulcificado acorderado
 bajo vellocino

¡sino amenazante!

LA PUESTA EN EL SEPULCRO

Cuando ya no me quieras

Cuando ya no me quieras y no podamos estropear
 nada

Porque nada estará vivo y confiado

Cuando tú te hayas ido y yo me haya ido
Y todos se hayan marchado
Diremos: «Algo se ha perdido. No mucho
Pero algo esencial —un culto, un lenguaje,
Un rito— está perdido».

Cuando hayamos dejado de ser esto que somos:
Una pareja expuesta al dardo
Desnudo y apremiante
Mal avenida pero bien enlazada
Y nos dispersemos en otros círculos
Y nos disipemos en otras charlas

Habrá quien diga: «Aquí dos seres carmesíes
Se atraparon. Los vimos balancearse,
Estremecerse, volver a la seguridad
Y caer».

Para entonces, el zumbido del tractor
Rumiándote en el hosco destierro
Volverá a oírse en el fondo del campo
Las chorejas del guanacaste caerán
Con un golpe seco frente al portal
Pero esos rumores de la vida nos llegarán por separado
Y otro sol será tu sol y otra luna será mi luna

Cuando ya no me quieras

Cuando en la reunión tus ojos
Al encontrar los míos ya no digan: «Espera
A que acabe con estas gentes. Pero mi corazón
te pertenece»

Cuando en las incesantes fases
de tu errabunda búsqueda femenina
Ames a otros
Y te desveles bajo otra antorcha
Y te descalces delante de otro cetro

Cuando trasmitas a otro el poder que yo te
trasmití
Pensaré agudamente: «Ya se le agotará.
Entonces vendrá a mí y no le daré más»

Y así siga por el mundo y a través de los días
Garantizándome en mi frustración y mi orgullo
Como un mendigo sobre un pedestal

Recorriendo el obstruido pasado
Como un sucio canal maloliente en el crepúsculo:
«Aquí estuve brutal. Ahí comenzó el desierto. En
Aquel banco trató de herirme. Tal día...»

Cuando ya no me quieras
Y yo ya no te tema

Cuando contentadizo, trivial, inadecuado
Para la soledad y la amargura
Yo mismo haya olvidado —cuando
Ya no me quieras— que me quisiste

Mantos y mangas de mujeres
Erinnias disfrazadas de monjas
Me depositarán en la oscura y helada tumba
que me busqué.

CUENTO NICARAGUENSE

EL MUNDO ES MALO

Por *José CORONEL URTECHO*

—**P**ITIRRE conoce un nido de chorchitas —decía el diablo.
—Pero Pitirre no se lo enseña a nadie —decía el niño.
—Sólo por cinco cigarros —decía el diablo.
—Si faltan los cigarros me cuerea mi papá —decía el niño.
—Tu papá anda bebiendo guaro en la Azucena —decía el diablo.

El niño miraba la gaveta.
—Ya las chorchitas están emplumadas —decía el diablo.
El niño se acercaba a la mesa.
—Mañana empiezan a volar —decía el diablo.
El niño abría la gaveta.
—Quién anda en la gaveta —gritó desde la cocina la mamá.
—Decí que andás buscando tu cortaplumas —decía el diablo.
—Yo, mamá, que ando buscando mi cortaplumas —gritó el niño, metiéndose los cigarros en el bolsillo.

Pitirre estaba a la orilla del río.

—¿Qué estás haciendo? —dijo el niño.

—Nada —dijo Pitirre.

—Vos conocés un nido de chorchitas —dijo el niño.

—¿Quién dice? —dijo Pitirre.

—El diablo —dijo el niño.

—Mentiras —dijo Pitirre.

—Júralo —decía el diablo.

—Por ésta —dijo el niño.

—Ya juraste en vano —dijo Pitirre.

—Decile me condeno —decía el diablo.

—Me condeno —dijo el niño.

—Te condenás —dijo Pitirre.

—Sacá un cigarro —decía el diablo.

El niño sacaba un cigarro.

- Dame la chiva —dijo Pitirre.
—Si me enseñás el nido —dijo el niño.
—Pues no —dijo Pitirre.
—Pues no fumás —dijo el niño.
—Ni vos —dijo Pitirre.
—Masiemos que fumo —dijo el niño.
No tenés fuego —dijo Pitirre.
—Voy a traer un tizón —dijo el niño.
—Si me das cinco cigarros te enseño —dijo Pitirre.
—Bueno —dijo el niño.
—Andá, trete el tizón —dijo Pitirre.
El niño no se atrevía a entrar en la cocina.
—En la cocina está mi mamá —decía el niño.
—Llamá a la Socorrito que te lo saque —decía el diablo.
La muchachita estaba junto a la puerta de la cocina.
El niño la llamaba por señas desde largo. La muchacha lo miraba desconfiada.
—Vení —dijo el niño.
—¿Qué? —dijo la Socorrito.
—Vení —dijo el niño.
La muchachita se le acercaba.
—Andá treme un tizón a la cocina —dijo el niño.
—Andá vos —dijo la Socorrito.
—Pegale —decía el diablo.
—Si no vas te pego —dijo el niño.
—¿Para qué querés tizón? —dijo la Socorrito.
—Para prender un cigarro —dijo el niño.
—Si me das uno —dijo la Socorrito.
—Bueno —dijo el niño.
—A ver —dijo la Socorrito.
—Andá primero —dijo el niño.
La muchachita se iba a traer el tizón a la cocina.
—¿Te gusta? —decía el diablo.
—Sí —decía el niño.
La muchacha volvía con el tizón.
El niño cogía el tizón.
—A ver mi cigarro —dijo la Socorrito.
—Decile sólo que juguemos a los casados —decía el diablo.
—Sólo que juguemos a los casados —dijo el niño.
—Dame primero mi cigarro —dijo la Socorrito.
—Tomalo —dijo el niño.
El niño y la muchachita encendían sus cigarrillos con el tizón.
—Vamos pues a jugar a los casados —dijo la Socorrito.

—Primero vamos a ver un nido —dijo el niño. Pitirre los esperaba a la orilla del río.

—A ver mis cinco cigarros —dijo Pitirre.

—Tomalos —dijo el niño.

—Onde está el nido —dijo la Socorrito.

—¿Cuál nido? —dijo Pitirre.

—El nido —dijo el niño.

—Te engañé, baboso —dijo Pitirre.

El niño cambiaba de colores.

—¿Son mentiras? —dijo la Socorrito.

—¡No pues! —dijo Pitirre.

—A ver mis cigarros —dijo el niño.

—Tomá —dijo Pitirre haciéndole la guatusa.

—Mentale su mama —decía el diablo.

—Tu mama —dijo el niño.

—La tuya —dijo Pitirre.

—Decile tu papa es ladrón —decía el diablo.

—Tu papa es ladrón —dijo el niño.

—Y tu papa es picado —dijo Pitirre.

—Más picado es el tuyo —dijo el niño.

—Tu papa tiene cara de lechuga —dijo Pitirre.

El niño estaba enfurecido. Pitirre se reía. La muchachita los miraba al uno y al otro. El niño se contenía para no llorar.

—Tu papa le pega a tu mama —dijo Pitirre.

—También mi papa le pega a mi mama —dijo la Socorrito.

El niño estaba ciego de rabia.

—Cortalo con tu cortapluma —decía el diablo.

El niño estaba sacando su cortapluma. Pero Pitirre era más fuerte, le arrebatava el cortapluma y le pegaba.

El niño dando gritos corría en busca de su madre.

—Ya salió llorando —dijo Pitirre.

—Cochón —dijo la Socorrito.

Cuando quedaron solos Pitirre y la muchachita, el diablo quedó con ellos, mirándolos y sonriendo.

—¿No tenés nido, pues? —dijo la Socorrito.

—Tres tengo —dijo Pitirre.

—Dame uno —dijo la Socorrito.

—Sólo que hagamos aquello —dijo Pitirre.

—Primero dame el nido —dijo la Socorrito.

—Después —dijo Pitirre.

—Juralo —dijo la Socorrito.

—Por esta —dijo Pitirre.

—Bueno —dijo la Socorrito.

El diablo nada tenía que decir y se pasaba la lengua por el hocico. Tenía sueño y se durmió.

LA DIOSA COJA

EL turno de trabajo empezaba a la seis de la tarde y terminaba a las dos de la mañana, con una hora para comer y fumar entre once y doce de la noche. El trabajo se reducía a ensartar cafeteras en hilos de alambre, cinco o seis cafeteras en cada alambre, juntar cinco sartas de cafeteras haciendo un moño en una punta lo que había que hacer dando vuelta en el aire a cinco alambres juntos, colgar las sartas por un rato, de unos tubos electrizados que pasaban encima de unas pilas llenas de líquidos hirvientes, sacarlas luego, secarlas enseguida, haciéndolas rodar sobre un montón de aserrín y finalmente volverlas a colgar en otra parte, para otra vez la misma cosa con nuevas sartas. Lo más difícil era colgar las piñas de cafeteras del tubo electrizado sobre las pilas galvanoplásticas, porque éste daba fuertes golpes eléctricos, con lo que uno, del susto, soltaba los alambres y caían ruidosamente todas las cafeteras dentro de las pilas, de donde había que sacarlas con un rastrillo, bajo una lluvia de maldiciones que lanzaba sobre el culpable, el *boss* o capataz fingiéndose enfurecido. Este *boss* era un *wap*, un italiano-americano, chato y fornido, con un tremendo vozarrón que simulaba una ferocidad de Opera Cómica y que lo natural hubiera sido que prorrumpiera en un aria de vituperios, porque realmente parecía un Caruso de arrabal; el cual salía del trabajo como a las once de la noche y era sustituido por otro *boss* con aire y modos de cordero trasquilado, un verdadero yankee de caricatura: alto, encorvado, seco, de un blandor hemofílico, como un maestro de escuela dominical —con dos o más siglos de Nueva Inglaterra en la sangre— pero visiblemente degenerado, la cara laminar, la barbilla salida, muy hundida la boca de labios invisibles, la nariz agudísima, los ojillos de ratón enteramente idiota, inocentón y puritano, que a la hora de comer leía, apartado de los demás, una mugrienta Biblia, y respondía con extrañada desconfianza a las preguntas que se le hacían, como si el hecho de preguntarle fuera una cosa rara, y otra cosa más rara todavía el que él tuviera que contestar. De sus contestaciones sin embargo, se deducía que estaba íntimamente convencido de que vivía en el mejor de los mundos posibles. No así los jornaleros mexicanos para los cuales los Estados Unidos eran un infierno en

que sólo podía vivirse para ganar dinero a costa de tormentos incomprensibles, mientras el ciclo, el lugar de la dicha, era Méjico.

Aquellos mejicanos tenían su manera de darle importancia a las cosas hablando de ellas como si en realidad no tuvieran ninguna, con una melancolía bien sazónada que era como la quintaesencia de la alegría, como si ya gozaran más allá de la muerte —muerte que estaba perennemente presente en ellos, a manera de un punto de partida, desde el que se acercaban a la vida con exquisito desapego, con una especie de pasión recóndita y secreta, una pasión de ascetas que parecían extraer de alguna misteriosa verdad radical poseída por ellos aún sin saberlo. Daba gusto escucharles a la hora de la comida cuando se sentaban a comer en rueda, tacos con guacamole y tortillas con frijoles, cerdo hornado o chorizos que ofrecían a los demás trabajadores, y conversaban con su inquietante suavidad, su inmotivada dulzura, que a veces adquiría un tonillo siniestro, y su humor agrídulce, subterráneo —tan diferente al franco, sano, ruidoso y superficial humor del pueblo norteamericano— y referían cosas de las que nunca se podía saber si eran verdad o mentira. Sobre todo, uno de ellos, un muchacho blanco, epiceno, que había trabajado en los barcos pesqueros, del Océano Artico y parecía complacerse en contar cómo los marineros lo torturaban para hacerle toda clase de infamias, dando detalles espeluznantes y repulsivos con desconcertante mansedumbre y con esa peculiaridad tan mejicana de quitarle toda la vulgaridad a lo vulgar.

Otro de ellos era un mestizo de aire inocente y puro, que refería cosas interminables, pasajes y momentos enteramente insignificantes de su vida, que no tenían ni pies ni cabeza, ni principio ni fin. Trabajaba a mi lado en unas cajas de cafeteras parecidas a fuentes de impresor, y no dejaba ni un instante de hablar, como si hablara sólo consigo mismo, rememorando casi siempre viajes que había hecho de un pueblo a otro y de una finca a otra finca. Decía, por ejemplo, o mejor dicho, iba diciendo, que él había salido una mañana, muy de mañana, casi de madrugada, para ir a cierto pueblo a ver a un su compadre al que no había visto hacía tiempo y tenía deseos de verle porque tal vez había estado enfermo, pues nada había sabido de él hacía tiempo. Había salido muy de mañana por el camino que estaba seco, pues no había llovido y era una mañanita muy agradable con un vientecito que estaba soplando y los árboles limpios meneándose apenitas y el camino sin polvo y de ese modo daba gusto caminar y no dejaban de cruzar sus conejos por el camino y al rato de caminar llegó a un arroyo que corría entre piedras y al otro lado del arroyo estaba una mujer, con

sus dos muchachitos, una muchachita mujer y un muchachito varón con motetes de ropa en la cabeza y la mujer era alta y flaca.

—¿Descalza?

—Descalza, claro, y con el pelo suelto. Y cuando lo vieron venir a él se quedaron parados al otro lado del arroyo y la mujer traía en el hombre una lora. Y así continuaba monótonamente, con cierto extraño encanto, hasta que terminaba de ensartar cafeteras, muy lejos todavía del pueblo de su compadre. Y al día siguiente me contaba otra cosa distinta que era exactamente lo mismo que la anterior.

Aunque eran reservados con los extraños, un día me invitaron a acompañarle el domingo siguiente a un restaurante mejicano de la Sexta Avenida, donde había una chica de Puebla con la cara más linda de todo San Francisco, según me dijeron. Cuando llegué, ya todos ellos estaban sentados en una mesa alrededor de la muchacha, que en realidad tenía un rostro hermoso, aunque tal vez demasiado estatuario, un poco frío, pero indudablemente noble, altivo, con un perfil muy puro, que recordaba las brillantes fisonomías de las mujeres del norte de España. Casi sólo ella hablaba y era graciosa, alegre, zalamera, cuando lo hacía, con ojos penetrantes y decididos y una sonrisa franca, espontánea, atractiva, que humanizaba y llenaba de vida su cara de estatua. Tenía una conversación muy suelta que los hacía sentirse a todos fascinados, como si hablándoles a todos juntos se dirigiera únicamente a cada uno en particular. Todos ellos parecían que la adoraban, y su mayor placer era hacerla cantar canciones mejicanas —tenía una voz agradable y cantaba con sentimiento— mientras cualquiera de ellos la acompañaba con la guitarra. Entiendo que era hija de los dueños del restaurante y que les ayudaba a servir las mesas o atender a los parroquianos. Hubo un momento en que la llamaron de la cocina —no recuerdo su nombre— y al levantarse se fue de lado como si se cayera, con lo que me produjo un sobresalto y estoy seguro que hice un movimiento para ayudarla. Pero ella siguió adelante como si nada, como si ya se hubiera erguido y volviera a escapar de caerse, porque era lastimosamente coja, con la pierna izquierda mucho más corta que la derecha. El contraste de aquella violenta cojera con la serena belleza de su cara, con la frescura de su carácter, me causó una impresión demasiado penosa. Los mejicanos no se dieron por aludidos como si aquello fuera la cosa más natural del mundo. Yo no les dije tampoco nada, pero ya no volví a acompañarles a su restaurante favorito donde reinaba su diosa coja.

PATIO MUERTO

Por *Juan ABURTO*

SE traslada la familia a otra vivienda y quienes gozan con las incidencias del cambio son los muchachos. Llega el camión y los muchachos se apean los primeros, penetran corriendo en los cuartos lóbregos y los pueblan con bulla. Esto es en medio de la oscuridad reciente, porque, casi siempre, los nuevos inquilinos llegaron furtivos, hacia el crepúsculo o a la media noche, para que no pudieran verlos salir de donde viene, para que no los vean llegar. Pero los muchachos hacen entre ellos la denuncia al vecindario:

—¿Y onde vivís vos?

—¿Hay muchachitos para jugar aquí, ah?

Los niños penetran, pues, y abren la vida de la nueva casa.

—¡Ve, papá, aquí está el inodoro!

—Papá, detrás hay una fábrica, oyí el ruido! ¿Oyí?

El papá oyó muchas exclamaciones como éstas, toda aquella tarde, y también después, cuando se acostaron en la oscuridad.

Enclaustrado, el patio de la casa era de ladrillos. 3 varas cuadradas de piso duro y hostil, acorralado por una pared de cemento y un cerco de tablas blanqueadas. Los ladrillos del patio eran pequeñas losas sobre la tierra sepultada.

Hacía calor, un calor inusitado en la noche. Hacía calor en las habitaciones, bajas y negras como pequeñas cavernas, de la vivienda. Un calor que en medio de la quietud nocturna lo irradiaba implacable el patio muerto.

El papá no sabía si era el calor de la fatiga por el traslado, el calor de los hijos revueltos con la mujer, tranquilos, semidesnudos, durmiendo en esta nueva casa, después de las otras casas...

¿Sería esto, en fin, lo que llaman calor de hogar? Y volvía a mirar a los hijos sudando, moteados de zancudos negros, todos ellos pies con cabeza en las tijeras colocadas al acaso, unas para acá, otras para allá.

Más tarde siguió un trajín de pies descalzos y brazos alargados en la oscuridad, tropezando en el cuarto, pisando el suelo repelente del patio, en busca de la baciniya, del chorro de agua del lavadero. Toda la noche se levantaron sofocados el papá, la mamá, los muchachos, completando en lo incierto de la casita, su asentamiento.

El enladrillado del patio, reflejando un pequeño cielo sin brillo, propagó una penumbra lúgubre; y las ropas arrugadas y tiesas, colgadas de dos alambres, semejabán fantasmas estáticos.

Por la mañana los primeros fueron otra vez los chavalos. Vistiendo aún la mitad de sus pijamas, corrieron de nuevo a reconocer a la luz del día el recoveco. Fueron, vinieron.

Fueron y vinieron los habitantes de aquella casa, durante semanas. En el día, el solazo estallado contra el cemento del patio se extendía violento hasta incendiar los rincones lejanos. Por la noche, una niebla cálida se alzaba sobre los ladrillos sin vida.

—Ve niña —dijo un día el hombre a la mujer—, yo creo que debiera ser pintor.

Se había apoyado todo él contra el quicio de la cocina, y aunque era una figura mal colocada, usando el cuerpo como pie de amigo, la mujer lo veía atractivo a su marido.

—Vos, ¿y por qué creés, ah?

—¿No ves este pencazo de luz?

—Ah, ¡no me digás! ¿Qué sabés vos?

—No, hom... ¿no ves que el sol entra por todas partes, por donde quiera relumbra aquí, no ves? Fijáte, si yo pudiera pintar ese fogazo y este calor. ¡Imagináte!

—Ve, mejor preocupáte por los muchachos; ve, se salen a la calle a cada rato, aquí ni jugar pueden, yo creo que el resplandor del patio no lo aguantan.

—¡Pues si es lo que te digo yo!...

—Qué, los muchachos ni caso les hacés.

—No, niña, el resplandor...

La mujer salía después a la calle y palmeando las manos, gritaba recogándose el delantal sucio arrollándose como fajero, para que no se lo vieran:

—¡Margariíta! ¡Margariíta! ¡Sebastiancito...! ¿Onde están?

Como de costumbre, no acudían los muchachos.

El papá, recutido en su cuarto, con el dorso desnudo, leía. La voz herida de la mujer le llegaba con ruido de latigazo. Venía el grito, se alargaba a lo hondo de la recámara y llegaba resonando agudo en el patiecito enladrillado, restallando como culebra mica, hasta llegar a la tijera.

—¿Por qué hacés tanto ruido, niña?

El hombre protestaba como en un ruego y, semi desnudo, salía a la puerta de la que era la alcoba. Colgando de su mano, un periódico abierto rozaba el suelo.

—Si no soy yo, son tus hijos, no querés que los aplaste un carro?

Caminó el hombre un poco por los cuartitos y de nuevo un brillar hiriente que proyectaba el patio, lo cubrió. La gran luz

amarilla detenida sobre su frente lo seguía a todas partes; con una mano cubriase media cara, hurtándola a la claridad ardiente.

Golpearon la puerta de la calle. Entreabriéndola, escondió el pecho desnudo inclinándose a un lado, y asomando los ojos, dijo a alguien:

—Vea, ahora no voy a poder; dígamele que la semana que viene, ¿oye? Ahí perdone. . .

Después bebió agua tibia del chorro y se sentó en el lecho.

Las sábanas enjabonadas y tendidas en el piso del patio fulgían al sol como láminas encendidas. Era imposible mirarlas.

—Ve, oíme, vamonós de aquí.

—Ves cómo sos vos? Me trajiste porque era mejor aquí y ya te querés ir.

—Sí, pero yo creía. . . No ves este reflejo siempre, no hay ni aire. No se haya qué hacer, no ves este fuego, mujer?

—¿No creías que qué? Siempre me hacés lo mismo. Si no es una cosa, es otra. . .

En esto llegaron los muchachos corriendo.

—Ve papá, esta semilla de jocote.

—¿Para qué la querés, cochina, botála, adónde la recogiste?

—Allá en la acera del hotel.

—Para qué la querés, te digo, botála!

—Pues para sembrarla debajo de ese ladrillo quebrado, yo lo quebré. ¡Para que tengamos palitos!

—¿Y no sabés que no se siembran las semillas de jocote?

—¡Cómo no! Y le echamos agua, ¿ah? ¿No ves que sólo esa tierra hay aquí, ah?

Los camioneros cargaron otra vez aquella tarde el último trasto de la familia y de entre un ladrillo quebrado del patio muerto la tierra renacida alargaba un pequeño tallo verde.

Pero no era de jocote.

EL ANGEL POBRE

Por *Joaquín PASOS*

"El ángel que nos desespera de la vida para librarnos de las tentaciones de la vida".—Anzoátegui.

TENÍA una expresión serenísima en su cara sucia. En cambio, una mirada muy atormentada en sus ojos limpios. La barba crecida de varios días. El cabello arreglado solamente con los dedos.

Cuando caminaba, con su paso cansado, las puntas de sus alas arrastraban de vez en cuando en el suelo. Jaime quería recortárselas un poco para que no se ensuciaran tanto en las últimas plumas, que ya estaban lastimosamente quebradas. Pero temía. Temía como se puede temer de tocar un ángel. Bañarlo, peinarlo, arreglarle las plumas, vestirlo con un hermoso camisón de seda blanca en vez del viejo overol que lo cubría, eso deseaba el niño. Ponerle, además, en lugar de los gruesos y sucios zapatonos oscuros, unas sandalias de raso claro.

Una vez se atrevió a proponérselo.

El pobre ángel no respondió nada, sino que miró fijamente a Jaime y luego bajó al jardín a regar sus pequeños rosales japoneses.

Siempre que hacía esta tarea se echaba ambas alas hacia atrás y las entrelazaba en sus puntas. Había en este gesto del ángel algo de la remangada de fustanes de la criada fregona.

En realidad, muy poco le servían las alas en la vida doméstica. Atizaba el fuego de la cocina con ellas algunas veces. Otras, las agitaba con rapidez extraordinaria para refrescar la casa durante los días de calor. El ángel sonreía extrañamente cuando hacía esto. Casi tristemente.

Es lógico que los ángeles denoten su edad por sus alas, como los árboles por sus cortezas. No obstante, nadie podía decir qué edad tenía aquel ángel. Desde que llegó al hogar de don José Ortiz Esmondeo —hace dos años más o menos— tenía la misma cara, el mismo traje, la misma edad inapreciable.

Nunca salía, ni siquiera para ir a misa los domingos. La gente del pueblo ya se había acostumbrado a considerarlo como un extraño pájaro celestial que permanecía a toda hora en la casa de Ortiz Esmondeo, enjaulado como en un nicho de una iglesia pajaril.

Los muchachos del pueblo que jugaban en el puente fueron los primeros que vieron al ángel cuando llegó. Al principio le arrojaron piedras y luego se atrevieron a tirarle de las alas. El ángel sonrió y los muchachos comprendieron en su sonrisa que era un ángel de verdad. Siguieron callados y miedosos su paso reposado, triste, casi cojo.

Así entró a la ciudad, con el mismo overol, con los mismos zapatos y con una gorrita a la cabeza. Con su mismo aspecto de ángel laborioso y pobre, con su misma sonrisa misteriosa.

Saludó con gesto de sus manos sucias a los zapateros, a los sastres, a los carpinteros, a todos los artesanos que suspendían asombrados sus trabajos al verlo pasar.

Y llegó así a la casa acomodada de don José Ortiz Esmondeo, rodeado por las gentes curiosas del barrio.

Doña Alba, la señora, abrió la puerta.
—“Soy un ángel pobre” —dijo el ángel.

II

La casa siguió siendo la misma, la vida siguió llevando la misma vida. Sólo los lirios, los rosales, las azucenas, sobre todo las azucenas del jardín, tenían más hermosura y más alegría.

El ángel dormía en el jardín. El ángel pasaba largas horas cuidando el jardín. Lo único que aceptó fue comer en la casa de la familia.

Don José y Doña Alba casi no se atrevían a hablarle. Su respeto era silencioso y su secreta curiosidad sólo se manifestaba con sus sostenidas miradas sobre su cuerpo, cuando estaba de espaldas, y dirigida insistentemente sobre el par de largas alas.

Los rosales japoneses sonreían durante toda la mañana. Al atardecer, el ángel los acariciaba, como cerrando los ojos de cada una de las rosas. Y cuando el jardín dormía, extendía las alas sobre la yerba y se acostaba con la cara al cielo.

Al salir el sol se despertaba Jaime. Al despertarse, encontraba al ángel a su lado, apoyado en el hombro de su alma.

El juego comenzaba. Bajo la sombra del jardín, Jaime veía convertirse en seres con vida a todos sus soldaditos de plomo, oía los pequeños gritos de mando del capitán de su minúsculo buque, hablaba con el chofer de latón de su automovilito de carreras, y por último, entraba él mismo como pasajero a su tren de bolsillo.

La presencia natural del ángel daba a estos pequeños prodigios toda naturalidad.

III

Pero el ángel pobre era tan pobre que no tenía ni milagros. Nunca había resucitado a ningún muerto ni había curado ninguna enfermedad incurable. Sus únicas maravillas, aparte de sus alas, consistían en esos pequeños milagros realizados con Jaime y sus juguetes. Eran como las pequeñas monedas de cobre que le correspondían del colosal tesoro de los milagros.

Sin embargo, la gente no se cansaba de esperar el milagro estupendo, el gran milagro que debía ser la explicación y el motivo de la presencia del ángel en el pueblo.

El hombre acostumbra considerarse como un niño mimado por lo divino. Llega a creerse merecedor a la gracia, al amor de Dios,

a los milagros. Su orgullo le esconde sus pecados, pero cuando se trata de un favor sobrenatural entonces intenta cobrar hasta lo último de la misericordia divina.

Había algo de exigencia en la expectativa del pueblo. El ángel era ya un orgullo local que no debía defraudar las esperanzas de la población. Lo estaban convirtiendo poco a poco en algo así como un pájaro totémico. Era casi una bestia sagrada.

Se organizaron sociedades para cuidar al ángel. La Municipalidad dio decretos en su honor. Se le remitían los asuntos locales para su solución. Por último, hasta se le ofreció el cargo de Alcalde.

Todo en vano. El ángel lo desechaba todo disimuladamente. Nada le interesaba, según parecía. Sólo daba muestras de una entrañable afición a la jardinería.

IV

Cuando don José se decidió a tener una entrevista con el ángel algo serio sucedía.

El ángel entró sonriendo a la oficina. Limpió a la puerta el lodo de sus zapatos oscuros, se sacudió las alas y se sentó frente al señor Ortiz.

Don José estaba visiblemente molesto. Sus ojos bajaron varias veces ante la vista del ángel, pero al fin, con una mueca lastimosa, principió:

—“Bueno, mi amigo, yo nunca le he llamado a usted para molestarlo en nada, pero ahora quiero hablarle de un asuntito que para nosotros es muy importante”.

Tos. Pequeña sonrisa.

—“Se trata —prosiguió—, de que desde un mes a esta parte nuestros negocios han venido tal mal que, francamente hablando, estoy al borde de la quiebra. La Compañía Eléctrica que, como usted sabe, constituye mi única fortuna, ha fracasado totalmente y pasará a manos del Estado. Lo que el gobierno me reconozca apenas bastará para cubrir mis deudas. Ante esta perspectiva, me he atrevido a llamar a usted para suplicarle que nos consiga, aunque sea prestada, mi amigo, alguna platita, algo que nos saque de este apuro. . .”

El ángel, muy serio, se sacó las bolsas de su overol. Un pedazo de pan, una aguja de tejer, un trapo, varias semillas secas y un silbato viejo.

Don José le lanzó una mirada extraña y dijo:

—“Ya sé que usted no tiene nada, pero puede pedir. . . yo no sé. . . un poco de plata, de oro, algún milagrito, mi amigo. Algo

sencillo, que no lo comprometa... Además, nosotros no diremos ni media palabra... Así se arreglaría toda esta situación y usted podría seguir muy tranquilo viviendo con nosotros como hasta ahora, mi amigo”.

Don José tenía la cara roja de vergüenza. Pero estaba decidido a jugarse el todo por el todo. El era decente, lo sabía muy bien, y era correcto y era honrado, pero también era práctico. Tengo que ser práctico y hablar claramente, se decía. Al pan, pan.

—“Ya vé, nosotros nunca le hemos pedido nada. Jamás le hemos molestado, no es cierto? Pero ahora la familia necesita arreglar este asunto, tener un poco de 'flojera', para seguir viviendo, para seguir sirviendo a Dios, mi amigo...”

Dónde había oído don José esta frase de “seguir sirviendo a Dios”, que por primera vez pronunciaban sus labios? ¡Ah! Sonrió por dentro. ¡El cura... aquella misa cantada... el sermón!

El ángel se puso definitivamente serio. Su mirada era fija, directa.

—“José —dijo muy despacio—, ya que usted quiere que hablemos francamente, vamos a ello. Cuando yo le dije a su señora que yo era un ángel pobre, era porque en realidad soy ángel y soy pobre. Es decir, la pobreza es una cualidad de mi ser. No tengo bienes terrenales, ni puedo tenerlos. Tampoco puedo darlos. Eso es todo”.

Pausa. Con la mirada más fija aún, continuó:

—“No obstante, como yo les estoy sumamente agradecido y veo que la vida está muy dificultosa para ustedes, les libraré de ella con muchísimo gusto, si ustedes lo desean.

—“¿Cómo? ¿Qué dice?

—“Pues que como la vida les está siendo tan desagradable, puedo conmutarles por gracias especiales lo que ustedes ganarían ofreciendo esas penalidades a Dios, y suprimirles la existencia terrenal”.

—“Es decir, ¿lo que usted se propone es matarnos?”

—“No. No lo diga así con lenguaje pecaminoso. Simplemente se trata de quitarle la vida a usted y a su familia. Desde hace algún tiempo, José, he venido pensando llamar a usted para hacerle este ofrecimiento, pues yo les debo a ustedes muchos favores y finezas. Y ahora, en estas circunstancias, sería la solución de todas las dificultades de su familia”.

“Los ojos de Don José se encendieron. Su boca estaba seca.

—“Cómo va a creer —gritó—. Yo entiendo que usted quiere morirse porque usted vive en la otra vida y, porque, además, usted no se puede morir ¡pero con nosotros eso es diferente!”

—“Es natural su defensa natural, José. Su vida pide la vida, yo lo sé, pero reflexione que ésta es una doble oportunidad: la oportunidad de librarse para siempre de esos apuros materiales que tanto le intranquilizan, y la oportunidad de morir santamente. Es ventajosísimo. Yo les fijaré el día y la hora de sus muertes, y ustedes arreglarán perfectamente, y con mi ayuda, sus cuentas con Dios. Yo seré un guía para sus almas. Y no se preocupe por la muerte: yo soy un experto en el asunto pues fui discípulo del Angel Exterminador”.

Don José estaba furioso. Sin contenerse gritó:

—“¡No señor, de ninguna manera! Mi vida vale mucho, mucho más de lo que usted piensa. Eso que usted me propone es un atrevimiento, una barbaridad, un homicidio. . . un homicidio premeditado, eso es”.

—“Las muertes de todos los hombres son, José, otros tantos homicidios, solamente que no son delitos ni pecados porque son realizados por Dios. Ustedes los hombres son tan pretenciosos que llegan a creer que sus vidas son de ustedes! La muerte es necesariamente deseada por el hombre justo. El suicidio sería la solución más lógica y el fin más inteligente de las vidas de todos los hombres lógicos e inteligentes, si el suicidio fuese permitido por Dios”.

—“¡Bueno! ¡Suficiente! ¡No quiero nada con usted!”

V

Los once años de Jaime vieron de otra manera el asunto.

—“Angel, mátame hoy —le decía—, mátame bajo tus rosales japoneses, de un solo golpe de ala”.

VI

Murió el niño. El ángel extendió sus alas sobre él durante la misteriosa agonía. Era una muerte suave, una muerte de pájaro. Una muerte que entraba de puntillas y sonriendo.

Cuando todo había terminado tan silenciosamente, la fuerza de la muerte invadió la casa. Un enorme recogido comprimido estalló en el aire de la muerte. La casa entera pujaba, se expandía. Un olor indefinible cubrió los objetos: se abría una gaveta y salía de ella un perfume sobrenatural; los pañuelos lo tenían, y el agua y el aire lo llevaban. Parecía un incienso de ultratumba que denotaba el final de un rito desconocido y milagroso.

En el jardín, los lirios y las azucenas se pusieron más blancas, con un incontenible, un ilimitado color blanco. Y los rosales japoneses ofrecieron cada cinco minutos una nueva cosecha de rosas encarnadas.

Don José se puso como loco. Momentos antes de su muerte, Jaime se le acercó para pedirle permiso de morir. Por supuesto, le prohibió semejante locura.

Pero el niño ya tenía la vocación de la muerte, amaba la muerte con todas las fuerzas de su vida.

De nada sirvieron las protestas y las lágrimas de Doña Alba; y Don José no encontró amenazas con qué amenazar a su hijo.

Por eso, su cólera ciega cayó sobre el ángel. Salió a la plaza rodeado por los Concejales de la Alcaldía, y con lágrimas en los ojos se dirigió al pueblo en un discurso muy conmovedor, pidiendo justicia contra el ángel, a quien procesaría por asesinato premeditado, según dijo.

Pero ni el Juez ni los guardias se atrevieron a arrestar al ángel.

Fue el Alcalde quien tomó el asunto en sus manos notificando al ángel que debía abandonar la ciudad inmediatamente.

VII

A las doce del día, bajo el tremendo sol meridiano, salió el Angel Pobre, más pobre y más ángel que nunca, del hogar Ortiz Esmondeo.

Por las calles polvorientas del pueblo iba arrastrando sus alas sucias y quebradas. Los hombres malos de los talleres de la Compañía Eléctrica se le acercaron en grupo, y con bromas obscenas le arrancaron las plumas. De los alones del ángel brotaba una sangre brillante y dolorosa.

Pero al llegar al puente, los muchachos del pueblo que allí estaban, se arrodillaron en línea llorando.

El ángel pasó levantando sobre sus cabezas su alón sangriento y uno por uno fueron cayendo muertos.

LOS MACHETES

Por *Mario CAJINA VEGA*

Machete caído,
Indio Muerto.

Refrán nacional.

—¡A ver, pendejos! ¡El que quiera algo, que lo diga! ¡Para eso estoy yo aquí que soy muy hombre!

El indio se alzó de la mesa y, agarrado a una silla para no caer, tiró varios machetazos al aire. La gente lo quedó viendo; algunos parroquianos, un poco alegres, silbaron al cantinero pidiendo otro trago.

Al indio no le gustó el silbido, creyó que se burlaban de él y tiró, furioso, más machetazos en duelo con él mismo.

—Ese indio jodido ya está borracho —dijo una voz.

El indio se volteó, endemoniado, con el machete listo.

—¿Lo ven? Tal como yo decía... —cantó la vocécita burlesca.

El indio se revolvió para todos lados, buscando a aquel que lo humillaba, y no hallando contra quién pelear, corrió, medio tambaleado siempre, a pararse en la puerta.

—¡Ahora sí van a ver lo que soy! —gritó, retador—. ¡De aquí no sale nadie y el que quiera pasar se mata primero conmigo!

Todos callaron.

El indio, sin reparar en silencios, recitaba sus letanías de aguardiente:

—Que ando picado, ¿y qué? Me bebo mi plata y en mis reales mando yo, ¡jodido! —Se escapó de caer, otra vez, y se amparó en las jambas de la puerta.

—Cálmese, amigo —pedía el cantinero detrás del mostrador.

—¡Ni usted ni nadie me manda! —replicaba el indio, poniendo por testigo a su machete. "Ya fregó este indio —pensaba la clientela—. No debieran venderle tragos".

El cantinero, más práctico, le hizo señas a un chavalito y le dijo algo. El chavalito, receloso, poco a poco, llegó hasta donde el indio y, desde sus años, quedó viendo: primero, al machete; después, el rostro como una etiqueta de alcohol.

El indio ni se fijaba en el chavalito. Estaba ya abotargándose.

—Oiga, señor, dice mi papá que lo convida a un trato, que vaya —explicó, de pronto, el muchacho.

El indio desconfiaba y no quiso aceptar.

—¿Y por qué no me lo sirve él aquí?

—Pues porque dice que quiere que platiquen en confianza, como amigos. —El cantinero sonreía todo lo que podía.

El indio, al oír hablar de amistad y verla rubricada por la sonrisa de la cantina, se sintió orgulloso. Caminó hacia el mostrador.

El chavalo esperó sólo sus primeros tambaleos para salir bajo las celosías de la puerta que daba a la calle.

En el mostrador había un litro de aguardiente, dos mitades de limón, sal, un pichel de agua y un brindis esperando rematar una amistad.

El indio quedó viendo la medida mientras el cantinero servía. Vaciló. Se volteó para echar un vistazo contra la clientela.

—Cuidadito, no se muevan que los estoy pupilando —dijo.

Nadie se movía. El indio se echó el trago, puso cara amarga (por pura costumbre) y se limpió la boca con el dorso de la misma mano donde bailaba el machete. De una mesa, donde platicaban bajito, sin atreverse a señalar al indio, disparaban miradas acusativas. El indio presintió. Los que hablaban terminaron por callarse. Satisfecho y olvidadizo, el indio pensó sólo en beber otro trago.

—Sírname otro —dijo.

El cantinero asintió, mirando con disimulo hacia la puerta.

—No —decía el indio—, ese es muy chiquito. Sírvelo bien grande; mientras más grande es el trago, más grande es el hombre.

El cantinero, encantado, le sirvió un vaso completo, repletándolo hasta los propios labios del vidrio. Al indio la boca se le hacía aguardiente.

—¡No se mueva que lo mato!

El indio botó su vaso y se volteó con el machete ya alzado.

Desde la puerta, el juez de Mesta lo encañonaba con una pistola.

El indio fue viendo uno por uno al cantinero, a la mesa, a la puerta, al chavalo que sacaba la cabecita detrás del juez de Mesta, al juez de Mesta, y, por último, a la pistola que también lo quedaba viendo con el ojo de su calibre.

—¡Idiay, pues me van a matar! —gimió.

—No, amigo, pero va preso. ¡Suelte ese machete! —ordenó el juez de Mesta.

—¡Ah, no, jodido! Eso sí que no: machete caído, indio muerto —juró el indio.

—Botá el machete, hombre, te digo —insistía el juez de Mesta, avanzando tras cada palabra.

"Clic" hizo el gatillo del arma al montarse.

El indio, indeciso, se aculó contra el mostrador.

—Si no estoy haciendo nadita . . . —se arrepentía de pronto, todo encogido y humilde, pero sin aflojar el machete.

—Bueno, ya estuvo, ¡soltá tu machete y date preso! —perentorio el juez de Mesa, siempre avanzando.

—¡Y por qué jodido! —reclamó el indio, ya dispuesto al pleito—. No hay quien se atreva a echarme preso. Fui coronel en tiempos cuando mandábamos los conservadores y comí plomo escupiendo bala al lado de mi general Chamorro.

—Peor para vos: Chamorro está caído y ahora sí que vas preso por política, por hablar mal del Gobierno.

—¡Viva Chamorro!

—¡Cállese, jueputa! —ordenó, furioso, el juez de Mesta.

—¡Que viva Chamorro, jodido —repitió el indio, audaz, contento. El recuerdo de su caudillo lo envalentonaba.

La pistola caminó para adelante. El indio, glorioso, feliz, ya no pensaba más que en celebrarse.

—Dame un trago de a peso —le dijo al cantinero.

El cantinero, que con el juez de Mesta al lado se sentía al servicio de la ley, preguntó bajito:

—¿Qué dice usted: se lo sirvo?

La ley, por no apartar los ojos del reo, ni siquiera le contestó a la cantina.

—¡Que me lo sirvas, te digo! —exigió de nuevo, la voz.

—Pagáme primero lo que me debés —decretó el cantinero, en una improvisación salvadora.

—¿Cuánto es, pues?

—Doce pesos.

El indio sólo tenía doce córdobas con cincuenta centavos. Los vació sobre la tabla.

—Dame mi trago, pues.

—Todavía no alcanza. Me debías doce peños de antes, con el trago de a peso hacen trece y aquí sólo tenés doce cincuenta —contabilizó el cantinero, incluyendo hasta el brindis con que él convidara al indio.

El juez de Mesta había llegado hasta el mostrador.

—¡Vámonos ya! —ordenó, pensando en la bartolina donde encerraría al indio.

—Primero me echo mi trago —dijo el indio, con terquedad.

—¡Pero si no tenés con qué pagar! —decía el cantinero.

El indio puso su machete sobre la mesa y dijo:

—Dame medio litro.

El cantinero quedó viendo el machete: era casi nuevecito, de los de a veinticinco pesos. Sirvió el medio litro. El indio se lo

bebió de un solo soplo y luego se desplomó. Ya en el suelo el juez de Mesta lo pateó. El indio ni siquiera se movía.

—A ver, ayúdenme con este indio borracho —propuso la autoridad a la clientela. Varios parroquianos se levantaron de sus mesas y, de arada, arrastraron al indio que iba sangrando.

El cantinero retiró el machete del mostrador y lo puso en un estante, junto con los otros machetes.

ORDENES

Por *Fernando GORDILLO*

EL aire atraviesa los barrotes provocando en los rostros recuerdos de seda y agua fresca, olor a sueño y a silencio barniza las primeras horas de la noche, apenas si el ruido de la cadena al abrir la puerta se dibuja en la oscuridad mientras los presos buscan en el sueño la libertad nuestra de cada día.

El tacto de las sombras oprime la quietud, agazapado el centinela trata de burlar el sueño acariciando la curvatura del casco con reminiscencias de carne, el preso comienza a quejarse.

Rumor gástrico, gorgoteo al principio, umbral de la queja y el grito. Los compañeros cercanos se inquietan y murmuran, de pronto, con urgencia de caída, la basca; borrascosa y primitiva, alertando la vigilia de la celda.

El sueño se escapa, restregándose los ojos los últimos en despertar tratan de averiguar. Del estertor al vómito, en temblorosas arcadas el hombre expulsa restos y no restos.

¡Está mal este hombre!

¡Téngale la cabeza!

¡Delen un trapo para que se limpie!

¡Calíentente los pies!

¡Pónganle un trapo mojado en la cabeza! ¡Está mal, está mal!

Lúgubres espectadores oyen calmarse el rumor violento de la basca para dar paso a los ayes que parecen venir de la boca del estómago del hombre que lívido se convulsiona sobre la dura madera del camarote. Los ayes se convierten en aullidos de bestia herida que se extienden por todo el penal, interrumpiendo sueños y asustando insomnios.

Con las manos sobre el estómago, atravesando interminables ahogos para terminar en convulsos estertores, ya de costado y la rueda de presos mirándolo temerosamente.

¡Agárrenlo cuidado se cae!

¡Le cayeron mal los frijoles!

¡Está bien fregado!

¡Avísele al teniente!

¡Pura bilis es lo que echa!

¡Avísele al teniente!

El cabo de presos se aproxima al hombre, pregunta, extiende la mano para tocarle la sudada frente y mete un pie en el charco de inmundicias que se extiende bajo el camarote. No puede evitar un gesto de asco y de disgusto, los presos opinan, el cabo de presos sale, de los labios del hombre se desliza una saliva espesa y espumosa.

¡Aquí está la botella de agua!

¿Qué pasó?

¿Qué dijo el hombre?

¡Que no lo molesten por babosadas!

¿Cómo?

¡Eso me dijo el Sargento, que el teniente ha dado orden que no lo molesten por babosadas!

¡Pero si este hombre está bien mal!

¡Yo no sé eso me dijo el sargento! Si quieren más agua avisen.

El cabo se aleja, los minutos pasan, la botella de agua caliente es puesta sobre el tembloroso estómago. Silencioso el centinela ve salir la luna. ¡La hermosa luna de verano! Entre los presos salen a relucir viejas creencias, los minutos pasan, oscuras prácticas son realizadas y nada, los minutos pasan. No lo molesten por babosadas y el hombre se desgarrá las entrañas en un vómito imposible, los ahogos parecen eternos, los minutos pasan, temblorosos y palpitantes los quejidos atraviesan paredes y conciencias.

La compasión va llenando el penal, los minutos pasan, en la celda se comienzan a oír los gritos que exigen la atención del enfermo, poco a poco los gritos se extienden por todas las celdas: viciosos ladrones rufianes vendedores borrachos inocentes violadores derrotados miasmas tuberculosos estafadores residuos detritus derrotados, hombre, a pesar de todo, hombre, en contra de todos, hombre en indignado y solidario grito humano.

¡Silencio! Entró gritando el teniente. ¡Silencio jodidos! ¡Silencio! Asustado el cabo de presos se acerca corriendo al teniente, el sargento a su lado sostiene nervioso una metralleta, los gritos cesan, los minutos pasan. El cabo le explica al teniente lo que sucede, éste pistola en mano se dirige a la celda del enfermo, mira al hombre, pregunta, aparta la vista del charco inmundado que se extiende bajo el camarote, guarda su pistola y sale regañando al sargento por ser tan imbécil al no distinguir un caso grave de una babosada. La hermosa luna de verano profundiza la noche.

Nadie duerme en la prisión, presos y apresadores esperan al teniente que habla por teléfono. Vuelven los quejidos que rompen y laceran, alaridos hondos que parecen elevarse y de pronto caen gimiendo. Los minutos pasan, nuevamente colocan botellas llenas de agua caliente sobre el tembloroso estómago, todos esperan, el teniente habla por teléfono.

... Sí señora, es urgente... No, no es baleado... Sí señora está muy mal... Despiértelo señora... Ya sé, pero realmente urge... ¿Dónde lo puedo encontrar? ¿Qué número dijo?... Muchas gracias señora, perdone la hora... Sí señora, temprano le mando los presos para que le hagan el trabajo... Bueno señora...

El viento impulsa ligeramente la bujía colgada de un largo alambre, todos esperan, el teniente marca un número en el teléfono, el ruido del disco al regresarse recorre lentamente el corredor hasta llegar al último hombre: rrr rrrwww... rrr rrrwwwiw... rrrrrrrwww.

¡Aló! ¡aló!... ¿Está el coronel?... Su esposa me dijo que allí estaba... ¿No sabe dónde se fue?

El dolor no espera, el hombre se mete los dedos a la boca tratando de provocar un vómito que nunca llega, para ayudarle dos presos lo levantan del estómago, los minutos pasan por el muro blanqueado por la luna, llega la hora del cambio de guardia, se oye el ladrido de los perros, hombres entran y hombres salen, nadie duerme, el teniente sigue en el teléfono, el dolor no espera.

¡Aló! ¿Está el coronel?... llámelo... Aquí, desde la prisión señor... Es por un caso de mucha importancia señor... Es por un preso que está muy enfermo señor... El doctor anda en su finca... No señor, no es político.

Junto a la mesa tres hombres esperan impacientes, cartas y fichas esperan, el trago del coronel espera frente a su silla vacía, el coronel hace señas a los hombres y continúan hablando.

A la orden de quien está... Vaya a buscar al juez entonces... No, no me meta en enredos... Digo que no, vaya a buscar al juez... Lo que el juez diga... No, mañana me informa.

Comienza a sentirse el viento de la madrugada: frío y solitario. En las celdas los presos rendidos por el cansancio dormitan, se oye el ruido de un inodoro al descargarse, los minutos pasan, sudando helado por todos los poros de su cuerpo el enfermo se aprieta el estómago vacío. El teniente y dos rasos salen en jeep a buscar la orden del juez.

¡Sargento! ¡Llame a los bomberos para que manden la ambulancia!

Para ganar tiempo, ya regreso con la orden. ¡Apúrese!

El jeep recorre calles desiertas, sombra y perros, se detiene, los golpes en la puerta penetran en la madrugada. Los minutos pasan, en la esquina con su ritmo cojo dobla una carreta, los golpes se oyen más fuertes martillando el silencio, en el interior se oyen ruidos, la luz se filtra por las rendijas. ¿Quién es?

Envuelto en una bata azul el juez escucha, al ver al teniente ha guardado su pistola, su esposa gorda y con rollos en el pelo se acerca cerrándose una bata rosada con flores. Los minutos pasan, el teniente habla, los minutos pasan. La sirena de la ambulancia va macheteando el aire, en la prisión el enfermo vomita nuevamente.

La llegada de la ambulancia anima a los presos, con la ropa del enfermo hacen un pequeño bulto, quieren levantarlo pero éste se convulsiona paroxísticamente y lo dejan. Un ruido seco anuncia la apertura de las puertas de la ambulancia, en su camarote el preso se curva violentamente tratando de expulsar quién sabe qué miserias que ya no existen en su estómago.

¡Aligérense, es allá adentro!

¿Quién es?

Se puso fría la madrugada.

Es un preso, apúrese.

Hay que esperar al teniente.

¡Vamos, vamos, pase!

Se levanta el juez, lo sigue su esposa, el teniente espera, afuera el chofer ha apagado el motor y enciende un cigarrillo. El juez habla con su mujer, media hora o más tardó el teniente en convencerlo; la mujer no se muestra muy convencida, el ruido de la conversación se oye en las salas, los minutos siguen pasando. El juez abre una gaveta, saca los sellos, su mujer lo mira, él la mira, los minutos siguen pasando.

¡Siempre te dejás convencer! un enredo te puede traer este. . . ¿Qué sabés si realmente está grave? Si pasa algo a vos te echan la culpa, ya es de madrugada. ¿Qué cuesta esperar un poco? Si pasa algo vos vas a ser el pagano. ¡Quién aguanta a tus enemigos intrigando. . . ! El Juez la mira, ella se calla.

Cantos de gallos comienzan a descorrer el día, sale el teniente con la orden del juez. ¡Qué noche! El jeep avanza y el cansancio le llega a los párpados. ¡Qué idas y venidas! Pero ya está, nadie va a decir que el teniente dejó morir un preso por gusto. Cierto, los presos gritaron, culpa del sargento, no poder distinguir una babosada de un caso grave. ¡Qué cansancio! De la catedral llegan las campanadas saltando techos, el jeep se detiene y el teniente se baja enseñando la orden.

El sargento se acerca, ya no se ve la hermosa luna de verano, el sargento se acerca más, los minutos pasan y siguen pasando, el sargento está frente al teniente.

—Bueno. ¿No vino la ambulancia?

—Sí vino señor.

—¿Qué? ¿Se lo llevaron sin la orden de salida?

—No señor, los de la ambulancia se fueron porque tienen órdenes de no llevar muertos.

(De *Son otros los que miran las estrellas*)

FIESTAS PATRIAS

MÁS de tres horas llevan el Sr. Ministro, traje plomo oscuro y corbata crema; el Sr. Vice-Ministro, traje gris y corbata azul con rayas; el Sr. Director de Extensión Cultural, traje azul y corbata de seda celeste; el Sr. Director de Educación Media, traje de lino blanco y corbatín rojo de lazo; el Sr. Director de Educación Primaria, traje café y corbata verde, discutiendo los preparativos finales para la celebración de las fiestas patrias. Se encuentran cansados.

En el despacho iluminado, el ronroneo del aparato de aire acondicionado se escucha suavemente. La secretaria con el block de taquigrafía en la mano se dirige a mecanografiar el "Mensaje" que el Sr. Ministro dirigirá a la juventud de la República. Cinco pares de ojos siguen ávidos los movimientos anatómicos de la muchacha, dibujados por las rayas verticales verdes que cruzan su falda tallada blanca. El reloj marca las 7:45 p.m.

Apresurado (a las 8:30 p.m. tiene programada su quinta y última conferencia de la Semana de la Patria) el Sr. Ministro se despidе manifestando su contrariedad porque ya no tiene tiempo para cenar. El Vice-Ministro, el Sr. Director de Extensión Cultural, el Sr. Director de Educación Media, el Sr. Director de Educación Primaria siguen su ejemplo, comentando entre sí, lo duro de sus obligaciones en estos días.

Advirtiendo a la secretaria que "en cuanto esté listo el Mensaje" lo llame telefónicamente para que él pueda darle el okay, el Sr. Ministro espera que el portero le abra la puerta. Antes de que pueda hacerlo, el Sr. Director de Educación Media, se acuerda de un detalle que se les ha pasado por alto y lo comunica a sus compañeros.

De inmediato se reconoce la oportunidad de la sugerencia y

todos convienen que el Sr. Ministro, es el indicado para realizarla. Con impaciencia, éste mira su reloj, levanta la vista para confirmar en el de la pared su exactitud y ordenando a la secretaria que llame a la Dirección de Policía, se regresa.

La secretaria interrumpe su labor, empujándose ágilmente con la punta de los pies, hace retroceder su silla y se levanta. Cinco pares de ojos persiguen las variaciones que las rayas verdes sufren sobre el fondo blanco al ritmo de su paso.

Busca en una libreta el número deseado, cuando lo encuentra, comienza a marcar en el teléfono personal del Sr. Ministro que tiene salida directa. El Sr. Ministro, el Sr. Vice-Ministro, el Sr. Director de Extensión Cultural, el Sr. Director de Educación Media y el Sr. Director de Educación Primaria rodean el escritorio, atentos a la espera de la joven.

Esta, pregunta por el Sr. Director de Policía. No se encuentra en su despacho. Vuelve a preguntar "de parte del Sr. Ministro de Educación Pública", con quién se puede hablar "para un asunto oficial", espera un momento y pasa el aparato al Sr. Ministro informándole que va a hablar con el Oficial del Día.

El Sr. Ministro carraspea un poco para aclarar la voz y se compone el nudo de la corbata, toma el aparato y se comunica con el Oficial del Día. Le da cuenta de la sugerencia que propusiera el Sr. Director de Educación Media, solicitando la cooperación de la Dirección de Policía. El Oficial del Día ofrece satisfacer la solicitud que se le hace, informándole al Sr. Ministro, que los alistados y oficiales de esa dependencia, están para cumplir las órdenes del Gobierno y para contribuir en todo momento a engrandecer la gestión del Excelentísimo Señor Presidente de la República. Agradece el Sr. Ministro la atenta gentileza del Teniente y le ruega saludar al Señor Coronel, a quien espera tener el día de mañana en la Tribuna de Honor a su lado y al Excelentísimo Señor Presidente de la República.

El Sr. Ministro entrega el teléfono a la secretaria para que lo coloque en su sitio y se encamina resueltamente hacia la puerta, que se abre por obra del portero, se detiene un momento antes de salir, para recomendar de nuevo a la secretaria, que lo llame en cuanto tenga listo el mensaje, y sale. Detrás de él siguen, el Sr. Vice-Ministro, el Sr. Director de Extensión Cultural, el Sr. Director de Educación Media y el Sr. Director de Educación Primaria, quien dirige una melancólica mirada a la secretaria, que se prepara a sentarse para continuar su trabajo, y queda sola en el despacho iluminado, donde se escucha como un suave ronroneo el ruido del aparato de aire acondicionado. El Oficial del Día pone el teléfono

y al darse cuenta que está sonriendo como si el Sr. Ministro estuviera frente a él, se pone serio. Sale del despacho del Director y rápidamente recorre el largo corredor que lo separa de la Sala de Banderas, el escritorio del Cabo de Guardia se encuentra desocupado, un agente vestido de civil; le da cuenta que el Cabo de Guardia está en los calabozos, jugando desmoche con unos presos.

El Cabo de Guardia después de saludar, escucha silencioso la reprimenda del Oficial. A las preguntas que le hace, toma una tabla de la pared, en la que se encuentran las órdenes del día, y le informa al oficial, que a las 23:10 sale la patrulla del Sgto. Lindo a efectuar la ronda por la Catedral. El Oficial del Día le indica al Cabo de Guardia que mande esa patrulla a cumplir con el pedido del Sr. Ministro y se retira. Cruza el largo corredor, entre el despacho del Director y se acomoda en el sofá a leer "Dos pistolas tiran más que una" de Marcial Lafuente Stefania. En la oficina del Director de Policía el aparato de aire acondicionado traquetea lamentablemente. Aprovechando que la orquesta de la Guardia Nacional interpreta "Caballería Ligera", el Sr. Ministro se inclina discretamente y comunica al señor Presidente la petición que hizo a la Dirección de Policía, el Presidente asiente con una ligera inclinación de la cabeza y continúa en su actitud de melómano atento a la interpretación musical.

A las 21:47 el Sr. Director de Policía llama a su despacho para informarse de la marcha de los asuntos y el Oficial del Día le habla del pedido del Señor Ministro. El Sr. Director confirma las medidas tomadas y recomienda el mayor celo en su cumplimiento, porque el Presidente va a llegar temprano mañana y seguramente el Ministro le contará de la petición hecha a la policía.

A las 23:18 sale el jeep de la Dirección de Policía, el Sargento Lindo, dos alistados y el chofer. Sube por la avenida, dobla a la derecha y al llegar a la otra avenida dobla nuevamente a la derecha y sigue recto por la avenida semidesierta hasta llegar a la plaza.

Alrededor de ésta las banderas ya están colocadas cada cinco metros y frente a la puerta principal del Palacio Nacional, se encuentran unos carpinteros dándole los últimos toques a la Tribuna de Honor. El jeep pasa frente a ellos, atraviesa la cuadra de la Catedral y dobla para detenerse en la parte trasera del templo. El sargento se baja seguido de los alistados y con voz grosera comienza a ordenar a los mendigos que duermen en la acera que se vayan para otra parte. Se escuchan algunas protestas pero los policías comienzan a mover los cuerpos de los durmientes con sus pies y poco a poco el grupo se va irguiendo, entre amenazas y empujones. El Sargento seguido por los rasos siguen caminando

por la acera y llegan hasta las gradas de la Catedral donde otro grupo de menesterosos se refugia y comienzan a desalojarlos, como alguno trata de protestar en voz alta, el Sargento le ordena callarse porque puede despertar a Monseñor. Por fin cuando el reloj de la Iglesia señala las 11:47 p.m. alrededor de la Santa Catedral no queda ningún mendigo que pueda afean con su presencia los actos oficiales del día siguiente. Los que se han ido están ya entendidos de que si se aparecen el día de mañana irán a la cárcel inmediatamente.

El grupo de hombres y mujeres camina lentamente cargando sus tarros y sus cartones, y con un paso lento recorren indiferentes las seis cuadras que los separan de la Estación del Ferrocarril. Se dirigen a los lugares más oscuros y apartados buscando refugio, despertando a los que ya se encuentran acomodados. Hay inconformidad y protesta por las molestias que llegan a causar, pero esa jodida independencia explica uno de los mendigos a su vecino mientras acomoda sus cartones para acostarse. ¡Esa jodida Independencia!

LOS MONOS DE SAN TELMO

Por *Lizandro CHAVEZ ALFARO*

EL sol había recorrido un cuarto de cielo. Sobre la brecha angosta y quebrada, un camión cargado de monos corcoveaba, bufaba, penosamente embestia la tenue ola de polvo. La carrocería chisporroteaba y, al balancearse, despedía ráfagas de destellos que iban a estrellarse contra las ramas cercanas, achicharrando las hojas más tiernas. La carga de monos enjaulados chillaba, espantada por el interminable vaivén.

En la cabina, Rock Cooper y Doroteo, su criado-chofer-intérprete, se cocinaban al calor del motor. Desde el amanecer habían salido de un caserío cercano a los linderos de la selva virgen, y todavía faltaban varias horas de zangoloteo para llegar a la carretera. Destilando sudor, los dos miraban y maldecían en silencio el próximo bache, Doroteo asido al volante y Rock a una botella de ron. Era el hijo menor de una honorable y activa familia de Philadelphia, dedicada a la explotación de minas bolivianas de estaño hacía dos generaciones. Sólo Rock, contemplativo y proclive al alcohol, pasaba los días ocupado en revivir pasivamente el audaz y ambicioso abuelo Jehosaphat. Cuando cumplió treinta y siete

años, decidió cambiar el desdén y el diario vituperio familiares por la gloria de sudar en una nueva empresa. Reencarnar la figura de Jehosaphat Cooper, reivindicarse y abrir una nueva línea en los negocios de la firma Cooper & Sucesores eran sus metas. Para alcanzarlas había escogido aquel mínimo y selvático país centroamericano.

Súbitamente Doroteo apagó el motor. Rock lo miró desde la lejanía en que flotaba su cerebro abotagado por el calor; levantó el mentón en un gesto perentorio.

—Me pareció oír un ruido raro allá atrás, jefe; como si se estuviese ahogando alguno de ellos. Este maldito sol está muy bravo —contestó el criado, primero agudizando el oído y luego imitando al jefe que se precipitó a abrir la portezuela. Se encontraron frente a la parte trasera del camión y mutuamente se observaron la cara. Nada anormal sucedía en el cargamento. Los cincuenta monos saltaban, enseñaban los dientes, chillaban, se mordían los dedos, la punta de la cola, o se rascaban los sobacos excitados más que de ordinario por el balanceo, pero nada más. Iban repartidos en grupos iguales (cinco en cada jaula) y de una misma especie: Capuchinos, Monos Araña, Monos Aulladores. En la parte alta del cargamento, la que recibía el sol de lleno, un Capuchino tenía el pelo blanco de la cara mojado de lágrimas. Acurrucado en un rincón movía la cabeza de un hombro al otro, queriendo protegerse con las delgadas sombras proyectadas por las varas de la jaula. Pero dada la naturaleza melindrosa de los Capuchinos no había por qué alarmarse. Era precisamente uno de esta especie el que en viaje anterior había sufrido una hemorragia nasal que hizo cerrar los ojos a Rock. Ensangrentado de la nariz a la barriga, el *carablanca* tosía, se golpeaba el pecho y miraba al tratante con una expresión de viejo limosnero. Y ahora éste otro lloraba. Un niño lapón puesto de pronto en aquella latitud no lo hubiera hecho con menos ganas.

—Un rato en la sombra nos caería bien a todos, jefe.

—¿Estás loco? —dijo Rock, con la voz sofocada y un temblor que hacía relucir sus mejillas. A zancadas cruzó el camino varias veces mientras gritaba que era preciso llegar al aeropuerto esa misma tarde, que al día siguiente, a las quince horas, debía entregar en Rochester cincuenta monos, ni más ni menos. Era idiota querer descansar. Miraba las jaulas y a Doroteo al compás de sus troncos. Se detuvo, con la nuca apretada por una mano y la otra apuntando al sirviente.

—¡Descansar! ¿Cuánto ganas?

Doroteo se pasó el dedo índice por la frente, limpiándose el

sudor, y mantuvo la boca cerrada. Rock insistió, el cuello crecido y sudando con más abundancia.

—Veinte pesos diarios, jefe.

—Eso es. Descansar. Puedo meterte en una de esas jaulas y . . .
¡Vámonos!

Mientras Rock descolgaba de entre las ruedas traseras una bolsa de lana llena de agua y se mojaba la cabeza, Doroteo revisó las amarras del cargamento. El tamboleo era para sacar hasta un árbol de sus raíces. Caminando alrededor del camión fue dando tirones desganaos a cada amarra y mascullando la vergüenza que le quedaba. Pero el jefe pagaba veinte pesos diarios, suficiente para tener tres hijos y dos queridas. Era cierto, ganaba más que cualquier chofer a cambio de hacer uso de su inglés aprendido en los muelles de Georgetown, en las Guayanas. También sabía limpiar las botas, llevar la ropa sucia a la lavandera y traer la limpia cuando estaban en la ciudad; tirar con la cerbatana espinas levemente envenenadas, cuando se presentaba el caso, y nunca se había escapado algún mono al que él apuntara. La espina iba derecho a un costado, el animal caía a plomo, y si no se despanzurraba venía a despertar dentro de una jaula. Doroteo se vio los brazos desnudos, negros, lampiños; echó una mirada furtiva al jefe que en ese momento hacía gárgaras, y luego miró a los monos. Recordó su cara: la mandíbula saliente, la nariz chata, la frente angosta, arrugada, y las orejas pequeñas. Le brillaron los ojos de risa al imaginarse en una jaula, entre un Capuchino y un Aullador. A él le faltaban pelos y era hombre. Era una buena broma del jefe, pensó, rascándose el trasero. Después de todo le pagaba veinte pesos diarios.

—¡Muévete! —gritó Cooper, acomodándose el cinturón del revólver, y Doroteo dejó de rascarse automáticamente.

Al tiempo que el criado-chofer-intérprete ponía en marcha el motor, Cooper tomó un largo trago de ron. Se colocó los lentes para el sol antes que se reiniciara el bamboleo. Al ver a Doroteo concentrado en su trabajo, manso y un poco agradecido por la reprimenda, sonrió, recordó las palabras del abuelo: "Mano de hierro, hijo, mano de hierro. La civilización se planta con manos de hierro". Sí, Jehosaphat Cooper había legado una fortuna en estaño y en consejos. Rock se le parecía hasta en las proporciones físicas: dos metros de alto por uno de ancho. Pero aun así, no era fácil reencarnar a aquel viejo, el que había llevado a su país las mejores cotizadas pieles de Colobo de Abisinia, negras como el más negro de los africanos, y más todavía al contrastar con los mechones blancos y sedosos que colgaban a los lados, de hombros a cola.

Rock sintió subirle a los ojos un asomo de desvanecimiento. Sudaba hasta por entre las uñas. Calculó la temperatura en cuarenta grados centígrados. Sacó la cabeza por la ventanilla y el aire caliente le opacó los anteojos.

—¿Paro aquí, jefe? —preguntó Doroteo, parpadeando bajo el peso de sus pestañas mojadas.

—¡Sigue!

Si Jehosaphat Cooper había soportado peores temperaturas en Africa, Rock Cooper podía soportarlas en Centroamérica. "La voluntad, hijo, el genio creador de una raza. Podemos reinar hasta en el mismo infierno", decía el viejo. Era un gigante con una máquina entre pecho y espalda, y en la cabeza una cohertería que siempre daba en el blanco. Europa había implantado la moda de los abrigos blanquinegros de Colobo de Abisinia y Norteamérica la había superado en el gusto por la piel de mono. Nadie que quisiera llamarse dama a tono con los gloriosos años de 1890 podía omitir cuando menos un ribete de Africa adornando el sombrero, las mangas o el cuello del vestido, pero faltaba el suministro directo, eficiente, y Jehosaphat dio en el blanco.

—¡Dam! ¡Dam! —gritó Rock, y otra vez destapó la botella de ron. El no había podido movilizar a los indios zumos para que le entregaran siquiera setenta monos al mes.

—Hágame caso, jefe —murmuró Doroteo, creyendo que maldecía al sol.

Sin prestarle atención, el jefe sacó del bolsillo una libreta. Los números hablaban. Necesitaban elevar su producción mensual cuando menos en un cien por ciento para absorber las compras de los Laboratorios Sexmill Corp. El consumo de hormonas producidas a base de orines de mono crecía en proporción aritmética y el mercado sería de quien pudiera abastecer con eficiencia la demanda de los laboratorios. Nadie necesitaba ese mercado con mayor urgencia que él mismo, que la firma Cooper. Y los indios se limitaban a atrapar los monos que casualmente pasaban cerca de su choza.

Al través del parabrisa, entre los árboles prensados bajo la luz, surgió la figura de Jehosaphat, con botas federicas, sarakof, y un fuate largo y lustroso en la mano. Iba seguido por diez parejas de negros que cargaban sendas pacas de pieles perfectamente curtidas, sin un solo agujero que menguara su valor. Cuando los Colobos de Abisinia quedaron casi exterminados y la moda declinó, el viejo había vendido cerca de un millón de pieles. Pudo comprarse varios cerros de estaño en Bolivia.

Un ruido de peso muerto y varas rotas sobresalió entre los resoplidos del motor y el chillar de los monos escandalizados. Do-

roteo tiró del freno de mano, el jefe soltó la botella, y antes que el camión terminara de asentarse en la curva donde lo habían frenado los dos estaban fuera. Las amarras se habían aflojado y una jaula rota se mecía entre las yerbas, a la orilla de la brecha. De los cinco monos, dos habían escapado y los otros tres se abrazaban aterrorizados en el fondo de la jaula. Doroteo quedó como suspendido en un movimiento indeciso que Rock cortó con la orden de que tapara la avería, y el sirviente se arrojó a cubrir el hueco con su cuerpo.

Aligerada por la inminente frustración y una súbita furia contra la hostilidad que la acosaba, la mole de carne, blanca y resollante, se hundió en el monte, el revólver en la mano y buscando a su alrededor. Vio los dos monos araña saltando de un árbol a otro. Les gritó, como en un suplicante y desesperado aviso. Los monos huían, arriba y un poco adelante de él. Se detuvo en seco para apoyar el brazo en un tronco. Fueron dos, tres disparos seguidos por el siseo de las ramas que tocaba un cuerpo exánime en caída, y luego el golpe bruto en tierra. Rock reclinó la cabeza sobre el mismo tronco, los brazos perpendiculares, sintiendo la pesada redondez de sus rótulas. Odió, maldijo el inmenso silencio. Escupió. Contuvo la respiración largamente, en un esfuerzo por dominar las contracciones estomacales.

Cuando regresó a la brecha. Doroteo, ya había rehecho la jaula y aflojaba las amarras para volver a colocarla en su sitio. Por las mangas y el cuello de la camisa de Rock salían unos velos de vapor. Se humedeció los labios, miró al sirviente con ojos de metal en fusión.

—¡Es tu culpa! ¡Bueno para nada! Ni un maldito nudo, ni eso sabes hacer!

—No, jefe. Yo amarré bien.

Rock pateó con rabia una de las llantas y sus gritos sobresalían entre el alboroto de los monos y el ruido del caucho castigado. Con la cabeza echada hacia atrás, parecía que era el aire aplomado o a los árboles relucientes a quienes decía que eran cincuenta monos los que tenía que entregar en Rochester, a las quince horas del día siguiente, que él era un hombre de negocios y que nadie paga una excusa, por buena que sea.

Con la alegría contenida del buen sirviente, Doroteo recibió la descarga de una idea. Se relamió antes de comunicarla.

—En San Telmo tienen monos, jefe. Los he visto amarrados en el patio de una casa. Podemos comprarlos —rezongando, Rock fue por la botella, caviloso. Volvió a plantarse frente a Doroteo, limpiando distraídamente el pico de la botella—. En un cuarto

de hora estamos allí —insistió el chofer mientras el jefe tragaba el resto del ron.

—¿Sabes? Algo extraño cruzó tus sesos. Puede ser. Debe resultar. ¡Vamos, muévete!

Lanzó la botella vacía con todas sus fuerzas, y con las manos en alto se quedó viéndola hasta que fue a perderse entre unas lianas.

Reaseguraron el cargamento y arrancaron a toda la velocidad que permitía la brecha.

"¿Y si rehúsan venderlos? Los conozco", se decía Rock Cooper, ansioso por divisar las casas de San Telmo. "¡Ah, Dios nos dió la fuerza de la fuerza!", sentenciaba el abuelo, y daba de puñetazos sobre la Biblia que siempre estaba en el brazo de su sillón favorito. Los cerros de estaño no le habían sido entregados por los bolivianos sin que antes hubieran sentido una ligera presión del puño férreo. "Pero soy un hombre honesto y antes ofreceré el precio justo", reconsideró el tratante, y se sobó un brazo.

Al irrumpir los ruidos del camión en el estancado silencio de San Telmo, las gallinas y los cerdos que merodeaban por la calle corrieron a refugiarse en los huertos. Con la semidesnudez propia de la hora y su perenne languidez, la gente salió a las puertas para verlo pasar; los niños, desnudos y con la piel quemada por siglos de sol, corrieron tras él. Era un poblacho de una sola calle, en el que dos casas de adobe destacaban como castillos entre la miseria de unas cien chozas.

Doroteo frenó frente a una de las casas de adobe.

—Aquí es —murmuró. Transpiraba superioridad al saberse observado por los pueblerinos.

—Yo pago un peso y veinticinco centavos por cada mono. Puedes ofrecer hasta uno cincuenta.

Armado de estas instrucciones Doroteo bajó a negociar. En la puerta de la casa de adobe, la mujer y las hijas del cacique del pueblo lo recibieron con mohínes y sonrisas. Pero antes que se tomaran alguna indebida confianza, Doroteo les espetó su propuesta. Las mujeres se encorvaron, entre ofendidas y tristes.

—Véndanos dos; nada más dos —ellas se miraron entre sí, resolviendo qué contestar—. Uno cincuenta y uno cincuenta son tres pesos —dijo el criado, y sacó del bolsillo varios billetes húmedos.

—¿De dónde quiere que los saquemos?

—Yo los vi en el patio. Tomen. Negocio es negocio.

—Era uno: Napoleón.

—Pero tan bueno. Jugaba con las gallinas.

—Estamos de luto.

—¿Qué diablos están diciendo?

—Se le enredó el mecate y amaneció ahorcado.

—Quién sabe cómo, pero ayer Napoleón amaneció colgado.

—Y no lo hubiéramos vendido.

—¡Ah, gente mañosa! ¡Por eso viven así, porque no saben que el dinero es dinero!

Desde puertas, ventanas y cercas, toda la población participaba en el acontecimiento.

Con pasos calmados, parpadeando desganadamente, Rock se acercó a la puerta. Pidió explicaciones a su chofer y sin perder más tiempo apartó a las mujeres de un manotazo.

—¡Dale sus tres pesos y sígueme!

Atravesaron la casa como un huracán y su cola. En el patio encontraron a un cerdo echado en un charco, un gallo que le picoteaba las pulgas y un trozo de cuerda amarrada a un tronco. Doroteo se pasó la cuerda por la nariz y asintió con la cabeza maliciosamente.

—Sí, aquí hubo mono, jefe. Han de tenerlos escondidos.

En la troje sólo había una culebra dormida entre las mazorcas. En el excusado —porque era una casa lujosa— el cacique dormitaba, sentado en cuclillas sobre el banco. Ni entre los sacos de frijoles, ni en el cofre, ni bajo los catres había monos.

Remojado en furia. Rock salió arrastrando un catre, pateando los taburetes que encontraban a su paso, al mismo tiempo que ensartaba blasfemias. Doroteo trotaba tras el amo y traducía sus palabras en leal adhesión a su furia.

—¡Voy a hacer añicos este cochino pueblo si no me entregan dos monos! ¡Dos hediondos monos! —terminó vociferando Doroteo, a media calle, haciéndose eco de lo que el amo decía.

Las casas se tragarón a los habitantes de San Telmo, con todo y animales, y el pueblo se sumió en la espesura del silencio. En la calle no quedó más que el sol bailando entre las yerbas. Por un momento se oyó el zumbir de un enjambre de avispas construyendo su panal bajo un alero, y luego los ruidos del camión que se alejaba.

Al salir del pueblo, Rock Cooper hizo una apremiante señal para que el chofer se detuviera. Una y otra vez se restregó los ojos y siguió viendo lo mismo: a un lado del camino, dos monos se rascaban la panza y comían guayabas, sentados en una misma rama, a poca altura. El criado no entendía.

—Toma tu cerbatana —susurró el jefe, y con el mayor sigilo abrió la portezuela—. Sígueme. Si los espantas te parto en pedazos.

Arrastrándose entre los arbustos dieron un rodeo hasta tener

a tiro a los monos. Masticaban sin prisa y miraban al camión con curiosidad. Intrigado por el extraño aspecto de lo que a primera vista parecía una pareja de simios, Rock revisó mentalmente las familias, subfamilias, géneros, especies y subespecies en que hasta el día se había clasificado los cuadrúmanos que habitan el continente americano. En ninguna encajaban. ¿*Catarrinos* en América? Las proporciones encuadraban dentro de las características del simio, pero la piel no estaba descrita en ninguno de los manuales de zoología que había leído. Los ojos hundidos y la cara huesosa parecía de Langur; la voluminosa panza, a punto de estallar, recordaba los Monos Araña. ¡Dios! ¿Una nueva familia de simios?

—No tienen cola, jefe —susurró Doroteo, apoyado en rodillas y manos.

—Cállate y dispara. Por todos tus antepasados apunta bien y dispara.

"A mí que me importa. Me paga veinte pesos", reflexionó el criado. Lentamente desenvolvió el hacecillo de espinas emponzoñadas. Estaban provistas de una pequeña dosis de veneno que actuaba en forma de poderoso anestésico. Entre uno y otro tiro de cerbatana medió un segundo. Dos guayabas mordidas rodaron por el suelo y los primates cayeron como fulminados. Mientras los dos hombres trotaban hacia donde había caído la presa, el patrón regañó de nuevo al sirviente por opinar sobre lo que ignoraba. Mencionó el Macaco de Gibraltar, que tiene tanta cola como cualquiera de los demás habitantes del Peñón; las cuatro especies y quince subespecies de gibones, todas sin cola. Cuando Doroteo intentó explicar, le ordenó cerrar la boca e ir a abrir la jaula en que estaban los tres monos araña.

"Jehosaphat. ¿Soy o no soy un Cooper? murmuró Rock, con un mono en cada mano. Al observarlos más de cerca les encontró atributos sexuales semejantes a los del *Pan Satyrus*. ¡Dios, qué enorme vejiga deberían tener! ¡Qué formidables productores de orina y qué gran tajada de dólares se iba a dejar pedir por cada uno! En adelante no compraría más que de esa clase de monos. Una nueva familia.

Silbando una canción tan confusa como lo que pensaba y no quería pensar, Doroteo enjauló los monos anestesiados. Era aterrador la semejanza entre los simios y tantos y tantos que él conocía. Decir que descendemos de monos podía ser algo más que una broma. Si en San Telmo había existido un mono llamado Napoleón, también podía haber existido otro que se llamara Adán, padre de otros dos que se llamaran Caín y Abel, abuelo de otro que se llamara... y así hasta llegar a él y a sus hijos. El jefe dijo

que podía enjaularlo. Daba miedo andar por esa oscuridad. No quería saber más que a él le pagaban veinte pesos.

En el camino Rock iba tan contento que se puso a cantar himnos religiosos. En el siguiente poblado compró otra botella de ron y su voz se volvió más heroica, más dominante, más potente que el motor del camión con sus miles de explosiones por minuto. Cantaba como si marchara hacia el cielo y no a un aeropuerto cualquiera, y Doroteo se sentía más criado y más mono, aplastado por el peso de aquella voz avasalladora. A medida que crecía su embriaguez, el jefe fue cambiando el canto por la prédica. Hizo ver a su criado la oprobiosa vida que llevaba, hundido en la poligamia, en la sensualidad que ningún clima justifica, cediendo a cada momento a las tentaciones de la pereza.

Después de un silencio de varios kilómetros en los que no se oyeron más que los ruidos del cargamento, el motor, el gorgoteo del ron en una ancha garganta, las llantas silbando sobre el pavimento, Rock concluyó en voz alta:

—Se llamarán *Primatus Santelmensis*. ¡Suena bien! ¿Eh?

—¿Qué? ¿Quién?

—Ellos; los que vienen detrás de ti, tú, tonto —y llenó la cabina con una risa monótona con la que fue quedándose dormido.

Despertó en el aeropuerto. Las jaulas quedaron apiladas al borde de una pista. Los empleados aduanales y de migración no tenían qué hacer en este caso. Un decreto del poder ejecutivo libraba al tratante de impertinentes intromisiones en su negocio que, después de todo, beneficiaría la economía nacional. La última instrucción de Rock a su criado antes de irse a su hotel fue que diera de comer a los animales. La Sexmill Corp. tenía opción de rechazar cualquier mono en malas condiciones físicas.

Al regresar del mercado con tres racimos de plátanos maduros, Doroteo sintió la urgente sed en que se traducía el vago deseo de salirse del mundo, de ablandar el suelo que pisaba, cuando menos, y el camión se detuvo frente a la primera cantina.

Encorvado sobre un extremo del mostrador, en silencio, bebió ávidamente una cuarta y otra cuarta de aguardiente, hasta tener un litro refermentándose en el estómago. De ahí surgieron los nubarrones que envolvían las cosas, la gente y mágicamente las hacían bailar, olvidadas de su mal olor, de sus narices chatas, de sus brazos largos. Quiso unirse al baile. Aulló, se rascó el trasero y los sobacos desesperadamente.

—¿Yo? Yo soy un Mono Aullador. ¡Congnnnn! ¡Congnnnnnn! Para servirle. ¿Y usted de qué clase es? Ah, no me diga. Yo sé —brincoteaba alrededor de un parroquiano, reconociéndolo. Calvo,

con el cuero rosado, bolsa debajo de los ojos. ¿Dónde dejó a su manada? Usted es Uácari. Oigo a mi jefe y aprendo muchas cosas. Extranjero, ¿eh? Porque los Uácari viven en Brasil. Enséñeme las manos. Sí, grandes y peludas. Saque la cola; no la esconda. Ustedes tienen cola corta y pachona —saltaba de una mesa a otra, dando mordiscos a un mango verde. Toda la clientela aullaba de risa—. Estamos en familia. ¿Verdad, amigos? ¡A quitarse la ropa! ¿Quién dice que los Aulladores no somos buenos bailarines? ¡Miren! Somos una sola manada. Arañas, los López, Hondureños, Saimiríes, Uácari, Mexicanos, Colombianos, Carasblancas, Zaguíes, los Montoya, Brasileños, Nicaragüenses, Tiríes, somos una sola manada! ¡Pendejo al que se esconda! ¡Los Macacos no tienen cola! ¡A quitarse la ropa!

Subido en el mostrador, sin camisa, descalzo, brincaba de un pie al otro y se desabotonaba el pantalón, cuando la cantinera mandó que lo sacaran. A rastras fue llevado a la puerta, y desde allí voló hasta la portezuela del camión.

Aullando y corriendo a velocidad de ebrio llegó al aeropuerto. En la oscuridad, mientras mascullaba baladronadas y se pactaba de su condición todopoderosa, repartió los plátanos equitativamente entre los monos. Para ser más equitativo aún, él mismo se sentó junto a las jaulas a comer plátanos. Oyó que los monos le hablaban con dos vocecitas enclenques y suplicantes. Nada de extraño había en que un mono amaestrado supiera decir "señor, oiga, señor". No recordaba exactamente en qué punto habían quedado los *Santelmensis*, pero lo más probable era que estuvieran en la base de la estiba de jaulas, de donde llegaban las voces. Contestaba con monosílabos malhumorados, queriendo dar a entender a las vocecitas que no quería oírlas. Pero ellas insistieron en que se llamaban Jacinto y José, que eran hijos de Mercedes la planchadora, mujer de Rito el aguador; que siempre andaban desnudos, que su mamá decía que tal vez tenían lombrices, y que todos los días iban a comer guayabas a aquel lugar. Doroteo se echó de espalda sobre el pasto, a la orilla de la pista. Las vocecitas seguían gimiendo y preguntando dónde estaban, sin dejarlo dormir tranquilo, y hasta que una lluvia de billetes de un peso, en grupos de veinte, lo cubrió de pies a cabeza y se quedó dormido.

Al día siguiente, los mozos y empleados del aeropuerto desfilaron ante las jaulas para descansar un poco antes de iniciar la jornada. Los más ingeniosos hicieron monadas que irritaban a los monos, intentaron hacerlos fumar o mascar chicle. Doroteo andaba en busca de un trago medicinal y Rock Cooper desayunaba en su hotel.

Jocoso... vacilante... receloso... grave... alarmante... el rumor fue serpentado por hangares, bodegas, pasillos y oficinas: había dos niños desnudos enjaulados con los monos. Las autoridades del aeropuerto exigieron seriedad a sus subordinados, y cuando la presión del rumor los obligó a ver a los niños, negaron tener autoridad para intervenir en el asunto. El señor Cooper tenía una concesión especial. A fin de cuentas había algo más importante que atender: la entrada y salida de aviones. Los altoparlantes anunciaron la llegada del primer avión de pasajeros. Cada uno ocupó su puesto. Sólo una brigada de macheteros, contratada para rozar las zacatales crecidos entre pista y pista, permaneció cerca de las jaulas. Cuando se presentó Doroteo y le pidieron una explicación dijo que él ganaba veinte pesos diarios, nada más, y que las explicaciones las daba el jefe, con él como intérprete.

La brigada siguió afilando sus machetes.

Cuando apareció Rock Cooper, bien peinado, rasurado, oloroso a lavanda, con un traje de "palmbeach" y un portafolio en la mano, se negó a dar explicaciones. Al ver centellear los machetes, cada vez más cerca, prefirió correr al teléfono y llamar a su embajador.

El embajador llamó al presidente, el presidente al director de policía y el director al cuartel más cercano al aeropuerto.

Con eficiencia y rapidez insospechadas en un país tan pequeño, a unos cuantos minutos del llamado telefónico, un camión cargado de gendarmes entró aullando en el aeropuerto. Llegaron a tiempo de devolverle al tratante en monos los dos *Santelmensis* que los macheteros habían rescatado de la jaula, y el avión con destino a Rochester salió con sólo siete minutos de retraso.

Los macheteros fueron sentenciados a seis meses de cárcel.

Rock Cooper demandó al gobierno de aquel país, reclamando una indemnización por daños y perjuicios causados por los siete minutos de retraso.

ELEUTERIO REAL

Por Pablo Antonio CUADRA

¿CÓMO era el rostro de Eleuterio Real?

Lo vi pasar muchas veces por aquí, por la puerta del Cuartel, pero ahora todo indio que pasa me parece que tiene el rostro de Eleuterio Real.

—¡Cabo Flores! ¿Usted se acuerda de Eleuterio Real?

El Cabo Flores no me contesta. Estoy restringido y está prohibido pasarme palabra.

El Teniente Starson (USMC) es el Jefe de las fuerzas acantonadas aquí, en Matagalpa.

Apenas recibió el Comando ordenó publicar un bando a tambor batiente: "Todos los campesinos que entren en la ciudad deben dejar sus machetes y sus alforjas en el cuartel".

Todos los días los campesinos que entran a la ciudad pasan por el cuartel, saludan quitándose el sombrero, dejan su machete y sus alforjas en el corredor y reciben un cartón con un número.

—¡Cabo Flores!, a usted lo metió preso el Teniente porque le preguntó para qué diablos jodía a los indios... y ahora que soy yo el preso, no me habla!

El Cabo Flores mira con recelo al interior. No me contesta. El Teniente Starson, debe estar hecho una fiera. Hasta aquí oigo los gritos. Debe estar mentándome la madre en inglés. ¡Qué suerte la mía!

Yo no sé quién le dijo al Teniente Starson que Eleuterio Real era vaqueano de Paigua. Eleuterio llegaba todas las semanas. Bajaba de la cañada al mercado. Pasaba dejando su alforja y su machete por el cuartel. Yo le di el cartón con su número.

—¡Eih! ¡Tú! —gritó el Teniente.

El indio no sabe de tú, o no oyó.

Starson bajó de un salto a la calle. Le dio una bofetada.

—¿Hablo o no hablo?

Que Eleuterio Real era vaqueano de Paigua ("No lo es cierto", dijo el indio). Que los llevaría. Que tenía que guiar a la patrulla porque él conocía las trochas inverneras ("No lo es cierto", repitió el indio). Pero fue. Obligado fue y se extravió y Starson dijo que era traición, que estaba vendido a los sandinistas y lo amarró a un árbol en la noche y le dijo —"o recuerda el camino, o al amanecer..." — y le enseñó el révolver. Pero al filo de la medianoche los guardias o los brujos lo desamarraron y Eleuterio Real se fue, se perdió, se hizo humo.

Starson tardó tres días en salir de la montaña, pero antes de volver a Matagalpa pasó por la cañada, por el rancho de Eleuterio.

—No. No es de regreso, dijo la mujer.

—No. No señor. Ya contamos días de no verlo, dijo la abuela.

Y registró el ranchito pateando los perros flacos que le ladraban. No estaba Eleuterio Real. Entonces quemó la choza. Se alzaron los gritos. Corrían las mujeres a salvar sus cosas, sus hijos, el saquito de sal, la carguita de maíz, la vaquita, la criaturita. La abuela cayó en los tizones y casi se arde. A los gritos y las llamas

aparecieron dos hombres: los dos muchachos de Eleuterio y el yerno salieron del chagüite donde se escondían. Venían con los machetes. Starson ordenó la descarga. Cayeron y él los remató. Uno a uno.

A los pocos días se cortó la comunicación telefónica con Managua. Siempre pasa esto en un invierno. Uno oye la voz de Sébaco, de Darío, de Las Maderas: —“Cayó la línea. Cayó la línea”. Pero Starson ordenó a Brown y a Wiley —dos marinos del Cuerpo de Comunicaciones— ir a reparar la línea y reconcentró las fuerzas en el cuartel.

Brow y Wiley fueron avanzando y comunicando:

—Aló, aló. Correcto. Correcto.

Sus voces se fueron alejando por el hilo. El daño era lejano. Ayer Starson amaneció intranquilo, vociferando.

A las tres de la mañana mandó tocar la diana. Se reunió con sus oficiales y destacó tres patrullas en secreto.

Todos sabíamos que algo pasaba pero no nos atrevíamos a preguntar. Starson se paseaba por la oficina atento al teléfono. Bastaba verlo para saber que estaba furioso. Andábamos en puntillas. Sólo interrumpía el silencio el saludo de los indios que pasaban dejando sus alforjas y sus machetes.

De pronto el Teniente Starson arrugó la cara:

—¡Podridos! —gritó—. ¡Cerdos! ¡Cuándo tendrán higiene!

Y recorrió los rincones siguiendo su olfato e insultándome a mí que estaba de guardia.

De la esquina del corredor, donde los indios dejaban sus alforjas se levantó una mancha negra y zumbante de moscas.

—¡Indios asquerosos! —gritó Starson. Y me ordenó que revisara las alforjas. De una de ellas, entre hojas de plátano, se levantó un olor pestilente. Me amarré un pañuelo sobre la nariz y las vacié en el suelo. Cayeron los envoltorios. Las cabezas ensangrentadas de Brown y Wiley.

Todos pensamos en Eleuterio Real.

—¡Cabo Flores, contésteme! ¿Cómo era el rostro de Eleuterio Real?

(De *Esos rostros que asoman en la multitud*, 1976)

UN ARTISTA NO ES UNA ANECDOTA

Por José CORREA CAMIROAGA

Los artistas son hijos del viento; hay vientos muertos, hay vientos ancianos, hay vientos nuevos. Hoy sopla un viento nuevo, una brisa distinta; es por eso que el artista no es quien hace un juego de palabras, o una combinación de colores. Es un hijo del momento histórico que le tocó vivir. En todo caso un artista no es una anécdota, es el descubridor de las raíces; me refiero a un artista revolucionario, el cual es el intérprete de un arte que no está en él, sino en la capacidad creadora de las masas.

(Tomás Borge, *El Arte como Herejía*, Nicaragua, 2, 4).

EN Nicaragua, "gran potencia lírica de Centroamérica", pueden señalarse hoy, sin dificultad, una treintena de poetas de primer orden a los que hay que empezar a sumar desde ya muchas voces nuevas, producto de los talleres de poesía creados inmediatamente después del triunfo de la Revolución Sandinista.

Muy otra son las cosas en el terreno de la narrativa. La novela sólo empieza a adquirir un prestigio fuera de los ámbitos nicaragüenses hacia la década del 70. En 1969 se publican tres de las más importantes: *Trágame tierra*, de Lizandro Chávez; *El Comandante*, de Fernando Silva y *Tiempo de fulgor*, de Sergio Ramírez, de quien habrá que agregar, ocho años más tarde, *¿Te dio miedo la sangre?*, con la que la narrativa nicaragüense se inicia en el tema de la novela de la dictadura. La cuentística, por su parte, sin poder equipararse a la exuberante producción lírica, cuenta con una decena de autores de calidad, entre los que se incluyen los novelistas señalados.

Dentro de un contexto más amplio, la narrativa nicaragüense es homologable con el panorama literario de los demás países

* Trabajo presentado en el Coloquio *El cuento en la Literatura Latinoamericana actual*. Universidad de París, Sorbonne (París IV), 9-12 de mayo de 1980.

centroamericanos, en donde se distinguen tres tendencias. Una que remonta a las obras que han abordado el problema de la relación de dominio naturaleza-hombre; otra, heredera del naturalismo, que se ocupa de dramatizar la explotación indígena, primero y de denunciar la intervención norteamericana, las compañías bananeras y las dictaduras, más tarde; y, finalmente, una tercera que centra su atención en la vida campesina, sin profundizar en aspectos sociales.¹

Sin embargo, quizás la narrativa más valiosa y auténtica de América Central en lengua castellana es aquella que viene de la época colonial misma, con claros elementos de ascendencia indígena y que se conoce con el nombre de *cuentos de camino*, que son narraciones en donde los personajes son animales que recrean el mundo de la sociedad rural de la colonia. El nombre de "cuentos de camino" viene, al parecer, por el hecho de que sus anónimos narradores llevaban en sus *caites* —como dice Ramírez— el polvo de los senderos eternamente recorridos por la moraleja rural. Estos cuentos, transmitidos a través del medio natural de una población mayoritariamente semi o completamente analfabeta, es decir, oralmente, sobreviven hasta hoy. De allí han sido tomados por algunos escritores que los han fijado o recreado para evitar que sean borrados por el "progreso". Ejemplos notables encontramos, entre otros, en la obra de Pablo Antonio Cuadra y José Coronel Urtecho.

Los dos cuentos que hemos elegido para desarrollar nuestro trabajo, pertenecen al grupo estadísticamente minoritario de obras que se ocupan de un tema vinculado con un acontecimiento histórico de gran importancia para América Latina toda: la guerra que durante siete años opusiera un pequeño ejército campesino al mando de Augusto César Sandino, al aparato militar norteamericano y sus secuaces, provocándoles la primera derrota en nuestro subcontinente.

El primero "Música en la soledad", fue escrito en 1933, al calor de la guerra misma por uno de sus protagonistas, Manolo Cuadra, quien peleó en Las Segovias como soldado de la Guardia Nacional fundada por los Estados Unidos. Su libro de cuentos *Contra Sandino en la montaña*, editado en 1942 será, durante mucho tiempo, la única literatura existente en Nicaragua en la que se testimonia la ocupación de los infantes de marina yanquis y la rebelión de Sandino y su lucha de liberación. El segundo, "Charles Atlas también muere" de Sergio Ramírez, fue escrito a mediados de los años 60 por un hombre que sólo ha conocido las consecuencias del asesinato de Sandino y que más tarde tomará

¹ Sergio Ramírez, *Antología del Cuento Centroamericano*. Educa, Centroamérica, 1973, págs. 28 y sgts.

parte en la lucha que conducirá a la segunda victoria sandinista y que hoy es uno de los miembros de la Junta de Reconstrucción Nacional de la nueva Nicaragua.

"Música en la soledad" relata la peripecia de un convoy logístico que es emboscado y destruido por los sandinistas. Uno de sus integrantes, Pet Gómez, escapa provisoriamente a la muerte dejándose caer en un barranco en cuyo fondo se encontraban también las mulas que portaban las municiones, abatidas por los propios guardias para evitar que cayeran en manos del enemigo. Pet logra armar un equipo de radio y se pone en contacto con el cuartel. Se envían aviones y hombres a buscarle. Los aviones no le ven. Después de algunos días, escucha el ruido de machetes abriéndose paso hacia su posición. La alegría primera es reemplazada por la angustia al darse cuenta que no son guardias los que se aproximan. El cuento termina en el momento en que el primer guerrillero que aparece mata a Pet Gómez de un balazo.

La acción de "Charles Atlas también muere" es más extensa: un telegrafista ingresa en la Guardia Nacional y se gana los favores y amistad del capitán Hatfield, delatando a los habitantes del pueblo. Más tarde descubre el anuncio de los cursos de tensión dinámica en una revista y comienza a practicarlos con gran éxito. Cuando ha alcanzado la cima de sus posibilidades físicas, logra hacerse invitar a Nueva York para ver personalmente a Charles Atlas. Una vez en los Estados Unidos, supera algunas barreras que le impiden acercarse a su ídolo a quien llega, finalmente, a conocer. Sin embargo, el hombre que entrevista es un anciano moribundo que sucumbirá al esfuerzo de realizar una de las poses que lo hiciera famoso. Nuestro héroe es devuelto inmediatamente a Nicaragua en donde, una vez concluida la guerra, vivirá de diversos oficios, cada vez más degradantes.

A primera vista, dos cuentos con acciones tan diversas pareciera que no tienen otra cosa en común que la presencia de un guardia nacional como protagonista. Lo que no es así, pues un cúmulo de elementos nos revelará una estrecha vinculación entre ellos. El primero y más evidente es el momento histórico que comparten: ambos se desarrollan durante la guerra de y contra Sandino. El segundo es la interrelación de los personajes. Reconocemos en "Charles Atlas" figuras de "Música en la soledad": el anónimo protagonista —que nosotros hemos bautizado como Carlitos pues ese *tiene que* haber sido su nombre— es telegrafista (¿y radiooperador luego?) en Ocotal, pueblo con el que se comunica Pet Gómez y en donde se encuentra su guarnición. El jefe de la 14a. com-

pañía —la de Pet Gómez— es el capitán Hatfield, a su vez jefe y amigo de Carlitos.

Indudablemente Ramírez conoce el cuento de Cuadra y lo tiene presente en el momento de escribir el suyo. No obstante, todo lo tomado recibe una ampliación denotativa. Así, en "Música en la soledad", hay un enfrentamiento entre guardias y sandinistas. En "Charles Atlas" hay casi una sinopsis del curso de la guerra: desembarco del primer batallón de *marines*, las proposiciones hechas a Sandino, etc. Por "Música en la soledad" sabemos solamente que Hatfield es capitán y tejano. En "Charles Atlas" su nombre va siempre acompañado de la sigla USMC, se nos informa del momento en que llega, sus desplazamientos, su muerte. Los datos sobre los *marines* se ampliarán hasta señalarnos sus jefes máximos locales, el comandante Friedmann y el embajador de los Estados Unidos, Mr. Hanna.

Dos factores nos parece que condicionan la escritura de Ramírez. Uno externo: escribe en un momento alejado temporalmente de los acontecimientos que le sirven de asunto, a los que se agrega el que son episodios borrados de la historia oficial. Otro interno a su propia obra: es este el único cuento de Ramírez en que se trata (toda) la guerra de 1926-1933. Todos los cuentos de *Contra Sandino en la montaña*, en cambio, son episodios de momentos de esta guerra. Estructuralmente responden siempre al esquema de presentación, desarrollo y término de un solo núcleo de acción. "Charles Atlas" recurrirá a un núcleo central de acción, correspondiente al viaje a Nueva York y desarrollará a lo menos tres núcleos secundarios, temporalmente anteriores.

Otra coincidencia, entre el cuento de Ramírez y el hombre Manolo Cuadra esta vez, es el destino de Carlitos después de la guerra: fue cirquero, levantador de pesas, guardaespaldas y escritor —ya que el cuento se narra en forma autobiográfica—, oficios todos cercanos y/o coincidentes con los que desarrollará Cuadra.

La referencia histórica de los cuentos nos acerca a las diferencias más notables entre los autores. "Música en la soledad" está lleno de indicaciones sobre el enemigo, en todos los terrenos. Sabemos que por su táctica guerrillera utilizarán la emboscada; que a la hora oportuna se concentrarán con velocidad increíble, pero que a tiempo de sufrir un ametrallamiento aéreo se pulverizarán entre la yerba; se nos informa que andan mal vestidos, que tienen un armamento inferior y se les nombra con términos que van desde la simple identificación —enemigo, sandinista— a otros que llevan un dejo de simpatía: el montañés invisible, los muchachos. Además, hay un evidente derrotismo en Cuadra. Los

personajes que se evocan han sido muertos en otras emboscadas o lo serán en esta. Los ojos de los guardias están "llenos de muerte". El protagonista sabe que serán los enemigos quienes lo encontrarán y matarán. Todo ello, sin embargo, sin ningún cuestionamiento de la guerra, sus motivaciones, las partes en pugna. En "Charles Atlas", los sandinistas son los *alzados* y el único encuentro armado que aparece se despacha en dos líneas y es más bien un pretexto para anunciar la muerte del capitán Hatfield. No obstante, el cuento completo debe verse como una abierta crítica a la intervención yanqui, aunque ninguna frase lo diga expresamente.

De aquí derivamos hacia el carácter mismo de los protagonistas que nos permitirá acercarnos al problema más interesante, a nuestro modo de ver, de ambos cuentos, esto es, el grado de penetración que alcanzan las ideas y modelos norteamericanos y los valores que impulsan a los personajes.

El héroe de "Música en la soledad" se llama Pedro Gómez, aunque se le llama por Pet. Sabemos que es un intelectual que participaba en un "cenáculo de la bohemia" en donde se reunían poetas y pintores. Pet profesaba ideas ultraístas e incluso escribió para su novia un madrigal autocalificado de desconcertante: "*Tus ojos, gotas de pus. / Tus ojos de azul azul. . .!*" Fuera del detalle del nombre americanizado, nos cuesta ubicar elementos que correspondan a una efectiva penetración cultural norteamericana. Creemos que aquí se presenta más lo que Oscar Collazos llama una elección de formas culturales, de formas literarias, debido a que el personaje pertenece a un nivel cultivado, elitario. Incluso creemos posible justificar su alistamiento en la Guardia Nacional. Para nosotros Pet Gómez es un "soldado" y no un "guardia nacional". Expliquémonos: Ya hemos dicho que el enemigo nunca es visto de manera negativa, sino simplemente como el adversario; agregamos ahora que los anhelos que Pet Gómez expresa en el duro momento que enfrenta nos conducen a una forma de vida militar no envilecida. Pet ansía estar en el Club de Alistados de Ocotal; siente como una recompensa futura el abrazo regocijado de sus compañeros del ejército; después de un merecido descanso se reincorporará a la lucha. El simple contacto radial con su guarnición actúa en él de manera casi mágica, llenándolo de la sensación de reincorporarse a la vida de rutina, a que pronto el toque de corneta sonará llamando al rancho. . . Actitudes todas que se resumen en esta frase proveniente de sus clases de ética militar: "Suceda lo que suceda, usted es un guardia nacional, un miembro del Ejército". Todos los valores expresados aquí son aquellos que hemos conocido desde los orígenes de los ejércitos modernos en América Latina, es decir,

durante todo el siglo veinte. Fuera de este espíritu de cuerpo y lealtad institucional que nos ofrece Pet Gómez, podríamos encontrar muchos ejemplos en la literatura latinoamericana en donde se presenta al ejército con algunos rasgos positivos. Recuerdo uno, tomado de un autor peruano que no puede acusarse de simpatías por los *combates* de su ejército nacional: en *Redoble por Rancas* de Manuel Scorza, algunos indígenas aprenden a leer, a usar zapatos y adquieren ideas de sindicalización a su paso por él. Y en un terreno no literario, ¿cómo olvidar que para la mayoría de los chilenos, hasta el 11 de septiembre de 1973 sus fuerzas armadas no eran como las de los otros países? ¿O que Salvador Allende repetía constantemente en los discursos de la campaña electoral que lo llevó a la presidencia de la república que él era el único de los candidatos que había hecho su servicio militar? . . . De aquí que Pet Gómez no sea mejor ni peor que muchos de nosotros y que lo calificuemos de soldado, en la acepción tradicional del término. Y en este sentido, el sintagma *guardia nacional* se opone a *soldado*, puesto que la historia se ha encargado de llenarlo de connotaciones exclusivamente negativas, o, como dice Tomás Borges "los guardias eran seres en los que nunca se determinó con exactitud dónde empezaba la idiotez o la brutalidad".

Y esta oposición soldado/guardia nacional (trampa en que muchos hemos caído) puede servir para justificar históricamente al personaje de Manolo Cuadra.

Es a nivel popular que la penetración cultural se produce de una manera directa y brutal. Ahí podemos hablar de lo que el gran hispanista Noël Salomón llamaba violación cultural por "la imposición sistemática, mecanizada, taylorizada de ciertos valores que, lejos de liberar, transportan los intereses esclavizantes de asuntos bien precisos". El lumpen que protagoniza el cuento de Sergio Ramírez nos dará un estereotipo de penetración cultural.

De partida tenemos que señalar que aquí los valores morales son diametralmente distintos que los de "Música en la soledad". Carlitos inaugura su camino hacia el éxito, mediante la delación de los habitantes de su pueblo natal. Su recompensa será un paquete de cigarrillos Camel, desconocidos en Nicaragua, y una revista pornográfica, mediante la cual descubrirá a Charles Atlas, cuya imitación se convertirá en la meta de su vida. Una nueva delación le proporciona los medios económicos para comprar el curso de *tensión dinámica* y le granjeará la simpatía y amistad definitivas del capitán Hatfield.

Todo un nuevo mundo será accesible para Carlitos a partir de ese momento. Su buen amigo el capitán Hatfield, además de darle

a conocer los cigarrillos americanos y las revistas pornográficas, le enseñará inglés, lo matriculará en los cursos de Charles Atlas y finalmente le enviará a Nueva York para encontrar a su ídolo en persona. En el plano "espiritual", el capitán Hatfield le enseñará una serie de preceptos que acompañarán en todo momento a Carlitos, guiándolo por la buena senda.

La enajenación de Carlitos va tan lejos en la imitación del modelo que se (le) ha señalado, que su biografía repite todos los pasos de su héroe. Como aquél, Carlitos era un niño enclenque y se vio víctima de la agresión de dos tipos que le lanzan arena en los ojos, cuando paseaba acompañado de su novia Ethel (Ethel se llama también la escultora que descubre a Charles Atlas). Cuando el método de la tensión dinámica ya ha dado sus frutos, vendrá el día en que Ethel lo comparará al dios mitológico Atlas. Más tarde, Carlitos viajará a Managua a dar una demostración de sus fuerzas, frente a las autoridades de la nación (el presidente de la república, el embajador de USA y el jefe de los *marines*) y arrastrará por doscientos metros un vagón de ferrocarril cargado de coristas. . .

Quien haya conocido la historia de Charles Atlas, profusamente difundida en los años 50 en toda Latinoamérica, podrá ver que el único detalle que olvida señalar Carlitos es decir que sólo pesaba 44 kilos.

Pero no se detiene solamente en los hechos relativos a Carlitos la identificación/confusión del cuento con la historia del "hombre más perfectamente desarrollado del mundo". A nivel textual también la mimesis es total. Esto es, se utiliza sin cambiar una coma, la mayor parte del folleto propagandístico de Charles Atlas, ya sea en el relato de la vida de Carlitos, como en la descripción del método y de sus extraordinarias propiedades, que por supuesto, el personaje entrega como su propia opinión. He aquí un ejemplo para cada caso:

Al cabo de un mes el progreso era asombroso; mis espaldas se ensancharon, mi cintura se redujo, se afianzaron mis piernas. Hacía apenas cuatro años que el grandulón había lanzado arena a mis ojos y yo ya me sentía otro. Un día Ethel me señaló en una revista la foto del dios mitológico Atlas; mirá, me dijo, si es igualito a vos.

Dígame en qué parte del cuerpo quiere Ud. músculos de acero. ¿Es usted grueso y flojo? ¿Delgado y débil? ¿Se fatiga Ud. pronto y se queda sin energías? ¿Se queda Ud. rezagado y permite que otros se lleven a las muchachas más bonitas, los mejores empleos, etc.? ¡Sólo deme 7 días! Y le probaré que puedo hacer de Ud. un

verdadero hombre, saludable, lleno de confianza en sí mismo y en su fuerza.

La tensión dinámica es un sistema completamente natural. No requiere aparatos mecánicos que puedan lesionar su corazón u otros órganos vitales. No necesita píldoras, alimentación especial u otros artefactos. ¡Sólo unos minutos al día de sus ratos de ocio son suficientes, en realidad, una diversión!

A partir del descubrimiento y desarrollo de la tensión dinámica, Carlitos sólo podrá emocionarse y realizarse con los elementos del mundo de su ídolo. La emoción lo embarga, por ejemplo, cuando se da cuenta en Nueva York que está practicando los ejercicios 1 y 2 en la *misma* ciudad en donde Charles Atlas también los practica. Las lágrimas empañan sus ojos al notar que Mr. Rideout Jr., Gerente General de Charles Atlas Inc. está practicando sus ejercicios mientras se entrevistan.

Toda esta historia no pasaría de ser una caricatura o un panfleto sobre la penetración cultural en Nicaragua, o la ilustración de las ideas de Sergio Ramírez sobre el papel de la literatura centroamericana, que debe ser "el testimonio de todas nuestras miserias, de nuestros heroísmos y nuestras derrotas; del asedio sufrido por nuestra nacionalidad; de nuestra explicación como países; del juzgamiento apocalíptico de nuestra historia; de nuestras noches medievales; de nuestros reinos de bayonetas; de todo lo que habita la esperanza; de lo que habrá que destruir para volver a construir; del hervidero perpetuo de todas las agonías" y cuyo aporte más hermoso será "poblar nuestra desolada cultura y recobrar la nacionalidad enajenada: surgir como testimonio de la verdad, ser el evangelio y ser la profecía", si no fuera por el humor y la ironía con que está escrita, que la sacan "de la propaganda concebida fuera de la escala de valores de la obra de arte", para citar una vez más al autor.

El clímax de la historia se produce al llegar Carlitos a la habitación donde yace Charles Atlas, aquejado de un mal incurable. En ese momento, Carlitos se excede, comete su propio pecado de Hibris: quiso llegar al centro de sus anhelos, a lo más importante en su vida, apurando con su acción la muerte, la destrucción de lo deseado (Charles Atlas sucumbe a causa de los esfuerzos que hace para ejecutar una de las poses que lo hiciera famoso). Todo ello ilustrado por el único elemento que adorna las paredes de la pieza, un cuadro que representa a una bella mujer desnuda y a un médico que sostiene en sus manos su corazón acabado de extraer.

El castigo de Carlitos será la degradación física y moral a

causa de un sentimiento de culpa por haber llegado a saber la tragedia de Charles Atlas.

En su ancianidad, Carlitos aun conservará, como Charles Atlas hasta los 95 años, la potencialidad física que le permitiría tener hijos, "si quisiera". Los *muchachos* de que habla el protagonista de "Música en la soledad", los sandinistas, se encargarán hoy de que Carlitos, aunque quiera, no pueda tener descendientes.

Universidad de Amberes, Bélgica

MUSICA EN LA SOLEDAD

Por Manolo CUADRA

LLOVÍA nutridamente. Llovía fuego. Llovían balas. La espesura de la derecha parecía incendiarse con breves intermitencias y el insulto, arma formidable cuando se lucha cuerpo a cuerpo, llegaba hasta los guardias que sostenían, en aquel día de enero, uno de sus más difíciles eventos militares. En fila india, única manera de evitar el *rush* del fuego cuando la fusilería barre a la descubierta y el enemigo se torna invisible, los primeros guardias peleaban su terreno con tenacidad. Sus predecesores en la inevitable caída habían escrito una levantada página de valor y sangre fría cuantas veces les tocara en suerte pasar por los aros estrechos de la emboscada.

Una larga cortina de acero, desde donde se veía morir el sol hasta la orilla del abismo, pasaba y repasaba su aliento cálido de horno, mientras el triste crepúsculo segoviano caía lentamente de los ocotes, cubriendo con su párpado cárdeno la sierra estremecida.

¡Una bomba! ¡Otra! ¡Otra bomba! Las columnas de asalto sandinistas iniciaron por segunda vez una sorpresa. Desde su fresco nido de parásitas, una *luisita*¹ tamborileó alegremente sobre ellos. Algunos hombres, de rostros feroces y muy mal vestidos, se detuvieron y cayeron.

—Tres menos —anunció Chávez a tiempo que recontaba avaramente sus municiones—. ¡Firmes, guardias, aquí están otra vez!

El hociquito de la Lewis asomó, cauteloso, y el sargento Chávez manubrió la consabida pieza.

Obscurecía a diez grados por segundo. Obscurece rápidamente en el bosque y más aún cuando la muerte aletea en las pestañas. Las pestañas de Chávez y las de sus hombres estaban llenos de *eso*. Solamente que todavía quedaba alguna tela por cortar. El grueso de las patrullas al mando de los Tenientes Brenes y Matus se sostenía aún. Pero con el último no se podía contar ya. El amor a las armas lo había arrancado de las casas alegres de Managua y ahora el destino acababa de gritarle ¡hasta aquí!, metiendo una

¹ Lewis machine gun, corrupción muy divulgada en el ejército.

bala encendida en su corazón. Brenes hacía su debut en el fuego. Poco, como no fuera su extremado valor infructuoso, podía aportar en esa oportunidad.

Al efecto, su sección era la más recientemente batida. Le tocó exponerse al fuego cuando a marchas forzadas se dirigía a rellenar las brechas abiertas a la columna exploradora del sargento Chávez. Se ofreció audazmente al fuego durante algunos minutos sólo para conseguir resultados harto escasos.

El sendero serpeaba, cima arriba, con dos terribles amenazas laterales: A la derecha, el fuego; a la izquierda, dos pulgadas más allá de donde se arrastraban los guardias, el abismo mareador y rugiente. En el extremo delantero, la *luisita* trabajaba todavía notablemente. A intervalos se advertía alguna ligera falla en su perorata como en la del orador que, en lo más emocionante del *speech*, un disparo de saliva se le enreda en la tráquea.

—Esta *luisita* —comentó para sí Pet Gómez vaciando su sexta cartuchera— mejor luciría aquí, resguardando la carga. Debimos preparar algo más para garantizar esto.

Nuevamente disparó. El enemigo estrechaba el nudo corredizo de su estrategia encimando sus fuerzas centrales contra el tren de guerra. La sombra de los grandes árboles brocheaba de negro la tierra. La muerte era segura, a menos que optaran por rendirse. Pet oyó un agitado tropel a sus espaldas. Un animalazo negro, con duras extremidades pasó magullándole las nalgas. Arrastrándose hacia la derecha, hacia el enemigo, invadió la zona batida para darse cuenta de lo que pasaba. Todas las mulas que formaban parte de la división de Matus, perdidos ya sus custodias, corrían, cuesta arriba, a entregarse en manos contrarias. A su propio lado —lo notaba hasta ahora— no había más camaradas. Esas mulas conducían abundante dotación de parque que la patrulla había de trasladar a uno de los más remotos puestos, a tres días de Quilalí, en el corazón de la montaña. Esa munición en poder de los sandinistas significaba la apertura de una peligrosa temporada de guerrillas; el despliegue de una ofensiva más vigorosa, la vida en la manigua persiguiendo al montañés invisible por día, por meses, por años. . . Y más compañeros muertos. Recordó, en un relámpago, a Navas, el segoviano de la carota sonriente, a Pablo Ramos, degradado en Managua por violación de la 17, transferido luego a las Segovias y muerto en una emboscada al día siguiente; al sargento Luis Estrada, con una pierna menos.

Eso no podía ser. No sería nunca. Volteó el fusil. Expuso sus flancos, sin preocuparse gran cosa de los tiradores de la otra línea, y luchando contra las sombras que ponían negro en la visión,

hizo fuego. La acémila sorprendida en su fuga, dobló las patas delanteras. Las cajas de munición la atrajeron hacia sí, y desapareció en la hondonada entre una fanfarria de cajas destrozadas. Otra mula pasó con el ruido peculiar de los animales que cargan armas. Dos balazos. Y luego aquella masa gris que avanzaba perezosamente por el caminillo. Pet Gómez reconoció inmediatamente, como todo guardia del Norte que no quisiera pasar por recluta, al Tren. De manos de los rebeldes El Tren había pasado a las del Capitán Hatfield, quien la incorporó a su cuadra de mulas tejanas, en donde cobró fama como animal de gran resistencia y un sobrenombre con todo y artículo: El Tren.

Pet lo conocía muy bien porque, además de ser él un veterano, lo habían dejado bajo su custodia desde el día anterior, como operador que él era de la T. S. T. que conducía El Tren. A Pedro Gómez no le constaba todavía haber matado adversario alguno y he aquí que ahora tocábale hacerlo con un aliado, con el animal de más útil hoja de servicios en las remontas del área.

—En la merita frente para que no sufra —se dijo.

El noble animal pasó, veterano de pies a cabeza, hendiendo con sus patas tranquilas las escarpaduras. Pet lo contempló por última vez, gigantesco, resignado y fiel, como una gran mole de granito que se hubiera hecho sensible. Volvía la cabeza, instintivamente, sobre la línea de su grupa, avizorando el peligro. Por la cuesta, ocultándose, bajaba media docena de hombres a tomar el botín. Habían visto al Tren abandonar su custodia muerto y ahora iban sobre él. Gritaban llenos de júbilo y entonces el soldado no vaciló más. Le clavó una bala de oreja a oreja. El pobre bruto movió la cabezota; sus patas se apoyaron todavía sobre el borde del precipicio y perdiendo la gravedad se precipitó al fin en el vacío tremolando las patas.

—Una carga que ellos jamás tendrán —murmuró Pet siguiendo el rumor de la caída.

Los asaltantes, como si le hubieran oído, lo envolvieron en mallas de caliente plomo. Contestó decididamente, con rabia, sin darse cuenta de que ya el cañón de su fusil le chamuscaba las manos. Un plomo le arrancó el sombrero. Otro le quemó como índice caliente las costillas. Lo cercaban. Pronto rodearían su terraplén. La proximidad de la muerte le inyectó de repente un ardiente deseo de vivir. Un deseo que sólo se experimenta en las penitenciarías y en los hospitales. ¡Vivir! ¡El aire, la luz, el sol! El Club de Alistados en Ocotál, sus compañeros de la organización de (R), su torreón de Quilalí donde él había soñado y recordado tanto. ¡Vivir! También le quedaría tiempo para volver a estos

lugares, incorporado a los muchachos de la "M" invencible. Y el triunfo, la venganza...

Hincó la cabeza contra el labio del abismo. Se empujó vivamente con los pies recordando una infantil acrobacia de colegio y pronto estuvo su cuerpo en vertical oscilando entre la seguridad y la muerte. Se sintió resbalar sobre la misma inclinación suave que había recorrido El Tren sujeto a las alternativas de lo probable y lo improbable.

No debió permanecer más de un minuto sin conocimiento, porque cuando volvió a hacerse cargo de sus facultades, los hombres que habían quedado arriba lo buscaba con la esperanza de coserlo a balazos en la obscuridad. Los rifles parpadeaban, buscándolo, al azar. Por fin, gradualmente, la calma.

La terrible noche segoviana, como gigantesca carpa, aparecía prendida del cielo por las tachuelas de cuatro estrellas diminutas.

¿Qué hacer? Pretender subir era absurdo. Tampoco parecía prudente. Seguir el curso de la cañada no conducía a solución alguna. Restaba esperar. Palabra de doble sentido cuya interpretación más bondadosa era la muerte lenta por hambre o sed. De otra manera, el enemigo. ¡El suplicio atroz, incrustado a un árbol, mientras al son de una bandurria se acercaba el Degollador! Existía la remota esperanza de que al día siguiente logran localizarlo los aviones de reconocimiento. ¿Lograrían verlo? ¿Podría desde aquella sima hacer señales? Le faltaban bombas de humo...

¡El frío, el frío! Empezó a temblar como un envenenado. Pasaron las horas, silenciosos carritos de hospital con ruedas de hule. ¿Dónde estarían el Teniente Brenes, Pierna Negra, Cera Mascada, Pija de Hule? Dormían, mejor que él, en sus montaraces tumbas ignoradas...

Se acurrucó entre las patas de El Tren buscando el regazo de su carne aún caliente.

—*"Servidores hasta en la muerte"* —murmuró repitiendo el levantado lema de su regimiento. Obtuvo algún reposo entre aquella trinchera de carne que le libraba a medias de las oleadas filosas del frío.

Soñó que estaba en su cuartel de Quilalí, bajo frazadas, en un confortable catre de campaña. Soñó con una alegre hoguera, alrededor de la cual charlaban guardias, calentando en las llamas sus miembros entumecidos; soñó con los almohadones del Hospital Militar; con el trago de aguardiente fuerte de los bares de Managua.

Despertó cuando el sol, a través del tupido ramaje, pulverizaba oro cordial sobre las hojas de los árboles. Ahora que a la débil luz examinaba la trayectoria recorrida en su descenso, no le extra-

ñaba mucho el verse vivo, así como que el equipo de señales se hubiera conservado intacto. Habíase deslizado sobre un fuerte tejido de lianas debajo de las que existían andamiajes de bejucos resistentes y muelles. ¡Un verdadero milagro! Si hubiera algo para llevarse a la boca... Dióse a buscar entre las bestias muertas con la esperanza de echar algo al estómago. Sólo municiones. Anduvo zigzagueando como un barco ebrio y ancló descorazonado cerca de El Tren.

—¿Y ahora qué? —interrogó, dándole amistosamente con el pie.

—¡Nada! ¿no es así? —prosiguió como si hablara con un compañero—. Si al menos hubieras logrado conservar ileso el equipo, podríamos... eso es, podríamos jugarle un broma al destino. ¡Vamos a ver!

A punta de yagatán abrió las cajas. Todo estaba ordenado dentro de los compartimientos. Los depósitos, guarnecidos con resistentes planchas metálicas y acolchonados por dentro con bramante, habían logrado neutralizar los golpes de la caída. No había más que proceder. Tubos, cuerdas, baterías secas. Cuestión de minutos. Ya estaba entrenado en la instalación de radios de campaña. Tendió alambres sobre los árboles próximos. Hizo un pequeño agujero para el polo, la raíz del espacio en la tierra. Ahora una sonrisa; la sonrisa de un hombre que para salvar una dificultad no repara en los medios... bueno, en medios como los que iba a poner en práctica. Abrió las canillas. Un movimiento laborioso con ambas manos a la altura de la pelvis, y al conjuro de ese pase de prestidigitación, un hilillo de líquido anaranjado llenó el agujero.

Rió otra vez entre avergonzado y satisfecho. Le restaba ir al aparato, cerrar los "switchs" para que el mundo, su mundo urgente que eran las comunicaciones con la Guardia, se precipitara dentro de sus oídos. Esta proximidad transformó su panorama emotivo. Le invadió la sensación de que estaba entre los suyos; de que pronto el toque de corneta sonaría llamándolos al rancho de la mañana. Creía en la posibilidad de que ningún peligro le rodeaba, hasta tal punto el milagro de la onda lo reincorporaba a la vida de rutina. Porque allí, vagando en el éter, estaban las estaciones del ejército enviando informes sobre el estado del tiempo y de las patrullas en general. Entre aquella red invisible, que le ponía en contacto con alguna posibilidad de salvación, jugaba su esperanza como la misma onda. Cerró el "switch". A través de la mica que transparentaba el milagroso organismo, los bulbos parpadearon para volver a apagarse. Luego de examinar en un instante la causa del inicial fracaso,

equilibró la manípula, fijó fuertemente algunas conexiones y lanzó sus notas triunfales entre el concierto de las diversas estaciones:

—SOS—SOS—SOS.

Firmó: EVAN, significaba: Estación Volante, Area Norte.

Giró el disco de un lado a otro —igual que un médico investiga la anatomía de un enfermo— auscultando los más remotos escondrijos del éter.

—SOS—SOS, de EVAN.

Dos estaciones, como mastines de presa, cayeron sobre el envío. Habían escuchado y le contestaban.

—¿Dónde estás? —le preguntaron.

—Radio G. N. —contestó él por la llave— en Ocotál, Nicaragua.

El del manipulador que operaba en el otro extremo, se entretuvo en ejecutar una serie de puntos desacompañados, señal de que reflexionaba. Contestaron lacónicamente.

—O. K.

Media hora después, un equipo de la Estación de Control, en Ocotál, lanzó al aire su onda exploradora. No tardó en dar con la EVAN.

—Aquí, Sargento Tenorio, en la M. E. 7.

—Aquí, cabo Gómez, en la EVAN.

—Bueno, ¿se reconcentran?

—Ahora no es posible.

—Reciba entonces este mensaje:

—*De Ocotál,*

Al Teniente Matus: EVAN.

Deconcéntrese a la mayor brevedad.

Reyes, Comandante.

—El Teniente —transmitió Pet no podrá leerlo ya.

—Muéstreselo en cuanto sea posible.

—Ni ahora ni nunca —Pet enviaba con mucha tristeza—, ha muerto.

De llave a llave el espacio quedó interferido por una cuchillada de asombro.

—Sargento —continuó él, jugando lúgubramente con el manipulador —anoche fuimos aniquilados; yo me salvé por milagro. Estoy solo, ¿me oye?, —añadió desesperadamente—. Solo en un abismo sin poder decirle dónde.

Otra vez el silencio que sucede a las grandes tragedias. En seguida reapareció la onda:

—Bien, fratello —la nota había perdido la tiesura de rutina— voy a poner en movimiento al Cuartel General. No perdamos contacto. Regreso.

Minutos después, el sargento estaba de regreso controlando su onda.

—¡Jaló, frat!

—¡Jaló!

—Transmito unos mensajes para Quilalí y Wiwili, ordenando que salgan las patrullas en tu busca y con la orden expresa de no regresar sin ti. Creo que tendrás ánimo. Cuestión de días, dos o tres, a lo sumo. ¿Puedes aproximar una seña de tu *fondeadero*?

—¡Claro! Estábamos a tres horas de Las Vueltas, en el paso de Cuyusá. Frente al sol que moría en medio de aquel mágico juego de luces, eran . . .

—Suficiente, no te me pongas sentimental, que es mal presagio. Voy a transmitir esos datos al comandante del aeródromo. Aguárdame.

Aguardó un rato. Las impresiones del sargento le llegaron de pronto, por golpe, como en una demostración espiritista.

—Alistan dos aviones para localizarte. ¿Tienes algo que comer?

—Sí, las mulas muertas. Está El Tren . . .

—Bien, que no se diga nada malo de ti. ¿Te acuerdas de cuando hacías de cuque en Murra? En el cajilla de repuestos encontrarás un soplete. Corta un trozo de pierna al Tren y déjate de sentimentalismos. Recuerda el lema de tu regimiento: "*Servidores hasta en la muerte*". ¿Se te ofrece algo?

—¡Claro, hombre, mándame unos mondadientes!

Un rumor arriba. Un sordo ronquido bajaba de las nubes y se colaba a través del verde palio vegetal. ¡Los aviones! En vano Pet intentó trepar por la bamboleante pendiente encaramándose en los árboles vecinos. ¡Qué pequeñito, qué insignificante aparece un hombre en la selva! Las aves niqueladas volaban bajo para cumplir su misión de rescate. Se orientaban al cálculo, tomando como base los datos que la Estación había enviado horas antes. Nunca hombre alguno había sentido más de cerca la fuga de su esperanza . . . Los vio por un hueco donde clareaba el cielo segoviano teñido de una adorable palidez femenina. Los vio alejarse hacia el sur, sin una sola vacilación, mientras las hélices resquebraban las nubes arrancándoles miriadas de motas blanquísimas. Y, otra vez las horas; las lentas horas tropicales desenrollando su tela invisible. Pocos momentos más tarde restableció la comunicación.

—¡Jaló, frat!

—¡Jaló!

—¿Qué hubo?

—Pues, hoy y siempre será lo mismo. No sirven sino para desesperarme. Los aviones estuvieron sobre mí ensayando *loopings*, como para una revista. Después se marcharon, contentos del paisaje. ¿Crees que los condecorarán?

Pet intentaba bromear para mantener a flote su amor propio. Sus clases de ética militar dictadas por el capitán de la 14a. Compañía, empezaban siempre con esta advertencia: "Suceda lo que suceda, usted es un guardia nacional, un miembro del Ejército".

—Las patrullas ya han salido de sus cuarteles. Te encontrarán aunque tengan que talar toda la montaña.

El hombre de la otra llave procuraba mantenerlo, estimulando su esperanza. Comprendía la terrible situación de Pet.

—Los muchachos se preocupan por ti. Ahora están a mi lado conociendo tus impresiones. Cuando regreses, dicen, pedirán tu ascenso.

—¿A la horca?

—No frat, te lo mereces. ¿Necesitas reponer alguna prenda de vestir?

—No te preocupes —dijo él, aceptando la broma—. Por ahora sólo deseo oírte más tarde, a las ocho. Procura tenerme algunas nuevas.

Comunicóse a la hora fijada.

—Mañana volarán de nuevo —le avisó el operador—. Reportan que creyeron haberte localizado en el vuelo anterior, pero cuando bajaron para cerciorarse los recibieron a tiros.

Algo como una varilla de hielo le midió el espinazo en toda su longitud. Si tiraban contra los aviones significaba que los *muchachos*, pero los *otros*, andaban cerca y que probablemente lo buscaban. Brotó de los poros un sudor helado, de fiebre. También le acometió un pánico insufrible. ¿Qué iba a decir? ¿Denunciaría su situación con frases desesperadas? Su naturaleza de soldado, hecha para las reacciones violentas en las emboscadas, logró sobrenadar:

—¡Oiga, frat!, ¿a qué día estamos?

—A viernes.

—O. K. Hasta mañana. Quiero asistir a la hora femenina que radia la J. A. B. B. de Barranquilla, Colombia. Buenas Noches.

Olga Kiralina, la contralto rusa que cantaba en Barranquilla, pasó por la pantalla de la noche la caricia de su voz de terciopelo:

¡Ay! cuando en la soledad
un hombre piensa y ama,
más le valiera
quemarse en una llama.

El desayuno fue un triunfo. Carne sin sal, chamuscada a la presión del soplete.

Toda la noche el cielo pasó desgajando cordiales racimos de agua, de manera que la sed le concedía ese armisticio. El sol lo encontró con la caña de pescar los peces-notas de la atmósfera. El consabido:

—¡Jaló, frat!

—¡Buenos días!

—Los aviones ya se levantaron. Bordearán el Coco y repetirán el *raid*, punto por punto. Ahora sí que tendrás suerte.

—¡Al diablo con mi suerte, sargento! Van corridas cuarenta y ocho horas. Daría tres meses de mi paga por estar con ustedes de noche en el Casino de los Alistados.

—Eso ya vendrá, Pet —habló el sargento desde el otro extremo.

—¿Deseas algo? Aquí tienes un radiograma.

A Pet Gómez, en la montaña.

Hijo, atentos a tu suerte. Que Dios te guarde.

Tu padre.

¡Su padre! Sollozó sobre el aparato, consciente de que no le vería más; de que ya nunca volvería a verle con la pipa entre los dientes y los ojos fijos en el horizonte.

Otra vez la estación interlocutora:

—¿Quieres algo?

—¡Nada! Espero dentro de poco a los aeroplanos y deseo hacerme ver. ¡Diantre!

Alegróle el sol que prendido en el oriente brillaba como una gran gota de vino claro.

La M. E. 7. dejóse oír con su más firme nota. Lo saludaba.

—Como en mi casa —contestó refiriéndose al "cómo estás"—. Pasé despierto parte de la noche; la otra con los ojos abiertos. No, nada de miedo. Únicamente cierta aprehensioncita.

—Te digo que antes de dos horas te visitarán los aviones. Por otra parte, es seguro que hoy establezca contacto con las patrullas que marchan rompiendo la jungla.

Casi al mismo tiempo, ahogado por la espesura y la lejanía, retumbó un golpe. Otro después, más apagado, más distante, apagado acaso por viento. Al otro lado del abismo, trabajaban. Le embargó el júbilo. ¡Su liberación! El regreso a Ocotal. El abrazo regocijado de sus compañeros del Ejército. Como final, un permiso de treinta días a Managua. La paz. El reposo en su cuartito de ventanas verdes y los brazos morenos de Clarita Guevara.

—¡Frat, sargento! —gritó desde la llave. Este es mi último día de destierro. Ya vienen, los oigo trabajar. Por muchos que sean los obstáculos, estarán aquí mañana.

Los golpes, en efecto, recobraron su ritmo frenético e insistente.

—Informaremos a los pilotos —le repuso el del otro aparato—. Búscame cuando el sol caiga de plano.

Nuevamente una duda espantosa le derritió la médula. ¿No serían los *otros* que se han propuesto cazarlo?

Los golpes siguieron retumbando monótonos, equívocos. Pero reanimóse cuando dos horas más tarde aparecieron los rápidos *scouts* del Ejército. Pasaron sobre su cabeza sin dar señales de haberlo visto, tomando la dirección de donde parecían venir los golpes. Una angustia fría, definitiva, aceleró el corazón de Pet. Los hombres misteriosos que trabajaban en la jungla se acallaron. Ya no le cabía duda. De nuevo los pilotos pasaron sobre su cabeza, efectuando círculos y picando donde creían conseguir alguna visión... y de nuevo se alejaron por las rutas del espacio, batiendo la mantecadilla de nubes, en el silencio de la mañana, brillante y mágica.

Entonces los ruidos regresaron insistentes, despiadados. Eran como el tic-tac de un reloj fantástico. Al mediodía se abocó otra vez con la M. E. 7. Esta le esperaba desde hacía media hora.

—Volaron los aviones —informó Pet desesperado— pero se hicieron los locos y no me vieron. Es inútil —siguió transmitiendo con sequedad—. Que no sigan gastando gasolina y que me dejen en paz. Es horrible ver cómo se mueven esos malditos, mientras yo sigo aquí enterrado vivo en esta tumba.

Los golpes, más audibles, se metieron en sus escuchadores. Los carpinteros remachaban los clavos de la caja.

Prosiguió: —Desde el amanecer trabajan a golpes de machete. No son guardias, puesto que se ocultan de los aviones. Me van a cazar como a una zorra, sargento...

Cualquier respuesta hubiera sido embarazosa. La verdad que Pet exponía era flagrante. El sargento buscó la tangente.

Transmitió:

Mensaje para Pet Gómez, en la montaña.

Por los diarios me doy cuenta de su situación. No olvide arreglarme antes los tres meses de arrendamiento. Cordial simpatía. (f) Nathaniel Levy.

—¡Asquerosísimo judío, —gritó cerrando los puños—, vuélvete a Alemania!

—Sargento —dijo, ya pasado aquel arrebató—, necesito un favor.

—Habla, Pet, pide lo que quieras.

—Adivinábase que el sargento estaba conmovido. Aquel ofrecimiento sin reservas lo demostraba en seguida.

—Es algo fuera de rutina —él estaba transmitiendo angustiosamente—. ¿Es posible que me atienda la Central de Managua?

—¡Pues claro!

—¿Y conversar allí... con alguien? A la derecha de donde usted transmite está mi catre. ¿Lo ve? Descorra la toalla, en la cabecera. Bien. Un retrato. Ella es Clarita Guevara, de quien deseo despedirme. Si acceden, ella no vacilará en llegar. Deseo que esta súplica se la transmita directamente al General.

¡El General...! Lo había visto una líquida vez cuando en ocasión de haber estallado un depósito de pólvora el Jefe del Ejército había visitado a los heridos, en el Hospital Militar. Lo había visto sentarse en el mismo catre del Sargento Canales que mugía de dolor con un charnel en el glúteo. Los ácidos, el corrosivo de los antisépticos, como que disolvían en aquella sala las divisorias jerárquicas. "El viejo", así lo llamaban los soldados a espaldas de los oficiales, por supuesto. Encerraba esta palabra, acaso irreverente, un sincero fondo de pleitesía filial.

—¿Crees que lo lograré, frat?

—Vamos a luchar, repórtate a las tres.

Esperó. Dominado por una dulce lasitud dobló la cabeza, y cerrando los ojos para que la evocación no se fugara por las rendijas de los párpados, comenzó a bordar el primor de un recuerdo:

Reía mayo. Abrían los parques sus bazares de rosas y en el bouquet de las vitrinas sonreían los últimos disparates de la moda, con esa fecundidad total con que se inauguran las primaveras del mundo. Pet había conocido a Clarita Guevara en el Café Chino de José Lí, el oriental que tan bien sabía combinar el matiz de las rosas, y cultivaba en su parque —bajo túneles de hojas doradas— el milagro de los rosales enanos.

Intimaron al amor de las bebidas que se ofrecían en minúsculas tacitas de bambú. Eran los buenos tiempos económicos de la preinflación. Delicioso pasado aquel, donde florecía el cenáculo de la bohemia del alba. Amalgama de poetas y pintores todos olvidados del presente y urgidos de porvenir. Era Clarita generalmente quien iniciaba la cosa:

—¡Menta!

—Luis Arce: ¡Whisky!

—José Francisco: ¡Gin!

—Rim: ¡Ron!

—He aquí una antología alcohólica, apuntaba Pet. Y luego él:

—¡Aguardiente, José!

Llenábanse las mesitas de rosas de vidrio. El, mirando a Clarita sorber la menta verde, experimentaba un delicioso malestar. La quería verdaderamente. Bajo el casquito de seda negra, su pelo dorado fulguraba a la luz de los farolitos del Japón. Pet le quemaba en silencio, como si fuera una estatuilla milagrosa, el incensario de sus cigarrillos. A Clarita le encantaba el modo de sus galanterías ultraístas. En efecto, Pet le había escrito un madrigal desconcertante:

Tus ojos, gotas de pus,
Tus ojos de azul azul...!

Por eso ella había querido apresurar los acontecimientos y poner, en la "i" de su vida, la tilde rosada que le faltaba.

Aquello llegó a ser breve. Doraba el sol la carne morena de la playa y sobre el lago, que tenía ojeras de horizonte, se fugaban raudas las velas. Acercó sus labios hasta el caracol transparente de la oreja de ella. Expresó sus sentimientos con las mismas palabras que lo han hecho generaciones que se pierden en la noche de los siglos. Y se las dijo simplemente, por lo que el amor lleva en sí de ángel y de bestia.

—Clarita, yo te quiero...

—Yo también, Pet. ¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque los anteojos me lo impedían. A través de los vidrios el deseo como que se desgasta. Ahora, sin lentes, me siento más sincero.

Dieron el gran paso sin teatralidades. Fue en el propio cuarto de Pet. Elaboraba su fina tela líquida la llovizna de noviembre. De la tierra, repentinamente poseída por el chaparrón, se izaba un vibrante vapor genésico, delicado y brutal.

La perspectiva era oportuna:

Mirar desde la ventana el agua corriente de las alcantarillas alejándose entre los recodos...

Abandonar su vida, a la deriva, obediente a las disposiciones del porvenir, sin brújula por los caminos del mundo...

Contemplarse, ella misma, barquichuelo de papel tirado aguas abajo, en un arrebato de egoísmo.

¡El amor... el amor...!

Recordaba Pet a su compañera de cuarto, a la adorable bebedora de menta del Café de José LÍ, caminando a la vera de los jalacates, entre los lirios de los platanillos y sonriéndole desde el kiosko oscilante de su parasol florido.

—¡Clarita, Clarita! —suspiró con las manos extendidas.

Una nota bien conocida por él cantó en el nido de sus escuchadores. Avanzaba en el espacio la vibración del pensamiento de Clarita; la plegaria más íntima de su corazón doloroso.

—Aquí, Clarita Guevara. Se le conceden diez minutos.

El no quiso recargar el drama. Dijo su salutación en la forma más natural del mundo.

—Amor, ¿cómo estás?

Pero había una lágrima en sus ojos hundidos y su transmisión era vacilante, mala.

—Sufro mucho, Pet. Anoche estuve con mi tía en la Gruta de Santa Teresita. Rezamos por ti.

—¿Y el Café Chino?

Ella se lamentó al otro lado del espacio.

—Por favor, ¿cómo puedes suponerlo? Estaba en la oficina cuando me di cuenta por los diarios. Los de la mañana aseguran que te rescatarán como a los aviones que cayeron. Mi tía, que es un manojo de nervios, cree que tú estás rodeado de sandinistas, pero el General le ha probado lo contrario con unos mapas en la mano.

Dejóse oír, con claridad que lo hizo estremecer, el golpe recio y cercano de machetes que abaten la selva. Pet palideció radicalmente. Sentíase como un autopsiado, sin miembros, sin corazón. Hubiera dudado de que existía si no hubiese sido porque una de las chapas metálicas del aparato reflejaba su cetrino rostro, hirsuto y desencajado.

—¡Sí! Claro que me libentarán como a los aviadores que cayeron el otro día —contestó repitiendo idiotamente la esperanza de la muchacha.

Ya no tenía control. Obedecía a las más absurdas reacciones.

—¿Y vendrás en seguida?

—¡Pues claro! ¡Me merezco un gran descanso!

—Ayer estuvo a verme Nathaniel, el de la casa... y me habló algo sobre el rezago.

Voces. Voces ferozmente alegres, llenas de sangre, hediondas a excremento, saturadas de júbilo maligno llegaron hasta su tumba. ¡Ah!, él juraba por los manes de sus antepasados que ni los nombres que pronto lo tendrían en sus manos le inspiraban un asco tan acabado como ese Nathaniel, el perro semita. Llegaba a romperle el boleto de tranquilidad que había adquirido para su viaje sin retorno.

Golpeó la llave en un último y salvaje alarde de ironía.

—¿Nathaniel? ¡Qué espere! Si vuelve, entrégale de mi armario "Mi Lucha", de Hitler. Será suficiente.

—Pet, ¿qué quieres que prepare a tu regreso?

El movió la cabeza. A sus espaldas las ramas se desgajaban. Una turba de pájaros montaraces huyó espantada. Lluvia de coleópteros polícromos abandonaron la corola de las orquídeas. Un cuervo augural cruzó los cielos. Los machetes desgarraban la entraña vegetal y el ruido le impedía oír.

—Cómprate un vestido azul, igual al que llevabas aquella mañana en que el agua caía, y tú eras como un barquichuelo de papel.

—¿Qué dices?

—Dije algo, pero ya no digo nada —transmitió Pet, que cobraba poco a poco la lucidez de la muerte.

Iban a despedirse. El poema al borde de la tumba se cortaba con un punto final. Los machetes trabajaban, frenéticos. Una lluvia de hojas doradas, hojas amarillas, hojas grises, aureoló la cabeza de Pedro.

—¡Bravo! —transmitió aparentando alegría— ya los hombres están aquí, cerca, muy cerca. ¡Voy a prepararme, Clarita!

—Adiós, amor. Te espero. . .

La nota se retiró. El diapasón huyó por el brumoso cielo segoviano, y el único hilo que lo ataba a él con la existencia desapareció para no volver.

—Música en la soledad —pensó abriendo el "switch".

Un boquete fue abierto a pocos metros, en lo más espeso de la jungla. Como en una fantástica representación teatral, por el agujero dejó verse un rostro barbudo iluminado por dos ojillos que se reían maligna, silenciosamente. El recién llegado levantó su rifle y apuntó cerrando una de sus pupilas de víbora.

Pet Gómez intuyó lo que pasaba. Sintió la mirada del enemigo que se le clavaba ardiente, viscosa fría, en las espaldas.

Se acordó del cuartito de ventanas verdes, donde ella le había dado amor una mañana de lluvia. . .

El disparo que le perforó los pulmones no le arrancó un solo movimiento. Pero sonreía.

Bajo la emoción que le ceñía el pecho, todo, hasta la muerte, le parecía el principio de un ensueño muy dulce. . .

CHARLES ATLAS TAMBIEN MUERE

Por Sergio RAMIREZ

Charles Atlas swears that sand story is true.

Edwin Pope, Sports Editor
The Miami Herald

BIEN recuerdo al Capitán Hatfield USMC el día que llegó al muelle de Bluefields para despedirme, cuando tomé el vapor a New York; me ofreció consejos y me prestó su abrigo de casimir inglés porque estaría haciendo frío allá, dijo: Fue conmigo hasta la pasarela y ya en el lanchón yo, me dio un largo apretón de manos. Cuando navegábamos al encuentro del barco que estaba casi en alta mar, lo vi por última vez despidiéndome con su gorra de lona, su figura flaca y arqueada, sus bocas de campaña y su traje de fatiga. Digo efectivamente que lo vi por última vez, pues a los tres días lo mataron en un asalto de los sandinistas a Puerto Cabezas, donde estaba como jefe de la guarnición.

El Capitán Hatfield USMC fue un gran amigo: me enseñó a hablar inglés con sus discos *Cortina* que ponía todas las noches allá en el cuartel de San Fernando, utilizando una victrola de manubrio; por él conocí también los cigarrillos americanos; pero le recuerdo sobre todo por una cosa: porque me inscribió en los cursos por correspondencia de Charles Atlas y porque me envió luego a New York para verlo en persona.

Al Capitán Hatfield USMC lo conocí precisamente en San Fernando, un pueblo en las montañas de las Segovias, donde yo era telegrafista, allá por el año de 1926; él llegó al mando de la primera patrulla de marinos, con el encargo de hacer que Sandino bajara del cerro del Chipote, donde estaba enmontañado con su gente; yo transmití sus mensajes a Sandino y también recibí las respuestas. Creo que nuestra íntima amistad comenzó el día que me presentó una lista de los vecinos de San Fernando, en la que marqué a todos los que me parecían sospechosos de colaborar con los alzados, o que tuvieran parientes en la montaña; al día siguiente los llevaron

presos, amarrados de dos en dos y a pie hasta Ocotal, donde los americanos tenían su cuartel de zona. Por la noche, para mostrarme su agradecimiento, me obsequió un paquete de cigarrillos *Camel* que no se conocían en Nicaragua y una revista con fotos de muchachas semidesnudas. En una de esas revistas fue que vi el anuncio que cambió mi vida, convirtiéndome en un hombre nuevo, pues yo era un alfeñique:

El alfeñique de 44 kilos que se convirtió en el hombre más perfectamente desarrollado del mundo

DESDE muy niño había sufrido por el hecho de ser un pobre enclenque. Recuerdo que una vez paseando por la plaza de San Fernando con mi novia después de misa —tenía yo 15 años— dos tipos grandes y fuertes pasaron junto a nosotros y me miraron con burla; uno de ellos se regresó y con el pie me lanzó arena a los ojos. Ethel, mi novia, me preguntó: ¿Por qué dejaste que hicieran eso? Yo sólo pude responder: En primer lugar, es un jodido muy grande. En segundo lugar ¿no ves que me dejó ciego con la arena?

Le pedí al Capitán Hatfield USMC ayuda para tomar los cursos que anunciaba la revista y él escribió por mí a la dirección de Charles Atlas en New York: *115 East, 23rd Street*, pidiendo el prospecto ilustrado. Casi un año después —San Fernando está en media montaña y allí se libraba la parte más dura de la guerra— recibí un sobre de papel amarillo con varios folletos y una carta firmada por el mismo Charles Atlas: el curso completo de tensión dinámica, la maravilla en ejercicios físicos; sólo dígame en qué parte del cuerpo quiere Ud. músculos de acero. ¿Es Ud. grueso y flojo? ¿Delgado y débil? ¿Se fatiga Ud. pronto y no tiene energías? ¿Se queda Ud. rezagado y permite que otros se lleven a las muchachas más bonitas, los mejores empleos, etc.? ¡Sólo deme 7 días! Y le probaré que puedo hacer de Ud. un verdadero hombre, saludable, lleno de confianza en sí mismo y en su fuerza.

Mr. Atlas también anunciaba en su carta que el curso costaba \$ 30.00 en total, cantidad de la que no disponía, ni podría disponer en mucho tiempo; así que recurrí al Capitán Hatfield USMC quien me presentó otra lista de vecinos, en la que yo marqué casi todos los nombres. De esta manera el dinero se fue a su destino y otro año más tarde, el curso completo venía de vuelta, 14 lecciones con 42 ejercicios. El Capitán Hatfield USMC comenzó asesorándome. Los ejercicios tomaban sólo 15 minutos al día: la tensión

dinámica es un sistema completamente natural. No requiere aparatos mecánicos que puedan lesionar su corazón u otros órganos vitales. No necesita píldoras, alimentación especial u otros artefactos. ¡Sólo unos minutos al día de sus ratos de ocio son suficientes, en realidad, una diversión!

Pero como mis ratos de ocio eran bastante amplios, dediqué con empeño y entusiasmo a los ejercicios, no quince minutos, sino tres horas diarias durante el día; por la noche estudiaba inglés con el Capitán Hatfield USMC. Al cabo de un mes el progreso era asombroso; mis espaldas se ensancharon, mi cintura se redujo, se afianzaron mis piernas. Hacía apenas cuatro años que el grandulón había lanzado arena a mis ojos y yo ya me sentí otro. Un día Ethel me señaló en una revista la foto de una estatua del dios mitológico Atlas; mirá, me dijo, si es igualito a vos. Entonces supe que iba por el camino correcto y que alcanzaría mis ambiciones. Cuatro meses después ya había avanzado lo suficiente en inglés para escribirle una carta a Mr. Atlas y decirle gracias, todo es O.K. Ya era un hombre nuevo, con bíceps de acero y capaz de una hazaña como la que realicé en Managua, la capital, el día que el Capitán Hatfield USMC me llevó allá para que diera una demostración de mi fuerza: jalé por un trecho de doscientos metros un vagón del ferrocarril del pacífico cargado de coristas, vestido solamente con una calzoneta de piel de tigre. Allí estaban presenciando el acto el propio Presidente Moncada, el ministro americano Mr. Hanna y el comandante de los marinos en Nicaragua, Coronel Friedmann USMC.

Esta proeza que fue comentada en los periódicos, me valió seguramente que el Capitán Hatfield USMC pudiera gestionar con mayor libertad la petición que yo le había hecho cuando salimos de San Fernando, un viaje a los Estados Unidos para conocer en persona a Charles Atlas. Sus superiores en Managua hicieron la solicitud formal a Washington, que tardó poco más de un año en ser aprobada. En los diarios de la época, más precisamente en "La Noticia" del 18 de septiembre de 1931, aparecí retratado junto con el agregado cultural de la Embajada Americana, un tal Mister Fox; creo que fue el primer viaje de intercambio cultural que se hizo, de los muchos que han seguido después. "Para una gira por centros de cultura física en los Estados Unidos y para entrevistarse con renombrados personajes del atletismo" decía la nota al pie de la foto.

Así que tras una tranquila travesía y una escala en el puerto de Veracruz, seguimos a New York adonde llegamos el 23 de noviembre de 1931. Cuando el barco atracó en el muelle, debo

confesar que me sentí desolado, a pesar de las prevenciones que me había hecho el Capitán Hatfield USMC. A través de lecturas, fotografías, mapas, yo llevaba una imagen perfecta de New York, perfecta pero estática; fue la sensación de movimiento, de cosas vivas y de cosas muertas lo que me sacó de la realidad, empujándome hacia una fantasía sin fin, de mundo imposible y lacerante, trenes invisibles, un cielo ensombrecido por infinidad de chimeneas, un olor a alquitrán, a aguas negras, sirenas distantes y dolorosas, la niebla espesa y un rumor desde el fondo de la tierra.

Me recibió un oficial del Departamento de Estado que amablemente se hizo cargo de los trámites de migración y me condujo al hotel, un enorme edificio de ladrillo en la Calle 43 —Hotel Lexington, para más señas—. El oficial me dijo que mi visita a Mr. Atlas sería al día siguiente por la mañana, todo estaba ya arreglado; me recogerían en el hotel para llevarme a las oficinas de Charles Atlas Inc. donde me darían las explicaciones necesarias. Nos despedimos allí mismo, pues él debía regresar a Washington esa noche.

Hacía frío en New York y me retiré temprano, lleno de una gran emoción, como podrá comprenderse: había llegado al fin de mi viaje y pronto mis anhelos se verían satisfechos. Miré afuera y entre la niebla brillaban infinidad de luces, ventanas encendidas en los rascacielos. En alguna parte me dije, en alguna de esas ventanas, está Charles Atlas; lee o cena, o duerme, o habla con alguien. Practica tal vez sus ejercicios nocturnos, los 23 y 24 del manual (tensión de cuello y tensión de muñecas). Sonríe quizá, sus sienes canosas, su rostro fresco y alegre, o estará ocupado en responder a las miles de cartas que recibe a diario, en despachar las bolsas con las lecciones, en fin. Pero reparé sí en una cosa: no podía imaginar a Charles Atlas vestido. Venía siempre a mi imaginación en calzoneta, sus músculos en tensión, pero me era imposible verle en traje de calle, o de sombrero. Fui a la valija y extraje la fotografía que me había enviado dedicada al final del curso: las manos detrás de la cabeza, el cuerpo ligeramente arqueado, los músculos pectorales elevados sin esfuerzo, las piernas juntas, un hombro más alto que el otro. Vestir ese cuerpo en la imaginación era difícil; y me dormí con la idea vagando en la cabeza.

A las cinco de la mañana estaba ya despierto. Realicé los ejercicios 1 y 2 (era emocionante practicarlos por primera vez en New York) e imaginé que a la misma hora Charles Atlas estaría haciendo los suyos. Luego tomé mi ducha y me vestí despacio tratando de consumir tiempo, y a las siete bajé al lobby del hotel, a esperar que pasaran por mí tal como se me había indicado. Aunque Charles

Atlas no lo recomendaba exactamente, yo no acostumbraba desayunar.

A las nueve se presentó el empleado de Charles Atlas Inc. Afuera esperaba una limousina negra, con molduras doradas en los marcos de las ventanas, los vidrios cubiertos por cortinas grises de terciopelo. Ni el empleado habló conmigo una sola palabra durante el trayecto, ni el chofer volvió el rostro una sola vez hacia atrás. Durante media hora anduvimos por calles con los mismos edificios de ladrillo, sucesiones de ventanas y el ambiente siempre opaco, como de lluvia, entre las hileras de rascacielos. Al fin, el automóvil negro se estacionó frente al ansiado número 115 de la Calle 23 en el East Side. Era una calle triste, de bodegas y almacenes de mayoreo; al otro lado de Charles Atlas Inc. recuerdo que había una fábrica de paraguas y una alameda de árboles polvosos y casi secos atravesaba la calle. Las ventanas de los edificios tenían en lugar de vidrios, tableros de madera claveteados en los marcos.

Para llegar a la puerta principal de Charles Atlas Inc. subimos unos escalones de piedra, que remataban en una pequeña terraza; allí estaba, de tamaño natural, una estatua del dios mitológico Atlas, cargando el globo terráqueo. "*Mens sana in corpore sano*" decía la inscripción al pie. Pasamos por la puerta giratoria con sus batientes de vidrio esmerilado montadas en unos marcos barnizados de negro, que chirriaban al moverse. En las paredes del vestíbulo estaban colgadas reproducciones gigantescas de todas las fotos de Charles Atlas que yo había visto y que reconocí con agrado, una por una; allí, en medio, la que más me gustaba: con un arnés al cuello tirando de diez automóviles mientras caía una lluvia de confetti. ¡Maravilloso!

Entonces me hicieron pasar a la oficina de Mr. William Rideout Jr., Gerente General de Charles Atlas Inc.

En pocos momentos tuve junto a mí a un hombre de mediana edad y de facciones huesudas, con los ojos profundamente hundidos en las cuencas terrosas, me extendió su mano pálida y cubierta por un enjambre de venas azulosas y tomó asiento tras el pequeño escritorio cuadrado, sin un solo adorno, encendiendo después una lámpara de sombra que tenía tras de sí, aunque a decir verdad tal cosa no era necesaria, pues por la ventana entraba suficiente luz.

Las oficinas eran más bien pobres. Sobre el escritorio estaban apilados muchísimos sobres iguales a los que yo había recibido la primera vez. Una gran foto de Charles Atlas, mostrando los músculos pectorales con orgullo (confieso que esa no la conocía) dominaba la pared frente a mí. Mr. Rideout me pidió que me sentara y comenzó a hablar sin mirarme, con la vista fija en un

pisapapeles y las manos entrelazadas frente a él, en su rostro la clara evidencia de que hacía un gran esfuerzo al hablar. Yo escuchaba sus palabras dichas en un mismo tono y no fue sino hasta que hizo una pausa y sacó su pañuelo para limpiar la saliva de las comisuras de sus labios, que reparé en algo que mi nerviosismo me había impedido: su esfuerzo con las manos y la posición de su cabeza, no era otra cosa que el ejercicio número 18 de tensión dinámica. Confieso que la emoción casi me llevó hasta las lágrimas.

—Le saludo muy cordialmente —había dicho Mr. Rideout Jr.— y le deseo muy feliz estadia en la ciudad de New York; lamento no poder expresarme en correcto español como hubiera sido mi deseo, pero sólo hablo un poquito (esta palabra la dijo en español, midiéndola con un gesto mínimo de los dedos pulgar e índice de su mano derecha, riendo por esa única vez estrepitosamente, como si hubiera dicho una cosa muy graciosa).

Mr. Rideout Jr. me miró luego con una beatífica sonrisa de condescendencia, mientras enderezaba el nudo de lazo de su cuello.

—Soy el gerente general de Charles Atlas Inc. y es un gran gusto para mi firma recibirle en su calidad de invitado oficial del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Haremos lo posible porque su estadia entre nosotros sea grata.

Mr. Rideout Jr. aplicó de nuevo el pañuelo a sus labios y continuó el discurso, esta vez con una tirada más larga que me dio la oportunidad de apreciar cómo la vieja señorita que me había introducido, manipulaba las persianas de la ventana que daba a la calle, cambiando así el tono claro de la luz en uno ocre que me hizo trastornar por instantes la visión de la habitación, ofreciéndome la apariencia de nuevos objetos, o como si en las fotografías desplegadas en las paredes, Charles Atlas hubiese cambiado de poses.

—Aprecio mucho que Ud. haya viajado desde tan lejos para conocer a Charles Atlas y debo confesarle que es el primer caso que se nos presenta en toda la historia de la firma —siguió Mr. Rideout Jr.—. Como toda corporación comercial, nosotros conservamos en la privacidad asuntos que de trascender públicamente, dañarían nuestros intereses. De modo que debo pedirle absoluta reserva bajo su juramento, de lo que voy a decirle.

Mr. Rideout Jr., ya sin tensión alguna y hablando plácidamente, me repitió varias veces la misma advertencia, yo sólo tragaba saliva y asentía con la cabeza.

—Jure en alta voz —me dijo.

—Sí juro —le contesté al fin.

Aunque estábamos solos en la habitación y sólo se oía el ruido

sostenido del aparato de calefacción, Mr. Rideout Jr. miró a todos lados antes de hablar.

—Charles Atlas no existe —me susurró adelantando hacia mí el cuerpo por sobre el escritorio. Después se acomodó de nuevo en su silla y me miró fijamente, con expresión sumamente solemne—. Sé que es un golpe duro para Ud., pero es la verdad. Inventamos este producto en el siglo pasado y Charles Atlas es una marca de fábrica como cualquier otra, como el hombre del bacalao en la caja de emulsión de Scott; como el rostro afeitado de las cuchillas Gillete. Es lo que vendemos, eso es todo.

En las largas sesiones sostenidas allá en San Fernando, después de la lección de inglés, el Capitán Hatfield USMC me había prevenido repetidas veces contra este tipo de situaciones: nunca dejes la guardia abierta, sé como los boxeadores, no te dejes sorprender. Exige. No te dejes engañar.

—Bueno —le dije poniéndome de pie— desearía informar esta circunstancia a Washington D.C.

—¿Cómo? —exclamó Mr. Rideout Jr. incorporándose también.

—Sí, informar a Washington D.C. de este contratiempo (Washington es una palabra mágica, me aleccionaba el Capitán Hatfield USMC; úsala en un apuro, y si acaso no te sirve, echa mano de la otra que sí es infalible: Departamento de Estado.

—Le ruego creer que estoy diciéndole la verdad —me dijo Mr. Rideout Jr., pero ya sin convicción.

—Deseo telegrafiar al Departamento de Estado.

—No estoy mintiéndole... —me dijo mientras se retiraba sin darme la espalda y abría una puerta muy estrecha que cerró tras él. Yo me quedé completamente solo en la habitación ahora en penumbra; de acuerdo con el Capitán Hatfield USMC, la trepidación que sentía bajo mis pies era ocasionada por el tren subterráneo.

Mr. Rideout Jr. volvió a entrar, ya al atardecer. Martilla, sigue martillando, oía yo en mis adentros al Capitán Hatfield USMC.

—Nunca podré creer que Charles Atlas no exista —le dije sin darle tiempo a nada.

El se sentó abatido en su escritorio.

—Está bien, está bien —repitió, haciendo una señal despectiva con la mano—. La compañía ha accedido a que Ud. se entretuviera con Mr. Atlas.

Yo sonreí y le di las gracias con una deferente inclinación de cabeza: sé amable, cortés, cuando sepas que ya has vencido, me decía el Capitán Hatfield USMC.

—Eso sí; deberá atenerse estrictamente a las condiciones que

voy a comunicarle; el Departamento de Estado fue consultado y ha dado su visto bueno al documento que Ud. firmará. Después de ver a Mr. Atlas Ud. se compromete a abandonar el país, para lo cual se le ha reservado pasaje en el vapor *Vermont* que parte a medianoche; deberá además abstenerse de comentar en público o privado su visita, o de referir a nadie cualquiera de las circunstancias de la misma, o sus impresiones personales. Sólo bajo estos requisitos es que el consejo directivo de la firma ha dado su autorización.

La vieja señorita entró de nuevo y entregó a Mr. Rideout Jr. un papel. El lo puso frente a mí.

—Bien, firme —me dijo con voz autoritaria.

Yo firmé sin replicar, en el lugar que su dedo me señalaba. Cuando tengas lo que quieras, firma cualquier cosa menos tu sentencia de muerte: Capitán Halfield USMC.

Mr. Rideout Jr. tomó el documento, lo dobló con cuidado y lo puso en la gaveta central del escritorio. Antes de que él concluyera esta operación, sentí que me tomaban por debajo de los brazos y al alzar la vista me encontré con dos tipos vestidos de negro, altos y musculosos, exactos en sus cabezas rapadas y en sus ceños. No había duda que sus cuerpos habían sido formados también en las disciplinas de la tensión dinámica.

—Ellos le acompañarán. Siga al pie de la letra sus instrucciones. Y Mr. Rideout Jr. volvió a desaparecer por la estrecha puerta, sin extenderme la mano para despedirse de mí.

Los dos hombres, sin soltarme una sola vez, me condujeron por un pasillo, a través del cual caminamos muy largo rato, hasta llegar a unos escalones de madera; me ordenaron bajar de primero y al alcanzar el último escalón la obscuridad era total: sentí el roce del cuerpo de uno de ellos, que se adelantaba para tocar a una puerta que estaba frente a nosotros. Otro hombre igual a los anteriores, abrió desde el otro lado y nos encontramos en una especie de pequeño muelle de cemento, pero envuelto como estábamos en la neblina no podría precisar el sitio pero sí que era la ribera de un río, pues pronto me condujeron hasta un remolcador, en el que navegamos con una lentitud pasmosa. El remolcador llevaba basura y hasta nosotros, que íbamos acomodados en la proa, llegaba el fétido olor.

Era de noche cuando bajamos del remolcador y por un callejón donde se apilaban altos rimeros de cajas conteniendo botellas vacías, seguimos caminando; atravesamos por entre círculos de niños negros que jugaban canicas a la luz de faroles de gas adosados en lo alto de las puertas y por fin desembocamos en una plaza de hierba

seca, entre la que alguna nevada había dejado duras costras de hielo sucio; frente a nosotros se levantaba un bloque de cuatro o cinco edificios oscuros, que se nos aparecían por detrás, pues entre la sombra podía percibirse la maraña de escaleras de incendio, bajando por sus paredes. Un tráfago de vehículos lejanos y aullidos de trenes corriendo a muchas millas de distancia, venía a ratos entre el humo espeso que envolvía la noche.

Una nueva presión bajo mis brazos me indicó que debía caminar hacia un costado y así llegamos al atrio de lo que más tarde descubrí era una iglesia, un edificio negro y de una humedad salitrosa que se desprendía de los muros cargados de relieves de ángeles, flores y santos. Uno de mis acompañantes encendió un cerillo para encontrar el aldabón que debía usar para llamar y pude entonces leer en una placa de bronce el nombre de la iglesia: *Abyssinian Baptist Church*, decía; y pronto, tras los golpes que resonaron profundos en la noche helada, la puerta fue abierta por otro guardián de la misma familia, alto, fornido y rapado.

Atravesamos la nave principal y llegamos hasta el altar mayor, siendo empujado hacia una puerta que apareció a la izquierda; me sentía triste y rendido, casi con arrepentimiento de haber provocado la situación que me había llevado hasta allí, inseguro de mi suerte, de lo que podría esperarme. Pero de nuevo la voz del Capitán Hatfield USMC me animaba: una vez en el camino, querido muchacho, uno nunca debe volverse atrás.

Una anciana vestida con un blanco uniforme almidonado me recibió en la puerta y los dos hombres me soltaron al fin, para colocarse en guardia, uno a cada lado de la entrada. —Tiene exactamente media hora —me dijo uno de ellos—. La anciana caminó delante de mí por un pasillo pintado absolutamente de blanco; el cielo raso, las paredes, las puertas frente a las cuales pasábamos, incluso las baldosas del piso eran blancas, y las luces fluorescentes devolvían interminablemente esa luz vacía y pura.

Lenta y dificultosamente la anciana se acercó a una de las puertas al final del corredor, precisamente la que lo cerraba. La puerta de dobles batientes tenía abierta una de las hojas pero estaba defendida por una mampara de armazón metálica forrada con un lienzo. La anciana había desaparecido después de indicarme con un ademán tembloroso, que debía entrar. Toqué tímidamente por tres veces pero nadie parecía escuchar esos golpes asustados, dados contra la madera que parecía haber resistido infinidad de capas de pintura, pues la superficie ampollada dejaba a la vista las viejas pasadas de esmalte.

Toqué por una vez más, con la angustia golpeándome el estó-

mago y ya decidido a volverme si nadie respondía, cuando tras la mampara apareció una enfermera, alta y descomunal, toda ella de un blanco albino y en cuya cabeza el pelo desteñido empezaba a ralear. Me sonrió ampliamente, sin embargo, enseñándome sus perfectos dientes de caballo.

—Pase —me dijo— Mr. Atlas está esperando por Ud.

Dentro era la misma blancura artificial, la misma luz vacía en la que se movían infinidad de finas partículas de polvo; los objetos eran también todos blancos; había asientos, un carrito con algodones, gasas frascos y aparatos quirúrgicos, sondas, instrumentos niquelados; las paredes estaban desprovistas de todo adorno, a excepción de un cuadro que representaba a una bella joven, blanca y desnuda sobre una mesa de operaciones, y a un anciano médico que sostenía el corazón de la doncella, acabado de extraer; escupideras en el piso y lienzos cubriendo las ventanas, que en el día filtrarían la luz como coladores.

Y al fondo de la habitación, una cama altísima, desgonzada por efecto de complicados mecanismos de manivelas y resortes, erigida sobre una especie de promontorio. Me acerqué muy respetuosamente, caminando con lentitud y a medio camino, casi desvanecido por un profundo olor a desinfectante; me detuve para retroceder y buscar una de las sillas blancas; pero con un gesto, la enfermera que había llegado ya junto a la cama, me invitó a seguir, sonriendo de nuevo.

Sobre la cama reposaba la visión estática de un cuerpo gigantesco y musculoso, la cabeza invisible entre las almohadas; cuando la mujer se inclinó para decir algo, el cuerpo hizo un movimiento penoso y se incorporó; dos de las almohadas cayeron al piso y yo hice el intento de recogerlas, pero ella me detuvo de nuevo con un gesto.

—Bienvenido —dijo una vez que resonaba extrañamente, como si hablara a través de una bocina muy vieja.

A mí se me hizo un nudo en la garganta y en ese momento desé con toda mi alma no haber insistido.

—Gracias, muchas gracias por su visita —habló de nuevo—. La aprecio mucho, créame —y resonaba ahora gorgoteando, como ahogándose en un mar de espesa saliva. Y calló, recostándose de nuevo el gran cuerpo sobre las almohadas.

Mi pena era indescriptible. Preferí mil veces haber creído la historia de que Charles Atlas era una fantasía, que jamás había existido, a tener que enfrentar la realidad de que eso era Charles Atlas. Me hablaba detrás de una máscara de gasa y en el lugar de la mandíbula pude ver que tenía atornillado un aparato metálico.

—Cáncer en la mandíbula —dijo otra vez— ya extendido a los órganos vitales. Mi salud fue de hierro hasta los 95 años. Ahora después de los cien, esto es lo menos malo: cáncer. Nunca fumé, y de beber, tal vez un sorbo de champaña para navidad o año nuevo. Mis enfermedades no pasaron de resfríos comunes; el doctor me decía hasta hace poco que podía tener hijos, si quería. Cuando en 1843 gané el título del hombre más perfectamente formado del mundo... en Chicago... recuerdo... —dijo, pero la voz se transformó en una sucesión de lastimeros silbidos y por un largo rato calló.

—En 1943 descubrí la tensión dinámica e inicié los cursos por correspondencia, gracias a la sugestión de una escultora que me utilizaba como modelo, Miss Ethel Whitney.

Charles Atlas levanta entonces sus enormes brazos que emergen de entre las sábanas, pone en tensión sus bíceps y lleva las manos tras la cabeza; las mantas resbalan y tengo la oportunidad de ver su torso, aún igual que en las fotos, a excepción de un poco de vello blanco. Este esfuerzo debe haberle costado mucho, porque se queja largamente por lo bajo y la enfermera lo asiste, cubriéndolo de nuevo y apretando los tornillos al aparato en su rostro.

—Cuando salí de Italia con mi madre tenía sólo 14 años —continúa— entonces jamás imaginé que llegaría a hacer una fortuna con mis cursos, nací en Calabria en 1827 y mi nombre era Angelo Siciliano; mi padre se había venido a New York un año antes y nosotros le seguimos. Un día un grandulón lanzó arena con el pie a mi rostro en presencia de mi novia, mientras paseábamos por Coney Island y yo...

—A mí me pasó igual, fue por eso que... —intento yo decir, pero creo que no me oye, sigue hablando sin reparar en mi presencia.

—...comencé a hacer ejercicios; mi cuerpo se desarrollaba maravillosamente: un día mi novia me señaló una estatua del dios mitológico Atlas en lo alto de un hotel y me dijo: mira, eres igual a esa estatua.

—Oigame —le digo— esa estatua... —Pero es inútil. Su voz es como un río lodoso que aparta a su paso los obstáculos, pensadamente.

—Estudí la estatua y pensé: bueno, un nombre como el mío no es muy popular aquí, hay mucho prejuicio. ¿Por qué no habré de llamarme Atlas? Y también cambié el Angelino por Charles. Después vino la gloria. Recuerdo el día que arrastré un vagón lleno de coristas, por un espacio de doscientos metros...

—Caramba —exclamo yo— tal como... Pero la voz, meticolosa y eterna, sigue su curso.

—¿Ha visto Ud. la estatua de Alejandro Hamilton frente al edificio del tesoro en Washington? Pues ese soy yo—. Y levanta de nuevo los brazos y hace el ademán de jalar algo pesado, un vagón lleno de coristas. Pero ahora su dolor debe ser mucho más profundo, pues se queja por mucho rato y queda tendido en la cama, sin moverse. Después, sigue, pero yo ya quiero irme.

—Recuerdo Calabria —dice, y se agita en la cama. La enfermera trata de calmarlo y va a la mesa de los instrumentos y las medicinas para preparar unas gotas—. Calabria y a mi madre con el rostro enrojecido por las llamas del horno, cantando. —Repite después algo que no entiendo y su voz parece multiplicarse en el recinto, en una serie de ecos agónicos—. Una canción. . .

Yo había perdido ya la noción de todas las cosas cuando de pronto un timbre resonando incesantemente me devolvió a mi sitio junto a la cama, el timbrazo repitiéndose por los corredores de todo el edificio, para regresar a su punto de partida en la habitación, pues veo a la enfermera accionando un cordón arriba de la cama y a Charles Atlas de espaldas en el suelo, completamente desnudo y cubierto de sangre, el aparato desprendido de su mandíbula.

Pronto la habitación se llenó de pasos y de voces, de sombras. Siento que me arrancan del sitio donde he permanecido, los mismos brazos fuertes que me habían conducido a la cita y al salir, en una confusión de imágenes y de sonidos, veo a la enfermera gritando: fue demasiado el esfuerzo, por Dios, no resistió una pose más y muchos hombres que levantan el cuerpo para depositarlo en una camilla, sacada rápidamente de la habitación.

Ahora en mi ancianidad, al escribir estas líneas, me cuesta trabajo creer que Charles Atlas no vive y no sería capaz de desilusionar a los muchachos que todos los días le escriben, solicitando informes sobre sus lecciones, atraídos por su figura colosal, su rostro sonriente y lleno de confianza, sosteniendo en sus manos un trofeo o jalando un vagón cargado de coristas, cien muchachas alegres y apiñadas saludando desde las ventanillas, con sus sombreros llenos de flores y el gentío en las aceras presenciando la escena, rostros incrédulos y una mano que levanta su sombrero hacia lo alto entre la multitud.

Dejé New York aquella noche, lleno de tristeza y de remordimientos, sabiéndome culpable de algo, por lo menos de haber llegado a saber aquella tragedia. De regreso en Nicaragua, ya terminada la guerra, muerto el Capitán Hatfield USMC, me dediqué a diversos oficios: fui cirquero, levantador de pesas y guardaespaldas. Mi cuerpo ya no es el mismo. Pero gracias a la tensión dinámica, aún podría tener hijos. Si quisiera.

Se terminó la impresión de este libro el día 19 de marzo de 1982 en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Se imprimieron 1 700 ejemplares.

Cuadernos Americanos

HA PUBLICADO LOS SIGUIENTES LIBROS:

	<i>Precios por ejemplar</i>	
	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Rendición de Espíritu Tomo I, por Juan Larrea . . .	\$ 50.00	3.00
Tomo II	\$ 50.00	3.00
Signo, por Honorato Ignacio Magaloni	\$ 20.00	1.50
Lluvia y Fuego, leyenda de nuestro tiempo, por Tomás Bledsoe	\$ 30.00	2.00
Los jardines amantes, por Alfredo Cardona Peña . . .	\$ 30.00	2.00
Muro Blanco en Roca Negra, por Miguel Alvarez Acosta	\$ 50.00	3.00
Dimensión del Silencio, por Margarita Paz Paredes .	\$ 30.00	2.00
Otro Mundo, por Luis Suárez	\$ 40.00	2.50
Azulejos y Campanas, por Luis Sánchez Pontón . . .	\$ 30.00	2.00
Razón de Ser, por Juan Larrea	\$ 40.00	2.50
El Poeta que se Volvió Gusano, por Fernando Alegria	\$ 20.00	1.50
La Espada de la paloma, por Juan Larrea	\$ 40.00	2.50
Incitaciones y Valoraciones, por Manuel Maples Arce	\$ 40.00	2.50
Pacto con los Astros, Galaxia y Otros Poemas, por Luis Sánchez Pontón	\$ 30.00	2.00
La Exposición. Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	\$ 30.00	2.00
La Filosofía Contemporánea en los Estados Unidos de América del Norte 1900-1950, por Frederic H. Young	\$ 30.00	2.00
El Drama de América Latina. El Caso de México, por Fernando Carmona	\$ 50.00	3.00
Marzo de Labriego, por José Tiquet	\$ 30.00	2.00
Pastoral, por Sara de Ibáñez	\$ 20.00	1.50
Una Revolución Auténtica en nuestra América, por Alfredo L. Palacios	SIN PRECIO	
Chile Hacia el Socialismo, por Sol Arguedas	\$ 36.00	2.30
Orfeo 71, por Jesús Medina Romero	\$ 20.00	1.50
Los Fundadores del Socialismo Científico, Marx, Engels, Lenin, por Jesús Silva Herzog	\$ 50.00	3.00
Índices de "Cuadernos Americanos", por Materias y Autores, 1942-1971	250.00	12.00
Biografías de amigos y conocidos, por Jesús Silva Herzog	120.00	6.00
Historia del pensamiento económico-social de la antigüedad al siglo XVI, por Jesús Silva Herzog. Fondo de Cultura Económica	\$145.00	6.00

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN DE LA REVISTA PARA 1982.

MEXICO	750.00
Ejemplar suelto	150.00
EXTRANJERO	30.00
Ejemplar suelto	6.00

(Ejemplares atrasados, precio convencional)

NUESTRO TIEMPO

Jesús Cambre Mariño

La administración Reagan y la escalada armamentista.

Julio Villar Torrente

La Universidad en América Latina.

Gerardo Navas Dávila

Marginalidad y dualismo: obstáculos para un nuevo orden internacional democrático.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Risieri Frondizi

¿Libre de qué? Análisis crítico de la libertad de expresión.

Roberto Fernández Retamar

Certidumbre de Arrom.

Manuel S. Garrido

Reflexiones de Filosofía y Literatura.

Louis Sala-Molins

El desarrollo en las diferencias.

PRESENCIA DEL PASADO

Felipe Daniel Obarrio

In Memoriam Juan Larrea.

Jorge Eduardo Arellano

Sandino: Un ausente presente.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

[Poesía Bimestral]

Ernesto Cardenal, Ernesto

Mejía Sánchez, Azarías H.

Pallais, Salomón de la Selva,

Manola Cuadra, Beltrán

Morales, Francisco de Asís

Fernández, Leonel Rugama,

Carlos Martínez Rivas

Poesía Nicaragüense.

José Coronel Urtecho, Juan

Aburto, Joaquín Pasos, Mario

Cajina Vega, Fernando

Gordillo, Lizandro Chávez

Alfaro, Pablo Antonio

Cuadra

Cuento Nicaragüense.

José Correa Camiroaga

Manolo Cuadra

Sergio Ramírez

Un artista no es una anécdota.

Música en la soledad.

Charles Atlas también muere.